



# LA LEY DE LA SANGRE

S a r a h M c A l l e n

# **LA LEY DE LA SANGRE**

Sarah McAllen

*A todo el mundo que le gusta soñar con mundos fantásticos.  
Nunca dejéis de fantasear.*

## Agradecimientos

A mi madre, por haberme apoyado toda la vida y no solo en esta aventura de escribir.

A mis lectoras cero, como siempre, Lola, Sarai y Rosa, gracias por adentraros siempre en los mundos que creo, espero haceros disfrutar tanto como yo lo hago al escribirlos.

A mi marido, que siempre me ha animado a escribir y publicar.

Y a mi hija, espero que cuando tenga edad para leerme, esté orgullosa de mí, como yo lo estoy de ella.

Sarah McAllen

# Capítulo 1

*Aquel hombre enorme se acercaba a ella, cerniéndose sobre su cuerpo y atravesándola con aquella mirada del color del mar de las islas vírgenes, entre verde y azulada.*

*Su largo cabello negro le caía sobre una parte de su rostro, aunque aquello no impedía a Roxie apreciar lo increíblemente atractivo que era. Poseía una fuerte mandíbula y en su mentón se podía apreciar un hoyuelo, que lo partía en dos. Su nariz griega parecía haber sido esculpida por el mismísimo Miguel Ángel y sus labios, carnosos, dejaban entrever unos perfectos y blancos dientes de los que... ¡Por Dios! Sobresalían unos afilados colmillos.*

*Roxie retrocedió, pegando todo lo que pudo su espalda a la pared.*

*—No debes temerme. —pronunció, con una voz ronca que hizo estremecer a la mujer, haciéndola sentirse excitada a la vez que el temor desaparecía de su cuerpo.*

*—Claro que debería temerte, eres peligroso. —se oyó decir a sí misma, con la voz jadeante, como si hubiera estado haciendo ejercicio.*

*El hombre sonrió de medio lado, dejando aún más expuesto uno de sus largos colmillos.*

*—Soy peligroso, mujer, tienes razón, pero en estos momentos estoy muerto de hambre y lo único que quiero es comerte. —sus ojos brillaron de un modo aterrador, haciendo que a Roxie se le cortara la respiración—. No le negarías alimento a un hombre moribundo, ¿verdad?*

*Y entonces se abalanzó sobre ella.*

Roxie se despertó gritando y respirando dificultosamente, con la frente empapada de sudor y... con la entrepierna totalmente húmeda.

Le había vuelto a pasar. Había vuelto a soñar con ese hombre, o más bien, con esa especie de vampiro.

Hacía casi un año, desde que cumplió los veinticinco, que aquellos sueños extraños de lugares que no conocía, como oscuras tumbas y cuevas ocultas, la atormentaban. Pero sobre todo, aquel hombre de ojos aguamarina que parecía perseguirla. Soñaba con él una y otra vez.

Se levantó de la cama empapada de su propio sudor y se dirigió a la ducha. Se quitó la camiseta de tirante y sus pequeñas braguitas, pues hacía demasiado calor en aquella época del año para dormir con más ropa. Aún más, teniendo en cuenta su pequeño y caluroso loft, que solo contaba con una ventana que daba a un estrecho y oscuro patio de luces.

Se metió bajo el chorro del agua y cerró los ojos, respirando profundamente.

Le faltaban cuatro días para cumplir veintiséis años y aquello la hacía sentir tremendamente apenada.

Hacía tres años que había perdido a sus padres en un trágico accidente de coche y desde entonces, cada año que cumplía sin ellos solo le hacía darse cuenta de lo sola que estaba. No tenía hermanos, sus abuelos hacía años que habían muerto y tampoco se sentía suficientemente centrada como para mantener una relación estable con ningún hombre.

Menos mal que aún le quedaba su amiga, Max.

Maxine Scott había sido su mejor amiga desde el jardín de infancia. Sus madres habían sido amigas y cuando la madre de Max falleció a causa de una terrible y larga enfermedad, que dejó

marcada a su amiga para siempre, Max pasó a vivir con su familia, ya que nunca había conocido a su padre. Sus padres eran a quien su madre había dejado como tutores, en caso de que muriera, como finalmente ocurrió.

Así que ahora solo se tenían la una a la otra.

Roxie salió de la ducha, se envolvió en una toalla y descalza, dejando las huellas de sus pies húmedos en el suelo, se acercó a su armario, para sacar unas mallas negras, un pequeño top blanco y unas deportivas. Necesitaba salir a correr para despejarse e ir a la pequeña redacción del periódico donde trabajaba, centrada en lo que debía de estar.

Se vistió apresuradamente y se recogió el cabello mojado en una coleta alta.

Al trote bajó las escaleras desde el cuarto piso donde vivía y salió al exterior, corriendo a paso ligero, como a ella le gustaba.

Hacía poco que había amanecido y había pocas personas por la calle. Pese a ser un día caluroso, la brisa de la mañana era bastante reconfortante.

Cuando llevaba un par de kilómetros corriendo, sintió un repentino mareo. Se paró en seco y apoyó la mano en la pared de uno de los edificios, para no caerse.

La imagen de una roca tallada con un extraño símbolo apareció en su mente.

Roxie se puso la mano en la cabeza y la sacudió.

—Roxanne, céntrate. —se dijo a si misma—. Estos sueños te están volviendo loca.

—¿Te encuentras bien?

Un joven que también estaba corriendo se le acercó, mirándola con preocupación.

—Sí, no te preocupes, estoy perfectamente. —alzó el rostro hacia él, sonriendo para tranquilizarlo.

El joven abrió la boca y se la quedó mirando como si le hubiera dado una apoplejía.

Roxie suspiro.

Sabía que causaba aquel efecto en los hombres. Su bonito cabello negro siempre se veía reluciente y le caía hasta su cintura. Sus ojos, de un extraño color azul oscuro, que en ocasiones casi parecían violetas, eran grandes y rasgados, rodeados de unas largas y espesas pestañas oscuras. Tenía la nariz recta y los pómulos altos, además de unos labios gruesos por los que hubiera matado cualquier adicta a la cirugía estética. Eso, acompañado de su metro setenta de estatura, su cuerpo esbelto y tonificado, de largas piernas, cintura estrecha y sus pechos llenos, hacía de ella una mujer con un increíble atractivo sexual para el sexo opuesto.

—Quizá sea mejor que te acompañe a tu casa, para asegurarme que llegas sana y salva. —el chico se irguió y contrajo sus bíceps, para que ella se percatara de que estaba en muy buena forma.

Y lo cierto es que no estaba mal. Tenía un cuerpo atlético y su rostro era realmente atractivo, pero como solía ocurrirle, a ella no le despertaba ningún tipo de deseo. Como diría Max, ella estaba muerta de cintura para abajo.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. —trató de pasar junto a él, pero el chico se movió, cortándole el paso.

—No es ninguna molestia y me dejarías más tranquilo. —sonrió, tratando de mostrarse encantador—. Vamos, nena, soy un conversador muy divertido.

—¿Nena? —se indignó—. ¿Desde cuándo tenían aquellas confianzas?

—No lo discuto, pero prefiero ir sola, gracias, yo no soy muy buena conversadora por las mañanas. —se desplazó hasta el otro lado, pero de nuevo el musculitos se interpuso en su camino.

—No hace falta que hablemos, si tú no quieres. —le guiñó un ojo—. Se otras maneras en las que podemos divertirnos.

—No estoy interesada, gracias. —se dio media vuelta para marcharse en otra dirección, y que no pudiera volver a bloquearle el paso.

Pero una mano callosa la tomó por el brazo, impidiéndole que pudiera moverse.

—Vamos, guapa, no te hagas la estrecha.

—Suéltame. —exigió.

—¿Y si no quiero? —alzó las cejas, yendo de sobrado.

Con un rápido movimiento que había aprendido en las clases de defensa personal, le dio un giro al musculoso brazo masculino, haciendo que el chico chillara, dolorido.

—Me soltarás de todos modos. —le dio una patada en la parte trasera de la rótula, haciéndolo caerse de rodillas, mientras ella se desembarazaba de su mano y reanudaba su trote, de vuelta a casa.

—Maldita, zorra. —le oyó insultarla—. Eres una puta bollera, seguro.

Típico, pensó Roxie, aquello le solía ocurrir cuando daba calabazas a aquel tipo de machitos, que se creían irresistibles por el simple hecho de tener unos brazos del tamaño de unas vigas, que por otro lado eran proporcionalmente opuestos al tamaño de sus pequeños cerebros.

Llegó a su edificio y cuando estaba abriendo la puerta de su casa oyó su móvil sonar con insistencia, con el tono de Shallow, de Lady Gaga, que tanto le gustaba.

Tomó el móvil, miró la pantalla y sonrió alegre.

—Hola, hola, caracola.

—¿Dónde te habías metido? —se oyó la pizpireta voz de Max al otro lado de la línea telefónica—. Te he llamado seis veces, estaba a punto de llamar a la policía.

—No seas exagerada, loca. —rió—. Había salido a correr.

—Y cuantas veces te he dicho que no salgas a correr sin tu móvil. —la regañó—. ¿Y si te ocurriera algo?

—De acuerdo, mamá, lo recordaré para la próxima vez.

—Siempre dices lo mismo. —refunfuño, y tenía razón.

—¿Me llamabas por algo en especial?

Entró en el baño y tomó una toalla pequeña, con la que se secó el sudor de la frente y el cuello.

—Sí, quería decirte que ya he reservado mesa para el viernes en el restaurante que tanto te gusta.

—Genial. —dijo, sin mucho ánimo.

—Vamos, fea, no quiero verte así, ¿vale? —sabía perfectamente lo que Roxie estaba sintiendo—. Es tu cumpleaños y vamos a celebrarlo por todo lo alto.

—Loca, no se...

—Nada de no se. —la cortó—. El viernes nos arreglaremos, saldremos a cenar y después nos iremos a bailar, y con un poco de suerte, igual también echamos un polvo.

Roxie rió.

—Seguro que tú tienes más suerte que yo en eso.

—Porque eres demasiado exigente, además de fea, claro. —rió, divertida.

Ambas se partieron de risa.

Desde que iban al instituto, Max le había puesto el mote de fea, por ser todo lo contrario, mientras que ella la solía llamar loca, pero en este caso, su amiga sí era una loca encantadora.

—Yo llevaré a Grayson a la cena, últimamente estamos medio saliendo. —reconoció.

Grayson era el guapo vecino de Max y en ocasiones quedaban para desfogarse mutuamente. Aunque como siempre le pasaba, cuando la cosa se ponía un poco seria, su amiga ponía distancia de por medio.

—Es buen chico. —reconoció Roxie.

—Emm, sí. —contestó algo incomoda—. Aunque sabes que a mí no me van mucho los buenos chicos. —era cierto—. ¿Y tú, porque no invitas al tío bueno de tu compañero de trabajo? Ese hombre está para chuparse los dedos.

Sabía perfectamente a quien se refería Max.

Ryan Stuart era compañero suyo en el periódico. Un bombón de pelo rubio y ojos castaños, que tenía a todo el personal femenino revolucionado. Cualquiera de todas sus compañeras hubiera dado un brazo porque les hubiera prestado atención. Sin embargo, Ryan solo tenía ojos para ella. Y no es que a Roxie le desagradaba, el hombre le parecía atractivo, pero la simple atracción física no era bastante para ella. Esperaba algo más. Deseaba que su corazón se desbocara, que sus manos ardieran de deseo por tocar a un hombre. Quería volverse loca de excitación y hasta ahora, eso no le había ocurrido.

Había tenido un par de novios, pero ninguno que la hubiera hecho vibrar.

—¿Roxie? —oyó la voz de Max al otro lado del teléfono.

—Perdona, loca, estaba distraída.

—Distraída buscando una excusa para no invitar al chulazo.

—No lo sé, ya me pensaré si invitarlo. —se encogió de hombros—. Tampoco quiero que se haga una idea equivocada.

—¿Qué idea equivocada, fea? —espetó—. Llevas más tres años sin tener sexo. ¡Tres años! —gritó—. ¿Qué hay de malo en invitar a un chico guapo a cenar y bailar? Y si ocurre lo que debería ocurrir, mejor aún. Sinceramente, creo que vuelves a ser virgen, no te digo más.

Roxie rió divertida.

—Estás muy loca.

Max también rió.

—Eso ya lo sabías y me quieres igual.

Roxie miró el reloj y se sorprendió al ver que le quedaba apenas media hora para tener que estar en el periódico.

—¡Madre mía, Max! Que tarde es, tengo que colgarte.

—Está bien, fea, pero piensa en lo que te he dicho.

—De acuerdo.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Colgó y se apresuró a darse otra ducha.

Después se puso una blusa blanca y una falda de tubo negra. Sus tacones más cómodos, y colgándose el bolso sobre el hombro, echó a correr hacia el trabajo, olvidando de nuevo su móvil sobre la encimera de la cocina americana.

Como era de esperar, llegó tarde al trabajo. Rezaba porque Stephen, su jefe, no se hubiera dado cuenta.

—Buenos días, linda. ¿Se te han pegado las sabanas esta mañana?

Roxie se volvió hacia Ryan, que la miraba con su afable sonrisa de siempre.

—Eso parece. —suspiró.

—No te preocupes, le dije a Stephen que habías salido a buscarle un café.

—Vaya, entonces será mejor que vaya, antes que...

—Ten. —le tendió un vaso de café para llevar—. Como le gusta, descafeinado y con mucha espuma.



Roxie lo tomó y le dedicó una amplia sonrisa de agradecimiento.

—Muchas gracias, Ryan, cualquier cosa que necesites...

—Con esa sonrisa me doy por más que satisfecho, linda. —le guiñó un ojo.

Roxie se lo quedó mirando.

Max tenía razón, Ryan era un auténtico bombón.

Con aquella sonrisa pícara y esos ojos castaños siempre alegres. Era alto, mediría un metro ochenta y cinco y su cuerpo era atlético, no demasiado musculoso, pero sí bastante fibrado.

Y era cierto que llevaba más de tres años sin besar a un hombre, desde que rompiera con su último novio, Toby Petersen.

Después murieron sus padres y ya no había sentido ningún tipo de interés hacia el sexo. Pero últimamente si se sentía algo más excitada, sobretodo, cuando despertaba de sus extraños sueños con aquel vampiro, que parecía hecho para enloquecer a las mujeres.

—De todos modos me gustaría invitarte a cenar. —dijo, sin pensarlo, para no arrepentirse—. El viernes mi amiga Max ha reservado en el Bistros y después seguramente iremos a bailar. Ella ira acompañada de un amigo y me preguntaba si tu querrías acompañarme a mí.

Ryan sonrió ampliamente.

—Me encantaría ir, Roxie.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Ahora será mejor que vaya a llevar el café a Stephen, antes de que se enfríe.

Se apresuró a tocar a la puerta de su jefe, que le dijo que pasara, con su voz hastiada de siempre.

—Le traigo su café, como le gusta, descafeinado y con mucha espuma.

Tendría unos cuarenta años y era robusto. Con el escaso pelo oscuro cortado muy corto, como para disimular la falta de él.

El hombre alzó sus ojos negros hacia ella y la miró frunciendo el ceño.

—Recuérdame que después le dé las gracias a Ryan.

Roxie se quedó pálida.

—¿Acaso crees que no me doy cuenta cuando llegas a trabajar o cuando no? —gruñó—. ¿Me crees un estúpido?

—N...no, claro que no.

—Conozco a las mujeres como tú, que se creen que lo tienen todo ganado enseñando las piernas. —el hombre bajó la mirada, recorriendo con ella la figura femenina.

Roxie respiró hondo y dejó el vaso de café en la mesa del hombre, lo más alejado posible, para no estar demasiado cerca de él.

—Lo lamento, no volverá a ocurrir.

Se apresuró a salir del despacho, aunque durante todo el trayecto notó los ojos del hombre fijos en su trasero.

Roxie se sentó pesadamente en su silla.

Esa era su maldición, despertar la lujuria en cualquiera que llevara pantalones.

El viernes llegó más rápido de lo que le hubiera gustado. Había quedado con Ryan a las siete de la tarde y él los llevaría a todos con su coche al restaurante, ya que Grayson tenía moto y Max no quería montarse en ella con el minivestido que pensaba ponerse.

Roxie salió de la ducha y se secó el pelo, dejándolo suelto en ondas, de modo natural.

Después se acercó al armario y sacó unos pantalones negros de pitillo y una camisa azul

celeste.

Cuando ya estaba vestida, se acercó al espejo y se aplicó un sencillo brillo de labios.

En ese momento sonó el timbre de la puerta, aún quedaba media hora para que Ryan llegara, así que imaginó que Max se había adelantado.

En cuanto abrió la puerta, la pequeña figura de su amiga pasó dentro del loft, con una botella de vino blanco en la mano.

Su cabello rojo y completamente rizado era lo que más llamaba la atención de ella. Era de baja estatura, rondaría el metro sesenta, y su cuerpo era delgado pero bien proporcionado. Su cara era redonda y unas alegres pecas salpicaban sus mejillas. Sus ojos eran de un bonito color miel, con largas pestañas caobas y una naricilla graciosa y respingona, que le daban un aspecto aniñado y encantador.

Aquella noche se había puesto un vestido diminuto, de color plateado anudado al cuello, que dejaba su preciosa espalda al descubierto. Además de ir encaramada a unos súper tacones también plateados.

Se había puesto sombra ahumada negra, dando a sus ojos un aspecto felino. Un toque de colorete y un brillo rojo en sus labios en forma de corazón, completaban su estilismo.

Se volvió hacia ella y se la quedó mirando.

—¿Así es como piensas salir?

Roxie miró su ropa.

—Sí, ¿qué pasa?

—Por Dios, fea, ¿cómo te sacas tan poco partido?

Se aproximó a su armario y comenzó a rebuscar.

—Yo me veo bien. Además, estoy cómoda.

—Ese es el problema, hoy no es día para ir cómoda, hoy es día para volvernos locas por tu cumpleaños.

—No sé si estoy de acuerdo contigo.

—Perfecto. —exclamó.

—¿Cómo?

Max sacó un vestido corto rojo, que solo tenía un tirante y dejaba el otro hombro al descubierto.

—Este vestido es perfecto, dejarás al chulazo de tu compañero con la boca abierta. —le guiñó un ojo, divertida.

—No, no. —retrocedió, con las manos en alto—. Hace casi cuatro años que compré ese vestido y no he vuelto a ponérmelo. Ni siquiera sé porque lo conservo.

—Lo conservas para esta noche.

Dejó el vestido sobre la cama y se acercó a la cocina para abrir la botella de vino y servir el líquido ambarino en dos copas.

—Vamos, fea, pónelo.

—Pero, Max...

Su amiga le tendió la copa de vino y cuando Roxie la tomó se puso en jarras delante de ella.

—Vamos a ver, tienes dos opciones. —alzó un dedo—. Uno, te pones el vestido ahora, sin discutir, o dos. —levantó otro dedo—. Discutimos hasta que sea casi la hora de salir y finalmente te pones el vestido después de que haya pateado tu escuálido culo. Tú decides.

Roxie rió.

—Está bien, tú ganas. —cedió.

—Por supuesto. —sonrió, triunfante.

Después de ponerse el vestido, Max le dijo que haría juego con unas preciosas sandalias negras, que tenían unas cuerdas que subían hasta la mitad de su pantorrilla. Le dijo que le sentaría bien hacerse una raya negra en el parpado y ponerse un poco de rímel. Después le aplicó algo de colorete y por último, le ordenó pintarse los labios de rojo, para que hicieran juego con el vestido.

Así es que del look original que Roxie tenía pensado, solo se salvó su pelo suelto, que le caía hasta la cintura.

—Ahora estás perfecta. —la miró satisfecha.

—Parece que vaya pidiendo guerra. —frunció el ceño.

—Eso exactamente es lo que te hace falta. —dijo, mientras cogía su bolso y salían ambas del loft, para reunirse con los chicos—. Últimamente no duermes bien, solo sueñas con ese hombre que forma parte de tus fantasías eróticas y eso es porque tu cuerpo te está pidiendo un buen revolcón.

Roxie le había contado a Max sus extraños sueños y quizá tuviera razón y era su subconsciente que le estaba haciendo saber que necesitaba volver a interesarse por los hombres.

Cuando salieron al portal, Ryan y Grayson se estaban presentando.

Ambos hombres eran atractivos a su manera.

Mientras Ryan vestía un traje negro, con la americana abierta y una camisa blanca, impolutamente planchada. Grayson llevaba unos tejanos y una camiseta negra ajustada, por las que sobresalían los tatuajes de sus brazos musculosos. Era más bajo que Ryan, pero también más fornido. Con el pelo cortado al rape y la nariz algo torcida, ya que era boxeador. El atractivo de este era salvaje, mientras que Ryan destilaba elegancia.

—Buenas noches, bombones. —dijo Max, al llegar hasta ellos.

Ambos se volvieron a mirarlas y los dos hombres se quedaron embobados observando a Roxie, que se removió incomoda.

—Buenas noches.

Tanto Grayson como Ryan continuaron sin decir palabra y sin apartar los ojos de ella, hasta que Max se puso delante, moviendo la mano de un lado al otro para llamar su atención.

—Tierra llamando a los bobalicones, tierra llamando a los bobalicones. ¿Hay alguien ahí?

Ryan desvió la mirada, ruborizándose avergonzado, mientras que Grayson carraspeó, besando a Max en los labios.

—Estás buenísima esta noche, cariño. —le dijo, dándole una cachetada en el culo, a la que Max respondió con una risita traviesa.

—Lo sé. —se dio una vuelta sobre sí misma, coqueta.

—Perdón si te he incomodado, Roxie. —se disculpó Ryan—. Pero es que estás preciosa.

Ella sonrió, halagada.

—Gracias, tú también estas muy guapo. —y lo decía de verdad.

—¿Qué os parece si nos vamos ya? —dijo Max, y todos estuvieron de acuerdo con ella.

El Bistros era un restaurante pequeño y acogedor, donde había música en directo y se comía de maravilla. Era muy difícil reservar en él y solo lo habían conseguido porque Max cantaba allí algunas noches, y gracias a eso, tenían trato de favor.

Los cuatro cenaron de maravilla.

La charla fue amena. Ryan estuvo muy pendiente de ella y se comportaba como un caballero. Por otro lado, la pareja formada por Grayson y Max se habían manoseado y besuqueado más de lo que a Roxie le hubiera gustado, pero ya conocía a su amiga, era igual que su roja melena rizada.

Indomable, apasionada y totalmente alocada.

Hubo un momento en que el metre le vino a pedir a Max que subiera al escenario a cantar y esta lo hizo encantada.

Su voz era increíble. Dulce, con una potencia brutal. Llegaba a notas a las que muy poca gente podría llegar. Encima del escenario irradiaba luz. Todo el mundo se quedaba embelesado escuchándola, como si se sumieran en un hechizo, igual al que se les presuponía a las sirenas.

—Tu amiga canta como los ángeles. —le susurró Ryan, cerca de su oído.

—Sí, es un espectáculo verla actuar.

Se volvió a mirarle y se dio cuenta del brillo apasionado que había en los ojos castaños del hombre.

Roxie se sintió halagada y también algo emocionada, pero no despertó aquella pasión que ella anhelaba. Eso la hizo sentir algo incomoda y para disimular, se llevó la copa de vino a los labios y bebió un largo trago.

—Guau, vaya subidón. —dijo Max, acercándose a la mesa dando saltitos—. ¿Qué os parece si nos vamos a mover un poco las caderas? —contoneó su cuerpo—. Este cuerpo está deseando marcha.

Grayson la cogió por la cintura y la apretó contra él.

—Yo sí que te voy a dar marcha. —la besó con pasión en los labios y Max le pasó los brazos por el cuello, devolviéndoselo con el mismo ardor.

Roxie volvió a beber otro trago para no tener que mirarlos. Ryan se puso en pie y le retiró la silla, caballerosamente.

—Vamos.

Cuando llegaron a la discoteca, Roxie se sentía fuera de lugar.

Max y Grayson, sin embargo, parecían conocer a todo el mundo, y no le extrañaba, porque su amiga era la persona más sociable que conocía.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Ryan, tomándola del brazo y acercándola a la barra.

Roxie se sentía un poco achispada, pero tenía ganas de tomarse algo más para ver si podía desinhibirse.

—Sí, pídemme un puerto de indias, por favor.

Ryan, solícito, le pidió a ella su bebida y él se pidió ron negro con coca cola.

Cuando el camarero les sirvió, el hombre le pasó a ella la bebida y apoyando un codo en la barra, se la quedó mirando fijamente.

—Espero que estés disfrutando de tu celebración de cumpleaños.

—Sí, está siendo muy divertida gracias a vosotros.

Ryan se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita perfectamente envuelta.

—Felicidades. —le dijo, tendiéndole el regalo.

—Ryan. —se quedó mirando el paquetito—. No tenías que haberte molestado.

—No ha sido ninguna molestia. —le aseguró, poniéndole el regalo en la mano—. Ábrelo, por favor.

Roxie, con dedos temblorosos, desenvolvió el regalo y al abrir la tapa de la cajita pudo ver unos preciosos pendientes en forma de corazón.

—No sé qué decir Ryan. —le miró a los ojos.

—Dime si te gustan.

—Claro que me gustan, son preciosos.

Ryan sonrió y se inclinó lentamente hacia ella, dándole tiempo por si quería apartarse.

Roxie no estaba segura si eso era buena idea, pero decidió dejarse llevar, así que cerró los ojos y disfrutó del suave contacto de los labios masculinos sobre los suyos.

Dios, cuanto tiempo hacía que no la besaban. Max tenía razón, lo echaba de menos.

—No sabes cuánto tiempo llevo deseando besarte. —le susurró el hombre contra sus labios.

Roxie alzó sus brillantes ojos, con los que le costaba un poco enfocar el apuesto rostro de Ryan a causa del vino, pues ella nunca bebía alcohol y le estaba afectando.

—No sabes cuánto tiempo hace que nadie me besa. —reconoció.

—No puedo creerlo, eres preciosa. —le acarició suavemente la mejilla.

Roxie quería volver a besarlo. Más que eso, deseaba meter las manos bajo su camisa y acariciar su pecho. Deseaba que le hiciera el amor y lo deseaba ya.

—Me gustaría que me llevaras a casa. —le dijo, mordiéndose el labio inferior.

—¿Estas cansada? —le colocó un mechó de pelo tras la oreja.

—No.

Se puso de puntillas y le rozó suavemente los labios con los suyos.

—Pero me gustaría poder besarte con mayor intimidad.

Los ojos de Ryan brillaron aún más, cargados de deseo por ella.

—Me parece una idea maravillosa.

—Déjame despedirme de Max.

Roxie se apresuró a acercarse donde su amiga y Grayson bailaban restregándose el uno contra el otro.

Roxie carraspeó y tocó el hombro de su amiga.

—Loca, me voy.

—¿Qué dices? —Max se dio la vuelta, para mirar a su amiga, mientras Grayson la agarraba por la cintura, dándole besos en la nuca.

—Me marcho ya.

—No puedes irte, acabamos de llegar.

—Me voy con Ryan. —aclaró.

Max sonrió de oreja a oreja.

—Serás zorra. —rió—. Haces bien, fea, disfruta de ese hombre todo lo que aguante.

Roxie sonrió.

—Eso haré.

Empezó a alejarse, pero no sin antes escuchar gritar a Max:

—Mañana te llamaré para saber todos los detalles.

Llegaron frente a la casa de Roxie, donde Ryan aparcó su coche.

El trayecto había sido un poco tenso, pues Roxie era consciente de lo que iban a hacer cuando llegaran a su casa y eso la ponía nerviosa.

—¿Sigues queriendo que suba? —le preguntó Ryan.

Roxie asintió, incapaz de decir una palabra.

Entonces el hombre se bajó del coche y le abrió la puerta, para que ella hiciera lo mismo.

La besó suavemente en los labios y cogidos de la mano, subieron las escaleras.

Cuando entraron al loft y se quedaron a solas, Roxie sentía que se le salía el corazón.

—Tienes una casa preciosa.

—Más bien práctica. —reconoció—. Es pequeña y no tiene luz, pero por ahora es lo único que me llega para pagar sin tener que compartir.

—A mí me gusta. —le dijo el hombre.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció.

Ryan negó con la cabeza y se acercó a ella.

Le acarició el cuello y la besó en los labios. Roxie posó las manos en su pecho y cerró los ojos, decidida a dejarse llevar.

Ryan la tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo, ella pudo notar su erección a través de la ropa.

Le quitó la chaqueta y la tiró al suelo, después empezó a desabrocharle la camisa.

Ryan tomó la falda de su vestido y comenzó a subírselo, quitándoselo por la cabeza.

Se apartó un poco de ella, para poder contemplarla y casi se quedó sin aliento.

—Madre mía, Roxie, eres perfecta.

Ella se ruborizó y para no dejarse llevar por la vergüenza, volvió a besarle.

Ambos se dejaron caer en la cama y Ryan se colocó sobre ella.

Roxie jadeó, pero de repente la imagen del vampiro moreno de sus sueños asaltó su mente, mirándola con aquellos ojos azul verdoso.

Ella abrió los ojos, deseando apartar aquellas imágenes de su mente.

Concéntrate en Ryan—. se dijo a sí misma, acariciando el pecho fibrado de este.

Ryan le acarició uno de sus pechos por encima del sujetador de encaje negro y Roxie volvió a cerrar los ojos.

Y de nuevo el hombre de sus sueños se apoderó de su mente, que mordiéndole el cuello le dijo:

—*Eres mía.*

Roxie gritó y se apartó de Ryan de un salto, pues había sentido los colmillos clavarse en su yugular.

Ryan cayó de espaldas sobre el colchón

—¿Estás bien? —se la quedó mirando alarmado—. ¿Te he hecho daño?

—No...no me has hecho daño. —consiguió decir confundida, aun sintiendo los dientes del vampiro en su cuello.

Ryan trató de acercarse a ella y Roxie se alejó aún más.

La miró con el ceño fruncido.

—¿He hecho algo mal?

—No, Ryan, lo siento, tú no has hecho nada. —y decía la verdad—. Soy yo, creo que no estoy preparada...

—Puedo ir más despacio, Roxie, solo dime que quieres...

—Necesito que te vayas. —le dijo—. Lo siento.

Ryan se irguió y respiró profundamente. Malhumorado se abotonó la camisa, girando la cara para no mirarla.

Roxie fue al baño y se puso el albornoz por encima, pues se sentía cohibida por estar semidesnuda delante de él. Después, se acercó a su bolso y sacando la cajita de los pendientes se la devolvió.

—Ha sido un detalle muy bonito, Ryan, pero no creo merecerlo.

El hombre tomó la cajita de su mano con brusquedad, sin dedicarle una sola mirada.

Roxie, incomoda, se agachó en el suelo para tomar la chaqueta del hombre y la levantó. La cartera de Ryan se cayó y quedó abierta, cuando Roxie se agachó a recogerla, una imagen de él frente a una piedra con un extraño símbolo le llamó la atención.

Era el símbolo de sus sueños. No podía ser porque ella jamás había visto aquel lugar. No fuera de sus sueños, claro.

—¿Dónde te hiciste esta foto?

Ryan se volvió a mirarla hoscamente.

—¿Qué pretendes ahora Roxie? ¿Qué te de conversación? —le soltó con brusquedad.

—No... es solo que me llamó la atención esta foto, nada más.

—Pues es en Noruega, en las islas Lofoten. —le dijo de mala gana—. ¿Alguna otra duda que pueda resolverte, Roxanne? —repuso con frialdad.

—Ryan, no quiero que te vayas enfadado. —le pidió.

Ryan rió amargamente.

—¿Enfadado? —le dijo con ironía—. Lo que estoy es hasta las pelotas de tratarte como a una princesa, para no conseguir nada a cambio.

Roxie se envaró, molesta con lo que le decía.

—Nunca te he prometido nada.

—Hasta esta noche. —le echó en cara—. Eres una caliente pollas.

Ella le miró asombrada, viendo por primera vez la cara de Ryan.

—Márchate de mi casa.

Ryan recorrió el cuerpo femenino con la mirada y sonrió, sarcástico.

—Qué desperdicio de cuerpo para una frígida como tú.

Y diciendo esto salió del loft, dando un portazo tras él.

Roxie suspiró y dio gracias a que su vívida imaginación le había impedido cometer el error de acostarse con aquel hombre, que había sido un falso con ella solo para llevársela a la cama.

Pasó al baño y se hizo un moño.

Cogió la loción desmaquilladora y poniéndose ante el espejo, comenzó a quitarse todo el maquillaje.

Cuando estaba limpiándose el maquillaje del cuello se dio cuenta que tenía unas marcas rojas en él, donde había sentido el mordisco en su imaginación. Se acarició la zona y la sintió dolorida, a la vez que enrojecida.

¿Qué estaba pasando?

Notó su corazón latir aceleradamente.

Así que con lo que soñaba era con las Islas Lofoten, ¿cierto?

Pues necesitaba ir a averiguar que le estaba pasando.

¿Qué era ese símbolo? ¿Quién era ese hombre? ¿Era posible que al igual que la piedra, él también existiera?

No lo sabía y todo parecía una locura, pero ella necesitaba averiguarlo, aunque finalmente todo fuera una pérdida de tiempo.

Abdiel estaba haciendo ejercicio en el gimnasio privado de la guarida, cuando una sensación de desasosiego se apoderó de él.

Se levantó de la máquina de pesas y se presionó las sienes.

¿Qué le estaba pasando?

Sentía una profunda decepción en su interior, pero estaba claro que aquellos sentimientos no eran suyos, pertenecían a otra persona. Una persona que había sufrido mucho en su vida. Había perdido a gente que amaba y aquello había dejado su corazón dolorido y al borde del abismo.

En los miles de años que llevaba de vida, aquello nunca le había pasado hasta hacia un año. Extrañas sensaciones e imágenes iban y venían a su mente y no entendía que le estaba sucediendo.

Respiró hondo varias veces y se concentró en su propio yo.

Vio una imagen borrosa en su cabeza. Parecía una mujer, su cabello era largo y su cuerpo esbelto, pero no podía percibir más allá.

Tan pronto como habían aparecido aquellas visiones, desaparecieron, dejándolo un tanto aturdido.

Sabía que aquello significaba algo, solo esperaba que fuera lo que fuera, pudiera con ello.



## Capítulo 2

A la mañana siguiente, Roxie llamó al periódico para presentar la renuncia.

Por un lado, aquel no era el trabajo de su vida y por otro no quería tener que volver a ver a Ryan después de lo que había pasado entre ellos. Además, tampoco pensaba aguantar más las miradas lascivas que su jefe siempre le dedicaba.

Estaba decidida a ir a Noruega y averiguar que le estaba pasando.

Cuando llamó a Max para explicarle lo que le había pasado con Ryan, esta se puso furiosa.

—Será pedazo de cabrón.

—No era como creíamos. —dijo Roxie.

—Es un cabrón mentiroso.

—Pues sí. —suspiró.

—Tú no te agobies, fea, hay muchos hombres en el mundo y todos darían uno de sus testículos por estar contigo.

Roxie rió.

—Eres una bruta.

—Soy aplastantemente sincera. —rió también.

—Y hablando de hombres. —dijo Roxie—. He decidido ir en busca de uno.

—¿En serio? —se extrañó—. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Te he hablado de él.

—¿No será Toby? Porque he de decirte amiga que le vi el otro día y creo que hace años que no puede verse lo que le cuelga. —bufó—. Menuda barriga cervecera le ha salido.

—No es Toby.

—¿Y cómo se llama ese hombre misterioso?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —se extrañó.

—No

—¿Dónde le has conocido? —indagó aún más.

—En mis sueños.

—¿Qué?

—Es el hombre que se me aparece en sueños, Max.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó, alterada.

Roxie rió.

—La loca de las dos eras tú.

—Pues creo que hemos cambiado los papeles. —dijo—. ¿Acaso te has golpeado la cabeza?

—No, pero mis sueños cada vez son más reales. —se explicó—. Ayer pude sentir como me mordía el cuello, incluso parecía tener las marcas.

—Me estás poniendo los pelos de punta, menudo yuyu. —sintió un escalofrío.

—Además, ¿recuerdas la piedra con aquel símbolo que se repetía una y otra vez en mis sueños?

—Claro que lo recuerdo, hasta me hiciste un dibujo.

—Pues ayer vi la misma piedra en una foto que Ryan llevaba en la cartera. Me dijo que era en las islas Lofoten, en Noruega y pienso ir a investigar.

—Madre mía. —suspiró—. Podríamos ir dentro de un par de meses, si quieres. Yo no cojo más

actuaciones y a ti quizá puedan adelantarte las vacaciones del año que viene.

—Yo salgo pasado mañana para allá, Max.

—¿Qué? —gritó—. Pero, ¿cómo? ¿Te han dado permiso en el periódico?

—Lo he dejado.

—¡Roxie!

—He dimitido, Max. —le explicó—. No era el trabajo de mi vida y encima tenía que soportar a Stephen y sus insinuaciones. Solo me faltaba encima ver a Ryan y saber la doble cara que vende.

—Esto es una locura, incluso para mí.

Roxie rió.

—Lo sé, pero tengo que hacerlo.

—Me gustaría poder acompañarte pero tengo muchas actuaciones cerradas. Si las cancelo, nunca más me volverán a llamar de esos locales.

—Lo comprendo perfectamente, loca, no te preocupes.

—Quiero que me llames continuamente. —le dijo.

—Lo haré.

—Madre mía, madre mía. —espetó—. Míralo por el lado bueno, si no obtienes respuesta, por lo menos habrás vivido una aventura.

—Y cuando vuelva ya pensaré como voy a vivir y demás. —rió, sintiendo un poco de vértigo por todo lo que había hecho de forma precipitada.

—Eres una periodista excelente, encontraras trabajo rápido y mi casa siempre estará abierta para ti, lo sabes.

—Lo sé. —repuso, emocionada.

—Te quiero, fea mía.

—Yo también te quiero, hermana.

El vuelo fue tranquilo y Roxie pudo descansar.

Extrañamente, desde que había decidido ir a buscar respuestas, no había vuelto a soñar con nada referente al vampiro misterioso.

¿Y si estaba equivocada? Estaba claro que todo aquello era una locura, pero algo dentro de ella le decía que debía tratar de buscar respuestas.

Llegó a la casa de huéspedes pasada la hora de la cena. El lugar era bonito. Las paredes eran de piedra y todo estaba decorado al estilo rustico. Una gran cantidad de flores adornaban todos los rincones, haciendo que el aire oliera a naturaleza.

—God nat. —le dijo la señora que había tras el mostrador de recepción—. ¿Jeg kan hjelpe henne?

—Lo siento, no la entiendo. —dijo Roxie.

—Oh, ¿Inglesa? —la mujer le sonrió con amabilidad, hablando con un marcado acento.

—Americana. —le devolvió la sonrisa.

—Bien, bien. ¿Tiene reserva?

—Sí, a nombre de Roxanne Black.

La señora miró en el libro que tenía delante de ella y Roxie sonrió. No recordaba la última vez que no miraban un ordenador para verificar algo y le agradó que aquella casa de huéspedes aún pareciera estar anclada en los noventa.

—Ajá, aquí está. —apuntó algo en el libro—. ¿Quiere cenar algo, señorita Black?

—Si no es molestia.

—Para nada, un momento. —se asomó por la puerta del pasillo—. ¡Jonas! —gritó.

Por la puerta apareció un joven de unos veinte años, alto y desgarbado, con el cabello pelirrojo y alborotado.

—Ledsage damen til rommet sitt. —le dijo la mujer—. Señorita Black, este es mi hijo Jonas, la acompañará a su habitación y en un momento yo le subiré algo de comer.

—Está bien, muchas gracias.

—¿Querría algo en especial? —le volvió a preguntar la mujer.

—Cualquier cosa estará bien, gracias.

—De acuerdo. —dijo la señora—. Yo me llamo Frida, por cierto.

—Encantada, Frida, puede llamarme Roxie.

La mujer sonrió ampliamente y desapareció por una de las puertas.

—Deje que le lleve el equipaje. —dijo el joven pelirrojo.

—Muchas gracias. —Roxie le entregó la única maleta que había llevado y le siguió escaleras arriba.

—Su habitación es la número quince. —abrió la puerta y dejó la maleta dentro—. Esta es su llave. —se la entregó.

—Gracias, Jonas. —le dijo, y el joven enrojeció como si estuviera a punto de estallar.

Le hizo una leve inclinación de cabeza y salió apresuradamente de la estancia.

Roxie suspiró y miró alrededor.

La habitación era sencilla, con una gran cama en el medio, dos mesitas una a cada lado y un armario de doble puerta en una de las esquinas. También había una puerta que conducía a un aseo completo, con una ducha pequeña, pero muy limpia.

Se puso ante el espejo y se quedó mirándose en él. Su reflejo pareció cambiar y se vio con el cabello recogido en una larga trenza, con flores entrelazadas en ella y una túnica blanca y vaporosa, como única indumentaria.

Roxie parpadeó rápidamente y la imagen desapareció.

Dios mío, igual se estaba volviendo loca. Si después de esto no descubría nada relevante, sin duda debería acudir a un médico especialista en personas con alucinaciones.

Llamaron a la puerta y se apresuró a abrir.

Frida entró con una bandeja, que dejó sobre una de las mesitas.

—Aquí tiene, señorita Roxie. Le he traído un bocadillo de queso, una naranja y un poco de agua. —la miró apurada—. Siento no haber podido traer algo más elaborado, pero a estas horas ya no esperaba que llegara nadie.

—No se preocupe, Frida, esto ya está bien. —le dijo con sinceridad.

—Me alegro, sov godt. —dijo al salir por la puerta—. Que duerma bien.

Roxie se sentó en la cama al quedarse a solas y dio un bocado al bocadillo. Lo cierto es que aquella visión la había dejado con el estómago cerrado y sumamente agotada.

Se recostó en la cama y cerró los ojos, y antes de darse cuenta se había dormido.

Volvió a soñar con la piedra y aquel extraño símbolo, que parecía un rayo dentro de un círculo.

Roxie inspeccionaba aquel trozo de montaña, como si quisiera encontrar algo, hasta que notó que una de las piedras estaba más suelta. Tiró de ella y consiguió sacarla y debajo había un teclado numérico.

Muy segura tecleó el 12, que era el día de su nacimiento, el 24, cuando Max se unió a su familia, el 6, el día en que fallecieron sus padres y el 19, que era el día actual, y como por arte de magia la piedra que estaba marcada se hundió, dejando ver un largo y oscuro pasillo, que

conducía a las entrañas de la montaña.

Su alarma sonó y Roxie se despertó sobresaltada. Aun llevaba puesta la ropa de la noche anterior y no había probado bocado de lo que Frida le había dejado para cenar.

Suspiró y peló la naranja, para comérsela. Cuando acabó sacó de su maleta su ropa interior, unos sencillos vaqueros, una camiseta blanca y unas deportivas del mismo color y entró al baño a darse una ducha.

Cuando bajó a la recepción, aún tenía el cabello húmedo.

—Buenos días, Frida. —saludó a la señora.

—¿Que tal ha dormido, señorita Roxie?

—Muy bien, gracias. Puede llamarme Roxie simplemente.

La señora asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Roxie.

—Quería aprovechar la mañana para hacer turismo y me preguntaba si usted conoce el lugar donde se encuentra una roca, con un símbolo. Parece como un círculo con un rayo dentro.

La mujer dio un paso atrás y pareció palidecer.

—Yo... no recuerdo ningún lugar así, seño... Roxie. —se corrigió—. ¿Lo busca por algo en especial?

—No. —mintió—. Simplemente un amigo estuvo aquí hace años y me mostró fotos del lugar y quisiera visitarlo.

—Pues lamento no poder ayudarla. —rió forzosamente.

Roxie sentía que la mujer si sabía dónde se encontraba el lugar, pero no quiso presionarla.

—Está bien, entonces simplemente iré a explorar los alrededores.

Salió de la casa de huéspedes.

Iba a dirigirse hacia las montañas que se veían a su izquierda, cuando de pronto notó como un tirón en las entrañas, que le indicó que la dirección correcta era a su derecha.

—Está bien, Roxie. —se dijo—. Si te has vuelto loca, que sea a lo grande.

Siguió aquel rumbo, apreciando el pintoresco paisaje de casitas de colores a su paso.

Caminaba por donde su instinto le indicaba y cuando llevaba casi tres horas andando a paso rápido, su corazón comenzó a acelerarse, recordándole a una novia cuando estaba a punto de llegar al altar.

Y de repente, la piedra de sus sueños apareció ante ella.

—Es increíble. —sentía la boca seca.

Alzó una mano temblorosa y acarició el símbolo, que pareció darle una descarga eléctrica.

Recordando el sueño de aquella noche buscó entre las piedras, pero ninguna parecía estar suelta. Después de media hora de búsqueda, se dio por vencida, sentándose en el suelo, con la espalda pegada a la pared de piedra.

—Estaba claro, esto era una locura.

Cerró los ojos, recostando la cabeza con la sólida roca.

Entonces, unas palabras que no reconocía ni sabía que significaban resonaron en su mente.

Roxie se puso en pie de un salto y mirando el símbolo, murmuró:

—Vis deg selv. Jeg bestiller deg.

Un brillante resplandor iluminó la montaña, como si un rayo la hubiera alcanzado.

Alargó las manos y volvió a recorrer la roca. Esta vez sí noto una de las piedras más floja. Tiró de ella y cuando consiguió arrancarla con bastante esfuerzo, dicho sea de paso, ante ella apareció el teclado numérico que había visto en sus sueños.

Roxie marcó todos los números que había tecleado en el sueño y como en él, la piedra se

hundió hacia dentro, mostrando un corredor dentro de la montaña.

—¡Madre mía! —exclamó, con el corazón a punto de estallarle.

Encendió la linterna del móvil y anduvo unos pasos hacia dentro. Aquel pasillo parecía bastante largo, pues no se veía el final.

Miró si tenía cobertura, pero allí dentro no la había, así que salió a la entrada de la cueva y aunque leve, algo si le llegaba.

Tecléo el teléfono de Max y al segundo tono, su amiga lo cogió.

—Ya era hora, fea, ayer no me llamaste para decirme que estabas bien.

—Perdona Max, me quedé dormida.

—¿Y qué tal está yendo tu investigación?

—No te lo vas a creer, pero lo he encontrado. He encontrado la roca de mis sueños...

—¿Qué? No puedo creerlo. —exclamó—. ¿Cómo?

—Todo parece una locura, pero gracias a mis sueños descubrí lo que debía hacer. —le explicó—. Max, el código que necesité poner para abrir la montaña tenía que ver con momentos importantes de mi vida y...

De repente gritó cuando alguien tiró de ella hacia atrás con mucha fuerza, tomándola enérgicamente de la cintura, mientras le tapaban la boca con una enorme mano.

—¡Roxie! ¡Roxie! —oía chillar a Max a través del teléfono, hasta que una enorme bota pisó el móvil, rompiéndolo.

Después se sintió arrastrada hacia dentro del corredor de la montaña, que se quedó en total oscuridad cuando la piedra del símbolo volvió a cerrarse.

De pronto el enorme hombre la lanzó contra el suelo y ella se quedó arrodillada allí, sin ver nada, con las rodillas y las palmas de las manos doloridas por la fuerza del golpe y un profundo terror atenazándole el pecho.

—¿Quién eres? —gruñó el hombre y Roxie reconoció inmediatamente su voz.

—Eres tú. —susurró, con los ojos abiertos como platos, sin saber hacia dónde mirar y en qué lugar se encontraba el hombre.

Roxie gritó al notarse que la alzaban por el pelo.

—¿De qué me conoces? —notó su aliento contra el rostro.

—Yo... —tenía la garganta oprimida por el miedo y no le salían las palabras.

—¡Habla, mujer! —rugió.

Roxie solo atinó a chillar y taparse la cara con ambas manos, mientras lágrimas de terror descendían por sus mejillas.

El desconocido gruñó, con una especie de rugido animal y tomándola fuertemente del brazo la arrastró por el corredor totalmente a oscuras.

Roxie no veía nada y tampoco podía seguirle el paso, pues sus piernas parecían haberse convertido en gelatina, por lo que iba dando tropiezos, y no caía al suelo gracias al fuerte agarre del hombre.

Cuando llegaron a una especie de celda, las luces se encendieron de forma automática y el hombre la tiró sobre un camastro que había contra la pared.

Roxie expulsó de golpe todo el aire de sus pulmones cuando impactó contra el duro catre y el cabello le cubrió el rostro.

Oyó como la puerta de aquel calabozo se cerraba, con un sonido de arrastre y notó la presencia del hombre a su lado, por lo que no se incorporó, pues no se veía con fuerzas para enfrentarlo.

—Me vas a decir quién eres y quien te ha mandado aquí. —ordenó con aquella voz profunda y amenazante—. Y me lo vas a decir ya.

Roxie siguió mirando el camastro, tratando de regular su respiración.

—¿Acaso eres sorda, mujer?

Ella cerró los ojos fuertemente, mientras rezaba para sí.

*“Por favor, que todo sea un sueño, por favor”.*

—Mírame. —ordenó el hombre.

Roxie continuó sin moverse, apretando los ojos con fuerza.

—¡He dicho que me mires! —vociferó, asustándola y haciendo que diera un salto y se acurrucara en una de las esquinas del catre, con las rodillas magulladas contra su pecho y los ojos abiertos como platos mirando al hombre que tantas veces había visto en sus sueños.

En persona era aún más impresionante de lo que recordaba.

Era enorme, rondaría los dos metro y su cuerpo era grande y musculoso, por lo que podía ver a través de su ajustada camiseta negra sin mangas. Vestía completamente de ese color, con unos pantalones que se ajustaban a sus fuertes piernas y unas botas estilo militar, que le daban aspecto de asesino a sueldo.

Su cabello, tan negro como el resto de su indumentaria, le llegaba un poco más abajo de los hombros, pero era su mirada aguamarina lo que más la sobrecogía, porque parecía taladrarla, hasta poder ver su alma.

El gigante frunció el ceño y se acercó a ella. Se movía de un lado a otro como un depredador que acechaba a su presa. Cuando se agachó para olerla, Roxie tuvo que contener la respiración para no soltar un alarido.

—¿Qué eres? —preguntó, como para sí mismo.

—Yo...yo... —comenzó a balbucear.

El hombre se alejó un poco de ella y poniendo las manos en las caderas, la observaba con la cabeza ladeada, como estudiándola.

—Ahora vas a tranquilízate, mujer. —dijo, y Roxie sintió de pronto como su cuerpo se relajaba de manera inmediata—. Dime tu nombre.

—Me llamo Roxanne Black. —consiguió decir, con una serenidad como si de repente se hubiera tomado un frasco entero de tranquimacín.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha ordenado venir?

—Nadie me ha mandado venir, vine porque quería respuestas.

—Respuestas, ¿a qué? —continuó interrogándola.

—A mis sueños. —hablaba como una automática, las palabras salían de sus labios, pero ella no era del todo consciente de qué estaba contestando—. Mis sueños fueron los que me mostraron la forma de llegar aquí y de abrir esa puerta secreta.

—¿Qué tipo sueños? —exigió saber.

—Hace un año que sueño con este lugar. —lo miró directamente a los ojos—. Contigo.

El hombre parpadeó varias veces, antes de volver a hablar.

—¿Sueñas conmigo?

Roxie asintió.

—No nos conocemos. —la miró de arriba a abajo—. Te reconocería, si así fuera.

—Lo sé, por eso quería repuestas.

Aquel gigante se cruzó de brazos y comenzó a caminar de un lado al otro de la celda.

—Está bien, mujer, tenemos dos opciones. —dijo, sin mirarla—. Una, es eliminarte ahora mismo y acabar con el problema.

Roxie aspiró fuertemente, con miedo, pero extrañamente calmada.

—La otra. —volvió a mirarla—. Es averiguar que eres y porque estás aquí.

—Te lo he dicho, estoy aquí por mis sueños.

—Pero esos sueños te han llevado a poder abrir un lugar que es sumamente secreto y eso te convierte en una amenaza.

Roxie lo miró con desesperación.

—Te prometo que si me dejas libre me iré y nunca más volverás a saber de mí.

—Esa no es una opción.

—Por favor...

—¡Calla! —gritó.

Roxie cerró fuertemente la boca y se lo quedó mirando con ojos brillantes, por las lágrimas contenidas.

—Lo que vamos a hacer es lo siguiente. —se acuclilló ante el camastro, para poder tener su rostro a la altura de ella y estudiarla más de cerca—. Te vas a quedar aquí por ahora sin hacer ruido, pues fuera de esta sala, hay varios hombre como yo, que igual no sean tan benevolentes con tu destino, ¿me has entendido?

Roxie asintió con vehemencia.

—Voy a tratar de averiguar qué es lo que eres de una forma discreta. Después ya decidiré que hacer contigo.

—¿Porque repites una y otra vez que qué es lo que soy? —preguntó confundida—. Soy una mujer.

Él sonrió por primera vez y Roxie se quedó embobada mirando lo atractivo que era.

—Eso lo sé. —aseguró—. Pero no eres una hembra humana.

—¿Qué? —ella lo miró como si hubiera perdido un tornillo.

—Puedo olerte pero no soy capaz de reconocer tu olor. —le explicó—. Hueles más dulce, como a canela. Siento tus vibraciones mágicas pero no puedo catalogarte como bruja, porque tampoco lo eres.

—¿Bruja? No, soy humana. —Roxie bajó la mirada a la boca del hombre, pensando que en sus sueños, él era un vampiro—. Tú... en mis sueños...

—Continua. —la animó a seguir hablando, cuando vio que se detenía.

—¿Eres un vampiro?

El hombre volvió a sonreír.

—No lo soy.

—Pero en mis sueños, tus colmillos...

Él sonrió más ampliamente, mostrando que sus colmillos ciertamente eran igual que en sus sueños. Blancos, afilados y en apariencia mortíferos.

—Eres un vampiro. —aseguró Roxie.

—Esos seres a los que llamáis vampiros no existen. —le dijo—. Son creados a raíz de nosotros, pero la farándula los ha convertido en personajes aterradores, sedientos de sangre.

—¿No bebes sangre?

—Sí la bebo, Roxanne.

Roxie sintió como si aquel hombre la hubiera acariciado solo por el modo en que pronunció su nombre.

—¿Entonces, qué diferencia hay? —quiso saber, mirando de nuevo sus labios y pensando en que se sentiría al ser mordida por un ser tan maravilloso como aquel.

—Hay muchas diferencias, quizá algún día te las cuente.

—¿Por qué no ahora?

Roxie sentía deseos de alargar la mano y acariciar su mandíbula, cuadrada y fuerte.

¿Cómo sería hacer el amor con aquel hombre? Sin duda apasionado y salvaje.

Sin saber porque, Roxie se sintió excitada y sintió como se mojaba entre las piernas solo de pensar en tener sexo con él.

El gigante frunció el ceño y la miró con más insistencia.

—Ahora no es el momento.

Se puso en pie y se acercó a la roca que hacía de puerta de aquel calabozo, que se abrió cuando él estuvo frente a ella.

—Y recuerda, Roxanne. —se puso un dedo sobre los labios—. No hagas ruido si no quieres que venga el hombre del saco. —y diciendo esto, la dejó sola.

En cuanto eso sucedió, Roxie sintió como los nervios volvían a ella con más fuerza que nunca. Sus piernas le temblaban, su pulso era acelerado y su respiración se entrecortaba a causa de la ansiedad que sentía.

Por Dios, en que lío se había metido. Ella, que siempre había sido prudente y responsable. Para una vez que hacía algo espontáneo, se veía envuelta en un lío con vampiros o lo que sea que fueran aquellas criaturas.

Se acercó a la roca por la que él había salido pero esta no se movió.

La empujó e incluso la pateó, haciéndose daño en el pie, pero aquello no se meneó ni un solo centímetro.

Se dejó caer al suelo y escondió la cabeza entre las piernas, llorando desesperada.

¿Qué iba a hacer? Y lo peor de todo, ¿qué pensaban hacerle?

Abdiel salió del calabozo, aún con el olor de la excitación de la hembra metida en sus fosas nasales.

La había tranquilizado con su voz, ese era su poder, conseguir cambiar el estado de ánimo de los demás a su antojo. Incluso era capaz de hacerles hacer lo que él quería, solo modulando su tono de voz.

Sin proponérselo, se había sentido atraído por ella, también le había hecho excitarse.

Aquella hembra era una criatura hermosa y sospechaba que tal vez fuera el objeto de sus extrañas visiones y sensaciones.

Tenía un cuerpo hecho para el placer. Con unas curvas increíblemente tentadoras. Había tenido que retenerse para no tocarla, aún más cuando ella se humedeció.

Y su rostro. Aquel rostro parecía haber sido creado por ángeles. Es más, si no estuviera seguro que los ángeles no existían, habría dicho que ella era uno de ellos.

Sobre todo le habían impactado aquellos ojos, que parecían violetas y le habían mirado empañados de deseo.

—Bror, ¿has descubierto que eran esos ruidos?

Abdiel se volvió hacia su hermano Elion, que jugaba a los dardos, despreocupadamente.

Entre ellos, los protectores del sello, se llamaban Bror, hermano en noruego, porque hacía milenios que era lo que eran, hermanos que hacían que se cumpliera la ley de la sangre. Esa ley consistía en mantener la paz entre los humanos y los brujos, que trataban de romper el sello de paz que había firmado los Dioses, al principio de los tiempos.

Eran seis guerreros inmortales, con fuerza y velocidad sin igual. Elion McQuaid, “el justo”, Thorne Ragnarson, “el sanguinario”, Varcán Eckhart, “el asesino”, Draven Ajax, “el cazador”, Nikolai Vòlkov, “el destructor” y él, el líder de los seis, Abdiel Katsaros, “el sabio”.

Cada uno de ellos tenía un don especial, que los ayudaban a mantener el equilibrio en el planeta, que los brujos amenazaban con romper.



Abdiel podía hacer que la gente sintiera y actuar como él quería, llevándolos a estar tranquilos, furiosos, sinceros, agresivos. Solo tenía que proponérselo y hablarles. Al oír su voz, esta actuaba como si estuvieran hipnotizados y a su merced.

Elion era capaz de borrar los recuerdos de la mente de las personas y de ese modo, mantener su identidad en secreto, para que nadie supiera de ellos. Aunque no podía borrarlo de su subconsciente, y es por ello que habían creado a los vampiros de las películas, con fragmentos de recuerdos que algunas personas aún guardaban dentro de su mente.

Thorne era el más fuerte de los seis. Su poder era una fuerza tan poderosa que sería capaz de destruir un país entero si se lo propusiera. Él era el guerrero más violento y sanguinario.

Varcán era capaz de duplicarse y por un periodo corto de tiempo, estar en dos lugares a la vez, por muy alejados que estuvieran el uno del otro, como si estuviera haciendo un viaje astral.

Draven podía hacerse invisible, cosa que le ayudaba para infiltrarse en muchos lugares en los que no hubieran podido acceder sin llamar la atención si no fuera por él.

Y Nikolai controlaba el tiempo, hasta dos horas atrás o adelante, según le conviniera.

Lo que sí tenían en común con los vampiros era que necesitaban alimentarse de sangre. Necesitaban esa sangre para sobrevivir, aunque no les hacía falta beber mucho, con una vez al mes tenían suficiente.

Solían salir en manada y de ese modo, después de alimentarse, Elion borraba todo rastro de recuerdos de la memoria de sus alimentadoras.

Solían elegir a mujeres, atractivas a poder ser, porque el acto de alimentarse era como tener buen sexo. Les proporcionaba placer tanto a ellos como a sus compañeras y ya si se alimentaban mientras practicaban sexo de verdad, aquello era multiplicar orgasmos con cada gota de sangre que se intercambiaban.

Todo lo demás como no reflejarse en espejos, el ajo, no poder salir de día, habían sido leyendas urbanas que se habían ido extendiendo, hasta convertir a los vampiros en unos seres de fantasía, como los hombres lobos o las sirenas.

—Abdiel, ¿me has oído?

Se volvió hacia Elion, que le miraba frunciendo el ceño.

—Perdona, Bror. —le dijo—. Estaba distraído.

—Ya me he dado cuenta. —sonrió—. Te preguntaba si habías visto algo cuando has ido a investigar el ruido que provenía de la entrada.

Abdiel se quedó mirando a su amigo. Si de todos los hermanos tuviera que confiar a alguien el descubrimiento de aquella preciosa criatura, sin duda ese sería a Elion, pues era el más justo y reflexivo de todos, pero por el momento, esperaba averiguar algo más de ella, antes de explicárselo.

—No era nada. —se encogió de hombros—. Sin duda habrá sido algún turista.

—Malditos humanos, siempre tocando las pelotas. —rió.

—Y que lo digas.

—Esta noche habíamos pensado en salir de borrachera.

Siempre usaban ese término para referirse a salir a beber sangre, pues era verdad que en cierto modo sentían una euforia como si se hubieran emborrachado.

—Creo que yo me quedaré aquí, por si acaso no hubieran sido turistas. —mintió—. Prefiero prevenir.

—Podemos dejarlo para otro día, Bror.

—¿Dejar para otro día el que? —Nikolai llegó junto a los otros cuatro hermanos en ese mismo momento.

—Abdiel ha escuchado antes ruidos y cree que es mejor que hoy no salgamos. —explicó Elion.

—¿Brujos? —preguntó Varcán, con una mirada cargada de ironía, pues los brujos le había marcado la cara, desfigurándosela para siempre. Aquella cicatriz en forma de rayo le comenzaba en la frente, partiéndole la ceja, el ojo, la mejilla y moría en el comienzo de su labio superior.

—No creo, no noté su olor cuando salí a inspeccionar, pero no estaría de más quedarme para asegurarme. —les dijo Abdiel—. Pero no os quedéis sin vuestra borrachera por mí, yo puedo salir cualquier otra noche.

—Hace años que no salimos en solitario a emborracharnos, Bror ¿Quién va a cuidarte las espaldas? —dijo Thorne, mirándolo con su gesto adusto de siempre.

Abdiel alzó las cejas.

—Gracias por tu preocupación, Thorne, pero creo que se cuidarme perfectamente.

—Si no fuera estrictamente necesario alimentarme, yo también desearía quedarme contigo. —gruñó Draven, que desde que una humana de la que se enamoró hacía muchos siglos le rompió el corazón, vendiéndolo a los brujos, que lo secuestraron y torturaron durante meses, odiaba a cualquier miembro del sexo femenino.

—Quiero que todos salgáis de borrachera. —les ordenó.

—¿Es una orden, comandante? —bromeó Elion.

—Sin duda. —aseguró Abdiel.

—Entonces guerreros, salgamos de caza. —Varcán sonrió de modo sombrío, haciendo que su cicatriz tirara de su labio, deformándolo de modo siniestro.

Después de lo que a Roxie le pareció una eternidad, la puerta de piedra se abrió y el gigante vestido de negro entró a la celda, haciéndola parecer aún más pequeña de lo que era.

—Siento haber tardado pero no era seguro que volviera aquí con mis hermanos pululando de un lado al otro.

Roxie lo miraba con los ojos abiertos y el cuerpo en tensión, como si en cualquier momento estuviera dispuesta a saltar sobre él.

—¿Tienes hambre? —preguntó, mirándola con la cabeza ladeada.

—No. —fue lo único que dijo.

—¿Quieres agua? —insistió.

—No. —volvió a repetir.

Abdiel bajó la vista a las rodillas de la chica, en las que se veía sangre seca, a través de los rotos de sus vaqueros.

—Estás sangrando. —se acercó unos pasos—. Deja que mire cómo estás.

—¡No! —gritó Roxie, dando un salto a un lado, alejándose de su contacto.

—¿Sabes decir algo más que no sea no? —cruzó los brazos sobre su amplio pecho, alzando una ceja.

—Vete a la mierda. —le dijo, alzando el mentón—. Ahí tienes algo más.

Abdiel sonrió de medio lado.

—O eres muy valiente o una estúpida. Sabes que podría matarte con un chasquido de mis dedos, mujer.

—¿Y que más puedes hacerme? —le dijo enfurecida.

—¿A qué te refieres?

Sin duda a él se le ocurrían muchas cosas que podía hacerle, pero no creía que ella se refiriera a ninguna de ellas.

—Antes, cuando has estado aquí, ¿qué me has hecho?

—Te he interrogado.

—No me refiero a eso. Me has hecho algo y he perdido toda la voluntad. Era como una marioneta a la que manejabas a tu antojo. —le acusó—. No quiero que vuelvas a hacerlo, así que no te acerques.

Abdiel amplió su sonrisa.

—¿Crees que si no me acerco no corres peligro? —le dijo con autosuficiencia, dando un paso hacia delante, haciendo que ella se arrinconara aún más para tratar de alejarse lo más posible de él—. Podría hacer que sintieras un terror sobrecogedor.

Roxie comenzó a sentir que le entraba un ataque de pánico, su corazón parecía a punto de estallar.

—O podría hacerte sentir tan triste, que desearías arrancarte el corazón.

Unas repentinas ganas de llorar la sobrecogieron.

—O quizá podría hacer que sintieras un orgasmo, que te hiciera olvidarte incluso de tu nombre.

Roxie notó como se humedecía de repente, mientras un calor se le instalaba entre sus muslos, en su bajo vientre, mientras las piernas le comenzaban a temblar. Tuvo que cerrar los ojos y gimió con la boca abierta, pues como él le había dicho, estaba teniendo el mejor orgasmo de su vida.

Cuando terminó la placentera sensación, Abdiel le sonrió con suficiencia, acercándose a ella, intimidándola con su enorme cuerpo y taladrándola con sus ojos azules verdosos.

Roxie retrocedió, aún aturdida por la magnitud del orgasmo que acaba de tener, y pegó la espalda contra la pared, sintiéndose acorralada.

—No debes temerme. —le dijo el hombre y Roxie volvió a excitarse.

—Claro que debería temerte. —le dijo entre jadeos—. Eres peligroso.

El hombre sonrió de medio lado, y dejó expuestos sus afilados colmillos.

—Soy peligroso, mujer, tienes razón, pero en estos momentos estoy muerto de hambre y lo único que quiero es comerte. —a Roxie se le cortó la respiración ante el anhelo que vio en sus brillantes ojos—. No le negarías el alimento a un hombre moribundo, ¿verdad?

En ese momento se abalanzó sobre ella.

Roxie gritó. Ya había soñado con aquel momento, lo recordaba perfectamente.

Cuando Abdiel la oyó gritar se detuvo y apoyó la frente contra la de la mujer.

Había estado a punto de dejarse llevar y casi había bebido de ella. Llevaba demasiado tiempo sin beber sangre. Eso, unido al dulce aroma de la excitación de aquella hembra, casi le había hecho perder el control.

—¡Querías morderme! —le acusó, mirándolo aterrada.

Abdiel abrió los ojos y se alejó un poco de ella.

—Pero no lo he hecho. —se peinó el cabello hacia atrás y le dio la espalda.

Respiró profundamente para tratar de serenarse, para olvidarse del bombeo de su sangre en sus venas y el dulce aroma que había entre sus piernas.

—¿Cómo te llamas? —oyó preguntar a la hembra.

Se giró a mirarla y casi se arrepintió, pues a pesar de las circunstancias en las que se encontraba, con la ropa sucia, los vaqueros rotos, el cabello alborotado y la expresión de temor, estaba absolutamente preciosa.

—Mi nombre es Abdiel. —dijo al fin.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Abdiel?

Aquella era una buena pregunta, sí señor.

Sin duda podría pedirle a Elion que le borrara la memoria. Que la hiciera olvidar todo lo que había descubierto, que dejase de saber que él existía. Y si hubiera sido una humana, sin ninguna

duda es lo que habría hecho, pero aquella hermosa criatura no era humana, ni tampoco bruja, por lo que no podía dejarla libre sin saber si representaba una amenaza para él o sus hermanos.

—Lo primero, vamos a curarte esas heridas y a dejar que te des una ducha, si así lo deseas.

Roxie miró alrededor, allí solo había una triste letrina. ¿Dónde pensaba que iba a ducharse?

—Vamos. —dijo entonces, acercándose a la puerta de piedra, que se abrió ante él.

Ella se aproximó recelosa, con paso vacilante y cuando salió de la celda y él se encaminó hacia las entrañas de la montaña, Roxie tomó aire y echó a correr hacia el lado contrario, donde suponía que debía estar la salida, pero al instante Abdiel estaba delante de ella, tomándola por los hombros y arrinconándola contra la dura pared de piedra.

—No vuelvas a hacer eso, mujer o tendré que volver a manipularte. —gruñó, con su cara a pocos centímetros de la femenina.

Roxie tragó saliva, en parte porque le asustaba y en parte porque su cercanía le provocaba sensaciones que no quería sentir.

—Te prometo que no volveré a intentar escapar, si tú me das tu palabra de no alterar mi voluntad. —le dijo al fin.

Abdiel frunció el ceño. Acercó aún más su rostro al cuello femenino e inspiró, como si estuviera olfateándola.

—Está bien, tienes mi palabra.

La soltó de golpe y comenzó a caminar hacia la dirección en que antes lo había hecho.

Roxie, con dificultad, lo siguió, pues sus piernas le temblaban tanto que le era difícil mantener un paso normal.

Cuando entraron a una de las salas, Roxie se percató que dentro de aquella montaña había una casa con todos los lujos.

Ahora mismo se encontraba en una estancia en la que había una enorme tele de pantalla plana colgada de la pared. Un ordenador de última generación, unas estanterías que parecían estar llenas de libros antiguos. También había una enorme cama de dosel y una puerta contigua, que supuso que sería un baño.

—Ten. —le tendió una camiseta negra, que imaginó que sería suya—. Puedes ducharte allí. —señaló la puerta.

Roxie tomó apresuradamente la camiseta y se encerró en aquel baño, que parecía sacado de una revista de decoración.

Tenía un lavamanos de dos piezas y una ducha hecha de piedra con chorros anclados a la pared. Lo que más llamó su atención fue la enorme bañera jacuzzi que dominaba la estancia. Deseó poder llenarla de agua humeante y hundirse en ella para relajar sus músculos, pero en aquellos momentos, con aquella especie de vampiro al otro lado de la puerta, no creía que fuera el mejor momento.

Así que se quitó toda la ropa, sintiendo el cuerpo dolorido y las rodillas ensangrentadas, y se metió bajo el chorro de agua caliente para quitarse el polvo que se había acumulado en su cuerpo y su cabello.

Cuando salió, se secó con una de las toallas, que le pareció que olían como aquel hombre, y eso la hizo estremecer.

Tuvo que volver a ponerse la ropa interior que llevaba antes y eso le molestó, pues sus braguitas aún estaban húmedas, pero no pensaba pasearse delante de aquel gigante con colmillos sin llevar puestas bragas. Luego se puso aquella camiseta, que le quedaba ancha y le llegaba hasta la mitad de los muslos.

Abrió la puerta del baño lentamente y solo asomó la cabeza. No vio por ningún lado al hombre,

así que de puntillas comenzó a salir del baño.

—Te sienta muy bien mi camiseta.

Roxie dio un salto, ahogando un grito al oír su voz a sus espaldas, desde donde la miraba, con un hombro apoyado contra la pared, los brazos cruzados sobre el pecho y un tobillo cruzado sobre el otro.

La chica, incomoda por llevar sus piernas al descubierto delante de él, tiró del bajo de la camiseta, para tratar de cubrirse la mayor parte de piel expuesta que fuera capaz.

Caminando lentamente con paso felino, se acercó a la mesita, de donde le vio coger un bote de desinfectante y un poco de algodón.

—Toma asiento, por favor.

Roxie, negándose a sentarse en la cama, pues lo veía algo muy íntimo y no quería que tuviera ideas erróneas, se fue a una de las esquinas del cuarto y se sentó en uno de los sillones que había frente a la televisión.

Abdiel se acuclilló frente a ella y cuando alargó una mano para examinar sus rodillas, Roxie las retiró, hundiéndose aún más en el asiento.

El hombre ladeó la cabeza y le clavó los ojos. De nuevo, volvió a recordarle a un depredador.

—No voy a hacerte daño.

—Puedo curarme yo sola. —le dijo.

—Quiero hacerlo yo.

—No quiero que me toques.

Abdiel sonrió y mostró sus colmillos.

—Eres una hembra muy peleona. —alzó las cejas—. Me gusta, siempre es más divertido un poco de persecución cuando vas de caza.

Ella apretó los labios, molesta por el modo altivo con el que la trataba.

El hombre volvió a alargar la mano y Roxie, impulsivamente, le dio una patada en ella, para apartarla de sí.

—¡Te he dicho que no me toques! —gritó con rabia.

Con un movimiento que Roxie ni siquiera pudo percibir por la velocidad con la que lo hizo, Abdiel la tomó por el tobillo y tiró de ella, que cayó desmadejadamente entre sus piernas.

—Escúchame bien, mujer, yo te he hecho esas heridas y yo voy a curarlas. No trates de pelear conmigo, pues me sería muy fácil obligarte a hacer cualquier cosa que se me antoje.

—Me has dado tu palabra que no volverías a manipularme. —le recordó, mirándolo desde el suelo, aún con el tobillo en poder del hombre, que era un gigante comparado con ella.

—No era en eso en lo que estaba pensando.

Roxie respiró hondo.

Tenía razón, si él quisiera podría obligarla a hacer cualquier cosa sin necesidad de usar sus extraños poderes, pues era consiente que ese hombre podría partirle el cuello sin dificultad alguna.

La tomó por la cintura y la sentó bruscamente de nuevo sobre el sillón.

—Ahora, pórtate bien. —se acercó a examinarle las rodillas y pese a su indignación, Roxie permaneció quieta.

Las heridas no eran graves, solo raspaduras y sin duda en unas horas también moretones.

Tomó una de las piernas en su gran mano y la joven contuvo la respiración al notar su contacto. Vertió un poco de desinfectante en el algodón y con una delicadeza que Roxie no hubiera imaginado en un tipo tan grande como él, lo aplicó sobre sus heridas. Después pasó a hacer lo mismo en la otra rodilla y cuando acabó, alzó los ojos a los suyos, mirándola con una expresión

asesina, como si hubiera hecho algo que lo hubiera molestado.

—¿Porque no te has quitado las bragas? —le preguntó de repente, dejándola con la boca abierta.

—No creo que mis bragas sean de tu incumbencia. —le contestó Roxie, indignada por las libertades que se tomaba aquel tipo.

—Lo son si no puedo dejar de oler tus fluidos en ellas.

Roxie enrojeció hasta la punta de sus orejas. ¿Ese imbécil le estaba diciendo que olía mal?

—Siento ofenderte con mi mal olor, pero no tengo ropa interior de recambio, como bien sabes, y no pienso pasearme delante de ti sin ella. —le contestó furiosa.

—No he dicho que huelas mal. —soltó aire por la nariz, como si estuviera haciendo esfuerzos por mantenerse en calma.

—Pues aléjate de mí y así no te molestará mi olor.

Lejos de lo que ella esperaba, el hombre se puso en pie y le hizo caso, alejándose de ella y caminando por la otra punta de la habitación.

—Ahora, vamos al tema que nos importa. —comenzó a decir el hombre—. ¿Qué es lo que eres?

—Ya te lo he dicho, soy humana.

—No es cierto.

—Quizá tu radar olfativo esté escacharrado.

Abdiel la miró, alzando una ceja.

—Entiendo por tus palabras que ni tu misma sabes lo que eres.

—Quien no sé qué eres, eres tú, yo tengo muy claro lo que soy yo. —repuso, deseando acabar con eso cuanto antes—. Soy Roxanne Black, hija de Lily y Daniel Black, periodista y una persona normal y corriente. No hay nada especial en mí, nada mágico, ni místico y lo único que me ha traído aquí ha sido el impulso de seguir mis estúpidos sueños, de lo cual me arrepiento.

—Empezando por el hecho de que eso a lo que tú llamas sueños han sido visiones premonitorias, me dejan más que claro que si hay algo místico o mágico en ti.

—¿Y qué hay de ti? —se puso en pie para enfrentarlo—. Que es lo que eres tú, porque dices no ser un vampiro, pero chupas sangre y tienes una especie de super poderes. ¿Que eres si no un vampiro? ¿Un chupacabras?

Abdiel rió y aquella risa llegó directa a la entrepierna de Roxie.

—¿Quieres saber lo que soy? —se fue acercando a ella lentamente, sin apartar los ojos aguamarina de los suyos.

—Quiero saber a qué me enfrento. —alzó el mentón, desafiante.

El hombre sonrió de forma amenazadora.

—Soy un guerrero, Roxanne, un ser mitológico que junto a mis otros cinco hermanos, nos dedicamos a asegurarnos que la ley de la sangre se cumpla.

—¿Qué es la ley de la sangre? —su vena periodística le llevó a seguir indagando.

—La ley de la sangre es la ley suprema, donde todos los elementos, terrenales o mágicos, deben estar en equilibrio. —le explicó, dando vueltas en torno a ella—. Los protectores del sello nos encargamos de regular que nadie trate de hacerse poderoso, a cambio de esclavizar al resto. Existimos desde hace milenios, cuando una bruja llamada Sherezade, decidió que quería reinar sobre todos los seres que existían en la tierra. Es por eso que la Diosa Astrid reunió a seis de los guerreros más fieros y nos convirtió en los guardianes del sello. Conseguimos parar a Sherezade y enclaustrarla en una tumba, donde mientras el sello permanezca, no podrá volver a la vida.

—¿El sello es la marca que hay en la piedra por la que entré?

—Así es, todos nosotros lo llevamos marcado en nuestros cuerpos. —le dijo, levantándose la camiseta y mostrando uno de sus pectorales tatuado con aquel símbolo—. Llevamos la marca sobre nuestros corazones.

A Roxie se le secó la boca. El cuerpo de aquel hombre era magnífico, con los pectorales y los abdominales marcados y sin un solo gramo de grasa.

Le dio la espalda para no mirarle fijamente y se llevó la mano a la cabeza, que comenzaba a dolerle.

—Es demasiada información. —dijo, apretándose el puente de la nariz—. Diosas, brujas, guerreros mitológicos, todo esto parece sacado de una serie de la televisión.

—Muchos de los mitos que tú conoces, son leyendas surgidas a través de nosotros.

—O puede que tú seas un loco escapado de un psiquiátrico.

Abdiel rió.

—Puedes dormir aquí, estarás más cómoda que en el calabozo. —le dijo—. Ahora te traeré algo de comer.

Roxie asintió y se quedó mirando como el hombre salía, dejándola sola, con su terrible dolor de cabeza y muchas cosas en las que pensar.

## Capítulo 3

Después de llevarle una sopa y un buen filete de carne, Abdiel la dejó a solas para que comiera tranquilamente y se dirigió a la sala de meditación.

Necesitaba respuestas y para ello debía ponerse en contacto con la Diosa.

Así es que se quitó la ropa que llevaba, se puso sus holgados pantalones blancos de meditación y sentándose en la postura del loto, comenzó a concentrarse.

Una media hora después, se vio transportado a aquél reino dorado en el que ella vivía.

—¿Qué haces aquí, guardián? —oyó la etérea voz de la Diosa a sus espaldas.

Abdiel se volvió y vio a la hermosa mujer de cabello dorado, que le caía en ondas hasta la mitad de sus muslos, enfundada en una túnica blanca, semitransparente, dejando entrever su precioso cuerpo.

Le miraba fijamente con aquellos ojos grises oscuros, que parecían contener la sabiduría suprema.

—Mi señora. —clavó una de sus rodillas en el suelo e inclinó la cabeza.

—Puedes ponerte en pie. —le ordenó y el guerrero obedeció.

—He venido en busca de respuestas, mi señora.

—¿Es por la mujer que en estos momentos yace en tu alcoba?

—Así es, mi Diosa.

—Como bien sabes, guardián, yo no puedo alterar el curso de los acontecimientos en la tierra.

—Solo pido respuestas, señora.

—Y las necesitarás, guardián, pues se aproxima una guerra en la que solo uno de los poderes sobrenaturales que reinan en la tierra saldrán victoriosos. —le miró, entornando los ojos—. Al encontrar a la hembra, has activado la maquinaria y ya no hay marcha atrás.

—Esa hembra no es humana, pero tampoco es bruja. —le dijo Abdiel—. Puedo olerlo en ella.

La Diosa Astrid sonrió y se acercó a su guerrero, acariciando su fuerte mandíbula.

—Eres mi guardián máspreciado, Abdiel, es por eso que te hice el líder de tus hermanos. —sonrió, mostrando sus perfectos y blancos dientes—. Sabes dónde encontrar la respuesta a esa cuestión, pues ya las has buscado en otras ocasiones.

—¿Te refieres a Talisa? —frunció el ceño.

La Diosa amplió aún más su sonrisa.

—Como bien sabes, Talisa es sabia. Su conocimiento puede ayudarte.

Abdiel asintió.

—Antes de marcharme, mi señora, quisiera saber algo más.

—Adelante, guardián.

—¿Esa hembra es una amenaza para nosotros y el equilibrio de la ley de la sangre? —contuvo la respiración, temiendo que la respuesta fuera afirmativa.

—Siempre has confiado en tu instinto, mi leal guerrero. —le besó suavemente los labios—. Y en estos momentos, ese instinto te dirá la respuesta a tu pregunta.

—Mi instinto me dice que debo protegerla.

—Y harás bien, guardián, pues un peligro enorme se cierne sobre ella.

—Pero...



—No hay más tiempo, mi guerrero, ve y haz lo que mejor sabes hacer.

La Diosa le empujó y Abdiel volvió a su cuerpo de golpe.

Abrió los ojos y se sintió un poco mareado. Llevaba un mes sin beber sangre y los viajes astrales para ver a la diosa consumían gran parte de su energía, por lo que sabía que no ha mucho tardar, debería alimentarse.

*Roxie estaba en un templo. Parecía antiguo y el olor a humedad impregnaba el ambiente. Caminaba lentamente hacia un sepulcro de piedra, que había frente al altar.*

*Tenía miedo, sentía su corazón latir aceleradamente y su respiración se entrecortaba.*

*Cuando estuvo junto a la sepultura, pudo ver que estaba abierta y no había nada en su interior. Pasó la mano sobre la piedra que estaba movida a un lado y acarició el dibujo del sello que en ella había.*

*Entonces notó una presencia tras ella y al darse la vuelta, se encontró con una mujer preciosa, con rasgos árabes y una larga melena negra, que tenía sus gatunos ojos oscuros fijos en ella.*

*—Te estaba esperando, oráculo. —le dijo, sonriendo fríamente.*

Roxie se despertó aún alterada.

Estaba claro que la historia que le había contado Abdiel la había sugestionado.

Se levantó y notó el olor masculino sobre ella. Aquello era algo que la había torturado al acostarse, el olor masculino que desprendían las sabanas y le evocaban el orgasmo brutal que aquel hombre le había provocado solo con su voz.

Necesitaba un poco de agua, se notaba la garganta seca, así que se levantó y descalza se acercó a la roca que hacía de puerta y sorprendentemente esta se abrió.

Se asomó despacio, todo estaba oscuro, pero cuando ella iba avanzando, las luces se iban encendiendo.

El pasillo era largo y Roxie no veía ninguna entrada, pero teniendo en cuenta que se mimetizaban con la pared de la montaña, seguramente las hubiera, pero ella no las viera.

Un poco más adelante, si vio un arco enorme y al entrar había una sala de estar completa. Al otro lado de la sala estaba el salón y justo en el extremo contrario, una preciosa cocina americana.

Roxie se apresuró a abrir la nevera de doble puerta y miró dentro. Cogió una botella de agua pequeña y dio un largo trago.

Sin saber porque, sintió un cosquilleo en la nuca y miró hacia atrás. En una esquina de la sala, entre las sombras, Roxie vio dos cosas brillantes que estaban fijas en ella y sintió su corazón acelerarse.

De repente desaparecieron y se dio la vuelta para salir corriendo, pero se estrelló contra algo duro, que no había estado antes allí.

Alzó la vista y se encontró frente a un hombre que era un metro noventa de puro musculo. Tenía el cabello corto castaño claro y despeinado. Era muy atractivo, pero lo que la dejó paralizada fueron sus ojos verdes, extremadamente claros, que se clavaban en ella con un odio exacerbado.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo y su voz era tan profunda que parecía salir de dentro de una caverna—. Una hembra a punto para darme un festín con ella.

Roxie chilló y salió corriendo.

El hombre soltó una risa casi fantasmagórica y la dejó tomar ventaja.

—Corre, corre, conejita. —decía, poniéndole el vello de punta—. Es más divertido cuando hay caza.

Roxie se tropezó con una mesita y tiró un jarrón al hacerlo, uno de los cristales se clavó en la planta de su pie. Gritó dolorida, pero se negó a detenerse, muerta de miedo.

En un abrir y cerrar de ojos, el hombre volvía a estar delante de ella.

—¡Boo! —le dijo con burla.

Roxie volvió a cambiar de dirección y le tiró una enorme fuente que había sobre la mesa del comedor.

El gigante la esquivó con un simple movimiento de cabeza, sonrió, sus colmillos relucieron y de golpe desapareció.

Roxie miró a todos lados pero no estaba allí así que se puso a correr tan rápido, que le dolieron los músculos, pero no sirvió de nada, pues el hombre se le tiró encima, haciéndola caer de espaldas. Con una de sus manazas le inmovilizó las manos por encima de la cabeza y con sus rodillas le inmovilizó las piernas.

—Siento decirte, conejita, que te has metido en la guarida del lobo. —con la mano que le quedaba libre le apartó el pelo del cuello, dejándolo expuesto.

—Suéltame, hijo de perra. —forcejeó para tratar de liberarse, pero era mucho más fuerte que ella.

—Es verdad lo que dices, mi madre era una perra. —clavó aquellos inquietantes ojos claros en ella y abrió la boca, mostrándole como crecían sus colmillos—. Pero que hembra hay que no lo sea. —rugió y se abalanzó contra su cuello.

Roxie gritó, esperando notar como le desgarraba la carne de la garganta, pero en lugar de eso el hombre salió disparado contra la mesa, que se rompió con el peso de su impacto.

Abdiel se puso delante de ella, protegiéndola con su cuerpo.

—No la toques, Draven. —rugió, enseñándole los dientes como un animal.

—¿Que cojones te pasa, Abdiel? —se puso en pie de un salto—. Es una intrusa.

—No es una intrusa, es mi invitada.

—¿Te has vuelto loco? —se le acercó, encarándole—. ¿Cómo se te ocurre traer a una humana aquí?

—No es una humana. —le dijo.

—No huele a bruja. —trató de fijar su vista en la joven, que se estaba poniendo en pie con dificultad.

—Porque tampoco es una bruja. —y se movió, para bloquearle la visión de Roxie.

—¿Por qué estás siendo tan territorial, Bror? —se acercó aún más—. Solo es una jodida hembra.

Abdiel se abalanzó sobre él rugiendo, tomándolo por la camiseta.

—No voy a permitir que hables así de ella.

Otros cuatro hombres, igual de grandes y musculosos que los dos que peleaban, entraron al salón, separándolos.

—¿Que está pasando? —dijo uno de ellos, con el cabello castaño dorado recogido en un moño deshecho en la nuca, agarrando a Abdiel por detrás y sujetándolo con bastante dificultad.

—¿Os habéis vuelto locos? —un rubio de pelo largo y trenzado, con trenzas también en la barba, tomó del pecho al hombre de los ojos verdes y lo estrelló contra una pared, reteniéndolo allí.

—¿Por qué nadie me ha invitado a esta fiesta? —dijo otro de los hombres con una cicatriz que le surcaba el rostro, dándole un aspecto siniestro. Les miraba desde la distancia, con un hombro apoyado contra el arco de entrada.

—¿Y tú quién eres? —otro rubio, con el pelo largo, aún más claro que el otro gigante, recogido

en un moño tibante, la tomó del brazo y la miró con sus ojos grises tan claros, que parecían blancos.

—¡Suéltala! —gritó Abdiel, desasiéndose del hombre del moño desecho y cogiendo al de los ojos blancos por el cuello.

—Joder, Abdiel. —gruñó el rubio, forcejeando con él y soltando a Roxie.

El de la cicatriz también se metió a separar a los dos hombres.

—Bror, cálmate.

—¿Quién mierda es esa hembra? —gruñó el que la había perseguido, que aún seguía inmobilizado por el de las trenzas—. Algo le ha hecho, está descontrolado.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó el del moño desecho, acercándose a ella a inspeccionarla.

—Nada. —consiguió susurrar Roxie, mirando la escena con los ojos muy abiertos.

—Está bien. —volvió a decir—. Vamos a calmarnos todos, nadie tocará a esta hembra, Abdiel, pero tranquilízate, ¿de acuerdo?

El aludido bufó.

—¿Puedo soltarte? —preguntó el de la cicatriz.

—Suéltame, coño. —espetó Abdiel, desembarazándose de sus manos.

Se acercó a Roxie y la inspeccionó de arriba abajo, olisqueando a su alrededor.

—Estás sangrando. —dijo, apretando los labios con rabia y volviéndose hacia el de los ojos verdes—. Como la hayas herido, Draven, te juro que...

—Él no me ha herido, fui yo. —dijo de sopetón Roxie, queriendo acabar con toda aquella pelea—. Se rompió un jarrón y me clave un cristal en el pie, eso es todo.

—Entonces, será mejor que te sientes. —dijo el del moño desecho, acercado una silla a ella—. Soy Elion, por cierto. —la saludó con una sonrisa.

—Roxie. —dijo ella, sentándose.

—Ten. —el rubio de pelo más claro le entregó un kit de primeros auxilios a Abdiel.

El hombre se arrodilló ante Roxie y le alzó el pie, para poder inspeccionarlo. Era un cristal pequeño, pero de todas formas era bastante molesto.

Sacó unas pinzas del maletín y con cuidado extrajo el cristal. Después le aplicó desinfectante encima y le colocó un apósito, para que no le molestara al caminar.

—¿Mejor? —le preguntó a la chica, alzando los ojos hacia ella.

Roxie asintió, agradecida por el modo en que la había protegido.

—Está bien. —dijo Elion—. Ahora que todos estamos más tranquilos, ¿podemos aclarar que es lo que ha ocurrido aquí?

—Lo que ha ocurrido es que Abdiel se ha vuelto completamente loco. —refunfuñó el de ojos verdes.

—Estabas a punto de morderla. —le acusó Abdiel.

—Era una intrusa. —se defendió.

—Está claro que todo ha sido un malentendido. —dijo Elion—. Ninguno de nosotros sabíamos que esta hembra estaba aquí.

—Quería averiguar que era antes de decirnos nada. —Abdiel se cruzó de brazos, a la defensiva.

—¿Desde cuándo nos ocultamos cosas, Bror? —preguntó el rubio de ojos blancos.

—Está bien. —reconoció Abdiel—. No he debido ocultar su existencia.

—En eso estamos todo de acuerdo. —ironizó el de la cicatriz.

—¿Y has descubierto lo que es? —preguntó bruscamente el de las trenzas.

—No exactamente. —reconoció—. Pero hablé con la Diosa Astrid. Me indicó que buscara respuestas en donde ya las había hallado con anterioridad.

—Talisa. —dijo el de los ojos verdes.

—Lo mismo pensé yo. —asintió Abdiel.

—¿Esta hembra supone una amenaza para nosotros? —preguntó el de los ojos blancos, frotándose el cuello dolorido.

—La Diosa me dijo que siguiera mi instinto para saber la respuesta a esa pregunta y sin duda mi instinto me dice que debo protegerla.

—Lo has dejado más que claro. —murmuró el de la cicatriz, clavando sus ojos gris verdosos en Roxie.

—Está bien. —dijo Elion—. ¿Ella sabe lo que somos?

Abdiel asintió.

—Se lo he contado.

Elion la miró y sonrió de nuevo.

—Cómo te he dicho antes, Roxie, mi nombre es Elion, un placer conocerte. —le guiñó uno de sus ojos azules y Abdiel gruñó—. Tranquilo Bror, solo estoy tratando que se calme. —alzó las manos en el aire—. Te presentaré a mis hermanos. —volvió a dirigirse a Roxie—. Aquel de allí, que tiene una cicatriz de nada. —bromeó—. Es Varcán.

Varcán era alto y musculoso, como el resto de sus hermanos. Tenía el cabello negro y cortado muy corto, casi rapado y hubiera sido tan guapo como los demás, si no fuera por esa enorme cicatriz que le daba un aspecto de asesino en serie.

—El vikingo que nos mira con el ceño fruncido. —prosiguió Elion—. Es mi hermano Thorne.

Aquel rubio con trenzas en el pelo y la barba era el más grande de todos los guerreros, media más de dos metros. Sus ojos eran verde oscuro y su mirada totalmente feroz.

—El otro rubito de allá. —señaló al del moño tibante—. Es Nikolai.

Los ojos tan claros de ese hombre hacían que a Roxie se le pusieran los pelos de punta. Era muy guapo, pero a ella la miraba como si tuviera ganas de descuartizarla.

—El que te ha perseguido es Draven. —le dijo—. Pero no se lo tengas en cuenta, es un cazador y no puede evitar hacerlo. —le excusó—. Y por supuesto, a Abdiel ya lo conoces.

Roxie suspiró profundamente.

—Creo que toda esta situación me supera. —se frotó con las palmas de las manos los muslos, para tratar de calmar el temblor que sentía.

Abdiel se acercó a ella y le puso una de sus enormes manazas en el hombro, mirándola fijamente.

—Nadie va a hacerte daño, Roxanne, no debes preocuparte por eso.

La joven asintió, mirándolo a su vez y sabiendo a ciencia cierta que lo decía con total sinceridad.

—Nadie la hubiera atacado, Bror, si nos hubieras puesto al corriente de la situación. —refunfuñó Draven.

Abdiel le miró y supo que tenía razón.

—Lo sé, me equivoqué. —reconoció—. Pero perdí los estribos cuando te vi a punto de morderla.

—Eso ha quedado claro como el agua. —ironizó Varcán, sirviéndose un trago de whisky.

Draven asintió y se acercó a Abdiel a darle la mano, que este aceptó.

—Siento haber asustado a tu hembra. —le dijo—. Pero si vuelves a ponerme otra vez las manos encima, Bror, olvidaré que somos hermanos.

—Ella no es mi hembra. —le rectificó Abdiel.

—Eso es bastante discutible. —volvió a decir Varcán, bebiéndose su copa de un solo trago.

—Puedes dejar de joder, Varcán. —protestó Abdiel.

—Joder es una de mis especialidades, Bror, no lo olvides. —dijo, sirviéndose más Whisky.

—Bien, ahora que estamos todos más o menos calmados. —habló Elion—. Porque no hablamos de los pasos que debemos seguir a partir de ahora.

—Lo mejor es que primero uses tus poderes, Abdiel para tranquilizar a tu hembra. —dijo Varcán, mirándola de soslayo—. Creo que está a punto de entrar en estado de shock.

Todos los guardianes se volvieron hacia ella, que se balanceaba adelante y atrás con los ojos muy abiertos.

Abdiel se acuclilló frente a ella y tomándola del mentón le obligó a mirarle a los ojos.

—Varcán tiene razón, estas entrando en shock. —frunció el ceño, preocupado por ella—. Puedo hacer que te sientas mejor, Roxanne.

—Prometiste no volver a controlarme. —le dijo, con la voz entrecortada.

—Y no lo haré si no lo deseas. —le aseguró.

—No lo deseo.

Abdiel asintió, viendo como la joven hiperventilaba.

—Entonces trata de respirar lentamente. —le aconsejó—. Sé que acabas de pasas por situaciones estresantes y has tenido más información de la que eres capaz de asimilar, pero eres fuerte y puedes con ello.

—¿Cómo sabes que soy fuerte? —le tembló la barbilla, aguantando las ganas de llorar que sentía.

—Lo noto en ti.

Roxie lo miró a los ojos y trató de acompasar su respiración a la del guerrero que tenía frente a ella, tan cerca que sintió ganas de besarlo.

Unos minutos después consiguió serenarse.

—Gracias. —le susurró a Abdiel, que le sonrió.

—Bueno, dejad esa especie de cortejo de apareamiento para luego y vayamos al grano. —dijo Varcán—. Me gustaría poder dormir antes de que anochezca de nuevo.

Roxie se ruborizó y apartó la mirada del guerrero. Abdiel carraspeó poniéndose en pie.

—Lo mejor será que hagamos tres grupos. —comenzó a decir el líder de los guardianes—. Elion y Nikolai iréis a ver a los brujos de los fiordos, pues en otras ocasiones nos han servido de ayuda. Quizá ellos tengan más información que nosotros.

—Así será. —dijo Nikolai.

—Por supuesto. —aceptó Elion.

—Varcán, Thorne y Draven rastrearéis a los brujos del clan Berrycloth. En otros momentos nos han dado problemas y no descarto que en este momento estén detrás de esto.

—No sabemos dónde se encuentran exactamente. —dijo Draven—. Solo sabemos que suelen moverse por Londres.

—Para eso cuento contigo, cazador. —le dijo—. Para que des con ellos.

Draven sonrió, satisfecho.

—Cuenta con ello, Bror.

—Mientras tanto, yo te protegeré las espaldas, Draven. —Varcán le palmeó el hombro, guasón.

—Yo estoy desenado que nos ataquen. —bramó Thorne—. Pues estoy esperando poder descuartizar a alguien.

—¿Qué harás tú, Abdiel? —le preguntó Elion.

El hombre se volvió hacia Roxie, que escuchaba todo en silencio.

—Nosotros iremos a ver a Talisa. —suspiró—. Espero que nos de las respuestas que

necesitamos.

## Capítulo 4

Abdiel acababa de darse una ducha y se estaba vistiendo cuando Elion entró a la habitación que estaba usando, pues le había dejado la suya a Roxie.

—¿Se puede, Bror?

—Adelante.

—Estamos preparados, vamos a salir ya. —le informó.

—Perfecto.

—¿Tú estás bien?

Se volvió a mirarle.

—Claro que estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Nos preocupa la reacción que has tenido con esa hembra, Abdiel.

El hombre se frotó el pecho, desviando la mirada.

—Realmente no sé qué decirte, Elion, pero siento como si estuviera unido a ella.

Su hermano frunció el ceño.

—No la has marcado, eso puedo olerlo.

—No es ese tipo de unión. —le miró de nuevo—. Antes de conocerla, tuve visiones de ella. No eran nítidas, pero al conocerla, supe que era la misma persona de mis visiones.

—No nos habías contado nada.

—Tampoco es que tuviera mucho que contar. —se encogió de hombros—. Eran imágenes sin importancia. Podía sentir en ocasiones sus sentimientos y como se encontraba en ciertos momentos, pero nada más.

—Nada más y nada menos, Bror. —se acercó más a él—. ¿Cuánto hace que te ocurre eso?

Abdiel le miró de soslayo.

—Un año, más o menos.

—No me jodas, Abdiel, se supone que estamos juntos en esto, lo que le afecte a uno de nosotros, nos afecta a todos, ¿y ahora tú me estás diciendo que llevas un año conectado de alguna manera a esa hembra y nos lo has ocultado?

—Si estás aquí para darme una charla te puedes ir por dónde has venido. —gruñó Abdiel.

—No es ninguna charla, aunque te la mereces. —se pasó las manos por el pelo, deshaciéndose el moño que solía acompañarle, y su cabello castaño dorado le cayó por los hombros en gruesas ondas—. Es solo, hermano, que espero que no nos estés ocultando nada más.

Abdiel le miró a los ojos.

—No os oculto nada más.

Elion asintió.

—Está bien. —volvió a recogerse el cabello—. Nos mantenemos en contacto, Bror.

Abdiel asintió.

—Por supuesto.

—Cuidate.

—Vosotros también.

Roxie se estaba poniendo la ropa que Abdiel le había dado, que consistía en unos tejanos ajustados negros, una camiseta de manga corta gris y unas botas estilo militar negras. Sin duda estaba cómoda con aquellas prendas, aunque no quiso pensar a quien habían pertenecido antes.

Se cepilló el cabello oscuro y lo recogió en una sencilla cola de caballo.

Después salió en busca de Abdiel.

Lo encontró en el salón, llenando una bolsa con lo que parecía que eran armas. Iba de nuevo completamente vestido de negro. Vaqueros, camiseta ajustada y botas. Su largo pelo estaba suelto.

Se volvió de medio lado para mirarla con intensidad y Roxie metió las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones, para que no percibiera el temblor de sus manos.

—¿Puedo saber a dónde vamos?

—A ver una vieja amiga. —contestó, apartando la mirada de ella.

—¿Cerca de aquí?

—No exactamente.

—¿Quieres dejar de ser tan hermético?

Abdiel se volvió hacia ella y la miró, con las manos en las caderas.

—¿Qué es lo que quieres, Roxanne?

—Quiero obtener respuesta y no evasivas como las que me estás dando. —lo miró enfurecida—. Todo esto tiene que ver conmigo, sin embargo me mantienes al margen. ¿Por qué?

—Porque siento que puedo fiarme de ti, pero no voy a arriesgar las vidas de mis hermanos por una corazonada. —dijo con sinceridad.

—Pues más te vale hacerlo, porque yo estoy arriesgando mucho más que tú con todo esto. —le soltó, acercándose a él furiosa—. Estoy metida en un mundo que no conocía, con seres que podrían matarme con un solo movimiento. Aun así estoy confiando en ti, así que espero la misma deferencia por tu parte, joder.

Abdiel sonrió y alzó las manos.

—Está bien, mujer, como quieras.

—Y mi nombre es Roxie.

Alzó una ceja.

—Prefiero Roxanne.

—Nadie me llama Roxanne. —se cruzó de brazos.

—Pues yo seré el primero.

Roxie bufó, dándose por vencida.

—Entonces, ¿dónde has dicho que vamos?

Abdiel rió.

—No te lo he dicho. —la mujer le fulminó con la mirada—. Está bien. —sonrió—. Nos vamos a Italia.

—A Italia. —repitió ella.

—Así es.

—A ver a esa tal Talisa.

—Ajá.

—¿Y cuando sale el vuelo?

—¿Quién ha dicho que vayamos a ir en avión?

Roxie frunció el ceño.

—¿Cómo piensas llegar entonces?

—Iremos en coche. —explicó—. A mitad de camino más o menos cogeremos un ferri y después



continuaremos conduciendo de nuevo.

—Pero serán muchas horas de viaje.

—Si no paramos para nada, alrededor de un día y medio. —la miró—. ¿Sabes conducir?

—Sí, pero...

—Mejor, así podremos turnarnos. —la cortó, poniéndose la mochila al hombro—. ¿Vamos?

—¿Salimos ya?

—Cuanto antes mejor.

Abdiel pasó por su lado y Roxie lo siguió.

Se montaron en una especie de montacargas, que los llevó a lo más bajo de la montaña. Allí había un parking repleto de coches de todas clases. Sin embargo el hombre se acercó a un jeep negro, dejó la pesada bolsa en el asiento trasero y se sentó frente al volante, dejando su móvil sobre el salpicadero del coche.

—¿Subes? —le preguntó a ella, al verla que se quedaba mirándolo, sin montar al vehículo.

Roxie subió y se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Se puede saber porque hacemos un viaje tan largo en coche, cuando en avión hubiéramos llegado en un santiamén?

—Es más seguro viajar en coche.

Arrancó el motor y la pared de roca se abrió como por arte de magia, dejándolos salir con velocidad al exterior.

—Menudo tinglado tenéis montado aquí dentro. —comentó la joven, mirando por la ventanilla.

Abdiel la miró sonriendo.

—Se podría decir que sí.

Roxie tomó el móvil de encima del salpicadero y comenzó a teclear.

—¿Qué haces? —dijo Abdiel, arrebatárselo.

—Llamar por teléfono.

—No puedes llamar por teléfono.

—¿Cómo qué no? —le miró boquiabierto. Abdiel permaneció en silencio—. No sabía que seguía secuestrada.

—No lo estás.

—¿Entonces porque no puedo llamar? —protestó—. Estaba hablando por teléfono cuando me sorprendiste y rompiste mi móvil. Tengo que tranquilizar a Max, debe estar de los nervios pensando en que me ha podido pasar algo.

—Ya llamarás cuando esto acabe.

—¿Qué? —chilló—. ¿Tienes idea de lo mal que lo debe estar pasando?

—Lo superará.

—Serás gilipollas. —le insultó.

Abdiel se volvió a mirarla con el ceño fruncido.

—Cuidado con tus palabras, mujer.

—Te he dicho que no me llames mujer, ¡lo odio! —le gritó—. Soy Roxie.

—Lo que eres es una toca pelotas.

—Y tú un capullo. —se volvió hacia la ventana, para no mirarlo.

Le oyó reírse y aquello aún la enfadó más.

—Vamos, muj... Emm, Roxanne. —se corrigió—. Hagámonos el viaje fácil.

—Es muy complicado ser comprensiva cuando me tienes secuestrada.

—No estás secuestrada. —le repitió.

Giró su cuerpo hacia él, para enfrentarlo.

—¿Y cómo llamas tú a mi situación en estos momentos? Ni siquiera puedo llamar a Max para decirle que estoy bien. Más o menos. —bufó.

Abdiel la miró de soslayo.

—Mira, Roxanne, ahora mismo estamos tratando de protegerte y para eso no debes comunicarte con nadie de tu pasado.

—¿Protegerme de qué?

—No lo sé. —le dijo con sinceridad.

Roxie frunció el ceño.

—¿Qué te hace pensar que estoy en peligro?

—La Diosa me lo dijo. —le explicó.

La joven suspiró.

—Diosas, guerreros de miles de años, brujas... —hizo un mohín con los labios—. A saber que soy yo.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

—¿Quién es esa tal Talisa? —quiso saber.

—Talisa es una vidente, que durante años ha ayudado a los guardianes del selló a mantener la ley de la sangre. —le explicó.

—¿Es una bruja? —preguntó, interesada.

—No.

—Entonces solo tiene visiones, como yo.

Abdiel se volvió a mirarla de nuevo.

—No exactamente, ella es una humana, con un don especial. Tú no eres humana. —insistió.

—Madre mía, ya estás otra vez con lo mismo.

—Lo que digo es verdad, Roxanne.

Le miró, sonriendo con ironía.

—Quizá soy un hada.

—No digas tonterías, las hadas son más pequeñas.

—¿Qué? —lo miró boquiabierta—. ¿También existen las hadas?

El hombre comenzó a reírse.

—Por supuesto que no.

—Muy gracioso. —volvió a mirar por la ventanilla—. Voy en un coche a un destino incierto, con un guerrero milenario que apenas conozco y que encima me toma el pelo. ¡Genial!

Abdiel la miró.

Tenía razón, todo aquello sin duda estaba siendo demasiado chocante y se estaba comportando de un modo muy valiente, dadas las circunstancias.

—Mi nombre es Abdiel Katsaros, y nací en el año trescientos sesenta y cuatro antes de cristo, en Macedonia.

Roxie lo miró, con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto un fantasma y en cierto modo es lo que era.

—Luché bajo las órdenes de Alejandro Magno. Juntos conquistamos el reino de Macedonia, conseguimos que fuera faraón de Egipto y el gran rey de Media y Persia. Es allí, en Persia, donde vi por primera vez a Sherezade. Aún era un humano y la bruja intentó seducirme para acceder a Alejandro. Ella apenas era una niña y yo la rechacé, fue entonces cuando juró vengarse de mí. No volví a verla hasta años después, ya se había convertido en una hechicera poderosa. Usó un hechizo y me dejó paralizado. Me torturó durante días.

*Sherezade se acercó al impresionante guerrero Macedonio que tenía atado en cruz en medio de su mazmorra.*

*Aquel hombre había sido uno de los guerreros que habían ayudado a Alejandro el Grande a conquistar Persia, causando la muerte de todas las personas a las que había amado.*

*Había tratado de conquistarlo hacía unos años, pero se le había resistido, por lo que no pudo llegar a Alejandro y acabar con su vida. Fue por eso que juró que costara lo que costara, aquel guerrero estaba condenado a muerte.*

*Una muerte, que ella misma le infringiría.*

*Había practicado con tesón todo tipo de magia negra y ahora, su poder era incalculable. Hija de la poderosa bruja Roxana, Sherezade aún tenía más poder que ella, pues no se dejaba llevar por las estrictas normas de su madre, que solo usaba la magia para fines buenos.*

*Aquello la había llevado a la muerte, dejándola sola con tan solo catorce años, a merced de hombres que habían abusado de su joven cuerpo y habían ennegrecido su alma.*

*Ella iba a usar su poder para hacer arrodillarse a todos aquellos humanos que se creían con el derecho de tomar todo lo que quisieran, aplastando a su paso a quien se interpusiera.*

*El guerrero comenzó a despertarse y clavó aquellos ojos aguamarina en ella.*

*—¿Qué estáis haciendo? —gruñó, tirando fuertemente de las cadenas, para tratar de liberarse—. ¡Soltadme!*

*—No estáis en posición de ordenarme, macedonio.*

*—Cuando me libere voy a romperos el cuello como debí hacer hace años.*

*La mujer sonrió.*

*—Así que me recordáis.*

*El hombre permaneció en silencio.*

*—Yo he pensado en vos durante los últimos seis años. —le pasó los dedos por el pecho y estos le fueron dejando un rastro de quemadura sobre su piel, como si fueran brasas ardiendo.*

*El hombre apretó los dientes, decidido a no darle el placer de oírlo gritar.*

*—¿Qué sois? —preguntó, cuando el dolor remitió un poco, consciente que lo que acaba de suceder había sido algo que se escapaba de su comprensión.*

*La joven sonrió de modo siniestro.*

*—Soy la persona que os dará muerte, sin duda. —tomó una daga, con un extraño diseño y la paseó por el vientre del hombre—. Pero imagino que os referís a si soy una humana normal, como vos.*

*—Lo que sois es una ramera. —espetó el hombre furioso, a sabiendas que estaba jugando con él.*

*—Tenéis razón. —dijo, sin la mayor importancia—. He sido la ramera de muchos hombres que se creían con derecho a tomarme, sintiéndose superiores a todos. Creyendo que el mundo les pertenece. Lo que ninguno sabía, es que yo me alimentaba de la rabia y el dolor que ellos me infringían, haciendo que mi magia cada vez fuera más poderosa.*

*—¿Magia? —murmuró, incrédulo.*

*—Así es, macedonio, magia. —de repente clavó la daga en el estómago masculino y la retorció dentro de él—. Soy una hechicera y estoy en este mundo para acabar con toda tu especie.*

*Abdiel gimió, sintiendo un intenso y lacerante dolor en el estómago, que parecía hacerle arder de la cabeza a los pies.*

*—Esta daga que veis aquí. —se la mostró—. Es la daga del alquimista. No es una daga normal, pues su herida causa dolor en todos los nervios del cuerpo, independientemente de la*

zona donde se haya clavado. ¿Lo sentís, macedonio? —le hizo un leve corte con ella en la mejilla.

*Abdiel apretó tanto los dientes que creyó que iban a romperse.*

*Durante los días previos, las torturas fueron salvajes y constantes.*

*Sherezade le interrogaba sin descanso sobre Alejandro y Abdiel se negaba a ser el causante de que llegaran a su señor, así que con decisión, permaneció en silencio, pese a que todas las fibras de su ser clamaban por hablar y que aquella inhumana tortura acabase.*

*El día que le cortó todos los dedos de la mano uno a uno, estuvo seguro que habría hablado, si el dolor no le hubiera hecho desmayarse. Sin duda hubiera deseado desangrarse y no volver a despertar, pero no tuvo esa suerte, pues Sherezade cauterizaba sus heridas, para que eso no ocurriese.*

*Cuando por fin despertó, la bruja le estaba mirando fijamente, con la daga ensangrentada en la mano.*

*—Las tropas de Alejandro el Grande mataron a mi familia, a mis vecinos, a toda la gente que conocía. —le dijo, con la mirada fija en sus ojos—. Y yo le arrebataré a él todo aquello que ama. Vuestro señor caerá en desgracia, lo perderá todo y una vez haya experimentado ese dolor, perderá la vida, eso te lo aseguro. Ni tú ni nadie va a impedírmelo.*

*—En una guerra mucha gente inocente pierde la vida y es injusto, pero inevitable. — consiguió decir de corrido, pese al horrible dolor que sentía en todo su cuerpo—. Pero vos estáis actuando del mismo modo.*

*Le dio una fuerte bofetada, quemando su mejilla con el contacto de su mano contra su piel, a causa de su magia oscura.*

*Abdiel gruñó.*

*—¡No me comparéis con vosotros! —gritó—. Yo he sido una víctima de vuestra masacre.*

*—Pero ahora queréis hacer lo mismo a otros. Hijos, madres, padres, abuelos... —tomó aire, pues se sentía de nuevo al borde del desmayo. Estaba demasiado débil—. Sois igual de sanguinaria que las personas a las que despreciáis.*

*Sherezade se plantó delante de él, respirando con dificultad, a causa de la rabia contenida.*

*—No temáis, macedonio. —dijo con tanta frialdad que Abdiel estaba seguro que se acercaba su final—. Pues vos no lo veréis. —y diciendo esto, clavó la daga en un costado de su abdomen, rajándolo de lado a lado y haciendo que sus entrañas se salieran fuera de su cuerpo.*

*Abdiel no pudo evitar gritar, como había intentado no hacer durante aquella tortura.*

*Cuando finalmente murió, estaba seguro que la bruja hubiera alargado su agonía si no se hubiera visto impulsada por la rabia.*

*Abdiel se vio transportado a un templo blanco y dorado, donde todo estaba en paz. Donde ya no había dolor.*

*El hombre se puso en pie, sorprendido de que sus heridas hubieran desaparecido y aún conservara todos los dedos de su mano derecha. Miró en guardia a todos lados, por si era una visión y la bruja volvía a aparecer.*

*—Bienvenido, guerrero. —le dijo una voz femenina a sus espaldas—. Lamento que tu muerte no haya sido lo honorable que merecías.*

*El hombre se volvió en posición defensiva.*

*—¿Sois otra hechicera?*

*—No lo soy, guerrero. —le dijo aquella hermosa mujer de cabello rubio, acercándose a él—. Soy Astrid, la diosa protectora de la ley de la sangre.*

*—No sé de qué me habláis.*

—Lo sé. —se aproximó aún más—. Déjame que te muestre de lo que hablo.

Le tocó el brazo y como por arte de magia, todos los conocimientos sobre la ley de la sangre, humanos y brujos, acudieron a su cabeza, como si siempre hubiesen estado ahí.

—Ahora que ya sabes todo lo que necesitas saber, te diré que tengo un cometido para ti.

—Decidme qué queréis de mí, señora.

La mujer sonrió.

—La bruja que te ha matado, Sherezade, es muy poderosa y va a organizar una revuelta que durara varios años y en la que, sin ayuda, hará que todos los humanos se sometan a su poder.

—¿Qué creéis que pueda hacer yo contra eso? —apretó los puños, sintiéndose impotente—. Ya habéis presenciado cual ha sido mi destino en sus manos.

—Es por eso, guerrero que voy a hacer de ti el primer guardián del sello. —le explicó.

—¿El guardián del sello?

—Así es. —afirmó—. Seréis una orden de seis guerreros con poderes especiales y a los que el paso del tiempo no envejecerá.

Abdiel parpadeó varias veces, aturdido.

—¿Queréis decir que seremos inmortales?

—Prácticamente. —confirmó—. Vuestra única debilidad será que debéis beber sangre humana para sobrevivir.

—¿Tendremos que matar a personas para bebernos su sangre?

—No, no debéis matar a inocentes bajo ningún concepto. —le dijo—. Solo beberéis de ellos lo suficiente para vivir, sin amenazar la vida de vuestros alimentadores.

—¿Quiénes son los otros cinco guerreros?

—Eso lo decidirás tú, mi guardián, ya que serás el líder de todos ellos. Buscarás entre los guerreros más fieros, leales y valientes, y formareis una hermandad que protegerá la ley de la sangre durante milenios. —se acercó y posó una mano sobre la frente del hombre, haciendo que su cuerpo se iluminara—. Ahora ya eres más rápido y más fuerte. Los dones que te he concedido serán exclusivos para ti, así como los que tengan el resto de tus hermanos.

Abdiel se notó de repente más poderoso.

—Ahora ve, mi guardián, completa la hermandad de los guardianes del sello.

Roxie gimió, sobrecogida por todo lo que acababa de contarle.

—Tuvo que ser una muerte horrible.

—Ya no lo recuerdo. —mintió.

—¿Después de eso buscaste al resto de tus hermanos?

—Así es. Los fui encontrando durante años, no fue fácil. —explicó—. Necesitaban ciertos requisitos, pero finalmente logramos formar la hermandad de los guardianes del sello, acabando de ese modo con Sherezade.

—¿Cuántos años pasaron durante todo ese proceso? —estaba impaciente por saber más.

—Muchos.

—¿Cuántos? —insistió.

—Cientos de años.

Roxie se sorprendió.

—¿Cómo es posible que Sherezade viviera tantos años? Ella era mortal.

—Encontró un hechizo con el que engañar a la muerte. —dijo—. A través de siete sacrificios, de siete mujeres jóvenes.

—Es horrible.

Abdiel la miró de soslayo.

—Ahora ya me conoces.

Roxie asintió.

—¿Querías saber algo más? —le preguntó.

Roxie lo pensó.

—¿Qué pasó con tu familia?

—No tenía familia. —dijo, apretando las manos sobre el volante—. Fui un esclavo hasta que Alejandro me reclutó para su ejército.

—Tuvo que ser durísimo. —se compadeció de él.

—Lo fue. —su respuesta fue cortante, por lo que Roxie entendió que no le apetecía mucho hablar de ello.

—¿No tuviste mujer e hijos? —no pudo evitar preguntárselo, pues en cierto modo, sentía que era muy importante para ella saberlo.

—No.

—¿Por algún motivo en especial? —insistió.

Abdiel la miró con el ceño fruncido, decidiendo si hablar o no.

—Me enamoré de la mujer equivocada. —fue la única respuesta que le dio.

A Roxie le hubiera gustado seguir indagando, pero le notaba reticente, así que decidió que era mejor aceptar lo que le había querido contar libremente y no presionarlo.

—Y yo me quejaba de mi vida. —suspiró, aún entristecida por lo que acababa de oír.

—Noto que no eres feliz, Roxanne. —observó él—. Puedo olerlo. Algo te hace infeliz.

Ella suspiró.

—Mis padres murieron. —se sinceró—. Tuvieron un accidente de coche hace tres años. Aún no he conseguido recuperarme.

—Lo siento mucho.

—Yo también.

Ambos se miraron y Roxie sintió que estaban conectados de un modo especial y eso fue lo que más miedo le dio de todo.

## Capítulo 5

Bastantes horas después, pararon a comer algo en un restaurante de carretera.

Roxie se sentía entumecida, así que estiró la espalda en cuanto salió del jeep.

—Dentro de unas horas llegaremos al ferry. —dijo Abdiel, andando a paso ligero, tan fresco como si solo llevaran cinco minutos en el vehículo. Mientras que todos los músculos de Roxie estaban agarrotados.

—No hubiera podido aguantar un solo minuto más en ese coche. —le siguió, un tanto renqueante.

—Pues aún nos quedan unas cuantas horas.

Ella suspiró.

—Esto va a matarme.

Abdiel rió.

—No lo creo.

Entraron al restaurante, pero Roxie necesitaba ir de inmediato al baño.

—Pide por mí, por favor. Necesito ir un momento al servicio.

—¿Qué es lo que quieres?

Roxie se puso un dedo en la barbilla, pensativa.

—Una buena hamburguesa con patatas y un refresco de cola. —le rugió el estómago—. Estoy muerta de hambre.

Se alejó apresuradamente y entró al cuarto de baño.

Terminó de hacer sus necesidades y cuando estaba abrochándose los pantalones escucho a dos chicas entrar.

—¿Has visto al morenazo que acaba de llegar? —dijo una, con voz chillona.

—Uff, sí. —repuso otra, mientras abría el grifo del agua—. Menudo revolcón tiene.

—Yo le haría un favor encantada. —rió la de la voz chillona.

—Cuando le he tomado nota casi babeo encima de él.

—Se te habrán caído las bragas. —bromeó.

—Más bien las he mojado.

Las dos salieron del baño y Roxie aprovechó para salir de su escondite y lavarse las manos de mal humor.

Se sentía muy molesta, como si Abdiel fuera algo suyo, pero la realidad era que no tenía motivos para molestarse. Era normal que las mujeres le mirasen, era un hombre impresionante y ellos dos no eran nada, así que no tenía derecho a sentirse ofendida, sin embargo se sentía así. Ella jamás había sido celosa, pero le estaba pasando. Estaba celosa, y no eran unos celillos tontos, era un deseo casi incontrolable de salir y arrancarles los pelos a aquellas dos chicas.

¿Qué le estaba pasando?

Salió del baño, tratando de relajarse.

Vio a Abdiel sentado en una mesa al fondo del pequeño restaurante y se dispuso a unirse a él. De pronto un hombre le cortó el paso.

Roxie alzó los ojos hacia el orondo motero barbudo que tenía delante.

—Pero que tenemos aquí. —silbó, repasándola de arriba abajo—. Menuda periquita.

—Disculpe. —dijo, tratando de sortearlo.

El hombre la tomó por la cintura.

—Yo te perdono lo que quieras, bonita.

Roxie sintió su pestilente aliento alcoholizado.

—¡Suéltame! —forcejeó con él.

—No seas así. —rió soltando gotas de saliva al hacerlo—. Se cariñosa con el bueno de Tommy. Dame un besito.

Trató de besarla y Roxie se apartó a duras penas, sintiendo nauseas de su aliento hediondo.

De golpe se vio apartada de los brazos del hombretón de un tirón y vio a Abdiel, estrellándole al motero la cabeza contra la barra del restaurante, manteniéndosela allí inmovilizada.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —gruñó el guardián.

El orondo hombre trató de liberarse, sin conseguirlo.

—Eh, amigo. —habló entre resuellos—. No iba a hacerle nada.

—¿No te ha enseñado tu madre a no obligar a una mujer a aceptar tus atenciones cuando no las quiere? —volvió a darle otro golpe al cabezón del hombre contra la barra.

El motero gritó.

—Lo siento, no quería molestarla. Solo estaba divirtiéndome.

—Discúlpate con la señorita. —exigió.

El hombretón volvió sus ojos asustados hacia Roxie.

—Lo...lo siento.

—Debería arrancarte la cabeza. —dijo entre dientes.

—No queremos problemas. —la dueña del restaurante, una mujer de unos cincuenta años entrada en kilos, se acercó a ellos—. Si vais a seguir peleando, que sea fuera de mi restaurante.

Abdiel parecía no oírla, seguía con sus ojos fijos en el motero, que estaba hiperventilando.

Roxie se acercó a él y le tocó el brazo.

—Por favor, basta. —murmuró, tratando de captar su atención—. Ya es suficiente.

El guardián seguía con su vista sobre el hombre al que tenía retenido contra la barra.

—Abdiel. —le llamó, con la voz suplicante.

Entonces el hombre volvió sus ojos azul verdoso hacia ella y tras unos segundos mirándola, por fin soltó al tipo.

—Si vuelves a acosar a alguna mujer, te encontraré y te arrancaré los brazos. —le dijo con rabia—. Ahora, lárgate de aquí.

El hombre salió a paso ligero, tocándose la cabeza dolorida.

Abdiel se volvió hacia la dueña del restaurante, que le miraba expectante.

—Siento mucho lo ocurrido, señora. —se disculpó—. Pero ese tipo estaba acosando a mi mujer.

La mujer asintió.

—Está bien, pero no quiero más altercados.

Abdiel alzó las manos y tomando a Roxie del brazo se dirigió a su mesa.

—¿Estás bien? —le preguntó, cuándo ambos estuvieron sentados.

—Sí, no te preocupes. —se relajó—. No te tenías que haber metido, lo tenía todo bajo control.

—No fue lo que me pareció desde aquí. —alzó una ceja, sarcástico.

—Me he topado con muchos babosos como ese en mi vida, por eso aprendí defensa personal. Hubiera podido reducirle, créeme.

Abdiel se recostó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos sobre su ancho pecho.

—Así que te hubieras podido desembarazar de un tipo que era casi tan alto como yo y pesaba



unos ciento ochenta kilos, ¿no?

—Desde luego. —alzó el mentón, con tozudez.

—Algún día me gustaría verlo.

—Lo verás.

Se mantuvieron la mirada, retándose el uno al otro.

—Bueno chicos. —dijo la camarera—. Os traigo las hamburguesas.

Puso un plato frente a Roxie y cuando fue a servir el de Abdiel, se acercó tanto a él que con uno de sus voluminosos senos le rozó el brazo.

—A sido impresionante lo que has hecho antes. —pestañeó varias veces, coqueta—. Mi nombre es Kitty, por cierto.

Roxie reconoció la voz de la chica como la de una de las que había oído en el baño y una rabia enorme comenzó a nacer en sus entrañas.

—Encantado, Kitty. —le dijo el hombre, mirando apreciativamente a la rubia.

A Roxie le pareció que incluso bajaba su mirada hacia el cuello de la chica.

—Gracias, Kitty, ya puedes retirarte. —dijo Roxie de sopetón, sin poder contenerse.

La joven se irguió, dirigiéndole una mirada asesina a la morena, mientras se alejaba, contoneando sus caderas enfundadas en una minúscula falda.

—Menuda lagarta. —murmuró.

—¿Decías algo? —preguntó Abdiel, que sonreía burlón, pues lo había oído de sobra.

—Explícame porque acabasteis viviendo en noruega. —cambio de tema, dando un mordisco a la hamburguesa y cerrando los ojos, deleitándose con el sabor—. Me estaba muriendo de hambre. Está deliciosa. —vio que él no comía, solo la miraba—. ¿Tú no tienes hambre?

—Mucha.

—Entonces, ¿por qué no comes?

El hombre suspiró y le dio un bocado desganado a una patata frita.

—Dime. —insistió, Roxie—. ¿Por qué Noruega?

—Cuando conseguimos encerrar a Sherezade, tuvimos que dar a alguien su grimorio mágico y la daga del alquimista, para que los custodiaran.

—¿No podíais hacerlo vosotros?

—No, los objetos mágicos solo pueden ser custodiados por brujos.

Roxie asintió, sin dejar de comer.

—Así que se los llevamos a los brujos de los fiordos, que eran un clan de brujos que nos habían ayudado en muchas ocasiones. —bebió un sorbo de su bebida—. Su magia es blanca, es pura, no hacen daño, solo tratan de ayudar a quien más lo necesita. Así que nos quedamos cerca de ellos, por si surgían problemas.

—Es allí donde han ido Elion y Nikolai, ¿no?

Abdiel asintió, notando un leve mareo. Necesitaba sangre con urgencia.

—Discúlpame un momento. —se levantó y fue hacia el cuarto de baño.

Roxie se lo quedó mirando. Aquel hombre era un misterio.

Se encogió de hombros y continuó dando buena cuenta a la comida que tenía enfrente.

Elion y Nikolai llegaron a los fiordos donde aquel clan de brujos se había asentado hacia cientos de años.

—¡Oleg! —gritó Elion, llamando al líder de los brujos.

—Está todo demasiado en silencio, ¿no crees? —apuntó Nikolai, con las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Puede que...

—¿Guardianes?

Ambos se volvieron hacia la voz del anciano. Salía de una de las cabañas, cojeando y apoyado en una joven, para no caerse.

Elion sonrió y se acercó a él.

—Cuanto tiempo sin vernos, amigo brujo. —le dio la mano.

—Casi cuarenta años, si no recuerdo mal.

—Tienes tan buena memoria como siempre. —sonrió el guardián.

—Os presento a mi nieta, Ingrid.

Elion miró a la joven rubia, que los miraba con curiosidad y temor, a partes iguales.

—Encantado, Ingrid. —le guiñó un ojo, haciéndola ruborizar.

—¿Podemos dejarnos de formalidades e ir al grano? —dijo Nikolai, mirándolos desde la distancia.

—Mi hermano tiene razón. —asintió Elion—. Hemos venido por una razón, Oleg. Esto no es una visita de cortesía.

—Pasad a mi casa, allí podremos hablar tranquilamente. —ofreció el anciano.

—Yo prefiero esperaros aquí fuera. —dijo el rubio, mirando con el ceño fruncido alrededor.

—Está bien. —aceptó Elion—. Vayamos a tu casa, brujo.

Los tres entraron en la casa.

Mientras Elion y Oleg se sentaron, su nieta, Ingrid, se fue a prepararles un poco de café.

—¿Qué os ha traído por aquí después de tantos años? —preguntó el anciano.

—Ha aparecido una chica. —comenzó el guardián—. No es humana.

—¿Es una de nosotros? ¿Es una bruja?

—Tampoco lo es. —le dijo—. Es por eso que necesitamos respuestas y creíamos que vosotros podríais tenerlas.

—No sé nada sobre eso, guardián.

—Quizá en el grimorio de Sherezade haya alguna pista. —sugirió.

—No creo. —el anciano se movió inquieto.

Elion frunció el ceño, algo no andaba bien. Podía oler el nerviosismo y el miedo del brujo.

—Porque no lo traes y buscamos juntos.

—No lo tengo aquí en estos momentos. —esquivó su mirada.

—¿Dónde está el grimorio, Oleg?

—Yo... Guardián...

Elion se puso en pie.

—¿Qué está pasando? —gruñó—. ¿Qué habéis hecho?

De pronto notó como le clavaban una aguja en el cuello, por la espalda.

Elion se volvió y vio a la nieta de Oleg, mirándole con los ojos llorosos.

—Lo siento. —susurró, apenas sin voz.

—Tienen a mi familia. —le dijo el anciano—. Me amenazaron con matarlos si no los ayudaba.

Elion cayó de rodillas, sintiéndose aturdido.

—¿Quién?

—Dijeron que vendríais. —prosiguió el brujo, como si no le escuchara—. Solo necesitaban al guardián rubio. Me prometieron que a ti no te harían daño. Ni a nosotros tampoco, si les ayudábamos.

Elion quiso moverse hacia la puerta para avisar a Nikolai, pero le fue imposible.

—Se llevaron el grimorio y la daga de Sherezade. —continuó el abuelo.

—¿Qué...que quieren de Nikolai? —consiguió decir, al borde del desmayo.  
—No lo sé, pero lo que están organizando es muy grande, guardián.  
Elion no pudo seguir escuchando más, pues cayó al suelo, perdiendo la conciencia.

Nikolai estaba inspeccionando los alrededores cuando oyó un golpe seco dentro de la casa de Oleg.

Corrió a buscar a su hermano, pero una flecha le atravesó el pecho. Nikolai se la arrancó, pero cayó de rodillas, paralizado.

Aquella flecha contenía magia y aunque a ellos no les afectaba la magia de los brujos, aquella magia si le afectó.

Una joven morena se acercó a él.

—Hacia mucho que te esperaba.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó entre dientes, de rodillas, mirándola con odio.

—Soy Yasmina. —se agachó para estar frente a él—. Eres hermoso, guardián. —le acarició el rostro.

Nikolai deseó alejarse de ella, pero no podía moverse, solo podía permanecer arrodillado, contemplándola.

—¿Qué tipo de magia has utilizado para controlarme?

La joven sonrió, era muy bella, pero su mirada oscura era totalmente fría, carente de emociones.

—Es una magia ancestral, unida a una nueva forma de usarla. —le explicó la mujer—. Era una magia que comenzó hace milenios, pero que quedó interrumpida abruptamente por vuestra culpa. —sonrió, pero aquella sonrisa era una promesa de venganza.

—¿Qué sabe una puta como tú lo que soy?

—Lo sé, porque llevamos milenios buscándoos y por fin, hace un año, todo comenzó a esclarecerse. Por fin se pusieron en marcha las manijas del reloj del destino. Es inevitable que se cumpla la profecía y Sherezade vuelva a alzarse.

—Sherezade lleva milenios desecada.

—Y pensamos despertarla.

Nikolai se la quedó mirando, sin acabar de creérsela.

—Eso es imposible. —le dijo—. Para despertarla se necesita sangre del linaje de Sherezade y los dos sabemos que murió sin descendencia.

—Tienes razón, querido. —se puso en pie—. Pero eso ha cambiado de un tiempo para acá.

Le dio una patada en la cabeza, haciéndolo perder la conciencia.

Elion despertó aturdido, con un terrible dolor de cabeza.

Cuando alzó la vista, pudo ver al anciano Oleg muerto sobre la mesa del salón y a su joven nieta, de espaldas en el suelo, sobre un enorme charco de sangre.

Sintió lástima de ellos. Pobre gente, habían sido buenas personas y tan solo habían querido salvar la vida de los seres a los que amaban.

Sentía mucho que hubieran acabado así.

Se puso en pie con dificultad, y salió tambaleante fuera de la casa. Su hermano no estaba allí y sabía lo que significaba.

Se lo habían llevado.

Abdiel volvió del baño y se sentó de nuevo frente a Roxie, que acababa de comerse el último

bocado de su hamburguesa.

—Debemos volver a la carretera.

La joven miró el plato del hombre, intacto.

—Pero si no has comido nada.

—No me apetece.

—¿No decías que tenías mucha hambre?

—Y así es.

—Pero no de comida. —dijo con recelo.

—No. —la miró fijamente y Roxie entendió que lo que quería era sangre.

—¿No era de tú gusto la comida, guapo? —dijo la camarera, retirando el palto de Roxie.

—Todo estaba bien, gracias Kitty. —le dijo Abdiel—. ¿Podrías traernos la cuenta?

—Por supuesto. —le guiñó un ojo y se alejó.

Roxie, pese a desear arrancarle aquella melena rubia a la descarada camarera, decidió obviar sus deseos de sangre y centrarse en los deseos de sangre de Abdiel, que eran completamente diferentes.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó en un susurro—. ¿Necesitas...emm...beber ya?

—Puedo contenerme, si es lo que quieres saber.

—Pero tendrás que comer tarde o temprano.

La miró enfurruñado.

—Si te preocupa que me vuelva loco y salte sobre tu yugular, puedes estar tranquila. —refunfuñó.

—No me preocupa eso...

—Aquí tienes, chato. —la cortó la camarera—. Tu cuenta.

Deslizó la cuenta en la mesa hacia Abdiel, junto a un papel donde le había anotado su número de teléfono.

A Roxie aquello le pareció ya el colmo. Una completa falta de respeto para ella, que estaba allí con él y bien podía ser su novia.

Se apresuró a tomar los papeles en su mano y apartando el del teléfono se lo devolvió a la rubia.

—Perdona, Kitty, creo que esto es tuyo. —sonrió de oreja a oreja, mostrando todo su encanto—. Creo que se te ha caído.

—Yo... sí claro, debe haberseme caído. —la miró con inquina.

—Claro. —le mantuvo la mirada, mientras Abdiel depositaba el dinero sobre la mesa.

La camarera lo tomó de mala gana y se retiró.

—¿A que ha venido eso? —preguntó el guerrero, sonriendo.

—A nada. —mintió—. Solo que me pareció más sensato alejarla de ti. Dada el hambre que tienes no quisiera que te sintieras incómodo.

—Podría haber saciado mi hambre con ella.

Roxie apretó los labios.

—¿Querías beberte... beber de ella? —no quería decir beberte su sangre, por si alguien los oía.

Finalmente Abdiel se puso en pie.

—No te preocupes, Roxanne, no tenía intención de beber de esa mujer.

—No me preocupa. —volvió a mentir.

—Ya. —dijo el hombre, escéptico.

—Claro que ya. —le siguió fuera del restaurante.

Entonces sonó el teléfono del guardián, que descolgó al instante.  
—Hola, Bror. —saludó—. ¿Alguna novedad?  
Solo hubo silencio al otro lado de la línea telefónica y Abdiel sintió que algo no andaba bien.  
—¿Elion?  
Roxie frunció el ceño al ver el cambio de actitud en Abdiel, que parecía tenso y preocupado.  
—Lo siento, Bror, he fallado. —dijo al fin el otro guerrero.  
—¿Qué ha ocurrido?  
—Alguien estuvo aquí antes que nosotros, se habían llevado el grimorio y la daga del alquimista.  
—Mierda. —gruñó Abdiel.  
—No es todo. —oyó suspirar a Elion—. Han matado a todo el clan de los brujos de los fiordos. Además se... —hizo una pausa—. Se han llevado a Nikolai.  
—¿Qué? —gritó—. ¿Quién?  
—No lo sé, Bror.  
—¡Joder! —vociferó, dando una patada al jeep, haciendo una abolladura en la carrocería.  
—Abdiel ¿Qué pasa? —preguntó Roxie, alarmada.  
—Vuelvo ahora mismo. —le dijo a Elion, sin prestar en ese momento atención a lo que la mujer le decía.  
—No, no puedes volver. —le dijo su hermano—. Tenemos que averiguar quiénes son las personas que se lo han llevado y para ello necesitamos las respuestas que vas a buscar.  
—¿Y tú que harás?  
—Buscaré pistas. Algo que me indique quien ha podido hacer esta masacre.  
—No hagas nada sin avisarme antes.  
—Lo juro. —prometió.  
—Cuidate hermano y ten por seguro que encontraremos a los mal nacidos que han hecho esto.  
—trató de aliviar el peso que sabía que su hermano llevaba en aquel momento sobre los hombros.  
—Y cuando los encuentre, voy a matarlos. —dijo con rabia.  
—Y yo te ayudaré, Bror, no te quepa duda.  
Colgaron el teléfono y Abdiel le dio un puñetazo a una de las ventanillas del jeep y la rompió.  
—¡Por Dios! —exclamó Roxie, al ver sangrar su mano.  
La tomó entre las suyas y el hombre la retiró de mala gana.  
—Estoy bien.-le dijo, bruscamente.  
—¿Qué pasa?  
—Nada de tu incumbencia.  
Roxie se envaró y se alejó de él, para subirse al coche.  
—Lo siento. —la agarró del hombro—. No quería hablarte así.  
Roxie asintió.  
—¿Me vas a contar que ha pasado?  
—Han matado a todo un clan de brujos que conocíamos. —le dijo, mirándola con intensidad—. Y se han llevado a Nikolai.  
Roxie se cubrió la boca con la mano.  
—¿Quién?  
—Tenemos que averiguarlo, por eso tenemos que llegar cuanto antes de ver a Talisa.  
La joven asintió.  
—Está bien, pero primero déjame curarte la mano... —cuando la alzó para mirarla, está ya se había curado sola y el único rastro de la evidencia de la herida, era la sangre que aún manchaba

sus nudillos.

—Ventajas de estar muerto. —bromeó, aún con una mirada sombría.

Fue a abrir la puerta del conductor y se tambaleó un poco. Roxie le cogió por la cintura.

—¿Seguro que estás bien?

—Solo es un poco de cansancio.

—Yo conduciré. —dijo Roxie, decidida.

—No hace falta, yo...

—Dijimos que nos turnaríamos al volante, ¿acaso no te fías de mí? —puso los brazos en jarras.

Abdiel la miró y suspirando le tiró las llaves que ella cogió al vuelo, con una sonrisa de oreja a oreja.

## Capítulo 6

Varcan acababa de recibir la llamada telefónica de su hermano Elion, donde le había puesto al corriente de lo que había ocurrido en el clan de los brujos de los fiordos y él se lo había transmitido a Thorne y a Draven, que estaban igual de furiosos y preocupados que él.

—No sé qué cojones hacemos aquí. —gruñó el vikingo—. Tendríamos que estar con Elion, para encontrar a esos hijos de perra.

—Cuanto antes encontremos a los Berrycloth, antes acabaremos con esto. —dijo Draven, siguiendo un rastro que había encontrado en el barrio de Ealing.

—Si han sido los Berrycloth, está claro que no están aquí. —insistió Thorne.

Varcan permanecía callado, cosa extraña en él.

—Eso lo comprobaremos ahora, porque en ese edificio tengo un rastro claro. —dijo Draven, dirigiéndose hacia allí.

Sus hermanos le siguieron.

Miraron alrededor, ya había anochecido y no se veía a nadie cerca, así que Thorne, de una patada, reventó la puerta del edificio.

Los tres guardianes entraron dentro y todo a su alrededor olía a los brujos que estaban buscando.

—Está claro que los Berrycloth están aquí, su olor está por todas partes. —dijo Thorne, comenzando a subir las escaleras.

—Espera. —Draven lo detuvo, poniendo una de sus manos sobre el pecho del vikingo.

—¿Qué ocurre, Bror? —preguntó Varcan, alerta.

—Como bien ha dicho Thorne, el olor de lo Berrycloth está en todas partes. —apuntó el cazador, oliendo a su alrededor—. En demasiadas partes y exageradamente intenso para que sea normal.

—¿Crees que es una trampa? —Varcan examinó minuciosamente el lugar, manteniéndose cerca de sus hermanos, para cubrirse unos a otros, si fuera necesario.

A Draven no le dio tiempo a contestar, pues de lo alto de la escalera bajaron ocho hombres calvos, con la piel pálida, ojeras, los ojos inyectados en sangre y unos colmillos enormes, que se podían apreciar en sus babeantes bocas.

—¿Qué cojones son estos bichos? —bramó Thorne, dándole una patada en la cabeza a uno y arrancándosela de cuajo.

—Lo que está claro es que no están muy felices de vernos. —dijo Varcan, esquivando los dientes de uno de esos engendros, que se tiraba hacia su yugular, antes de que el guardián metiera la mano en su cavidad torácica y le arrancara el corazón.

—Y que no son los Berrycloth. —añadió Draven, tomando del cuello a dos de ellos, estrellándolos contra las paredes. El guerrero se hizo invisible, para poder deshacerse de esos seres con mayor facilidad.

Thorne se deshizo de dos más de ellos arrancándoles las cabeza con sus propias manos, pero uno le saltó por la espala y le hubiera mordido, si Varcan no se hubiera duplicado, deshaciéndose de aquel espécimen, rompiéndole el cuello.

El último cayó fulminado cuando Draven le partió la columna por la mitad.

Cuando todos estuvieron muertos, la réplica de Varcan volvió a su propio cuerpo y Draven se hizo visible.

Thorne se agachó a mirar a uno de los caídos.

—Nunca había visto algo así. —le tomó el pulso, para cerciorarse que estaba muerto realmente—. Está frío como si llevara horas muerto. Además, su piel es traslucida. —podían verse las venas a través de ella.

—Tenías razón, Draven, era una trampa. —observó Varcan—. Nos estaban esperando.

—Se están anticipando a todos nuestros movimientos. —caviló Draven.

—Aquí no encontraremos a los Berrycloth. —dijo Thorne, cuando de pronto el muerto se levantó y le clavó los dientes en el brazo—. ¡Joder! —gritó, metiéndole la mano en el pecho y arrancándole el corazón.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Draven—. ¿No estaba muerto?

—Lo estaba. —aseguró el vikingo.

—Entonces... —Varcan no pudo acabar pues otro de los muertos se levantó de un salto, como otros dos más.

—¡Vuelven a la vida! —bramó Thorne, rompiéndole el cuello a otro.

—Mierda. —Draven forcejeaba con otro de ellos.

Varcan se quedó mirando a los que no revivían y eran a los que se les había arrancado la cabeza o el corazón.

—Arrancadles la cabeza o el corazón, creo que es la única manera de matarlos definitivamente. —les gritó a sus hermanos, mientras él separaba la cabeza del cuello de uno de los engendros.

Ambos hicieron lo que les decía con los dos que quedaban en pie, dejándolos tirados en el suelo.

—Estos cabrones son jodidos de matar. —rugió Thorne, pateando una de las cabezas sueltas.

—Alguien ha creado a estos seres para hacerlos más rápido, fuertes y complicados de matar. —dijo Varcan.

—Tienen colmillos como nosotros. —observó Draven—. Parece como si alguien hubiera tratado de clonarlos.

—Unos clones bastante feos y patéticos. —rió Varcan, viendo el desagradable aspecto que mostraban todos aquellos tipos.

—Eso es cierto. —Draven le acompañó en las risas—. Pero parecen tener un plan muy elaborado, eso no es nada bueno.

—No. —asintió Varcan—. Menos aun cuando siempre vamos un paso por detrás.

—Hermanos, creo que tenemos un problema. —dijo Thorne.

—¿Qué problema? —dijeron los otros dos al unísono, mirándole con el ceño fruncido.

El vikingo les enseñó la mordedura del brazo y vieron que no se le curaba.

—No está sanando. —les dijo Torne, apretando las mandíbulas.

Varcan se acercó a examinar la herida.

—¿Qué coño pasa? —el mordisco tenía muy mala pinta, como si llevara días sin curarse y se hubiera infectado.

—Espero que Talisa pueda decirnos algo. —comentó el cazador—. Si no, estamos jodidos.

Abdiel despertó con el cuello dolorido.

Ni siquiera se había dado cuenta que se había quedado dormido, nunca le había pasado eso, pero sabía que era por la falta de sangre, necesitaba beber cuanto antes, se notaba bastante débil.



—Bunas noches, bello durmiente. —dijo Roxie, de buen humor—. Según el GPS estamos cerca del ferry.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó, haciendo estiramientos con el cuello.

—Un par de horas.

—Debías haberme despertado. —gruñó.

—¿Para qué? Estaba conduciendo muy tranquila, no me hacías falta para nada, así que te dejé dormir. Parecía hacerte falta.

Abdiel gruñó, frunciendo el ceño.

—El ferry no sale hasta mañana por la mañana, haremos noche en un motel que hay cerca de aquí.

—De acuerdo, indícame. —le miró, sonriendo.

Abdiel se quedó embobado con lo preciosa que era. Le hubiera gustado besarla en aquel mismo momento. Le hubiera encantado poder beber su sangre, era lo que más deseaba en aquel instante, y si no fuera porque tenía la experiencia de muchos años de autocontrol, sin duda se habría abalanzado sobre ella allí mismo, pues su olor dulce le atraía como la luz a las polillas.

—¿Abdiel? —insistió Roxie, cuando no le contestó.

—Perdona. —se centró en lo que debía hacer— Toma la siguiente salida.

—De acuerdo.

La mujer hizo lo que le pedía. Tenía que reconocer que conducía bastante bien.

—Conduces muy bien. —le dijo.

—Me enseñó mi padre. —comentó Roxie, con nostalgia—. Él era el mejor conduciendo, por desgracia no solo depende de tu habilidad al volante una vez estás en la carretera.

Abdiel se la quedó mirando fijamente.

La joven permaneció en silencio y él pensó que no iba a decir nada más.

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico. —explicó, para sorpresa del guardián—. Un camionero se quedó dormido y los envistió, murieron al instante. —tragó el nudo de congoja que se formaba en su garganta—. Estaba en la facultad cuando me llamaron para darme la noticia. Fue horrible, no era capaz de asimilarlo, ni siquiera cuando tuve que reconocer sus cuerpos... —se le quebró la voz.

—Lo siento mucho. —le dijo Abdiel, con sinceridad.

—Eran unos padres magníficos. —añadió, con la voz entrecortada—. Me dieron lo mejor que pudieron. Eran cariñosos, me apoyaban en mis decisiones, siempre estaban ahí cuando los necesitaba. Su pérdida me dejó devastada.

—¿Quién te apoyó para superarlo? —se interesó, pues no quería imaginarse que había pasado por todo eso sola.

—Fue Max. —le miró, con una sonrisa tierna—. Max es lo mejor que tengo en mi vida. Es fundamental para mí.

Abdiel no pudo evitar sentirse celoso.

¿Quién sería ese Max? ¿Su novio? ¿Estaría enamorada? Por como hablaba de él, sin duda albergaba sentimientos profundos hacia ese hombre.

—Me alegro que no pasaras ese trance sola. —y era verdad, a pesar de que le molestara.

—Max jamás me dejaría sola. —dijo, con total seguridad—. Nos apoyamos mutuamente. Siempre.

Abdiel asintió, sin querer pensar mucho en Roxanne dejándose consolar por otro hombre que no fuera él.

—Unos metros más adelante verás el motel. —dijo, para cambiar de tema.

—Menos mal, porque estoy deseando darme una ducha. —suspiró—. Me siento sudada y pegajosa.

Joder, y ahora se le venía a la cabeza la imagen del cuerpo desnudo y húmedo de Roxie bajo el agua de la ducha. Solo imaginarla así le hizo experimentar una instantánea e incómoda erección.

Parecía que aquella noche iba a ser larga para él, pues tenerla al lado y no tocarla iba a ser todo un desafío.

## Capítulo 7

Nikolai despertó con las manos atadas al techo y los pies al suelo de una sala totalmente blanca, en la que no había ningún tipo de ventana o mobiliario.

Solo iba vestido con unos bóxer negros, mostrando todos los tatuajes que cubrían su musculoso cuerpo. Sentía el cabello un poco pegajoso, por lo que suponía que después de la patada que le dio aquella zorra habría estado sangrando hasta que su herida se sanó.

Tiró fuertemente de las cadenas, pero no sirvió de nada, no se rompían, por lo que pensó debían estar sujetas a algún tipo de hechizo, con aquella nueva magia que parecía afectarles.

Nikolai se concentró e intentó usar su poder para volver el tiempo atrás dos horas, pero también le fue imposible.

¿Qué coño estaba pasando?

En ese momento se abrió una puerta corredera y una mujer vestida con una bata de médico, un dossier y un bolígrafo en las manos, entró a la sala.

En cuanto estuvo dentro, la puerta volvió a cerrarse, dejándola a solas con él.

La mujer alzó sus ojos azules hacia él, ¿o eran grises?, no lo sabía. Tenía un bonito cabello dorado, que le caía liso hasta mitad de la espalda y un gracioso flequillo ladeado, que le tapaba en parte uno de sus felinos ojos.

No era muy alta, rondaría el metro sesenta y cinco, pero tenía un precioso cuerpo, lleno de curvas. Sin duda alguna, era una mujer espectacularmente bella y por lo que él podía oler, era una bruja. Intuía que del clan Berrycloth, por el deje a limón que los caracterizaba.

—Buenos días. —le saludó con cortesía, como si no estuviera prisionero y medio desnudo—. Soy la doctora Adams, pero puedes llamarme Keyla. Venía a examinarte, Nikolai. —le sonrió—. ¿Puedo llamarte Nik?

—Puedes comerme la polla, zorra. —dijo entre dientes, con rabia.

—Estado de ánimo irascible. —murmuró, mientras escribía en el dossier.

—Si no me sueltas verás lo irascible que puedo llegar a ser. —la amenazó, zarandeándose de un lado al otro.

—Te aconsejo que te relajes, Nik, porque esto va a ir para largo. —dijo, con tono tranquilo y suave.

—¿Qué queréis los Berrycloth de mí?

—¿Los que...? —preguntó, y Nikolai pudo oler que no estaba mintiendo.

—Eres del clan de brujos Berrycloth, puedo olerlo en tu sangre. —explicó, sin apartar los ojos de la doctora.

Keyla volvió a anotar en el dossier.

—Delirios paranoides.

—¿De que estas hablando, bruja? —gritó, tirando fuertemente de las cadenas.

—Agresividad repentina. —volvió a apuntar.

—¡Dime de una jodida vez que quieres de mí!

La mujer se acercó un poco más y le miró directamente a los ojos.

—No tienes que preocuparte, solo vamos a tratar de averiguar qué tipo de ciencia ha usado el ejército de tu país para daros esas características especiales que poseéis los soldados como tú.

—¿De qué hablas? —Nikolai estaba confundido, pero sabía que ella creía a pies juntillas todo lo que le estaba diciendo.

—Sé que no os permiten hablar del grupo de élite al que perteneces, pero aquí estamos al corriente de todo. —le puso la mano en el brazo, para tranquilizarlo—. Pero necesitamos contar con la misma tecnología que usáis en Rusia para poder defendernos de vosotros y para ello solo necesitamos analizar tu sangre, ¿de acuerdo?

—No sabes de lo que hablas. —dijo Nikolai, sintiendo descargas eléctricas donde la mujer tenía apoyada su mano.

—No me gusta que tengas que estar así atado, pero me han asegurado que era necesario, pues eres más fuerte que un soldado normal.

Nikolai suspiró, tratando de mantener la calma, a pesar de estar hirviendo de rabia por dentro.

—Escúchame, Keyla, me has dicho que te llamabas así, ¿no?

—Sí. —le dijo la doctora, sonriéndole con amabilidad.

—Te están manipulando. —trató de hacerle ver cuán engañada estaba—. Sé que esto va a sonar a locura, pero es la verdad. No soy un soldado, soy un guardián milenario, que protege la paz en la tierra. Y tú no eres una simple doctora, eres una buja que pertenece a un clan de poderosos brujos, que han intentado saltarse la ley de la sangre en incontables ocasiones. —ella le escuchaba atentamente—. Y por desgracia, creo que en esta ocasión están haciendo lo mismo y te están usando a ti para ello.

Keyla dejó de tocarle y se alejó de él.

—Ya me advirtieron que la droga que os administraban para daros fuerza y velocidad, a la larga, os creaba una esquizofrenia alucinógena. —le miró con compasión—. Pero vamos a ayudarte, Nik, no te preocupes, te ayudaremos a salir de esto y que puedas seguir con tu vida normal. Te lo prometo.

—¡No tengo alucinaciones! —gritó, perdiendo la calma, tratando de llegar hasta ella—. Tienes que creerme, joder.

—Estás muy nervioso. —se acercó a la puerta—. Volveré cuando te encuentres más clamado, te traeré algo de comer y te sacaré un poco de sangre.

—¡No! —chilló de nuevo—. No te vayas.

La mujer salió por la puerta, mirándolo por última vez con lástima, creyéndolo realmente enfermo.

Nikolai rugió como un animal salvaje, tirando con más fuerza aun de las cadenas, haciendo que sus muñecas sangraran y para su sorpresa, estas no sanaron a la velocidad de siempre.

¿Qué estaba pasando en ese lugar?

Roxie estacionó el jeep en el aparcamiento del motel y ambos descendieron de él.

—No es muy bonito. —comentó la chica arrugando el gesto—. Espero que por lo menos esté limpio.

—He estado aquí varias veces y no te preocupes por eso, todo está en perfectas condiciones. —le aseguró Abdiel.

Roxie lo miró alzando una ceja.

—Supongo que siempre habrás venido acompañado.

Abdiel sonrió con ironía.

—Esta vez también estoy acompañado. —bromeó con ella.

—Estoy segura que no de la misma manera. —murmuró para ella misma, aunque él llegó a oírla.

El móvil de Abdiel sonó, en la pantalla vio que era Varcan.

Sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón y se la tendió a Roxie.

—Voy a atender esta llamada, ve pagando la habitación.

—¿Solo una? —le miró sorprendida.

—Es la única manera de protegerte.

Roxie, aunque reticente, asintió y entró a la austera recepción del motel.

El hombre que había tras el mostrador de recepción estaba riendo mientras miraba algún programa de la televisión. Tenía el pelo rizado y grasiento, unas grandes patillas y un bigote estilo herradura. Su camisa a cuadros se veía raída y estaba llena de lamparones, por lo que su impresión de que se encontraría las sábanas sucias se hizo más presente y real.

—Buenas noches. —saludó Roxie—. Querría una habitación.

El hombre, que no llegaría a los cuarenta años se giró hacia ella y la repasó de arriba abajo, con lascivia.

—Buenas noches. —sonrió, mostrando que le faltaban algunos dientes—. Una habitación individual, marchando.

—En realidad la quería doble.

El recepcionista amplió más su desagradable sonrisa.

—Claro, una cama grande siempre es más cómoda para dormir... o lo que sea. —le guiñó uno de sus ojos de sapo—. Si le parece puedo subirle alguna revista a su habitación, así tendrá algo que hacer.

Roxie sabía perfectamente lo que pretendía aquel baboso y ni muerta besaría siquiera a aquel tipo.

—No hace falta. —sonrió con seguridad—. Mi novio está fuera y no creo que nos hagan falta revistas.

El recepcionista frunció el ceño y alargó el cuello, alcanzando ver al enorme hombre que estaba de espaldas, con una mano apoyada en el techo del jeep.

Carraspeó y cambió su actitud con ella.

—Claro, claro. —tomó una llave y se la entregó—. Serán cuarenta y cinco euros.

Roxie sacó el dinero de la cartera de Abdiel y se lo tendió al hombre.

Cinco hombres rapados al cero entraron en ese momento al motel.

A Roxie le pusieron los pelos de punta. Parecían drogados, pues tenían los ojos muy rojos y ojerosos, y su piel estaba muy pálida, como si se sintieran mareados o algo así.

—¿Querían unas habitaciones? —preguntó el recepcionista, pero los cinco hombres fijaron la mirada en ella.

Un escalofrío recorrió la espalda de la joven, que retrocedió y trató de ir con Abdiel.

—Voy a buscar a mi novio. —le dijo al recepcionista, pero también para que aquellos hombres espeluznantes la oyeran.

Sin embargo, dos de ellos se plantaron delante de la salida, mirándola como si estuvieran hambrientos.

—¿Me dejarían pasar? —les dijo, tratando de sonar firme.

Uno de los hombres la agarró fuertemente por el brazo, clavándole los dedos dolorosamente.

Pese a ser verano, su mano estaba totalmente fría.

—¿Qué haces? —dijo Roxie, tirando de su brazo para tratar de liberarse, sin conseguirlo—. ¡Suéltame!

El hombre no se movió, la miraba fijamente, con la cabeza ladeada y sus fríos ojos clavados en ella.

—Oye amigo, deja a la chica, no quiero problemas. —dijo el recepcionista, llamando la atención de otro de los hombres, el que estaba más próximo a él.

El individuo calvo se acercó a él y en un rápido movimiento le partió el cuello.

Roxie, aterrada, contuvo la respiración y se volvió a mirar al hombre que la tenía cogida del brazo, que sonrió fríamente, mostrando sus afilados colmillos.

Roxie soltó un alarido de terror, como nunca antes en su vida había hecho.

Abdiel acaba de hablar con Varcan, que le había puesto al corriente del encontronazo que habían tenido con aquellos extraños seres.

Estaba preocupado por la herida que Thorne tenía en el brazo a causa de un mordisco y no se curaba.

Cuando se estaba guardando el móvil en el bolsillo, un grito de auténtico pánico proveniente de Roxie, le hizo ponerse en guardia y correr hacia donde ella estaba.

Se la encontró forcejeando con dos de aquellos hombres calvos que trataban de llevársela. Abdiel en seguida se dio cuenta que eran tal cual se los habían descrito sus hermanos y solo verlos con sus asquerosas manos sobre ella, le hicieron ponerse furioso.

—Os aconsejo que le quitéis las manos de encima a la chica, si no queréis perderlas. —trató de convencerles con su poder de persuasión, pero aquellos tipos parecían autómatas, estaba claro que seguían ordenes, no tenían ningún tipo de sentimiento o conciencia que poder alterar.

Los cinco engendros clavaron en él sus miradas inyectadas en sangre.

—¡Cuidado, Abdiel! —gritó Roxie, tratando de prevenirlo de ellos—. Acaban de matar a un hombre.

Dos de los pálidos tipos se abalanzaron sobre él, que los apartó de sí, con cuidado de que no le mordieran. Después, como le había dicho Varcan, les arrancó en corazón.

Otro de ellos se le tiró por la espalda, tratando de clavarle sus afilados colmillos en la yugular, pero Abdiel lo lanzó contra el suelo y lo ancló allí poniendo unos de sus pies sobre el pecho. Con ambas manos tiró de la calva cabeza, hasta arrancársela.

Los dos monstruos que se llevaban a Roxie, salían apresuradamente del motel. Estaba claro que no querían hacerla daño, por lo menos no en ese momento, y sus órdenes eran llevársele a algún lugar con vida.

Abdiel los persiguió y de un saltó, se plantó delante de ellos.

Los engendros pusieron a Roxie frente a ellos, a modo de escudo, sonrieron creyéndose con la victoria, mostraron sus afilados colmillos.

—Si le hacéis un solo rasguño. —dijo, con los dientes apretados—. Os arrancaré los miembros uno a uno mil veces, antes de dejaros morir.

No quiso mirar a Roxie, pues necesitaba toda la concentración necesaria. Se notaba al límite de sus fuerzas por la falta de sangre.

Con un movimiento tan rápido que Roxie fue incapaz de ver, Abdiel estaba a su lado arrancando el corazón de uno de los tipos que la tenía agarrada, que cayó desplomado a sus pies, sangrando tanto que a la joven se le revolvió el estómago.

El último que quedaba la tiró hacia atrás, haciendo que Roxie cayera al suelo, golpeándose la frente contra el cemento del aparcamiento del motel. Después, se lanzó sobre Abdiel, que se tambaleó hacia atrás, agarrándolo del cuello, para evitar que le mordiera, como pretendía el engendro, que daba dentelladas hacia él, babeando, como si fuera un chucho rabioso.

El guardián, desembarazándose de él, lo estampó contra el suelo y le aguantó por el cuello allí, inmovilizándolo.

—¿Quién os manda? —rugió, cerca de su cara—. ¿Qué queréis de ella? —señaló con la cabeza a Roxie.

El engendró sonrió fríamente, con los ojos totalmente vacíos.

—¡Contesta! —gritó el guerrero—. Si no lo haces por las buenas, será por las malas...

Pero antes de que pudiera decir nada más, aquel ser se metió la mano en su propio pecho y se arrancó el mismo el corazón, muriendo delante de sus ojos.

Abdiel maldijo, pues el hijo de puta había preferido quitarse la vida antes de decir una sola palabra.

Se puso en pie con dificultad y se apresuró a acercarse a Roxie, que seguía aun recostada en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —se acuclilló frente a ella, tomándola del mentón, para volverle la cabeza hacia él. En la frente de Roxie había una brecha, y su sangre le corría por la ceja. El guardián apretó los dientes. —Me gustaría que ese cabrón no estuviera muerto para poder volver a matarlo.

La mujer posó suavemente su mano en el antebrazo masculino.

—No te preocupes, estoy bien.

Ambos se mantuvieron la mirada. Estaba cargada de electricidad y deseo. Los dos sabían lo que querían y era comerse el uno al otro.

Abdiel se aproximó a ella, que cerró los ojos, esperando un beso que no llegó, pues el guardián sintió un fuerte mareo.

Se puso en pie tambaleante y Roxie abrió los ojos, mirándolo aturdida aún por el momento que acababan de vivir.

—¿Estas bien? —se levantó dolorida.

—Tenemos que irnos. —trató de aproximarse al jeep, aunque su visión cada vez era más borrosa.

La chica se puso junto al él al ver que caía de rodillas.

—Dios mío, Abdiel, ¿te han herido? —le examinó el torso, pero a simple vista no notó nada.

—Roxanne, vete. —su voz sonó débil.

—¿Qué? No. —exclamó—. ¿Qué pasa contigo?

—Si vienen y ven los cadáveres...tendrás...problemas... —pero no pudo seguir diciendo nada más pues perdió la conciencia.

—No, no, no. —dijo, arrodillándose y zarandeándole—. Vamos, Abdiel, no me hagas esto.

Buscó por su cuerpo alguna lesión que no hubiera visto, pero no parecía haber nada, a no ser fuera algún tipo de lesión interna.

¿Qué podía hacer?

Buscó en los bolsillos del hombre y sacó su móvil.

Miró el registro de llamadas y marcó la última que había recibido de Varcán.

—Dime, Bror, ¿todo bien? —se oyó la ronca voz del hombre al otro lado de la línea.

—No va nada bien, tenemos bastantes problemas.

Cuando Varcán oyó la voz de la chica supo que algo le había sucedido a su hermano.

—¿Qué ocurre?

—Yo... nos atacaron... eran horribles, calvos y con colmillos... mataron a un hombre y... y... Abdiel los mató pero... no sé si le han herido, él... él... se cayó al suelo... —gimió, sintiendo ganas de llorar.

Varcán trataba de entender aquella palabrería, rápida e inconexa.

—Trata de calmarte. —le dijo, con voz tranquila—. ¿Tu estas bien?

—Sí.

—¿Todos esos seres calvos que me has dicho, están muertos? —quería asegurarse que no estuviera en peligro.

Roxie miró alrededor, donde todos ellos yacían en charcos de su propia sangre.

—Sí.

—De acuerdo. —suspiró—. Ahora cuéntame que le ha ocurrido a Abdiel.

—Él... peleó contra todos estos vampiros o lo que sean, pero creo que no llegaron a herirle, sin embargo comenzó a tambalearse, como si estuviera mareado, hasta que cayó al suelo desplomado.

Varcán creía saber lo que le ocurría a su hermano.

—Escúchame bien, Roxie, debéis iros de ahí antes de que alguien os vea y os relacionen con esas muertes.

—Yo... no podré mover a Abdiel para llevarlo hasta el jeep. —le miró allí tirado en el suelo, tan grande y musculoso.

—Entonces debes irte tú.

—¿Qué? —gritó horrorizada—. No puedo abandonarlo, me ha salvado la vida.

—Entonces, la otra opción es que le des tu sangre.

Roxie palideció. ¿Darle su sangre?

—Roxie, ¿me escuchas? ¿Estas aun ahí?

—Sí. —susurró—. Aquí estoy.

—Verás, lo que le pasa a Abdiel es que lleva demasiado tiempo sin beber sangre. Además ha perdido mucha energía al contactar con la Diosa Astrid y sospecho que las reservas que le quedaban las gastó peleando con esos cabrones. —le explicó el guardián—. Ahora debes decidir qué quieres hacer, marcharte antes que venga la policía u ofrecerle un poco de tu sangre.

Roxie respiró hondo, no podía dejarlo allí después de salvarle la vida, aquello lo tenía claro.

—¿Qué he de hacer?

Varcán respiró aliviado al otro lado de la línea telefónica.

—Está bien, acércate a Abdiel y busca en su tobillo derecho. Por encima de la bota, verás una daga. Cógela.

Roxie hizo todo lo que le ordenaba.

—La tengo.

—Bien. Ahora viene la parte más difícil. Quiero que te hagas un pequeño corte en la muñeca, no hace falta que sea profundo, solo lo suficiente para que mane tu sangre de él.

La joven, con la mano temblorosa, acercó la afilada hoja de la daga a su muñeca y apretó, hasta que esta le hizo un corte. Gimió al notar el dolor.

—Ya lo tienes, Roxie. —la animó el guardián.

—¿Y ahora qué?

—Pon el manos libres y acércate a Abdiel, acercando tu muñeca a su boca y dejando que la sangre caiga dentro de ella.

Roxie puso el manos libres como le había pedido Varcán y arrodillándose junto al hombre, apoyó su cabeza sobre sus piernas, aproximó su muñeca lastimada a él y le abrió la boca, para que la sangre cayera dentro.

Las gotas fueron cayendo sobre su lengua. La joven vio cómo su nuez se movía arriba y abajo, como si estuviera tragando y de repente, Abdiel abrió sus ojos, que tenía sus pupilas totalmente dilatadas, viéndose completamente negros.

La cogió con fuerza por el brazo y abriendo la boca, le clavó los colmillos en su suave carne.



Roxie gritó, al notar como perforaban su piel, pero después de eso, el dolor desapareció, dando paso a un intenso placer.

La sensación placentera nacía donde él la mordía, pero se extendía por todas sus terminaciones nerviosas, concentrándose especialmente en su sexo.

Abdiel se irguió, quedando sentado en el suelo y Roxie se dejó caer contra su pecho, sintiéndose lánguida y temblorosa, a causa de las sensaciones que experimentaba.

Era como tener un orgasmo brutal y larguísimo.

El guardián siguió bebiendo con avidez, totalmente ido, solo centrado en el dulce sabor de aquella sangre.

El cuerpo de Roxie fue quedándose cada vez más débil, por lo que Abdiel la agarró con fuerza, apretándola contra sí.

—Bror. —dijo Varcán, que sabía lo que sucedería si su hermano bebía de aquella hembra, tan hambriento como estaba—. Abdiel escúchame, debes detenerte. —le ordenó, aunque el susodicho no parecía escucharle—. Debes parar, Abdiel, vas a matarla.

Aquello si pareció penetrar en la mente del guardián, pues sus pupilas se empequeñecieron, enfocando el rostro de Roxie.

Estaba preciosa, con los labios entreabiertos y los ojos cerrados, deleitándose en el placer que su mordida le estaba causando, mientras soltaba pequeños gemidos. Pero también se dio cuenta de que estaba muy pálida, sin duda por la pérdida de sangre a la que la estaba sometiendo.

—¡Abdiel! —oyó que Varcán le gritaba desde el manos libres.

El hombre desclavó sus colmillos del brazo de la joven, que gimió con más fuerza, abriendo lentamente sus bonitos ojos violetas, que se veían vidriosos por la pasión y se fijaron en su rostro.

—Tranquilo, Bror, estoy aquí. —le dijo a su hermano, sin poder apartar la vista de aquella hembra.

—¿La chica está bien? —quiso saber el otro guardián.

—Eso creo. —añadió Roxie, con la voz temblorosa.

Varcán rió, sabiendo el placer que acababa de experimentar y lo excitada que se encontraría en aquel momento, pues la mordida de ellos era totalmente afrodisiaca, tanto para el que la hacía, como para el que la recibía.

—Está bien. —asintió—. Pero recordad que antes de hacer lo que vayáis a hacer, largaos de ahí cagando leches.

## Capítulo 8

En cuanto Varcán colgó el teléfono, ambos se apresuraron a montarse en el jeep, antes de que alguien los viera cerca de los cadáveres.

—En la guantera hay vendas y esparadrapo, para que puedas vendarte la muñeca. —dijo Abdiel, sin apartar la vista de la carretera, mientras conducía a toda velocidad.

Roxie, acalorada y avergonzada a partes iguales por lo que acababa de experimentar, abrió la guantera y sacó la venda y el esparadrapo que él le había dicho. Cuando se miró la muñeca, vio que el corte seguía allí, pero las marcas de colmillos de su brazo estaban desapareciendo y solo quedaba una sombra sobre su piel.

—¿Pero qué...?

—Las señales de nuestros mordiscos desaparecen rápido, de ese modo no queda constancia de lo que ocurre una vez acabamos de alimentarnos. —explicó el guardián, anticipándose a su pregunta.

La joven asintió, mientras se vendaba la muñeca, sintiéndose completamente acalorada.

Se removió inquieta en el asiento del coche, dándose aire con ambas manos.

—Hace mucho calor, ¿no crees?

Abdiel, sin volver la vista hacia ella encendió el aire acondicionado a tope. Por lo que pudo ver Roxie, él también tenía calor, pues gotas de sudor corrían por su frente.

La mujer, sintiendo la boca seca se pasó la lengua por los labios. Sentía un extraño hormigueo por todo su cuerpo, que solo se calmaba al pasarse las manos por encima. Además, los latidos de su corazón eran más acelerados de lo normal y su respiración era un poco entrecortada.

Moviéndose otra vez en el asiento, apretó un muslo contra otro, sintiendo unas leves oleadas de placer al hacerlo y sin ser consciente, gimió levemente.

Entonces oyó un suave rugido proveniente del hombre, así que se volvió hacia él, observándolo.

Apretaba con mucho fuerza el volante, pues sus nudillos se veían blancos y parecía estar en tensión, porque notaba las venas de su cuello y brazos un poco marcadas.

Y que brazos, pensó Roxie.

¿Cómo sería poder acariciarlos o ser rodeada por ellos?

Sin poder evitarlo, alargó una mano y le rozó el bíceps, mordiéndose el labio inferior mientras lo hacía.

—Te pido que no vuelvas a hacer eso. —dijo Abdiel, con la voz más ronca de lo normal.

Avergonzada, apartó la mano rápidamente.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado, no he podido evitarlo.

Otro nuevo rugido salió de la garganta del hombre, que no la miraba en ningún momento.

Suspirando, se volvió hacia la ventanilla, pasándose las manos por los muslos, sintiéndose encendida como no recordaba que había estado nunca en su vida.

Cerró los ojos para no mirar al guapo hombre que tenía al lado, pero aquello no ayudó mucho, pues a su mente solo acudían imágenes de ella abalanzándose sobre el guardián y besándolo con una pasión brutal. Quería acariciar su cuerpo de arriba abajo, quería poder ver todas y cada una de las partes de su formidable anatomía, deseaba comérselo entero.

Notó sus pezones endurecerse y el simple roce del sujetador hizo que oleadas de placer sacudiesen su entrepierna, haciéndola humedecerse.

—Me cago en la puta. —oyó murmurar a Abdiel.

—¿Estas bien? —preguntó ella, con ojos vidriosos por la pasión que sentía.

—No, no lo estoy Roxanne. —gruñó.

—¿Qué te pasa?

—Lo mismo que a ti.

—¿A mí? —dijo ella, extrañada—. Yo estoy perfectamente.

—Lo que estás es completamente excitada.

—¿Qué? —Roxie pensó negarlo, pero de que serviría, si él le había dicho en otras ocasiones que podía olerlo.

¿Espera un momento, le había dicho que a él le pasaba lo mismo?

—¿Tú también lo estás? —se sorprendió.

Abdiel no articuló palabra, solo se limitó a asentir.

¿Qué le pasaba? Parecía como si estuviera molesto con ella, cuando le acababa de salvar la vida, dándole de beber su sangre.

—¿Es por eso que estás enfadado conmigo?

—¿De qué hablas, mujer? —refunfuñó, malhumorado.

—Solo hay que verte, ni me miras. —se giró hacia él y el roce de los tejanos la hizo volver a gemir.

—¡Deja de moverte! —gritó Abdiel, acelerando aún más.

—Puedo hacer lo que quiera. —chilló ella a su vez—. ¡Y no me grites!

—Te lo advierto, Roxanne, me estás tocando lo cojones...

—¿Qué yo te toco los cojones? —le cortó ofendida, mirándolo ojiplática—. Eres tú el que está de un humor de perros, yo no te he hecho absolutamente nada.

Cada vez más acalorada se pasó la mano por el cuello, cerrando los ojos y dejándola bajar por el escote de su camiseta.

—Se acabó. —dijo el guardián. Dio un volantazo y salió de la carretera, metiéndose entre los arboles del camino.

—¿Abdiel, que haces? —gritó Roxie asustada, a la vez que con cada bote del coche una oleada de placer le recorría el cuerpo.

Cuando estuvo lo suficiente lejos de la carretera detuvo el jeep y apoyó la frente sobre el volante.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó la joven.

Entonces se irguió y le clavó la mirada. Era tan intensa y tan apasionada, que Roxie sintió que se le cortaba la respiración.

—Porque si no me alejaba de la carretera, iba a parar allí mismo y sin que me importara los coches que pasaran a nuestro alrededor, te hubiera desnudado y follado a la vista de todos.

Roxie gimió, pasándose la lengua por los labios.

Sabía que no podía acostarse con él, pero por otro lado su cuerpo, después de oír las palabras de Abdiel, gritaba ¡Yujuuuu!

—¿Qué me está pasando? —preguntó, apenas sin voz.

El guardián, que seguía mirándola de forma penetrante, dijo:

—Es por mi mordisco, es afrodisiaco.

Roxie asintió.

—¿Y ese afrodisiaco nos afecta a los dos?

Entonces fue el turno de Abdiel para asentir.

—Es mala idea que tú y yo nos acostemos. —apuntó ella.

—Muy mala idea. —corroboró él.

—Quizá lo mejor sea que nos alejemos el uno del otro hasta que se nos pase el efecto del afrodisiaco.

—Será lo mejor.

—Sí. —dijo ella, con los pezones totalmente erectos.

—Sí. —aseguró el, deseando acariciarlos, pues lo apreciaba debajo de la camiseta.

Y entonces ocurrió. Abdiel la tomó por la cintura y la acomodó a horcajadas sobre sus piernas, mientras que Roxie entrelazaba sus brazos en el cuello del hombre, apretándose contra él.

Se devoraron la boca el uno al otro, con una pasión desbordante.

Sus lenguas jugaban y se entrelazaban la una con la otra, mientras con las manos no dejaban de tocarse. Les sobraba la ropa.

Abdiel le sacó la camiseta por la cabeza y le desabrochó el sujetador negro, quitándoselo también.

Después la separó un poco de él y se la quedó mirando.

—Eres realmente preciosa. —dijo, con la boca seca.

Sus pechos eran perfectos, redondos, erguidos y llenos, con unos bonitos pezones pequeños y rosados. Ella entera era perfecta.

—Déjate de charla. —le apremió ella, imitándolo al dejarle sin camiseta.

Se inclinó hacia delante y le mordió el hombro, apasionadamente.

El gruñó de placer y volvió a apoderarse de su boca, soltándole el cabello de la coleta y dejándolo caer suelto sobre la espalda femenina.

Retorciéndose, Roxie se deshizo de las botas, los calcetines y los pantalones, quedándose tan solo con el tanga negro de encaje. Volvió a colocarse sobre él, con sus largas y torneadas piernas desnudas.

Abdiel colocó las manos sobre las duras nalgas femeninas y la hizo rotar encima de él, para que notase su gran erección bajo sus pantalones.

Roxie cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, gimiendo con fuerza cuando el primer orgasmo estalló dentro de ella, con la sola fricción de sus cuerpos.

Abdiel aprovechó el momento para lamer su cuello, mientras con sus grandes manos cubría los senos femeninos.

La mujer se apresuró a forcejear con la bragueta del hombre, deseosa de tenerlo dentro, cuando el guardián la tomó por las muñecas, deteniéndola.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, con los labios hinchados, los ojos apasionados y el cabello revuelto, ofreciendo una imagen de lo más sensual.

—No quiero que te arrepientas de lo que vamos a hacer. —la miraba con la misma intensidad que antes, con su perfecto y definido torso al descubierto.

—¿No me deseas? —le preguntó, algo insegura.

—Te deseo más de lo que he deseado nada en toda mi vida. —reconoció, ganándose una sonrisa deslumbrante por parte de la mujer, que volvió su tarea de abrirle la bragueta de los pantalones.

—Entonces no te preocupes por mí, si me tengo que arrepentir que sea bajo mi responsabilidad, tú ya te has comportado como un caballero pero no me detengas, porque llevo tres años sin acostarme con nadie y ahora mismo estoy a punto de reventar. —dijo a toda velocidad, bajando por fin la cremallera y sacando de dentro del bóxer negro su enorme miembro

—. ¡Madre mía! —exclamó—. Todo lo tuyo es a lo grande.

El hombre rió y agarrándola por la nuca, le devoró de nuevo la boca. Después, descendió por su cuello, su fino hombro, su clavícula y finalmente se apoderó de uno de sus pezones, succionándolo y dándole suave mordiscos.

Roxie gimió y apartándose el tanga a un lado, se sentó sobre el pene del hombre. Se restregó arriba y abajo sobre él, lubricándolo con su humedad.

—Te lo juro, Roxanne. —le susurró contra su boca—. Me vuelves loco. —y haciéndola alzarse un poco, cogió su miembro con su mano y lo guió hasta su obertura.

Roxie se dejó caer sobre él y ambos gimieron con fuerza cuando estuvieron completamente unidos.

Abdiel, tomándola por la cintura, la movía arriba y abajo, con fuerza, mientras que la mujer, con las manos sobre los fuertes hombros masculinos, también se movía en círculos. Todo ello, sin dejar de besarse.

Cuando sintieron que el orgasmo estaba cerca, ambos aceleraron sus movimientos, hasta que Roxie gritó, como nunca en su vida lo había hecho, con todo su cuerpo en tensión y temblando de placer. En cuanto Abdiel notó que había acabado, él también se dejó ir, soltando un gruñido muy masculino e inmovilizando las caderas de la joven, para que no se retirara.

Cuando el orgasmo hubo acabado, Roxie se dejó caer laxa sobre él, escondiendo su cara en el hueco del cuello masculino.

—Jo-der. —enfaticó cada sílaba, con la respiración entrecortada—. Ha sido alucinante.

Abdiel sonrió, sin moverse, pues le gustaba estar así con ella.

—¿A esto se refería Varcan cuando dijo “antes de hacer lo que vayáis a hacer”? —preguntó la chica, alzando la cabeza para mirarlo.

El guardián elevó una mano para colocarle un mechón de su negro cabello tras la oreja.

—Así es.

—O sea, que seguramente todos tus hermanos sepan que acabamos de acostarnos, ¿no?

—Con bastante probabilidad. —sonrió, haciendo que Roxie volviera a desear besarlo. Se le veía totalmente relajado y masculino.

—¿Y ahora ya se ha pasado el efecto del afrodisiaco? —preguntó, aunque ella se sentía aún muy excitada.

—Normalmente, sí.

—¿Normalmente? —dijo, mordiéndose el labio y mirándolo con sensualidad.

—Normalmente ocurre así, pero he de reconocer que contigo aún me siento totalmente excitado y con unas ganas tremendas de seguir follándote, Roxanne. —posó las manos en la estrecha cintura femenina y las subió hasta las costillas, cosquilleando la piel de la joven.

—¿Y a qué esperas, vaquero?

Ambos rieron y volvieron a lanzarse el uno sobre la boca del otro, disfrutándose como locos dos veces más.

## Capítulo 9

Roxie seguía dormida, tumbada en el asiento trasero del jeep que Abdiel había limpiado previamente de los cristales que él mismo había esparcido, al golpear la ventanilla.

Estaba observándola, tan preciosa y vulnerable.

Después de la noche de sexo que habían tenido, había acabada agotada y no le extrañaba, pues habían sido tres horas de lo más intensas.

Sin embargo él se notaba lleno de energía, aún con la sangre adictiva de la joven corriendo por sus venas.

Al hombre le había encantado saborearla, aquella mujer tenía un sabor exquisito, que le calentaba la sangre con solo recordarlo.

Faltaba una hora para que el ferry saliera, así que estaba aparcado frente al embarcadero, a la espera que le dieran permiso para poder subir el coche.

Su teléfono sonó, era Varcan, así que salió del vehículo, para no despertar a la chica y apoyando un codo en el techo del jeep, descolgó.

—Hola, Bror.

—Vaya, vaya, que buena voz te noto. —soltó su hermano, de forma irónica.

—¿Llamabas por algo, Varcan? —dijo molesto.

—Por supuesto, para saber cómo habíais pasado la noche. —añadió burlón.

—Todo bien. —repuso cortante.

—¿Solo bien? Vaya decepción.

—Con una mujer como esa todo tiene que ir de puta madre para arriba. —se oyó el vozarrón de Thorne.

—¿O es que no has dado la talla, Bror? —preguntó Draven.

Al parecer Varcan había puesto el manos libres, para que los tres pudieran burlarse de él a sus anchas.

—No ha pasado nada entre nosotros. —mintió.

—No te lo crees ni tú. —añadió el dueño del móvil, riendo.

—¿Habéis llamado para algo más que para tocarme las pelotas? —refunfuñó.

—Habíamos llamado para que nos dieras detalles morbosos, pero al parecer no estás por la labor, que se le va a hacer. —volvió a decir Varcan.

—Tendremos que imaginarlos. —rió Draven.

—Y con esa hembra, merece la pena imaginar. —se carcajeó el vikingo.

—Dejaos de gilipolleces. —no pudo evitar sonreír, divertido—. Como sigue tu brazo, Thorne.

—En su sitio. —dijo el aludido, sin más.

—Pero con una pinta horrorosa. —añadió el cazador.

—Esperemos que Talisa pueda decirnos algo. —Abdiel suspiró.

—O eso, o se lo cortamos y arreglado. —repuso Varcan, con su ironía habitual.

—Ten cuidado no te corte yo otra cosa. —gruñó el vikingo.

—Tranquilo amigo, no puedes privar a las féminas de mi atributo máspreciado. —rió el de la cicatriz.

—Por lo que veo, vosotros estáis bien. —dijo Abdiel, con una ceja alzada.

—Estamos de vuelta a casa hasta que Talisa aporte algo de luz, porque no hemos podido dar con ningún rastro de los Berrycloth. —explicó Draven.

—¿Habéis hablado con Elion? —se preocupaba por su otro hermano, pues sabía que tenía que estar martirizándose por la desaparición de Nikolai.

—Sí. —dijo Varcan, cambiando su tono guasón a serio, haciéndole saber que él también se preocupaba—. No ha encontrado nada relevante, así que tomará el próximo vuelo y nos veremos en casa.

—Está bien. —oyó la llamada para embarcar en el ferry—. Tengo embarcar, mantenedme informado de todo y cuidaros, hermanos.

—Lo mismo te decimos. —dijo Varcan, antes de colgar.

Abdiel se montó en el jeep y cuando pudo, subió el coche al enorme barco.

Roxie, al notar el movimiento comenzó a desperezarse y abrió los ojos lentamente. Medio aturdida, se sentó, frotándose los ojos, hasta que al alzar la vista se cruzó con la mirada de Abdiel, que la miraba desde el espejo retrovisor.

El guardián pudo ver como se ruborizaba, y desviaba la mirada.

—Buenos días.

—Buenos días. —le devolvió el saludo—. ¿Has dormido bien?

—Sí. —se pasó las manos por el pelo para tratar de peinarlo—. ¿Y tú?

—La verdad es que no he dormido.

—Ah.

Se la veía tensa, justo lo que Abdiel temía cuando había tratado de detenerla la noche anterior.

Una vez aparcó el vehículo donde le indicaban, apagó el motor y se volvió hacia ella.

—No tienes por qué sentirte incomoda, Roxanne. Lo que sucedió anoche entre nosotros solo fue sexo entre dos adultos que lo deseaban y lo pasaron muy bien juntos.

—Lo sé. —añadió rápidamente, sonrojándose de nuevo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Ella alzó sus preciosos ojos violetas y los clavó en él, que sintió de nuevo deseos de volver a besarla, pero se contuvo.

—No hay ningún problema, es solo que...

—¿Que, qué? —insistió.

—Lo primero de todo, no hemos puesto ningún medio de protección. —dijo, preocupada.

—Por eso no debes preocuparte, nosotros no podemos concebir hijos y tampoco tenemos ningún tipo de enfermedad de las que tenéis brujos o humanos. —le explicó—. ¿Y en segundo lugar?

—Yo nunca me he acostado con un hombre que no fuera mi novio. —se sinceró, desviando la mirada y poniéndose aún más roja.

Abdiel sonrió con ternura y tomándola por el mentón, la obligó a mirarle a los ojos.

—Pues ya era hora preciosa, no sé cómo has aguantado tres años sin volverte loca. —sonrió ampliamente, haciendo que revolotearan mariposas en el estómago de la joven.

—¿Cómo has...?

—¿Cómo lo he sabido? —la cortó.

Roxie asintió.

—Tú me lo dijiste.

—Estupendo. —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Abdiel rió.

—Vamos, vayamos a comer algo. —añadió el guerrero, saliendo del jeep.

A Roxie le rugieron las tripas al escuchar aquello, haciéndola saber lo muerta de hambre que estaba.

Comenzó a moverse para salir del coche, pero extrañamente, sintió molestias en sus zonas íntimas.

Madre mía, Max tenía razón, quizás hubiera vuelto a ser virgen.—sonrió, recordando a su amiga.

—¿De qué te ríes? —preguntó Abdiel, mirándola con el ceño fruncido.

—Oh, de nada, de nada. —se apresuró a decir.

Tenía claro que no le iba a confesar la verdad, no iba a decirle: Verás, resulta que después de tres años de abstinencia, tengo en mis partes las mismas molestias que una adolescente recién desvirgada.

Antes muerta.

Comieron hablando animadamente y lo cierto es que la actitud relajada y divertida del hombre, había aliviado la vergüenza que había sentido aquella mañana.

Cuando ya estaba del todo llena, fue un momento al baño y al salir, se cruzó con tres chicos que reían escandalosamente.

—Eh, morena, ven aquí un momento. —le gritó uno rubio, más alto y fuerte que los demás.

—Eso, ven, te vas a divertir. —gritó otro bajito, con el cabello y la piel muy morenos.

—Entre los tres haremos que lo pases mejor que nunca en tu vida. —alardeó el tercero, que era extremadamente delgado y encorvado.

Roxie continuó su camino, tratando de ignorarlos, pues aquel día el ferry estaba bastante vacío y no se veía nadie cerca, que pudiera avisar a seguridad si decidían molestarla.

—Oye bonita. —el rubio se cruzó en su camino, cortándole el paso—. ¿No nos has oído?

La joven le miró con desagrado.

—Lo cierto es que os he oído, para mi desgracia, porque hubiera preferido no hacerlo.

—No seas así. —le sonrió—. Solo queremos invitarte a una copa.

—No quiero nada, gracias. —trató de sortearlo, pero los otros dos amigos la rodearon.

—Eres muy guapa, ¿lo sabías? —dijo el delgado.

—Y menudo culo tienes. —añadió el moreno, pellizcándose.

—¡No me toques! —le dio una torta en la mano.

—La gatita tiene garras. —rió el rubio.

—Dejadme pasar. —les miró, enfadada.

—Vamos bonita, si eres cariñosa con nosotros te dejaremos pasar a donde quieras.

Los tres se rieron como unos imbéciles y Roxie aprovechó para escabullirse por entre dos de ellos, pero no pudo ir muy lejos porque el moreno bajito la cogió del pelo, y de un doloroso tirón, la estampó contra su pecho.

—¿A dónde crees que vas?

Roxie, tomando impulso, le dio un fuerte rodillazo en su entrepierna, haciendo que la soltase.

—Tú, perra. —dijo el rubio, acercándose a ella y dándole una bofetada que le giró la cara.

La joven sintió que el dolor le subía por el rostro y su labio se partió, haciendo que un hilo de sangre corriese por su barbilla, pero cuando estaba poniéndose a la defensiva para poder defenderse, el rubio salió volando por los aires, estampándose contra el suelo del barco, con fuerza.

El chico gritó, tocándose la espalda dolorido, pero Abdiel volvió a saltar sobre él, dándole un puñetazo en la mejilla.



—Amigo, por favor, no queremos problemas. —le dijo el larguirucho, con voz chillona y ojos asustados.

—Haberlo pensado antes de meteros con mi mujer. —rugió el guardián, reteniendo aun contra el suelo al rubio, por las solapas de su camisa.

—No... no sabíamos que era tu mujer. —se atrevió a murmurar el moreno.

—¿Y qué os hace pensar que obligar a una mujer soltera a vuestros baboseos es menos asqueroso?

—Lo sentimos. —balbuceó el rubio, con la mejilla comenzando a hincharse.

—Y más que lo vas a sentir. —rugió el guerrero, con dientes apretados, deseando despedazarlo por haberse atrevido a tocar a Roxie.

—Abdiel, basta. —dijo la joven, acercándose a él y tocándole el hombro, tratando de tranquilizarlo.

—Este desgraciado se ha atrevido a ponerte la mano encima.

—Pero ya ha aprendido la lección. —añadió de nuevo la chica—. Y si no paras, vendrá la seguridad del ferry y te detendrán. Así que vámonos.

Abdiel soltó con asco al joven y se puso en pie, dándole una última patada en las costillas y haciéndolo chillar.

—Fuera de mi vista, si vuelvo a ver tu jodida cara, te daré una paliza, que ni tu madre será capaz de reconocerte después.

Con ayuda de sus amigos, el rubio se puso en pie y después los tres desaparecieron, como el guardián les había pedido.

—¿Cómo estás? —preguntó Abdiel, acercándose a ella y recorriendo su rostro, para cerciorarse que estuviera bien.

Roxie se apartó de él, mirándolo con enfado.

—¿Pero a ti que te pasa?

El hombre la miró desconcertado.

—¿Cómo dices?

—¿No se suponía que teníamos que pasar desapercibidos? —le dijo—. ¿A que ha venido este numerito de machoman?

—Ese imbécil te ha abofeteado. ¿Qué quería que hiciera? —abrió los brazos, sin entender su actitud.

—En primer lugar, se defenderme sola, este tipo de situaciones me ocurren a menudo y para ello aprendí defensa personal, ya te lo dije una vez. —repuso, con los brazos en jarras—. Y en segundo, si querías intervenir, con haberlo apartado había suficiente, no tenías por qué lanzarlo por los aires y atemorizarlo hasta que casi se meara en los pantalones.

Abdiel se cruzó de brazos y no pudo evitar sonreír por sus últimas palabras.

—Así que este tipo de situaciones te ocurren a menudo.

—Pues sí, para mi desgracia. —alzó el mentón, desafiante.

—¿Y Max no es capaz de defenderte? —se arrepintió en cuanto aquellas palabras salieron de sus labios.

¿Qué coño hacía haciendo referencia a ese tipo? A él no le importaba lo que Roxanne quisiera hacer con él o con los hombres que le vinieran en gana. Aunque en el fondo, cuando la pasada noche le dijo que llevaba tres años sin practicar sexo, se alegró.

—Max y yo nos defendemos mutuamente. —dijo, airada—. ¿Y a que venía eso de que yo era tu mujer?

El guerrero se encogió de hombros.

—Que te quede claro que lo que hicimos ayer fue a causa de tu mordisco o del afrodisiaco o lo que sea, pero que no volverá a ocurrir más.

—Estoy de acuerdo. —mintió Abdiel, pues ahora tenía más claro que nunca que deseaba volver a acostarse con esa hembra—. Pero tengo que decirte que el afrodisiaco de mi mordisco desaparece con el primer coito, los otros que le siguieron, fueron fruto de nuestro deseo mutuo, nada tuvo que ver con que bebiera de ti.

Roxie enrojeció.

—Pues esta vez hizo más efecto, igual porque estabas más hambriento.

—Lo dudo. —sonrió de medio lado.

—Pues yo no. —aseveró.

—¿Me dejas mirar tu labio? —pidió él, señalando la herida de su boca.

—No hace falta. —se pasó el dorso de la mano por la barbilla, para limpiarse la sangre que la manchaba. Entonces vio que él también tenía el labio partido—. ¿Y a ti que te ha pasado? No me pareció ver que te devolvía ningún golpe.

—Y no lo hizo. —dijo, acercándose a ella.

—Pero, entonces...

—Ha ocurrido algo extraño, Roxanne, cuando ese imbécil te pegó, sentí como si también me hubiera pegado a mí.

—¿Qué? —alzó las manos y miró su labio hinchado, que comenzaba a cicatrizar—. Ya está casi curado.

—Parece que el tuyo también. —observó él.

—No pude ser. —se pasó la mano por el labio y notó que ya apenas le dolía—. ¿Qué está pasando? —alzó sus ojos azul oscuro hacia él, en busca de repuestas.

—Creo, que de algún modo, cuando te mordí, acabamos conectados de manera que lo que te ocurra a ti, me ocurrirá también a mí y a la inversa.

—¿Siempre te pasa esto cuando bebes de alguien? —quiso saber.

—No, nunca me ha pasado. —reconoció—. Pero ahora más que nunca necesitamos permanecer unidos y obtener respuestas.

Roxie se frotó la frente, aturdida.

—Todo esto es una locura.

—Eso parece, así que cuanto antes lleguemos a ver a Talisa, antes sabremos qué hacer.

## Capítulo 10

Cuando el ferry llegó a tierra, continuaron de nuevo el viaje en coche.

Abdiel se empeñó en seguir conduciendo y a pesar que no había dormido la noche anterior, pero se le veía igual de fresco que si hubiera dormido doce horas seguidas.

Por fin llegaron donde vivía aquella mujer que les podía dar respuestas.

Roxie se sentía nerviosa y algo ansiosa, cuando el jeep se detuvo ante una casa de madera y bajaron de él.

—Roxanne, quiero que te tranquilices. —le dijo Abdiel, tomándola por los hombros—. Talisa es una amiga, no tienes nada que temer.

La joven asintió, respirando hondo.

—No tengo miedo de lo que me pueda hacer.

—¿Entonces, a que le tienes miedo?

—A lo que me pueda decir. —se sinceró.

El guardián la entendía, podía ser que lo que dijera Talisa le cambiara por completo la vida.

—¿Quién anda ahí? —oyeron la voz cascada de una anciana pequeña y encorvada, que andaba apoyada en un bastón.

—Talisa, cuanto tiempo. —dijo Abdiel, en tono amistoso, volviéndose hacia ella.

—No puede ser lo que escuchan mis oídos. —la anciana se acercó más al guerrero, alargando las manos hacia él y posándolas en sus brazos—. Mi guardián favorito. —rió la anciana, apremiándole agacharse, para darle un beso en los labios.

Roxie se envaró un tanto incomoda y Abdiel al notarlo, la tomo de la mano y la hizo dar un paso adelante, para presentarle a la anciana.

—Talisa, he venido acompañado. Ella es Roxanne.

La anciana volvió su rostro arrugado hacia ella y Roxie pudo ver que sus ojos eran blancos, por lo que se dio cuenta que era ciega.

—Encantada, señora. —dijo la joven.

—¿Cómo que señora? —se indignó la mujer—. Llámame Talisa, tampoco soy tan vieja, coñe.

Abdiel sonrió y mirando a Roxie se encogió de hombros.

—Y que te trae por aquí, guapetón. —añadió la anciana, coqueta.

—Es por Roxanne.

—No me dirás que quieres que sea la madrina de tu boda, porque me niego en redondo. —gesticuló exageradamente con las manos—. Tu para mí siempre serás mi amante favorito.

Roxie miró a Abdiel escandalizada. ¿Qué era el amante de aquella anciana?

—Yo también guardo un buen recuerdo de ti. —rió el guerrero, de buen humor.

—No esperaba menos. —sonrió la mujer—. Pero pasad, pasad, no os quedéis ahí.

Los tres entraron en aquella casa, que era pequeña pero muy acogedora y de ambiente familiar.

—Sentaos. —los invitó—. ¿Queréis que os sirva un vasito de limoncello?

—Uno bien fresquito nos vendría bien, estamos muy acalorados del viaje. —asintió Abdiel.

—Perfecto, ahora mismo lo traigo.

—¿Quiere que la ayude? —se ofreció Roxie.

—Claro que no. —soltó indignada—. ¿Te crees que soy una invalida?

La joven permaneció callada, pese a que realmente, la anciana si tenía una invalidez.

Cuando la mujer se alejó y los dejó a solas, Roxie se cruzó de brazos, negándose a mirar al hombre que tenía sentado al lado.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó él, notando la tensión que se había creado entre ellos.

—¿Me lo tienes que preguntar? —susurró, mirándolo de forma acusadora.

—Pues sí. —se encogió de hombros.

—¿Eres el amante de esa ancianita? —preguntó, escandalizada.

—El término correcto es era. —se defendió.

—A ver si te crees que era virgen antes de conocerte, guapa. —soltó la mujer, volviendo con una bandeja con el licor y tres vasos—. Que soy ciega, pero tengo muy buen oído.

Roxie se removió incomoda en su asiento.

—Perdone, no quería ofenderla, pero...

La mujer dejó la bandeja sobre la mesa y se acercó al cajón del mueble que tenían tras ellos. Sacó una foto de él y la dejó sobre la mesa.

Roxie la tomó entre las manos y en aquella imagen en tonos sepia, pudo ver a un Abdiel sonriente, igual de guapo y joven que estaba ahora mismo, y a su lado, a una joven menuda, con los cabellos oscuros y rizados, con una bonita sonrisa, que hacía que sus rasgos se vieran hermosos.

—¿Era una monada o no? —dijo la anciana.

—Era una mujer muy bella. —afirmó Roxie—. Aún lo es.

—No me hagas la pelota, guapita. —rió ella, de buen humor—. Anda guapetón, sirve el limoncello. —le pidió a Abdiel.

Abdiel se apresuró a hacer lo que le pedía.

—Ahora dime, ¿qué necesitas de mí?

—Veras, como te he dicho tiene que ver con Roxanne. —explicó el guardián—. Hace dos días que ella irrumpió en nuestra guarida y nada más olerla, supe que no era humana, pero tampoco era una bruja. Además está el hecho de que lo que la llevó hasta allí fueron sueños premonitorios que tuvo con nosotros, más concretamente conmigo.

—Comprendo. —dijo la anciana, escuchando con atención—. ¿No puede ser que ella sea una vidente, como yo?

—No es probable, puesto que yo también sentí cosas que ella sentía y veía imágenes borrosas de ella en mi mente. —Roxie lo miró sorprendida por lo que acababa de oír—. Además, ayer tuve que beber de ella y creo que hemos quedado unidos el uno al otro de alguna forma mágica, pues a ella le infligieron una herida, y se reflejó en mí, después se le curó con la misma rapidez que se curan las mías.

—Interesante. —la anciana volvió sus ciegos ojos hacia la joven—. ¿Me dejarías que te pase las manos?

—¿Eso qué es? —preguntó desconfiada.

—No te preocupes, polluela, que no te haré nada malo. —se puso en pie y se acercó a ella apoyada en su bastón—. Solo te pasaré mis manos por encima de tu cuerpo y notarás un suave calor. Tu solo relájate y abre tu mente.

La joven miró a Abdiel, que asintió sonriendo, para que se relajara.

—Está bien. —le dijo a la vidente.

La anciana posó sus pequeñas y arrugadas manos sobre los hombros de la joven, cerrando los ojos y concentrándose.

Talisa pudo ver a Roxie, era muy hermosa y su alma se veía igual de bella, haciendo que su

aura fuera azul, completamente pura. Vio a Abdiel mirarla y aquella mirada era protectora, íntima, y Talisa pudo percibir que sus almas estaban ligadas, y no desde hacía poco, sus almas llevaban siglos unidas. Eran almas gemelas que se habían encontrado por fin, conectando como debiera haber ocurrido en otra época muy antigua.

Tenía claro que Roxie era humana de nacimiento, pues vio a sus padres, que la había criado rodeada de amor y calor. Pero su alma había sido empujada desde un lugar lejano, por algún tipo de hechizo.

Aquella chica era un ser especial e importante para el futuro del mundo. De algún modo la habían creado para ser un oráculo, que tenía un papel muy importante. Un poder oscuro la reclamaba, pese a que la joven tenía un alma pura.

Talisa separó las manos de la chica y se tambaleó hacia atrás.

Abdiel se apresuró a tomarla por los hombros y a ayudarla a sentarse en una butaca cercana.

Siempre que utilizaba su videncia, se quedaba débil por unos días.

—¿Qué has visto, Talisa? —preguntó el guardián, mirando con intensidad a la anciana.

—Siempre te han gustado las mujeres hermosas, pero esta se lleva la palma, guapetón. — bromeó la vidente.

—Es preciosa, sí. —aseguró Abdiel.

Roxie parpadeó varias veces, mirando al hombre, sintiendo mariposas en el estómago.

—Tenías razón, no es humana y tampoco bruja. —continuó Talisa.

—¿Qué es, entonces?

—Es un alma vieja, guardián, alguien ha hecho que este alma en concreto vuelva a nacer.

—¿Con que fin?

—El fin sin duda es maligno.

El guerrero se volvió a mirar a Roxie, que le miraba a su vez, con la respiración entrecortada y temblorosa.

¿Maligna? ¿Aquella mujer? Abdiel no podía creerlo.

—Pero ella tiene opción a elegir. —prosiguió la anciana—. Pues su alma es pura.

Abdiel volvió a centrar su atención en la anciana, pues no quería distraerse con aquella joven que se le había metido en la cabeza.

—Ella es un oráculo, por eso tiene esos sueños premonitorios. A diferencia de mí, que puedo ver el pasado, ella es capaz de ver el futuro y no solo en sueños, si es capaz de concentrarse lo suficiente, podrá prever cosas importantes, sin necesidad de estar dormida. Creo que ese es el motivo por el que hicieron renacer su alma.

—Pero eso no explica porque estamos ligados, ¿porque yo pude sentir sus sentimientos y verla, antes de conocerla?

La anciana alzó su mano y la posó en la mejilla del hombre.

—Escúchame bien, mi guardián, el alma de esta chica lleva ligada a ti miles de años.

—¿Qué? —preguntó el hombre.

—¿Cómo? —exclamó Roxie.

—Estabais destinados a estar juntos en tu vida como mortal, pero por circunstancias, algo lo impidió. —continuó Talisa—. Puede que la conocieras o puede que no te diera tiempo, pero sin ninguna duda, al volver a traerla de vuelta y con poderes de oráculo, ese poder la atrajo hacia ti, pues ambos estáis destinados a estar juntos. —la mujer clavó sus ojos sin vida en los masculinos—. Quizá ya la hubieras amado hace milenios.

Abdiel se separó bruscamente de la anciana y se plantó delante de Roxanne.

Roxanne... claro, todo cuadraba.

—Roxana.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Roxie, que todo aquello la sobrepasaba.

—¿Crees conocerla? —indagó Talisa.

Abdiel asintió, apretando los puños.

—En mi vida como mortal, solo amé a una sola mujer. —dijo, con los ojos clavados en el bello rostro femenino—. Ella era hermosa y cuando la conocí, muy joven, tan solo tenía veinte años y era la hija de un noble, su nombre era Roxana.

Roxie inspiró hondo y la anciana se inclinó más en su asiento, intrigada.

—Pero no fui el único que quedó enamorado totalmente de ella, Alejandro también se quedó prendado de su deslumbrante belleza.

—¿Te estás refiriendo a Alejandro Magno? —preguntó Talisa, visiblemente emocionada con la historia.

Roxie, por su parte, era incapaz de decir una sola palabra.

—Al mismo. —afirmó Abdiel—. Se quedó tan enamorado de ella, que decidió raptarla y convertirla en su esposa, pese a mi opinión y la del resto de generales. Roxana nunca le amó y le guardó rencor por eso toda la vida.

—¿Qué pasó con tu amor por ella? —la anciana continuó animándolo a seguir con la historia.

—Yo guardé mi amor por ella en lo más profundo de mi corazón, pese que Roxana no me lo ponía fácil, pues ella parecía sentirse muy atraída por mí, pero yo sabía que por mi honor nunca podría hacerle eso a Alejandro. —suspiró, sin poder apartar la mirada de Roxie—. Ella parecía dulce y candorosa. Cuando morí, mi último pensamiento fue para ella. Es por eso que cuando volví como guardián, la vigilé en la sombra. Cuando Alejandro murió repentinamente en Babilonia, pensé en acercarme a ella y por fin poder confesarle que mi corazón siempre le había pertenecido, y fue entonces cuando me enteré que a sangre fría, Roxana había matado a Barsine, otra de las viudas de Alejandro y a Dripetis, la hermana de esta. Y también a Parisátide, la tercera esposa de Alejandro. Resultó que aquel ser que yo creía candoroso, no era más que una sádica, con una ambición sin medida.

Al escuchar eso, Roxie salió corriendo de la casa de Talisa. Necesitaba aire y parecía no poder encontrarlo en aquella pequeña casa.

Una vez en el exterior, apoyó las manos en sus muslos y trató de respirar.

—Roxanne. —Abdiel había salido tras ella—. ¿Te encuentras bien?

Ella se volvió hacia él con los ojos llorosos.

—¿Cómo quieres que esté bien? —sollozó—. Acabo de enterarme que soy una asesina. Una mujer sin escrúpulos que nació en Dios sabe qué año y a la que han hecho volver a la vida para fines malignos. ¿Quién en su sano juicio podría estar bien?

Abdiel caminó hacia ella y la abrazó, pues sabía que era lo que necesitaba.

Roxie apoyó la cabeza sobre su pecho y dio rienda suelta a sus lágrimas, sin poder contenerlas por más tiempo.

—Llora todo lo que quieras, Roxanne, te hará bien. —le dijo, acariciándole el pelo con delicadeza.

—Soy una asesina. —hipó.

—No es cierto, no lo eres. —negó—. Fue otra mujer, en otra época la que lo fue.

—Somos la misma persona, ya has oído a Talisa. —volvió a sollozar con más fuerza.

El guardián tomó la cara de la joven entre sus manos, y con los pulgares le secó las lágrimas.

—No sois la misma persona. —dijo con total convicción—. La crianza de Roxana, su educación, las vivencias de su vida, fueron las que la convirtieron en quien era. Las tuyas, son las

que te han hecho lo que eres tú. Puede que tengáis la misma alma, pero no sois la misma persona.

—¿Estás seguro? —le dijo, con los labios tembloroso.

—Completamente. —la miró con tanta intensidad, que Roxie sintió que le temblaban las piernas—. Porque a pesar de en otra época haber creído amar a Roxana, ya no estoy seguro que fuera real, porque jamás había sentido por ella lo que siento cada vez que te miro a ti.

Sin más, se apoderó de la boca femenina, que respondió con la misma pasión que él a aquel beso, que parecía hacerlos olvidarse del mundo y hacía que ambos fueran uno solo.

# Capítulo 11

Cuando entraron de nuevo a casa de Talisa, Roxie ya se sentía un poco más tranquila. Parecía como si Abdiel le hubiera transmitido su templanza.

—¿Mejor, polluela? —le preguntó la anciana, cuando entraron cogidos de la mano.

—Siento haberme ido así. —se disculpó la joven—. Necesitaba procesar toda la información que acabábamos de descubrir.

—Es normal, muchachita. —se acercó a ella con una taza humeante—. Te he preparado una tila, te vendrá bien.

Roxie tomó asiento, reticente a soltar la mano masculina. Alzó los ojos hacia Abdiel que la miró dedicándole una sonrisa.

—Muchas gracias. —le dijo a la mujer, soltando la mano del guardián y tomando la taza caliente entre sus manos temblorosas.

—Talisa. —el hombre se acercó a la anciana, mientras Roxie tomaba su infusión—. Aparte de saber quién era Roxanne, tenemos otro problema.

—Soy toda oídos, guapetón. —repuso la anciana, sentándose también.

—Cuando Elion y Nikolai acudieron a ver a los brujos de los fiordos, fueron víctimas de una emboscada, en la que se llevaron a Nikolai, no sabemos para qué. Mataron a todo aquel clan de brujos y habían robado la daga del alquimista y el grimorio de Sherezade. Además, unos seres que no habíamos visto nunca en nuestras largas vidas nos atacaron, dejando un mordisco en el brazo de Thorne que no está curando. —soltó todo de golpe—. ¿Crees que podrías darnos respuestas sobre esto?

—No soy yo la que tengo esas respuestas, mi guardián, pues necesitaría poder poner las manos sobre alguien que tuviera relación con las emboscada o con esos seres. —explicó la mujer—. Pero ella. —señaló a Roxie—. Sí puede darte las respuestas que quieres.

—¿Yo? —se sorprendió la chica.

—Como bien te he dicho, jovencita, tú eres un oráculo. Eres capaz de ver el futuro. —prosiguió la anciana—. No podrás darnos respuestas sobre lo que ha pasado, pero si podrías ayudarnos a ver por donde las hilanderas del destino quieren que vayamos. Podrías, si te lo propones, ver dónde está mi querido guardián ruso y que están haciendo con él. O descubrir donde se esconden esos seres que os atacaron, para tratar de acabar con ellos.

—No sé si puedo...

—Claro que puedes. —la cortó Talisa—. Eres un oráculo, polluela, eso te convierte en un ser con mucho poder.

Roxie miró de reojo a Abdiel, que mantenía su atención en ella.

—¿Y cómo se supone que puedo hacer eso?

La anciana sonrió, complacida.

—Te lo enseñaré. —miró al guerrero—. ¿Estás de acuerdo?

El hombre asintió.

—Muy bien. —Talisa se puso en pie y salió de la sala.

—¿Estás segura que quieres hacerlo? —preguntó el guardián, cuando se quedaron a solas.

—Sí con ello puedo ser de ayuda, lo haré. —se miraron con intensidad—. Aunque no estoy



segura de poder hacerlo.

—Te agradezco que lo intentes, haya resultado o no.

Roxie asintió y bebió otro trago de su tila.

—Necesito que te tumbes, polluela. —dijo la anciana, cuando regresó—. Debes de estar lo más relajada posible para poder visualizar el futuro.

Roxie se estiró sobre el sofá de la anciana y cruzo las manos sobre su estómago.

—Cierra los ojos, muchachita. —le aconsejó la mujer y ella obedeció—. Respira profundamente y no te asustes, voy a ponerte una moneda sobre la frente. —explicó Talisa—. Perteneció a mi madre, vidente como yo y con ella me ayudó a desarrollar mis habilidades.

Le colocó el frío metal en la frente y lo presionó suavemente.

—Concéntrate en la moneda. —dijo la mujer, con voz suave y monótona—. No existe nadie, solo estás tú. Nota tu cuerpo. Tus manos te pesan, tus pies también, sientes que todo tu cuerpo pesa. Te hundes, pero lo único que te mantiene a flote es esta moneda. Respira hondo, polluela. —Roxie lo hizo—. Ahora piensa en Nikolai. Visualiza su rostro. Céntrate en sus ojos....

*Roxie se sintió como transportada, estaba saliendo de su cuerpo y su alma se transportó a una estancia blanca, con las paredes acolchadas, como si fuera un psiquiátrico y en el centro estaba Nikolai, atado de pies y manos al techo y al suelo.*

—Vamos guardián. —le decía una atractiva mujer morena—. Quiero que uses tu magia y vuelvas el tiempo atrás.

—Porque no te vas a la mierda. —gruñó el hombre, que solo estaba vestido con unos bóxer. Su cuerpo se veía amoratado.

*La mujer hizo un mohín travieso.*

—Mala respuesta, querido. —y con una pistola de electricidad, le soltó una fuerte descarga en el estómago, que hizo convulsionar al guerrero—. Vamos a probar otra vez, vuelve el tiempo atrás, ¡ahora! —exigió.

—Chúpame la polla. —dijo Nikolai entre dientes.

—No aprendes. —le dio otra descarga, esta vez en la garganta.

*Roxie podía notar la agonía a la que estaba siendo sometido el guerrero, pero también percibía su determinación a no hacer nada de lo que le dijera aquella bruja.*

*La bruja.*

*Roxie se acercó a ella y se la quedó mirando. Aquella chica le sonaba. Su cabello negro, aquellos ojos rasgados y oscuros y sus rasgos árabes.*

*De repente le vino a la mente un sueño que no hacía mucho había tenido. Sin duda las dos mujeres tenían rasgos similares.*

*Como si la mujer percibiera su presencia, se volvió hacia ella, mirando al vacío, con el ceño fruncido.*

—¿Quién eres? —preguntó la mujer, y una enorme fuerza la devolvió de golpe a su cuerpo.

Roxie se incorporó de golpe, con una fuerte exhalación.

—Ha vuelto. —anunció Talisa.

Abdiel se acercó rápidamente a ella, arrodillándose a su lado para retirar el pelo de la cara. La miraba con preocupación.

—¿Estás bien?

Roxie asintió.

—Nos tenías preocupados, llevabas cinco horas en trance. —explicó la anciana.

—¿Cinco horas? —a la joven le habían parecido cinco minutos—. Lo he visto. —susurró, sorprendida de haberlo podido hacer—. He visto a Nikolai.

—Bien hecho, polluela. —exclamó la anciana, animada.

—¿Esta...? —Abdiel lo dejó en el aire, incapaz de terminar la frase.

—Está vivo. —le aseguró Roxie y el guerrero respiró, más tranquilo—. Pero le están torturando. Por lo que he visto, le decían algo de que usara su magia y volviera el tiempo atrás.

—Ese es el don de Nikolai, puede mover el tiempo atrás y adelante, pero solo dos horas. —explicó Abdiel.

—Cada vez que él se negaba, una mujer, creo que era una bruja, por lo menos así lo percibí yo, le daba una descarga eléctrica con una pistola táser.

El guardián se puso en pie, maldiciendo entre dientes, sintiéndose impotente por no poder ayudar a su hermano.

—¿Sabes dónde le tienen? —preguntó, con la voz tensa.

—Nada relevante. —reconoció Roxie—. Solo pude ver que estaba encadenado en una habitación que estaba acolchada, como si fuera un psiquiátrico.

El hombre asintió.

—¿Qué me puedes decir de la bruja?

—Era morena y bastante atractiva, sus rasgos eran de estilo árabe. —explicó Roxie—. Además, su fisonomía era similar a los de otra mujer que vi en mis sueños el día que dormí en tu casa. —Abdiel la miró, intrigado—. Aquella mujer me dijo que estaba esperándome. La vi en un templo, había una lápida abierta, con el dibujo del sello sobre ella.

—Sherezade. —dijo Abdiel.

—Esa maldita bruja ha encontrado el modo de volver a la vida. —rezongó la anciana.

—Puede ser que la mujer que torturaba a Nikolai... fuera una descendiente de su estirpe. —apuntó Roxie.

—Creímos que no tenía familia. —bufó Abdiel—. Estábamos completamente convencidos, por eso vinculamos la apertura del sello a su sangre.

—Puede ser, guardián, que del mismo modo que han conseguido que el alma de la polluela volviera a la vida, hicieran lo mismo con el alma de alguien de su linaje. —apuntó Talisa.

El guerrero asintió.

—Pues estamos jodidos, porque tienen el grimorio, la daga y una magia de la que al parecer, no somos invulnerables. —suspiró y se volvió hacia la anciana—. Te agradezco de nuevo tu ayuda, amiga mía.

—Sabes que siempre es un placer, guapetón y si puedo hacer algo más, dímelo. —le dijo la mujer.

—Ya has hecho más que suficiente, ahora necesito que te protejas, porque quizás nuestra visita te haya podido poner el peligro.

—No te preocupes por mí, sabes que sé cuidarme. —sonrió, haciendo que su rostro se arrugara aún más.

—Lo sé. —la besó en los labios, como había hecho al saludarla—. Debemos volver a casa y con toda la información, preparar un plan de ataque.

—Sé que vais a salir vencedores. —aseguró la anciana—. Además, ellos no contaban con que ella te encontrara a ti, antes de que la encontrarán ellos. —miró a Roxie, con satisfacción.

—Gracias por ayudarme, Talisa. —le dijo con sinceridad.

—Recuerda mis palabras, polluela. —dijo la mujer, tomándola de las manos—. Cuando no sepas que rumbo tomar, cierra los ojos y tu corazón te guiará.

Estaban ya en el jeep, iniciando el camino de vuelta a Noruega.

Abdiel estaba callado y encerrado en sí mismo. Roxie sabía que estaba muy preocupado por su hermano y ella se culpaba por no haber podido ser de más ayuda.

—Seguro que podemos rescatar a Nikolai con vida. —le dijo, para tratar de tranquilizarle—. Se veía muy fuerte y decidido a no dejarse doblegar.

—Sé que no se va a someter, ese no es el problema.

—Estará bien.

—¿Tú qué sabes? —espetó, pagando su frustración con ella—. ¿Acaso lo has visto con tus poderes de oráculo?

Roxie se sintió dolida.

—¿A ti que mosca te ha picado? —le soltó, enfadada—. ¿Qué querías de mí? Acabo de descubrir que soy una especie de ser sobrenatural, que tengo poderes para ver el futuro y que un grupo de brujos, que al parecer han resucitado a una bruja momificada, quiere usarme para yo que sé qué. Además, al parecer he quedado atada a ti porque somos almas gemelas. ¿También soy la responsable de que se hayan llevado a tu hermano?

Abdiel la miró y relajó el gesto.

—Tienes razón, lo siento. —se disculpó—. No te puedo pedir más de lo que has hecho hasta ahora. Lo has asimilado todo a una velocidad increíble y además, nos has dado unas pistas de que es lo que está ocurriendo.

—Está bien, entiendo que tienes que estar muy preocupado por Nikolai. —aceptó la disculpa—. Si fuera Max quien estuviera en el lugar de él, yo me volvería loca de preocupación.

El guerrero asintió.

Sabía lo que ese tal Max significaba para ella, y pese a que no le gustaba que estuviera tan unida a otro hombre, no pudo evitar hacer lo que hizo.

—Ten. —le pasó su móvil—. Puedes llamar a Max.

Ella le miró con los ojos brillantes de alegría y una sonrisa radiante en su precioso rostro. Valió la pena tomar esa decisión por el simple hecho de verla tan feliz.

—Oh, Dios, muchas gracias. —alargó la mano para coger el móvil pero él no lo soltó.

—Sabes que no puedes decirle nada de este mundo, ¿verdad? —le recalcó—. Esto podría poner su seguridad en peligro.

—Lo sé.

—Y que tampoco puedes volver en estos momentos a tu vida normal.

Roxie se puso seria, pero asintió.

—Por lo menos hasta que todo se resuelva. —puntualizó Abdiel.

—Soy consciente.

El guerrero soltó el móvil y ella tecleó apresuradamente el número de su amiga.

—¿Si? —oyó la voz de la persona que tanto quería.

—¿Max? Soy yo, Max. —gritó Roxie, emocionada.

—La madre que te parió Roxie. —chilló también—. ¿Dónde te habías metido? Casi me da un infarto tratando de localizarte.

Abdiel, que podía oír la conversación gracias a su desarrollado oído, se quedó petrificado al darse cuenta que Max, era una mujer.

—Ya sabes que soy un desastre con el móvil, lo perdí y no he podido comprar otro hasta ahora.

—¿Y allí en friolandia no hay cabinas? —preguntó, alzando una ceja.

—Que despiste, no caí en eso.

—Madre mía, casi llamo a la embajada.

Ambas rieron.

—¿Cómo te va todo? —dijo Max de nuevo—. ¿Has encontrado al empotrador de tus sueños calientes?

Roxie, poniéndose colorada como un tomate, miró a Abdiel de reajo, que sonreía, pero tenía la vista fija en la carretera.

—No, pero el paisaje está valiendo la pena. —mintió.

—Si ya decía yo que no podía haber morenazos buenorros como el que tú me describías por allí. —prosiguió su amiga, avergonzándola cada vez más—. En friolandia todos deben ser rubios paliduchos, más fríos que el vibrador que guardas en el congelador, para que no se te deshaga de no usarlo.

Abdiel soltó una carcajada, sin poder contenerse.

—¡Max! —exclamó Roxie, horrorizada.

—¿Qué ha sido eso? —dijo la pelirroja, sorprendida.

—¿El qué? Yo no he oído nada. —se hizo la loca.

—¿Cómo qué no? Era la risa de un hombre. —insistió.

Roxie miró a Abdiel recriminándole con la mirada, y este se encogió de hombros, divertido.

—Bueno, sí, he conocido a alguien.

—¡Serás zorra! —soltó, entre risas—. Con razón decías que el paisaje valía la pena, si te has agenciado a un noruego buenorro.

—No es noruego. —le dijo.

—¿Americano, como nosotras?

—Griego.

—Que exótico, fea. —suspiró Max—. ¿Cómo es? Pomme los dientes largos.

—Es... —miró al guardián de reajo—. Normal.

—¿Normal? —frunció el ceño—. No me digas que has guardado celibato tres años para revolcarte con alguien normal. Nena, después de un luto como ese, hay que romperlo por todo lo alto, con un tío bueno como Khal Drogo, por lo menos.

Roxie se rió.

—En algo se parece. —afirmó.

—Esa es mi Roxie, una come hombres. —la vitoreó—. Ahora a ver si da la talla en la cama, que a veces los hombretones tienen una pichas, que parecen lápices desgastados.

Roxie no contestó, pero volvió a reír. ¿Cómo podía ser tan bruta?

—¿Fea? —repuso, interpretando su silencio—. No me digas que ya te lo has tirado.

—Noooo. —mintió.

—¡Te lo has tirado! —afirmó—. Que fuerte, que fuerte. Has vuelto a dejar de ser virgen.

Abdiel hizo un sonido extraño y cuando la chica lo miró, estaba intentando contener la risa, mientras movía los hombros arriba y abajo.

Roxie le dio un puñetazo en el brazo, para que dejara de reírse.

—Con razón no encontraste cabinas, ¿eh? —prosiguió su amiga—. Si estabas amorrada al poste.

El guerrero no pudo contenerse más y volvió a reír a carcajadas.

—Por Dios, que risa más sexy. —suspiró.

—Bueno, Max, ya sabes que estoy bien. —dijo, deseando acabar con aquella conversación—. Voy a colgar.

—Sí, fea, sí, cuelga y no vuelvas hasta que dejes a ese hombre seco. —bromeó—. Por si tienes que coger reservas para otros tres años más.

—Te quiero, loca. —le dijo Roxie.

—Y yo a ti, fea.

Cuando colgó, le devolvió el móvil a su propietario, de mala gana.

—Te lo habrás pasado en grande, ¿no? —se cruzó de brazos, un tanto abochornada.

—Tienes que reconocer que tu amiga es muy extravagante. —rió de nuevo.

—Una loca, sí, puedes decirlo. —se le unió a las risas.

La miró de soslayo.

—Así que Max es una chica. —observó.

—Sí, diminutivo de Maxine. —le dijo—. ¿Creías que era un hombre?

Se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—No lo había pensado. —mintió.

—Muchas gracias por dejarme llamarla. —agradeció con sinceridad.

—No tienes por qué, sabía que lo estabas pasando mal por no poder decirle que estabas bien.

Roxie asintió.

—Así que morenazo buenorro, ¿no? —la miró, alzando una ceja.

Roxie se ruborizó.

—Son palabras tuyas, no mías.

—Ya...

Permanecieron en silencio, hasta que Abdiel dijo:

—¿En serio guardas un consolador en tu congelador?

—Oh, cállate. —le golpeó el brazo.

Ambos comenzaron a reír y continuaron así hasta bastante tiempo después.

## Capítulo 12

El viaje de vuelta fue tranquilo. Hablaron y se conocieron mucho mejor.

Roxie estaba fascinada con la vida que había llevado Abdiel. ¿Pero quién, en más de dos mil años, no tendría vivencias interesantes?

Ella, por su lado, le había contado más cosas sobre su infancia, sobre su alocada adolescencia con Max y sobre los últimos años de su vida.

Ahora, él sabía que su sueño era ser periodista. Poder dar noticias sobre sucesos importantes. Incluso le hubiera gustado ser comensal de guerra o en zonas menos afortunadas del planeta.

En esos momentos, estaban a minutos de llegar al hogar de los guardianes, y tanto a Roxie como a él, les hubiera gustado poder olvidarse de todo y seguir solos. Olvidarse de las preocupaciones, pero ambos eran conscientes de sus obligaciones y responsabilidades.

—Parece que mi vida va a cambiar para siempre. —murmuró la joven, sintiendo bastante vértigo ante esa idea.

Abdiel la miró.

—Siento que te hayas visto involucrada en todo esto.

Le devolvió la mirada y una sonrisa triste.

—Tú no tienes la culpa de nada, al parecer es mi destino.

El guerrero no dijo más, pero según Talisa, él también era parte de su destino. Almas gemelas.

—Nadie escapa del destino. —comentó Roxie—. Y quizá tampoco sea tan malo.

Se sostuvieron la mirada. El deseo crepitaba entre ellos y ambos lo sabían. Era como una corriente que los impulsaba al uno contra el otro. Se deseaban, querían tocarse, besarse y comerse, y los dos eran plenamente conscientes de ello.

Abdiel volvió la vista a la carretera, apretando el volante.

—Sabes que si no estuviera pasando todo esto te metería en mi cama y no te dejaría salir en una semana, ¿verdad?

—Quizá fuera yo la que no te dejara salir a ti. —comentó ella, guasona—. Porque seguro que he pasado más hambre que tu estos tres últimos años.

Él rió a carcajadas.

—El hambre que tú has querido pasar. Eres preciosa y estoy seguro que habían hombres haciendo cola para satisfacerte.

—Ninguno que yo deseara lo suficiente.

Abdiel detuvo el coche al pie de la montaña, y cuando se aseguró que no había nadie cerca, accionó un dispositivo y esta se abrió, dejando al vehículo entrar en su interior.

Estacionó el jeep, descendió de él, abrió la puerta del copiloto y tomando a Roxie de la mano la ayudó a salir del coche. Tomando la cara femenina entre sus grandes manos, devoró su boca con una pasión desbordante.

Con su lengua exploró la de ella, succionándola. Le mordisqueó suavemente el labio inferior, mientras que con sus manos la tomó por la cintura, pegándola a su musculoso cuerpo.

Roxie tampoco se quedó atrás, y entrelazó sus manos en el largo pelo del hombre para acercarlo más a ella, pegando sus senos al pecho masculino, sintiendo que la ropa les sobraba.

Abdiel la tomó por los muslos y la sentó sobre el capó del jeep, acomodándose entre las piernas femeninas, sin dejar de besarse en el proceso. Eran dos llamas y juntos formaban un incendio que no eran capaces de apagar.

Roxie tiró de la camiseta masculina, hasta sacársela por la cabeza y dejar aquel escultural torso al descubierto.

—Me encantas. —le dijo, paseando la vista por aquellos músculos.

Abdiel sonrió satisfecho.

—Tú sí que me encantas. —tiró del labio femenino—. Me vuelves loco, Roxanne.

Volviéron al besuqueo, mientras Roxie se deshacía de su camiseta y el guardián le ponía las manos sobre sus pechos, de pezones erectos.

—Tus pechos son perfectos. —murmuró, bajando la boca hasta uno de esos pezones, que lamió por encima de la fina tela del sujetador negro.

—No digo que el espectáculo no esté bien, pero he de reconocer que soy más activo que voyeur.

Roxie dio un grito y tomó su camiseta, poniéndosela delante de sus pechos, para cubrirlos. Abdiel se volvió, a la defensiva.

Draven, estaba sobre una de sus queridas motos, a unos metros de ellos, mirándolos con los brazos y los tobillos cruzados, y una llave inglesa en la mano.

—¿Qué haces espíándonos? —bramó Abdiel, de mal humor, poniéndose su camiseta.

—Yo estaba aquí cuando llegasteis y os pusisteis en plan parejita en celo, eso no creo que se considere espiar. —se defendió el cazador—. Más bien lo que creo es que estás demasiado despistado, Bror, porque no te has percatado de mi presencia.

El aludido gruñó y ayudó a Roxie a bajar del capó.

—Hay cosas que hemos descubierto y debemos hablar todos juntos. —volvió a hablar Abdiel, mientras se pasaba las manos por el pelo, para peinarlo un poco.

Roxie permanecía en silencio, con la cara roja y la vista clavada en el suelo.

Se montaron en el ascensor y Draven subió con ellos, con una sonrisa burlona.

—Yo también he descubierto muchas cosas en los últimos minutos. —soltó burlón, ganándose una mirada irritada de Abdiel—. Y por cierto, yo también pienso que tus pechos son perfectos.

Roxie gimió, aún más avergonzada y Abdiel le dio un puñetazo en el brazo a su hermano, arrancándole una carcajada.

Una hora después, cuando todos estaban al tanto de lo que Talisa les había dicho y también de lo que Roxie había visto de Nikolai, estaban decidiendo que pasos seguir.

—Si la zorra que se llevó a Nikolai era pariente de Sherezade, deberíamos ir a Persia y más si la hembra tuvo una visión en el templo donde la dejamos enterrada. —sugirió Thorne.

—Es una buena idea, pero también necesitamos saber por qué coño tu brazo no se cura. —dijo Draven.

—Y que son esos putos vampiros zombis y de donde han salido. —sugirió Varcán.

—Sí, está claro que son muchos los frentes que tenemos abiertos. —apuntó Abdiel—. Porque también necesitamos saber que pretendían trayendo el alma de Roxanne a la vida.

—¿Qué se siente al saber que tu alma es la de una zorra vengativa? —preguntó Varcán, sarcástico.

Roxie lo miró irritada.

—¿Qué sientes tú al ser un cabrón desagradable? —le soltó, sin cortarse—. Porque creo que la sensación tiene que ser parecida.

Varcán rió y alzó las manos en el aire.

Abdiel se sintió orgulloso del modo en que se había defendido del comentario mordaz de su hermano.

Volvió sus ojos hacia Elion, que no había abierto la boca y se le veía serio, cosa rara en él, pues siempre había sido el más extrovertido y alegre de todos.

—Está bien. —dijo a sus hermanos—. Intentemos descansar hoy lo que podamos y mañana decidiremos que hacer. —se volvió hacia Roxie—. Puedes ir a ducharte y a cambiarte de ropa, ya sabes dónde está la habitación que usaste la última vez. Dentro del armario encontrarás una zona de ropa de mujer.

Roxie asintió y salió de la sala. El resto de hombres se dirigían a hacer lo que les había ordenado.

—Elion. —llamó a su hermano—. ¿Puedo hablar contigo un segundo?

Cuando se quedaron a solas, Abdiel se acercó a él y le puso la mano en el hombro, demostrándole su apoyo.

—No tienes que culparte de lo que ha ocurrido con Nikolai, nadie esperábamos que supieran todos nuestros movimientos.

—Pude haber sospechado algo. —dijo, con desesperación—. ¿Cómo me distraje tanto como para que una jovencita me clavara una jeringuilla por la espalda?

—Confiabas en ellos, no estabas alerta. Nos hubiera pasado a cualquiera.

—No es verdad y lo sabes. —gruñó—. Nikolai notó algo extraño, por eso no entró en casa de Oleg.

—Nikolai no confía en nadie, él no es como tú.

—Otra cuestión es porque me dejaron con vida. —se apretó con dos dedos el puente de la nariz—. Mataron a toda aquella gente y a mí me dejaron vivir. ¿Por qué?

—No tengo respuesta para eso, Bror. —reconoció el líder.

—No dejo de dar vueltas una y otra vez a las cosas, pero por más que lo hago, no encuentro una explicación lógica.

—Deja de darle vueltas, Bror, lo único que ahora tienes que visualizar es el momento en que encontremos a Nikolai y nos deshagamos de esa panda de cabrones.

Elion asintió.

—Tú serás el que liderará al grupo que se encargue de encontrar a nuestro hermano. —le dio una palmada en la espalda—. Y lo vamos a encontrar sano y salvo, te lo prometo.

Elion sonrió de medio lado.

—Gracias por darme esta responsabilidad después de lo ocurrido.

—No es más que lo que un guerrero como tú se merece.

Roxie estaba dándose una ducha, dejando que el agua caliente que salía de la alcachofa acariciara su piel desnuda.

Después de más de tres días de viaje sin descanso, sin haber podido ducharse, ni cambiarse de ropa, había deseado esa ducha como nunca antes.

Había dejado preparada unas braguitas y una camiseta de Abdiel para pasar la noche. A pesar de ser verano, dentro de aquella montaña se estaba fresco.

Salió de la ducha, envuelta en una toalla y fue descalza hacia el dormitorio. Al pasar por delante de un espejo de pie que allí había se quedó contemplándose.

Era ella, la misma de siempre, pero algo había cambiado. Ya no era tan solo una mujer normal, que sus padres habían criado con mucho amor. Ella había sido traída de otra época, para fines malignos. Como bien había dicho Varcan, su alma era la de una mala persona y no sabía si eso iba a ser capaz de gestionarlo.

Había matado a gente inocente y aunque Abdiel mantenía que ella no era esa persona, no estaba



completamente segura.

¿Y si aquella maldad aún estuviera dentro de ella?

No quería ni imaginarse lo que sucedería si aquello fuera así.

La puerta se abrió de repente y Abdiel entró, aunque se quedó petrificado cuando la vio allí de pie, mojada y solo vestida con aquella simple toalla.

—Solo venía a por algo de ropa. —le dijo.

—Claro, adelante, esta es tu habitación.

Asintió y comenzó a rebuscar en su armario.

Roxie se quedó mirando su ancha espalda moverse y bajó los ojos hacia aquel magnífico culo, que parecía más duro que una piedra y sintió como la boca se le hacía agua.

Madre mía, como deseaba a aquel hombre, aunque sabía que no debía complicarse aún más la vida manteniendo una relación sexual con él. Aunque por otro lado, ¿porque no?

Era joven, no sabía que le depararía el futuro y él la deseaba tanto como ella a él.

¿No era el momento idóneo para dejarse llevar?

—Me marchó. —oyó que decía el guardián, encaminándose hacia la puerta sin mirala.

—¡Quédate! —soltó, sin pensarlo más.

Abdiel se giró, mirándola con el ceño fruncido, sin moverse de donde estaba.

—Es decir... —comenzó a ponerse nerviosa, ella jamás había dado el primer paso con ningún hombre—. Si quieres quedarte. Vamos, que este es tu cuarto y no me siento muy bien sabiendo que te estoy echando de él. —hablaba apresuradamente—. Es más, creo que soy yo la que debe marcharse a otra habitación, tú apenas has dormido durante el viaje. Si me dices que cuarto utilizar... En realidad con un sofá me conformaría, no hace falta que sea una cama... —nerviosa, porque seguía mirándola sin hablar, cogió la muda, para encerrarse en el baño, cuando él la tomó por un brazo.

—No quiero que te marches y yo tampoco quiero marcharme. —le dijo, con voz ronca.

Roxie asintió, cautivada por aquellos ojos azul verdoso.

—Pues quedémonos los dos. —susurró.

Abdiel le quitó las prendas de ropa que llevaba entre las manos y las lanzó sobre una butaca, después cogió la toalla y la soltó, dejando que se deslizara por el cuerpo desnudo de la joven. Contuvo la respiración, aquella mujer era espléndida, su cuerpo estaba hecho para volver locos de deseo a los hombres, y eso mismo es lo que le estaba ocurriendo a él en aquellos momentos.

—Roxanne, cuando te miro, me dejas sin aliento. —tras aquellas palabras la besó, acercándola a su propio cuerpo.

Roxie se agarró a sus anchos hombros, encaramándose a él, enrollando sus largas piernas a la cintura masculina.

Abdiel posó sus manos en el redondo trasero femenino y caminó con ella hasta la cama, donde la tumbó con delicadeza y se irguió, mirándola con veneración, mientras él mismo se deshacía de su ropa.

Desde lo alto la miró con los ojos en llamas.

Era imponente verlo desnudo. Su cuerpo parecía el de un gladiador romano. O el del guerrero macedonio que era en realidad, más bien.

Sus hombros eran anchos y sus caderas estrechas. Podrían haber hecho una clase de anatomía, solo basándose en todos los músculos que se marcaban en su cuerpo.

Sus piernas también eran largas y musculosas, y en la unión de ambas, se erguía su miembro, largo e imponente.

Como un hombre hambriento, se abalanzó sobre Roxie, dándole un profundo y apasionado

beso. Ella no se quedó atrás y enredó los dedos entre el oscuro pelo masculino.

—Prepárate, Roxanne, porque voy a hacer que no puedas olvidar esta noche en tu vida. — prometió con voz ronca, separándose unos centímetros de ella.

Con su húmeda lengua, lamió el cuello femenino, sintiendo unos enormes deseos de clavar sus colmillos en él.

Continuó su recorrido hacia abajo, centrándose en aquellos maravillosos pechos. Lamió el pezón de uno, succionándolo y mordisqueándolo hasta casi hacerla enloquecer. Acto seguido, hizo lo mismo con el otro seno.

Bajó su gran mano por el plano abdomen femenino, hasta posarla en uno de sus muslos.

Roxie se sentía tremendamente excitada y deseaba tener aquella mano en la zona que palpitaba entre sus piernas.

—El aroma de tu excitación me vuelve loco. —murmuró, descendiendo por su cuerpo, hasta quedar con la cabeza entre sus piernas.

Rozó con la nariz la suave carne y aspiró profundamente, para embriagarse de su olor.

—Delicioso. —comentó, sintiendo como se le alargaban los colmillos.

Con delicadeza, acarició su vagina, separando con los dedos los suaves y húmedos pliegues. Entonces introdujo su lengua, apreciando el salado sabor femenino.

Roxie gimió, arqueando la espalda.

Abdiel continuó con su invasión, succionado y dando suaves mordiscos en el clítoris de la mujer, mientras introducía uno de sus largos dedos en su interior.

—Déjate llevar, Roxanne. —le susurró contra su sexo.

La lamió de arriba abajo, sin dejar de torturarla con su lengua. Agarró con sus manos las caderas femeninas, anclándola a la cama, para que no pudiera huir de él.

Cuando Roxie comenzó a temblar y sus jadeos fueron más intensos, Abdiel profundizó sus caricias y lametones.

Ella enterró los dedos en su pelo, haciendo presión en la cabeza masculina para que no se apartara y él no quería hacerlo. Deseaba saborear su esencia.

Cuando los espasmos del orgasmo cesaron, Abdiel se incorporó, sin soltar sus caderas y la penetró de una sola y salvaje embestida.

Soltó un gruñido, sintiéndose maravillosamente bien en el cálido interior de aquella hembra. Le volvía loco al sentirla jadear, mientras vibraba entre sus brazos.

Abdiel comenzó a mover las caderas con fuerza. Estaba fuera de sí. Era como un animal en celo, deseando dejar su impronta sobre su hembra.

Roxie sentía el pene del hombre muy dentro de ella, rozando zonas que nadie había llegado a tocar. Creyó que no podría soportar tanto placer.

Era maravilloso sentirlo dentro y un sentimiento de posesión nació en ella.

Las acometidas rápidas y fuertes de Abdiel continuaron, mientras subía sus manos hasta los pechos femeninos.

Los músculos masculinos se contraían por el esfuerzo que realizaba.

Roxie le envolvió con sus piernas, mientras clavó las uñas en las sabanas. Jamás nadie le había hecho el amor de aquella manera, salvaje y apasionada.

De un solo movimiento, Abdiel le dio la vuelta, poniéndola ante él con su trasero expuesto. De otra embestida introdujo su pene, haciendo que Roxie soltara un grito placentero.

Le recorrió la espalda con las manos, mientras se inclinaba sobre ella, mordiéndole el hombro suavemente. Deseaba clavarle sus colmillos con fuerza y beber de ella, pero se contuvo.

La tomó del pelo y volvió la cara femenina hacia un lado, para poder besarla.

—Abre los ojos, Roxanne, quiero que me mires cuando te follo. —le dijo, sin dejar de moverse dentro de ella—. Quiero que sepas que soy yo el que te está poseyendo.

Roxie hizo lo que le pedía. Cuando las miradas de ambos chocaron, pareció como si descargas eléctricas surgieran de sus sudorosos cuerpos.

Abdiel comenzó a rotar las caderas, para que la mujer pudiera notar la total extensión de su pene dentro de ella. La penetró aún con más profundidad y Roxie comenzó a estremecerse.

El hombre posó su gran mano sobre el vientre femenino y la deslizó hasta el clítoris de Roxie. Lo acarició vigorosamente mientras la penetraba una y otra vez.

Abdiel notó cuando el orgasmo femenino se desató y se dejó ir con ella. Gruñó, al tiempo que Roxie gemía fuera de sí.

Detrás de aquel orgasmo vinieron muchos más. Abdiel le había prometido que no podría olvidar aquella noche en toda su vida, y vaya si lo hizo. A lo grande.

## Capítulo 13

Estaban desnudos, acostados en la cama después de varias sesiones de sexo apasionado.

Roxie reposaba sobre el amplio pecho del guerrero, mientras este le acariciaba suavemente la espalda.

—Ma-dre mí-a. —enfaticó cada sílaba—. Ha sido el mejor sexo de toda mi vida. De hecho, no se parece en nada al resto de relaciones sexuales que he tenido.

Abdiel sonrió, sintiéndose satisfecho.

—También ha sido el mejor de la mía.

Y lo decía sinceramente. Pese a haber tenido infinidad de relaciones sexuales en aquellos más de dos mil años, nunca había sentido aquella conexión que había experimentado estando con Roxie.

La joven alzó los ojos violetas hacia él. Algo le rondaba la cabeza, pero no estaba segura de preguntarlo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Abdiel, pues podía percibir su desconcierto.

—Yo... —dudó, no sabía si aquello rompería la magia que había entre ellos.

—Roxanne, no tienes que ocultarme nada. —le dijo, acariciándole la mejilla.

—Cuando me miras, cuando me tocas. —se animó a decirlo—¿La ves a ella?

Abdiel se sentó en la cama y tomándola por los hombros la hizo sentarse a ella también. Entonces la miró directamente a los ojos.

—Yo solo te veo a ti, Roxanne. Cuando te miro y te toco. —le pasó sus ásperas manos por los brazos, poniéndole la carne de gallina—. Cuando te beso y te saboreo. —la besó con pasión en los labios, introduciéndole la lengua en la boca, para jugar con la suya—. O cuando te hago el amor, solo veo a la persona que tengo delante ahora mismo.

—Pero tú la amaste...

—Como te dije hace unos días, creí amarla, pero ya no estoy tan seguro. —se sinceró, interrumpiéndola—. Quizá solo quedé obnubilado por su belleza, su carisma y la seguridad que emanaba. Yo era joven, no tan experto en el amor como lo soy ahora. Lo que tengo claro es que lo que sentí por ella no tiene nada que ver con lo que siento en este instante por ti.

—No quiero sentirme la sombra de otra persona. —reconoció, pasándose la lengua por los labios, con nerviosismo.

—No lo eres, mi amor, para mi eres la única. —en cuanto dijo aquellas palabras se arrepintió, pues revelaban más de lo que le hubiera gustado.

Roxie también se quedó impresionada por aquella confesión. Era precipitada, pues solo hacía unos días que se conocían, pero ella, aunque no pensaba confesarlo, también sentía algo parecido.

—En fin. —Abdiel salió de la cama y se frotó la nuca, incómodo. —Creo que será mejor que me dé una ducha. Tú aprovecha para dormir un poco.

—Sí, eso hare. —contestó ella, con la misma sensación de incomodidad.

Cuando él se encerró en el baño, Roxie se dejó caer en la cama, tapándose los ojos con el brazo.

No debía haber sacado el tema, se reprochó, pero ya estaba hecho y el momento se había roto, como había temido. Aunque sintió una cierta satisfacción al pensar en las palabras que el hombre

le había dicho.

Cerró los ojos, sonriendo y el cansancio se apoderó de ella, haciéndola dormirse rápidamente.

*Roxie estaba en la puerta de un edificio abandonado, parecía un hospital. Leyó el cartel medio descolgado que había sobre la entrada: “Mental Sanatorium Paradis”*

*En cuanto lo leyó, se le vino a la mente el lugar donde había visto atada a Nikolai.*

*“Dios mío”— pensó—. “Estoy soñando de nuevo”*

*Con ese pensamiento en mente, entró en el sanatorio.*

*Todo estaba en ruinas y bastante sucio. No había luz, por lo que estaba a oscuras.*

*Fue caminando con cuidado de no tropezar.*

*No sabía hacia dónde ir, por lo que cerró los ojos y trató de pensar en lo que le había dicho Talisa. Que se concentrara, que pensara lo que quería saber, y comenzó a caminar, guiada solo por su instinto, como le ocurrió cuando encontró la entrada a la guarida de los guardianes.*

*Cuando tocó algo, abrió los ojos.*

*Eran unas escaleras que parecían bajar a una planta más abajo.*

*Comenzó a bajar, un poco temblorosa a causa de los nervios.*

*La oscuridad cada vez era mayor, el último tramo tuvo que hacerlo a tientas, hasta llegar a una pesada puerta metálica. Empujó la palanca y cuando la puerta se abrió, allí todo era luz.*

*Parecían una especie de laboratorios. Se veían personas ataviadas con batas blancas de un lado al otro.*

*A lo lejos vio a aquella morena que había visto en su visión torturando a Nikolai. Estaba hablando con otra joven rubia, por lo que se apresuró a aproximarse a ellas.*

*—No creo que usar métodos tan agresivos sea lo más adecuado, Yasmina. —decía la rubia—. Me siento como una sádica cada vez que entro a hacerle pruebas después de vuestras sesiones.*

*—Ya te lo he explicado por activa y por pasiva, Keyla. Es necesario. —dijo la morena—. Necesitamos saber el nivel de resistencia que tiene su cuerpo y el modo al que responde a nuestros métodos.*

*La tal Keyla, llevaba una placa identificadora, en la que ponía, doctora Adams. Roxie tomó nota mental de ello.*

*—Quizá yo pudiera probar algún otro método con él. —la rubia volvió a la carga—. Ya ves que la tortura no sirve. Nik es demasiado orgulloso como para venirse abajo.*

*¡Nik! Seguro que se refiriera a Nikolai.*

*—Te he dicho mil y una vez que no le llates así. —gritó la morena—. No puedes tratarlo como a una persona.*

*—¡Es una persona! —protestó la doctora.*

*—¡Joder, Keyla! —la tomó por lo hombros, zarandeándola—. Tienes que ser profesional. Este es un trabajo diferente al que estabas acostumbrada cuando eras residente en urgencias. Aquí hacemos un trabajo para la seguridad del país. Cuando le insististe a papá para unirte a este proyecto, aseguraste ser capaz de hacerlo. ¿Acaso has cambiado de opinión?*

*No se parecían en nada, pensó Roxie, pero por lo que acababa de escuchar eran hermanas.*

*La rubia apretó los labios y alzó el mentón decidida, después de escuchar las palabras de su hermana.*

*—No he cambiado de opinión.*

*—Entonces deja de cuestionar mis decisiones. —dijo la morena—. Sabes que estoy al mando y si no crees poder aceptarlo, llamaré a papá para que él te lo explique personalmente.*

*La morena abandonó la estancia y cuando la joven doctora se quedó a solas, se dejó caer en una silla, con los ojos cargados de angustia.*

*Roxie vio como abría el dossier que tenía en las manos. A la joven casi se le paró el corazón cuando vio a la rubia sacar una foto de Nikolai en un estado deplorable. La acarició con sus largos dedos.*

*—Por favor, no te resistas más. —susurró, al borde de las lágrimas—. Déjame ayudarte.*

Tal como había llegado allí, Roxie volvió de golpe a su cuerpo.

Abdiel salía del baño y se estaba secando el pelo vigorosamente con una toalla, cuando vio a Roxie incorporarse de golpe, respirando con dificultad.

—¿Estás bien? —se sentó a su lado, acariciándole el cabello y mirándola a los ojos.

—Creo saber dónde está Nikolai. —le dijo, mirándolo con los ojos muy abiertos.

El guardián notó como el corazón comenzaba a latirle aceleradamente.

—¿Otro sueño premonitorio? —fingió una calma que no sentía. Necesitaba rescatar a su hermano cuanto antes.

La joven asintió.

—Quiero contarte todo lo que sé antes de olvidarme de algo. —le dijo.

—Adelante, te escucho.

—Creo que Nikolai está en un antiguo sanatorio abandonado, se llama... —cerró los ojos, tocándose la frente, para tratar de visualizar el nombre—. “Mental Sanatorium Paradis”, sí.

Abdiel sacó un block de notas y un bolígrafo de la mesilla que había al lado de la cama y anotó el nombre del sanatorio.

—Parece abandonado, pero hay unas escaleras que conducen hacia un sótano. Dentro de ese sótano, hay un laboratorio o algo parecido, lleno de gente que creo que hace pruebas a sujetos de estudio. Por desgracia uno de esos sujetos es Nikolai. Vi a una doctora con su foto. —le miró con tristeza—. No te voy a mentir, Abdiel, en esa foto estaba muy maltratado.

El hombre apretó las mandíbulas, pero no dio otro signo de la angustia que le habían provocado sus palabras.

—Las dos mujeres a las que vi allí fueron a la morena de la otra vez, creo que se llama Yasmina y a la doctora rubia con la que hablaba, que era Kayla... no, espera, Keyla. Keyla Adams. Eran hermanas.

El líder de los guardianes apuntaba todo lo que encontraba relevante.

—La doctora rubia no estaba de acuerdo con las torturas, pero la morena era la responsable del laboratorio. Su padre la había puesto al mando y la doctora parecía tenerle mucho respeto o temor, no se decirte. —suspiró—. No he podido descubrir nada más, lo siento.

Abdiel tomó la cara femenina entre sus grandes manos y la besó.

—Eres magnífica. —dijo, acariciándole con los pulgares las mejillas—. Esto es una gran pista para poder encontrar a Nikolai. No teníamos nada y ahora ya tenemos algo para tirar del hilo.

—Me alegra poder ser de ayuda. —sonrió.

—Eres mucho más que eso. —el guerrero se quitó la toalla y se apresuró a ponerse unos bóxer y unos pantalones de chándal grises, que le quedaban de escándalo—. De acuerdo, busquemos información sobre estas dos mujeres y donde puede estar ese sanatorio.

## Capítulo 14

Elion era el experto en ordenadores.

Buscaba por la red toda la información que hubiera sobre aquellas mujeres.

De Yasmina Adams habían descubierto poca cosa, pues no tenía redes sociales y casi no había rastro de ella en la red. Sabían que tenía treinta y cinco años, era genetista, licenciada en la universidad de Harvard con matrícula de honor. Desde que salió de la universidad había trabajado en la empresa de su padre, situada en Cambridge, Adam's Enterprises.

En muchas fotos se la veía acompañada por su progenitor, Abe Adams. Era un hombre que rondaría los sesenta años, pero que aún guardaba el atractivo de antaño. Con el cabello plateado, de estatura media y una buena forma física, aquel hombre que aparecía serio en todas las fotos, tenía un aire de autoridad y poder.

Por otro lado, Keyla Adams era la hermana más joven. Tenía veintiséis años. También había estudiado en Harvard, medicina. Sus notas no habían sido tan destacadas como las de su hermana mayor, aunque tenía una buena media.

Había trabajado como residente de urgencias en varios hospitales. En todos ellos destacaba por su calidad humana y su empatía con los pacientes.

También habían podido comprobar por sus redes sociales que había estado varias veces en países tercermundistas como voluntaria y ayudaba a los más desfavorecidos en un comedor social.

Su carácter no cuadraba con el tipo de trabajo que hacían en los laboratorios que había descrito Roxie, pero también les había explicado que la vio discutiendo con su hermana, porque no estaba de acuerdo con los métodos de tortura usados con Nikolai, aunque eso, a los ojos de los guardianes, no la eximia de nada.

Del sanatorio, "Mental Sanatorium Paradis", supieron que estaba en Noruega y que desde hacía cinco años estaba abandonado por falta de fondos.

—¿A que esperamos? —dijo Elion, impaciente por rescatar a Nikolai.

Abdiel puso la mano sobre el hombro de su hermano.

—Tenemos que hacer las cosas bien, Bror. No queremos que nos vuelvan a pillar desprevenidos.

El guerrero asintió, consciente de que no quería poner en riesgo a ninguno de los presentes por su impaciencia.

—Como el sanatorio está cerca de aquí, será al primer lugar al que iremos. —continuó el líder—. Y esta vez no nos dividiremos, no quiero volver a perderos de vista a ninguno.

Todos asintieron.

—Pues vamos a divertirnos. —dijo Varcán, con una sonrisa sádica, que puso a Roxie los pelos de punta.

Abdiel había ordenado a Roxie que no se moviera de la guarida, de hecho, la dejó encerrada dentro, pues puso un código de seguridad para que nadie pudiera entrar o salir de ella.

De todas maneras, seguía preocupado. Visto que aquellos brujos se habían adelantado a todos sus movimientos, no estaba seguro al cien por cien que Roxie estuviera a salvo y eso era algo que le estaba matando.

—¿Qué está ocurriendo entre tú y esa hembra? —le preguntó Elion, que iba al volante del todo terreno negro en el que ellos dos iban montados. Los otros tres guardianes iban tras ellos, en otro todoterreno idéntico.

—Es complicado. —suspiró.

—Nunca te había visto así con ninguna hembra. —continuó su hermano—. Te noto pendiente de esa chica en todo momento y aunque ahora estéis separados, tu mente sigue allí, con ella.

Podría haberle negado a su hermano lo que decía, pero no veía ningún motivo para mentir.

—Ella es especial, Bror, siento que debo estar con ella. Protegerla y cuidarla. Talisa dijo que éramos almas gemelas, que estábamos conectados a través de los tiempos y siento en todo mí ser que así es. —se encogió de hombros—. Sé que puede parecer una locura, Elion, porque solo hace unos días que la conozco, pero creo que estoy enamorado de ella.

Su hermano se volvió a mirarle.

Entre ellos siempre había sido fácil hablar. De los seis guardianes, Elion era el más joven, murió solo con veintinueve años y no había sido el guerrero más diestro de su ejército. Sin embargo, Abdiel decidió convertirle en uno de los guardianes del sello porque había visto en él un carácter tranquilo y reflexivo. Sabía escuchar.

Entre todos aquellos guerreros con grandes nociones en batallas, él era un aprendiz. Sin dudar, Abdiel le tomó bajo su ala, como el hermano mayor que en su día tuvo.

Era por eso y por mucho más, que Elion se sentía muy cerca de Abdiel, y no iba a ser él el que juzgara esos sentimientos que estaba experimentando. Por otro lado, aquello podría definirse como un flechazo, que quizá debió haberse producido, milenios atrás.

—Sinceramente creo que debes seguir adelante con lo que sientas, Bror. —le dijo—. Si ella es lo que quieres, adelante, sabes que puedes contar conmigo.

Abdiel rió amargamente.

—Quizá, si fuera una persona normal y corriente, haría caso de tu consejo, pero siendo quien soy... —dejó la frase en el aire—. ¿Qué puedo ofrecerle? Una vida encerrada dentro de una montaña, con constantes peligros y expuesta a las maquinaciones de algún brujo que se haya propuesto romper la ley de la sangre.

—No le has hecho falta tú para estar en medio de esas maquinaciones. —terció—. Justamente ella es el centro de este plan que nos tiene desconcertados.

—No voy a permitir que la usen para nada que tengan pensado hacerle. —susurró con rabia—. Ella no es como Roxana, de eso estoy seguro. Ella es pura, Elion, la destrozaría hacer daño a alguien.

—Pues descubriremos que quieren de ella y los mandaremos a tomar por culo. —le dijo su hermano sonriendo, para tranquilizarlo.

—De eso no me cabe duda. —le devolvió la sonrisa, pese a su preocupación.

—Y de nuevo te digo, Bror, si ella es lo que quieres, date una oportunidad y dale a ella también la opción de decidir qué es lo que quiere.

Nikolai colgaba de sus muñecas, incapaz de que sus pies lo sostuvieran después de la nueva sesión de tortura a la que le había sometido aquella puta bruja, a la que en cuanto tuviera oportunidad, pensaba desollarla.

—¿Ya tienes suficiente? —preguntó la susodicha, con la daga del alquimista aun en la mano, goteando con su sangre, pues había estado maltratando a Nikolai con ella.

—No has hecho más que empezar, zorra, aún no has conseguido ponérmela dura.

La mujer apretó los labios y de una sola estocada, clavó la daga hasta la empuñadura en el



abdomen masculino, mandando descargas de dolor al resto de su cuerpo.

—Estás acabando con mi paciencia. —siseó, retorciendo el objeto místico dentro de las entrañas del hombre—. Y no te conviene saber lo zorra que puedo llegar a ser cuando eso pasa.

Nikolai, pese a estar sufriendo aquel dolor atroz, alzó sus ojos casi blancos hacia la bruja y se obligó a sonreír.

—No seas tan cariñosa, guapa, o creeré que te gusto más de la cuenta.

Yasmina gritó frustrada y sacó la afilada hoja del cuerpo masculino de un tirón, haciéndolo gemir.

—Voy a marcharme antes de hacer algo de lo que me arrepienta. —la aversión que sentía por él se reflejaba en su atractivo rostro—. Pero cuando ya no nos seas de utilidad, me esmeraré a lo grande contigo antes de matarte, no olvides lo que te digo. —y diciendo eso salió de la sala, dejándolo solo y completamente dolorido.

Nikolai relajó su cuerpo.

Se sentía mareado por la pérdida de sangre y como había temido que le pasaría, acabó desmayándose.

—¿Por qué has estado tanto tiempo ahí dentro? —preguntó Keyla, en cuanto vio salir a su hermana de la sala donde tenían atado al militar ruso.

—¿Qué haces aquí? —la miró con desprecio, mientras seguía su camino, guardando la daga en una funda.

—No estoy de acuerdo con lo que está ocurriendo, Yasy. —dijo la joven rubia, siguiendo a su hermana—. Esto se te está yendo de las manos. Estaba de acuerdo cuando los experimentos los hacíamos con hombres que habían fallecido, pero este hombre está vivo y pese a ser un militar de otro país, no creo que sea ético tratarlo así.

—Olvídate de la ética, Keyla, esto es un asunto de estado. Limitate a hacer lo que se te ha pedido y no cuestiones los métodos.

—Estoy planteándome si realmente se trata de un asunto de estado. —insistió, decidida a saber la verdad—. No veo claro que todo esto pueda tener el beneplácito de ningún organismo oficial. Quizá si me enseñaras los correos en los que se nos piden el tipo de trabajos que desempeñar, yo...

—¡Basta ya! —la tomó por los hombros y la arrinconó contra la pared—. Tú no tienes por qué ver nada, solo dedicarte a curar a ese hombre que está medio muerto y que si continua así de arrogante acabará muerto del todo antes de que termine la semana. Así que te aconsejo que le digas que me obedezca, si no quiere que la próxima vez que abandone esa sala, sea con su parte de defunción en la mano. —y soltándola, abandonó los laboratorios.

Keyla suspiró.

Sinceramente sentía miedo de que la amenaza que acababa de soltar su hermana se hiciera realidad. La notaba cada día enervarse con la terquedad de aquel hombre, que no daba su brazo a torcer, aunque su hermana le torturaba hasta la extenuación.

Entró en la sala donde lo tenían atado. La imagen que vio allí le revolvió el estómago.

Nikolai colgaba por sus muñecas, sin sentido. Su rostro se veía hinchado y amoratado, denotando los golpes que su hermana le había propinado. También había más moratones por el resto de su cuerpo, pero la peor parte se la había llevado su abdomen. Keyla podía ver el charco de sangre que se había formado a los pies masculinos por los profundos cortes que tenía en su vientre. Por entre alguno de aquellos cortes, se podían entrever sus tripas, haciéndole saber cuan cerca había estado su hermana de matarlo.

—Dios mío. —se acercó a él, acariciándole el rostro, tan atractivo y maltratado—. Nik,

despierta. —le dijo, mientras pasaba sus manos por todas aquellas heridas, haciendo que sanasen.

Aquel había sido su don desde que nació. Era capaz de sanar a la gente, por eso se había hecho doctora. La gente no sospecharía si iban a un hospital y aunque fuera milagrosamente, salían curados.

Siguió bajando sus manos por el cuello, los brazos y el pecho masculino.

Cuando llegó a las heridas más graves, cerró los ojos, concentrándose en sanarlas lo antes posible.

Cuando ella se dedicaba a sanar a alguien, cierta angustia la asaltaba y la hacía ponerse sensible, como si parte del dolor que sus pacientes habían padecido, le volviera a ella de forma emocional.

Cuando volvió a abrir sus ojos, los tenía llorosos y se sentía completamente acongojada.

Miró a Nikolai, este tenía sus claros ojos fijos en ella, como ya había pasado en otras ocasiones. Siempre que aquello sucedía, Keyla sentía que aquel hombre podía leer su alma.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la doctora, con la voz trémula.

El guardián torció la cabeza, repasando de arriba abajo su curvilíneo cuerpo.

—Creo que en este momento mejor que tú.

Ella se separó de él, dándole la espalda para tratar de recomponerse.

Se encogió de hombros.

—No sé a qué te refieres, yo estoy perfectamente. —mintió.

—¿Por qué te prestas a esto? —preguntó el guerrero—. Tú no eres como ella. —se refirió a Yasmína.

Keyla se volvió de nuevo a mirarle.

—Tienes razón, Nik, no somos iguales. —dijo, recuperando su aplomo habitual—. Yo nunca sería capaz de hacerte daño.

—Pero participas de lo que ella hace. —le recriminó.

—Es por una buena causa, créeme. —no sabía si pretendía convencerle a él o a sí misma.

—¿Cómo quieres que crea eso si ni tan siquiera tú crees que sea verdad?

Keyla, sin desviar los ojos de su masculino rostro, era consciente de que sus palabras eran verdad, pero cuando se iba a disponer a hablar, un fuerte estruendo la sobresaltó.

—¿Qué es eso? —miró hacia la puerta.

—Sea lo que sea, no es nada bueno para ti.

Keyla se volvió a mirarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Por el sonido, creo que alguien está atacando este laboratorio de los horrores.

—No puede ser. —se acercó a la puerta, dispuesta a comprobarlo.

—No salgas, quédate aquí. —ordenó Nikolai, sin poder evitarlo.

—Enseguida vuelvo. —y sin más, salió de la sala.

Thorne arrancó de una patada la puerta del sótano, donde Roxie les había dicho que tenían retenido a Nikolai.

En cuanto entraron a los laboratorios, vieron correr de un lado a otro a brujos y humanos, ataviados con batas blancas.

Los cinco guardianes abrían salas, buscando a su hermano, cuando un ejército de aquellos vampiros zombis que les habían atacado con anterioridad, se lanzaron sobre ellos.

Todos los guerreros atacaron con ferocidad a aquellos seres, que iban cayendo poco a poco, perdiendo la cabeza o el corazón a su paso.

Elion, estaba atento a todos los movimientos.

Vio salir de una de las salas a una joven rubia, que se lo quedó mirando con ojos asustados. El guerrero avanzó hacia ella, que comenzó a retroceder hacia atrás, hasta entrar de nuevo en aquella sala.

—Madre mía. —dijo Keyla, que había visto a aquellos enormes hombres descuartizando al ejército de Groms que había creado su hermana.

—¿Qué está ocurriendo ahí fuera? —preguntó Nikolai, al verla en aquel estado de nervios.

La joven se volvió hacia él, mirándola con aquellos ojos entre azules y gris muy abiertos.

—Voy a soltarte. —le dijo, acercándose a él—. Y espero no arrepentirme, pero hay unos gigantes atacándonos y no quiero que estés indefenso ante ellos.

Nikolai no se movió, solo se limitó a mirarla, mientras ella, con las manos temblorosas, le desató las cadenas de las muñecas. Cuando el hombre tuvo las manos libres, Keyla se alejó, temerosa de lo que pudiera hacerle.

—El código de las cadenas de los pies es cinco, seis, dos, nueve.

El guardián se agachó y marcó el código. Cuando quedó libre se plantó delante de ella, mirándola con aquellos fríos ojos.

—Podría matarte en este mismo instante.

Keyla tragó saliva, sin poder apartar la mirada de su masculino rostro.

—Lo sé.

—La zorra morena te ha dicho que soy un asesino sanguinario, ¿no es así?

—Así es. —asintió ella.

—¿Y aun así me dejas libre? —torció la cabeza, como haría un depredador mirando a su presa.

—No podía dejarte atado para que te mataran de ese modo. —respiró hondo cuando aún se le acercó más para olerle el cabello—. No me lo hubiera perdonado.

Nikolai alzó de golpe la cabeza, pues notó que alguien se acercaba. El ambiente estaba tan impregnado de olor a su propia sangre que no podía oler fuera de las paredes de aquella sala.

Cogió a Keyla y la colocó detrás de él, para poder protegerla.

—Pero no puedo usar el cien por cien de mis capacidades, no sé qué habéis hecho conmigo. —gruñó.

La doctora se acercó a un panel que había en la sala y tecleó otro código.

—Estoy cortando el gas inhibidor que usamos para mermar un poco tu fuerza y poder controlarte mejor. —explicó.

Cuando la puerta fue arrancada, Nikolai se puso en posición defensiva, delante de la joven, que estaba aterrada.

Cuando Elion entró, Nikolai apenas podía creérselo.

—¡Bror! —exclamó su hermano, acercándose a abrazarlo, mientras se cercioraba de que estuviera de una pieza—. ¿Cómo estás, Nikolai? —no parecía herido, pese a que su piel estaba manchada de sangre seca.

—He estado peor.

Miró por encima de su hombro a la joven que lo miraba con ojos de pánico.

—¿Quién es? —la señaló con la cabeza.

—Es la doctora Adams. —dijo Nikolai, apartándose de delante de ella.

—Vaya, yo a ti te conozco. —Elion se acercó a ella, que retrocedió hasta chocarse contra la pared blanca de la sala—. La doctorcita que es voluntaria en el comedor social...

—¿Cómo...? —Keyla estaba aturdida, ¿de que la conocía ese hombre?

—¿Cómo sabes de ella? —preguntó entonces Nikolai, terminando la pregunta por ella.

—Roxie tuvo una visión, en la que ella y la bruja morena hablaban de ti.

—Una visión. —exclamó, pensando en que aquella joven de la que hablaban sería el oráculo que su padre llevaba años buscando y que ella había creído que sería una fantasía sin importancia. Nikolai se volvió hacia ella.

—Vas a decirme todo lo que sabes.

—Yo...no sé nada...

En ese momento los otros cuatro guardianes entraron en aquella sala, por donde habían visto desaparecer a Elion. Al ver a Nikolai todos se acercaron a él, con preocupación y alivio al mismo tiempo.

—¿Estás herido? —preguntó Abdiel, mirando la sangre seca de su cuerpo.

—¿Qué te han hecho? —Draven miró la sala, también ensangrentada.

—¿Cómo cojones te dejaste coger? —gruñó Thorne.

—Y lo más importante. ¿Quién es ese bomboncito? —preguntó Varcán, señalando a Keyla.

—Es la doctora de la que nos habló Roxie. —explicó Elion.

—Entonces, ¿podemos merendárnosla? —Varcán sacó sus dientes, mirándola—. Sería perfecto, porque me muero de hambre.

Keyla gritó y se agarró al brazo de Nikolai, escondiendo su cara contra él, para no ver lo que iban a hacerle.

Todos los guardianes miraron desconcertados al guerrero rubio, sin entender por qué aquella mujer buscaba refugio en él.

—Nadie va hincar el diente a nadie. —dijo el ruso, mirando a Varcán, que encogiéndose de hombros retrajo sus colmillos.

Después tomó a Keyla de los hombros y la separó de él, para poder mirarla a los ojos.

—Ahora vas a contarnos lo que sabes.

—Ya te he dicho que no sé nada. —insistió, temblando.

—Abdiel. —le dijo a su hermano—. ¿Haces los honores?

—Por supuesto. —el líder de los guardianes se puso delante de la joven y con un tono de voz ronco, dijo:—. Ahora vas a escucharme y decirme todo lo que sepas, ¿de acuerdo?

La joven doctora como hipnotizada, asintió.

—¿Qué es este lugar?

—Según mi hermana, es un laboratorio secreto del gobierno, en el que se estudia cómo convertir a militares en guerreros perfectos y entrenados, como el escuadrón secreto del ejército ruso.

—¿Qué? —Varcán la miró, desconcertado—. ¿Ejército ruso?

—Eso es lo que le han contado. —explicó Nikolai—. ¿Pero quién es su hermana?

—Es una bruja morena llamada Yasmina. —contestó Elion.

Nikolai apretó los puños, solo con escuchar ese nombre le entraban ganas de matar a alguien, a ser posible a la bruja que lo llevaba puesto.

—Has dicho según tu hermana. —prosiguió Abdiel—. ¿Qué crees tú?

—Estoy empezando a sospechar que me ocultan algo y todo esto no tiene los fines que yo creía. —dijo la joven, sin apartar sus ojos del líder—. Creo que todo tiene que ver con el oráculo que mi padre lleva tantos años buscando.

Nada más oír aquella mención a Roxie, hizo que Abdiel se pusiera tenso.

—¿Qué sabes del oráculo? ¿Qué queréis de ella? —zarandeó a la doctora, que gritó asustada y dolorida, pues le clavaba los dedos en la suave piel de sus brazos.

—No sé nada. —contestó, con voz chillona—. Hasta hace unos segundos que lo mencionó él.

—señaló a Elion—. Creía que era una invención de mi padre.

—Bror, suéltala, le estás haciendo daño. —Nikolai se colocó junto a la joven, de manera protectora.

—¿Qué coño te pasa con esta hembra? —bufó el vikingo—. ¿Ha estado torturándote y ahora la defiendes?

—Ella no me ha torturado. —le rectificó—. Ella era la que curaba mis heridas, que no se curaban con la rapidez de siempre.

—¿Por qué? —le preguntó Abdiel, soltándola.

—Es por un gas que soltamos en el aire e inhibe vuestras habilidades especiales.

—¿Y esto? —Thorne le mostró el mordisco de su brazo.

—No...no se. —contestó Keyla, mirando a aquel gigante de más de dos metros, aterrorizada.

—¿Qué ocurre con la herida de su brazo? —repitió Abdiel.

—Parece un mordisco de Grom. —dijo, sin poder evitarlo, bajo el hechizo de la voz del líder de los guardianes—. En sus dientes está impregnado el suero y no hay cura.

—De puta madre. —Thorne puso los ojos en blanco.

—¿Tu puedes ayudarle? —le preguntó Nikolai.

—No. —se apresuró a negar.

—¿Puedes curarle? —insistió Abdiel.

—Puedo, con mi poder sanador.

Todos se volvieron a mirarla.

—Así es como me ha curado a mí después de que su hermanita me torturara una y otra vez. —explicó el ruso.

—Cúrale. —ordenó Abdiel.

Keyla se acercó al vikingo, temblando como una hoja. Puso sus finas manos sobre la herida y cerró los ojos, haciendo su magia.

En pocos segundos la herida del guerrero estuvo curada, como si nunca hubiera estado allí.

—Esto es acojonante. —Thorne se miró el brazo, alucinado.

—Ahora, dime que queríais de Nikolai. —Abdiel prosiguió con su interrogatorio.

—Queríamos descubrir qué tipo de ciencia habían usado para hacer militares con habilidades tan desarrolladas.

Varcán silbó.

—Este bomboncito está aún más perdida que nosotros.

—¿Qué son los Grom? —insistió el líder—. Parecen vampiros zombis.

—Podrían definirse así. —dijo la joven—. Mi hermana capta los cadáveres de hombres jóvenes, a los que les hacemos un tratamiento para devolverlos a la vida e intentar convertirlos en guerreros tan perfectos como él. —señaló a Nikolai.

—Vaya, vaya. —se rió Varcán—. ¿Así que perfecto? Como se nota que no te conoce apenas, Bror.

Nikolai le dio un puñetazo en el hombro.

—¿Estabas obligada a curar a Nikolai después de cada tortura? —quiso saber Abdiel.

—Sí.

—¿Ese era el único motivo por el que lo hacías? —insistió.

—No. —no podía apartar la mirada del líder—. No sé porque, pero no creo que Nik sea tan malo como mi hermana dice. Además, me parece fascinante.

—Al final va a resultar que hemos interrumpido algo. —sonrió Varcán, sarcástico.

—Creo que va siendo hora de irnos. —apuntó Elion, observando que llegaban más de esos

vampiros zombis.

—De acuerdo, coged a la doctora. —ordenó Abdiel.

—No, Bror. —se negó Nikolai.

—¿Cómo qué no? —preguntó Draven.

—No sabe nada más de lo que nos ha contado y nos sirve más al lado de su hermana.

—¿Qué sugieres? —inquirió Abdiel.

—Elion, ¿llevas encima tus rastreadores subcutáneos?

—Sí. —los sacó de su bolsillo y se los mostró.

—Pongámosle uno y sabremos donde se encuentran en cada momento. —sugirió—. Después, bórrale la memoria de lo que ha ocurrido desde que habéis llegado aquí. Que no recuerde esta conversación.

—Buena idea, Bror. —le felicitó Abdiel, que al ver llegar a los Groms, se adelantó a pelear contra ellos, junto a Draven, Thorne y Varcán.

Elion cogió a la chica y se puso a sus espaldas.

—Solo te dolerá un segundo. —le explicó, mientras le levantaba el cabello y clavaba la aguja en su nuca, cerca del nacimiento de este, para que estuviera más oculto.

—No volveré a verte, ¿verdad? —susurró ella mirando a Nikolai, sin saber porque, con unas tremendas ganas de llorar.

—Por tu bien, espero que no.

Sonrió con tristeza.

—Aunque haya sido en estas circunstancias, ha sido un placer conocerte y me alegro que te hayan podido rescatar.

Nikolai asintió, notando sinceridad en sus palabras, antes de que su hermano le pusiera las manos en las sienes, borrando aquellos últimos minutos de la memoria femenina.

## Capítulo 15

Roxie estaba de los nervios. Se acababa de dar una ducha para tratar de despejarse, pero ni aun así lo había conseguido.

Caminaba de un lado al otro del salón, vestida con un vestidito veraniego de tirantes azul celeste, que había encontrado entre la ropa que Abdiel había buscado para ella.

Durante todo el tiempo que los guardianes llevaban fuera no había podido evitar que por su mente pasaran un millón de imágenes catastróficas, en las que aquellos guerreros eran descuartizados, apresados o torturados.

¿Qué haría si les ocurría algo? ¿Si le ocurría algo a él?

No podía dejar de pensar en Abdiel. Lo tenía metido dentro de su mente y por el modo en que su corazón latía cada vez que estaba cerca, temía que también en su corazón.

Se cubrió la cara con las manos. ¿Cómo le había podido ocurrir a ella aquello? Era una locura enamorarse de un guerrero inmortal que tenía miles de años. Y todo en unos pocos días, ¿es que se había vuelto loca? Ella se tenía por una mujer sensata.

Entonces oyó como la entrada de la guarida se abría y tomó un jarrón que tenía cerca, manteniéndolo en alto, por si tenía que defenderse, hasta que vio entrar al hombre moreno e irresistiblemente atractivo que le tenía la mente acaparada.

Sin pararse a pensar en lo que hacía, soltó el jarrón y corrió hacia él, saltándole encima y besándole en los labios, mientras enrollaba sus piernas en torno a su cintura.

El hombre también la apretó contra su cuerpo, devolviéndole los besos con pasión.

—¿Estás bien? —preguntó Roxie, entre un beso y otro.

—Tranquila, cielo, estoy perfectamente. —la tranquilizó.

—He estado muy preocupada.

—Ya he vuelto. —le acarició el cabello, de forma tierna.

—¿Los demás no nos merecemos la misma bienvenida? —ironizó Varcán, mirándola con una ceja alzada—. También hemos estado en peligro, morena, unos cuantos besitos nos vendrían bien.

Roxie se sonrojó como un tomate, pues se había olvidado por completo de los otros cinco hombres que había entrado en la sala con Abdiel y habían sido testigos de su efusividad.

—No te pases, Varcán. —advirtió el líder de los guardianes—. No le hagas caso. —le dijo a ella, bajándola al suelo con suavidad y acariciándole la mejilla con sus nudillos—. Es un toca pelotas. —sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa y se volvió a mirar a Nikolai, que estaba cubierto de sangre.

—Madre mía, ¿qué te han hecho? —se acercó a él y le pasó las manos por el pecho, en busca de alguna herida.

—Estoy bien. —contestó bruscamente el ruso, sintiéndose incómodo.

—Ya está completamente curado. —añadió Abdiel, que la apartó de su hermano, pues se había sentido molesto al ver cómo le recorría el torso con las manos—. Dejemos que vaya a ducharse y cambie de ropa, mientras tanto te pondremos al día de lo que ha ocurrido.

En ese momento Roxie se percató que Nikolai solo estaba vestido con un bóxer blanco y volvió a ponerse roja.

—Sí, claro.

El rubio se marchó, sin decir más. Parecía un tanto agobiado y taciturno.

—¿Seguro que está bien? —insistió Roxie.

—Físicamente por lo menos, sí. —Abdiel también había notado que su hermano estaba demasiado callado y pensativo.

—Es normal que ahora esté un poco aturdido por todo lo que ha vivido. —comentó Draven.

—Tendríamos que haber arrasado con todo el laboratorio. —gruñó Thorne.

—No creo que vuelvan allí. —comentó Elion—. Ya saben que los hemos descubierto. Además hemos acabado con todos los Groms.

—¿Groms? —preguntó Roxie.

—Los vampiros zombis. —le aclaró Abdiel—. Son seres creados por esas brujas.

—¿Habéis notado que la doctorcita bombón es una Berrycloth? —apuntó Varcán, mientras se servía una copa de Whisky.

—¿No es muy temprano para que bebas? —dijo Roxie, sin poder evitarlo.

—Lo cierto, morena, es que es demasiado tarde, a mi parecer.

La joven puso los ojos en blanco.

—Lo importante es que ahora podemos seguir los pasos de las brujas, gracias al rastreador que Nikolai ha sugerido ponerle a la doctora. —prosiguió Draven—. Y sí, Varcán, todos olimos que era una Berrycloth.

—De acuerdo, ponemos al día a Roxanne y decidimos que pasos seguir a continuación. —Abdiel tomó a la joven de la mano y comenzó a explicarle todo lo que sabían.

Varias horas después, habían decidido que Varcán, Roxie y Abdiel irían a la antigua Persia a seguir la pista de Sherezade. Mientras que los otros cuatro guardianes mantendrían vigilados todos los movimientos de la doctora.

Elion había alquilado un jet privado, con nombres falsos, por si les estaban vigilando, para que pudieran viajar a Persia sin complicaciones, ni contratiempos.

Tanto Varcán como Abdiel se habían duchado, para quitarse la sangre de los Groms que salpicaba sus cuerpos. El guerrero de la cicatriz iba vestido con un tejano azul claro y una camiseta sin mangas negra, mientras que Abdiel llevaba puesto un pañalón negro estilo militar y una camiseta de manga corta ajustada blanca que le quedaba como un guante, haciendo que Roxie no pudiera evitar desearlo cada vez que lo miraba.

Roxie también se había cambiado el vestido por un pantalón tejano corto, una camiseta de tirantes roja y sus deportivas. Se recogió el pelo en dos trenzas tipo boxeadora, para combatir el calor que sabía que haría en Persia, ahora Irán. Llevaban una pequeña bolsa de viaje cada uno, con un par de mudas más, pues necesitaban viajar ligeros de equipaje.

—¿Estás lista? —preguntó Abdiel, cuando el jet aterrizó delante de ellos, en un aeropuerto privado que en ocasiones solían utilizar.

—Sí. —asintió, poniéndose en pie y tomando la bolsa de viaje, que él se apresuró a cogerle.

—De acuerdo. —con la mano libre la tomó de la mano y se adelantó hacia donde estaban los tres tripulantes del vuelo, que consistían en el piloto, el copiloto y una azafata.

—Me podrían dar sus pasaportes. —pidió la atractiva asistente de vuelo.

Varcán se acercó a ella, con la cabeza ladeada, pareciendo un asesino, gesto muy típico en él.

—Creo que no, guapa. —arrugó la nariz y sonrió con descaro.

—Disculpe, señor, pero sin pasaportes no podemos dejarles subir al jet. —se adelantó a decir el piloto, un hombre de mediana edad y espesa barba.

—Comandante. —Abdiel se puso delante del piloto, usando aquel tono de voz ronco—. No



creo que haga falta que vea de nuevo nuestros pasaportes pues ya los ha visto hace un momento.

El hombre parpadeó.

—Tiene razón, los vi cuando aterrizamos. —afirmó, coaccionado por los poderes del guardián.

—¿Está seguro, comandante? —le preguntó la azafata, con el ceño fruncido.

—Sí, Elsa, todo está en orden. —aseguró el piloto.

—También me gustaría que a partir de ahora, formaran parte de nuestro servicio privado. —continuó Abdiel, llamando la atención de los tres—. Que estuvieran a nuestra disposición por un tiempo indeterminado, para cuando les necesitemos.

Los tres tripulantes del jet asintieron como autómatas.

—Es impresionante. —murmuró Roxie, impactada por el poder que poseía aquel hombre.

—Si eso te parece impresionante, espérate a verme desnudo. —ironizó Varcán guiñándole un ojo y subiendo al jet.

Abdiel puso los ojos en blanco.

—No le hagas caso, está bromeando.

Roxie sonrió.

—Creo que ya voy reconociendo su peculiar sentido del humor.

Llevaban varias horas de vuelo cuando Varcán desapareció con la azafata.

—¿Está ocurriendo lo que creo que ocurre? —preguntó Roxie, alzando una ceja.

—Me temo que sí. —suspiró Abdiel.

—Increíble. —rió la joven—. La ha convencido...

—No, él no tiene ese poder.

Roxie asintió.

—Tiene que ser fascinante poder hacer que la gente haga lo que tú quieres.

—Preferiría poder llevar una vida normal y tranquila.

—¿Alguna vez has querido no ser uno de los guardianes del sello?

La miró con intensidad y le acarició con los nudillos la curva de la mandíbula.

—En estos momentos me gustaría no serlo. —se acercó lentamente a ella—. Desearía poder pasar tiempo contigo, sin preocuparme de nada más que hacerte disfrutar.

Entonces Abdiel la besó. Con aquella mujer se sentía diferente, como con ninguna otra que hubiera estado. Sus besos le parecían más placenteros, su mirada le llegaba a lo más profundo de su corazón. Sus caricias no solo le acariciaban la piel, también le acariciaban el alma, y su forma de hacer el amor... cuando hacia el amor con ella sentía que por fin estaba donde debía estar, había encontrado su lugar con ella.

—Pareja, ya tenéis el baño libre si queréis más intimidad.

La voz de Varcán los sobresaltó, haciéndoles separarse de golpe.

—Aunque por mí no os cortéis, ser voyeur también me pone.

Roxie lo miró entre avergonzada y malhumorada por su interrupción.

—¿Acaso hay algo que no te ponga? —le contestó, provocando en el guardián una carcajada.

—Pues nunca me ha llamado la atención relacionarme con hombres, a no ser que haya una mujer en medio de los dos, claro está. Por lo demás, estoy abierto a todo tipo de sugerencias. —le guiñó un ojo, haciendo reír a Roxie.

En ese momento pasó la azafata, con una deslumbrante sonrisa en el rostro. Al pasar junto a Varcán, le dedicó una coqueta caída de ojos, que el hombre respondió con un guiño.

—¿No podías mantener la bragueta cerrada por unas horas? —le recriminó Abdiel.

—Vamos, Bror, sabes que mis dotes como amantes están al servicio de las pobres féminas que

lo necesiten. —miró a Roxie—. Si no te crees con fuerzas para contentar a tú hembra, también puedo hacer un esfuerzo y compartirlas con ella.

—Que te den. —le dijo su hermano.

—No necesito que compartas conmigo nada. —soltó la chica.

—Morena, no sabes lo que te pierdes. —sonrió.

—Los que más habláis sois los que más carencias tenéis.

Varcán rió.

—Me gusta tu hembra, Abdiel.

—No soy su hembra. —protestó Roxie.

—Tiene razón, no lo es. —corroboró el guardián.

Varcán elevó las cejas, dándoles a entender que no se creía ni una sola palabra.

## Capítulo 16

Bastantes horas después y habiendo hecho escala, llegaron a Irán.

El vuelo había sido bastante animado.

Varcán era un compañero de viaje divertido, pese a su aspecto amenazador. Siempre parecía despreocupado, con aquel humor irónico y burlón, tan típico suyo.

Abdiel, por su parte, se había mostrado muy pendiente de ella y sus necesidades. Roxie notaba la tensión sexual que flotaba entre ellos.

No podían dejar de devorarse con la mirada. Cuando sus dedos se rozaban por casualidad, sentían como las mariposas de sus estómagos revoloteaban alocadas.

Llegaron al hotel, donde pidieron dos habitaciones contiguas, una para Roxie y otra para los guerreros.

—Estaremos al otro lado de la pared, por si nos necesitas. —le dijo Abdiel, cuando dejó la bolsa de ella sobre la cama.

—Lo sé.

Se quedaron mirándose, deseándose y anhelando poder tocarse.

—Dejaos de tantos formalismos y echad un buen polvo. —comentó Varcán, cuando pasaba por delante de la puerta del cuarto de Roxie, para entrar al suyo propio.

Abdiel puso los ojos en blanco, sonrió y la besó suavemente en los labios, obligándose a marcharse después de hacerlo.

Cuando entró apresuradamente en su habitación, Varcán le miraba con mofa.

—¿A qué estás jugando, Bror?

—No juego a nada. —comenzó a sacar una muda para pasar la noche.

—¿Y entonces porque no estás en la habitación de esa hembra, follando como llevas deseando todo el vuelo?

—No es buena idea que volvamos a acostarnos. —le dijo, sin mirarle—. Podría llevarnos a una situación complicada.

—No me jodas, Abdiel, no puedes sentir nada más allá de una atracción sexual por ella. —le dijo—. No podemos mantener relaciones duraderas, lo sabes.

—Lo sé. —se pasó las manos por el cabello, hecho un lio—. Por eso mismo necesito poner distancia entre los dos.

—Pues esfuérzate más, porque no la tocas con tus manos, pero sin duda la desnudas con la mirada. —movió sus cejas arriba y abajo—. Me has puesto cachondo hasta a mí.

Le tiró una camiseta a la cara, haciendo reír a su hermano.

—Cállate, capullo.

Varcán alzó las manos.

—Me voy a explorar un poco la zona, así te dejo solo para que puedas bajarte el calentón tú mismo.

Abdiel gruñó.

Hubiera deseado partirle la cara, por idiota, por muy hermano suyo que fuera.

Roxie se había acostado y pese a dar mil vueltas por la cama, al final había conseguido

conciliar el sueño.

*Un sueño que la llevó a la antigua Persia, donde estaba cepillándose su largo cabello negro. Vestía una túnica blanca semitransparente e iba descalza.*

*Roxie sabía que era apenas una niña, quizá tuviera alrededor de trece años, pero se sentía como si hubiera vivido demasiadas cosas para su corta edad.*

*Cuando la entrada de su tienda se abrió, Roxie sintió como la invadía un tremendo pánico.*

*Un hombre gigante cubierto de horribles cicatrices se acercó hacia ella, mirándola con lascivia.*

*—La siempre hermosa Roxana. —dijo, acercándose a ella y tomándola por la nuca, para darle un brutal beso en los labios—. Nunca me canso de yacer contigo.*

*Roxie sentía náuseas por el olor corporal de aquel hombre, mezclado con el modo en que la miraba.*

*—Estoy aquí para servirle, mi señor. —se oyó decir, aunque en el fondo, deseaba que se marchara y no volviera a tocarla.*

*El hombre metió sus dedos sucios dentro de la boca femenina, mientras pasaba su húmeda lengua por su fino cuello.*

*—Desnúdate, Roxana.*

*Ella dejó caer la túnica, quedando desnuda delante de él, que le apretó fuertemente sus incipientes pechos, lastimándolos.*

*—Tu belleza me deja cautivado cada vez que te miro. —se abalanzó sobre ella, apretándola fuertemente contra su erección—. Como te deseo.*

*La empujó sobre las mantas que había en la tienda y se tiró sobre ella.*

*La joven apenas podía respirar soportando su peso, menos aun cuando el hombre la cogió por el cuello, apretándolo fuertemente, mientras de una sola y dolorosa estocada la penetraba.*

*Roxie se vio forcejear con las enormes manazas, sabiendo que el verla ahogarse era lo que le excitaba.*

*—Siente como te poseo, mientras notas que tu vida se escapa de tu cuerpo.*

*Le empujó por los hombros pero era mucho más fuerte que ella.*

*Cuando Roxie se sintió al borde del desmayo, el hombre la soltó, viendo como respiraba entre resuellos y acelerando sus dolorosas embestidas.*

*El hombre la mordió en el hombro, clavándole sin piedad sus dientes y haciéndola gritar. Provocarle dolor le causaba placer y era lo que hacía cada vez que aparecía para disfrutar de ella.*

*Cuando el hombre llegó al clímax, se dejó caer sobre el pequeño cuerpo de la jovencita, que respiraba con dificultad.*

*Sin más se incorporó y se marchó, como solía hacer después de haberse desahogado con ella, dejando a una dolorida y angustiada Roxana.*

*Se tocó el hombro que sangraba allí donde le había clavado los dientes y con la otra mano, se apretó el plano vientre, donde sabía que estaba creciendo una nueva vida.*

*Roxie se despertó en aquel momento y comenzó a llorar, pues aún sentía como suyo el sufrimiento de la muchachita, que sabía que era ella misma, en su vida pasada.*

*Sus sollozos se hicieron más profundos y las lágrimas caían a borbotones por sus mejillas.*

*—Roxanne. —oyó la voz de Abdiel al otro lado de la puerta—. ¿Qué te ocurre? Noto tu congoja.*

*Roxie no era capaz de hablar, solo lloraba sin poder contenerse.*

*Entonces la puerta se abrió de golpe y el guerrero entró, moviendo una cómoda una vez estuvo*

dentro para poder atrancarla.

Solo iba vestido con un pantalón de chándal negro y llevaba el pelo un tanto alborotado.

La vio llorar y se acercó a ella, abrazándola.

—¿Cuéntame que ha pasado? —le acarició el cabello, tiernamente—. Otra visión.

La joven asintió.

—Pero esta vez no era sobre lo que ocurrirá en el futuro. —consiguió decir entre sollozos—. Era lo que me ocurrió en el pasado.

—¿Quieres contármelo?

Roxie negó con la cabeza.

—Solo quiero poder olvidarlo y borrar la angustia que siento. —le miró con ojos trémulos.

Sabía que debía alejarse de ella, que lo suyo no podía ser, pero haciendo a un lado lo que su cerebro racional le decía, tomó la camiseta que la joven se había puesto para dormir y se la sacó por la cabeza, dejándola solo vestida con unas braguitas blancas.

—Hazme olvidar. —le susurró.

Abdiel, apresurándose a hacer lo que ella deseaba, la besó, con toda la pasión que llevaba contenida desde la última vez que le hizo el amor. Aquel beso fue abrasador, totalmente entregado y volvía completamente loca a Roxie.

El guerrero se había sentido más hambriento que nunca en su vida, la necesitaba y eso era algo que le asustaba.

Con delicadeza le acarició los glúteos, su estrecha cintura y su espalda, sin dejar en ningún momento de besarla. Estaba completamente excitado, por lo que devoraba su boca saboreándola, como si de un manjar se tratara.

Cuando Roxie echó la cabeza hacia atrás, jadeando, Abdiel aprovechó para deslizar su lengua por su esbelto cuello.

La tumbó en la cama y se colocó encima de ella, con cuidado de no aplastarla. Se miraron a los ojos, devorándose también con la mirada.

Eran conscientes de que en aquellos momentos se pertenecían el uno al otro.

Sus besos se volvieron más calientes, más profundos, más apremiantes. Sus respiraciones eran aceleradas y entrecortadas.

Abdiel bajó la mano por la larga pierna femenina, quitándole las braguitas al hacerlo. Después la volvió a subir, hasta colarla entre sus muslos, acariciando con sus dedos los pliegues suaves y húmedos de la joven, que alzó sus caderas, deseosa de más.

—Te quiero dentro de mí. —rogó Roxie—. Ahora.

Aquella petición lo volvió aún más loco de deseo, cosa que parecía imposible. Y accediendo a su suplica, se quitó el pantalón y el bóxer y se colocó de nuevo sobre ella.

Tomando su miembro en la mano, recorrió con su glande el sexo femenino y se introdujo en ella, suave y pausadamente.

Aquella mujer apasionada y hermosa, que se había instalado en su cabeza las veinticuatro horas del día, jadeó, disfrutando de su posesión.

Cuando volvieron a besarse, aquellos besos eran puro fuego. Abdiel entraba y salía de ella una y otra vez, con movimientos rítmicos y apasionados.

Roxie le clavó las uñas en la espalda, deseosa de más. Parecían dos animales, teniendo un sexo primitivo, salvaje y exigente.

Se mordían y chupaban.

Como no le había ocurrido jamás durante el acto sexual, a Abdiel le crecieron los colmillos.

—Eres mía. —dijo, como había ocurrido en uno de los sueños de Roxie, y sin poder pensar en

lo que iba a hacer, los clavó en el cuello femenino, bebiendo su sangre con deleite.

Roxie gritó de placer, pues los movimientos de Abdiel, mezclados con aquel mordisco, era algo tan salvaje, excitante y placentero, que hizo que ambos tuvieran el mejor orgasmo de toda su vida.

## Capítulo 17

Hicieron el amor varias veces más aquella noche, hasta que quedaron completamente agotados y satisfechos.

Roxie le pidió que no se fuera. No quería estar sola.

Durmieron desnudos y abrazados, sin querer pensar en lo que sentían y las consecuencias que ello tendría.

Sobre las ocho de la mañana, unos ruidos alertaron a Abdiel de que no estaban solos y de un salto salió de la cama, alzando sus puños y sacando sus colmillos.

Roxie se incorporó en la cama, asustada por el revuelo y se subió las sabanas hasta la altura del mentón.

—No me jodas, Abdiel. —exclamó Varcán, mirando fijamente a Roxie—. ¿Qué cojones has hecho?

—Joder, Varcán, me has asustado. —gruñó Abdiel, apresurándose a ponerse los bóxer.

—¡Sal de aquí, estoy desnuda! —gritó Roxie, roja como un tomate.

—Tranquila, morena, que ya he visto todo lo que tenía que ver antes de que despertarais.

La chica bufó, mientras apretaba aún más las sabanas contra su cuerpo.

—Danos diez minutos, Varcán. —pidió Abdiel, pasándole a Roxie la camiseta.

—No te doy ni dos segundos si antes no me dices porqué la has marcado.

—Será mejor que hablemos de esto a solas...

—¿Qué quieres decir con eso de que estoy marcada? —inquirió Roxie, ya con la camiseta puesta.

—¿Quieres explicárselo tú, Bror? —el guerrero alzó su ceja marcada con la cicatriz.

—Te lo explicaré con calma, Roxie, lo prometo, pero ahora dame unos minutos para hablar con Varcán. —la miró con una sonrisa tensa, cosa que hizo que la joven frunciera aún más el ceño.

—Quiero que me lo expliques ahora.

Abdiel suspiró y se pasó las manos por el pelo, para recolocárselo y hacer tiempo.

—A ver, como te lo explico...

—No me está gustando como suena eso. —se puso en pie, con cuidado de que la camiseta se mantuviera en su lugar.

—Pues menos te gustará lo que sigue. —ironizó Varcán.

—Puedes darnos un poco de intimidad. —a Abdiel estaba empezando a molestarle la actitud de su hermano.

—No tengo nada mejor que hacer que presenciar el modo en que piensas explicarle lo que has hecho. —se sentó en el único sillón que había en la habitación y cruzó las piernas, mirándolos relajadamente.

Abdiel iba a echarlo él mismo, cuando Roxie se puso delante, con los brazos en jarras y cara de pocos amigos.

—A qué se refiere Varcán.

—Cuando anoche hicimos el amor, bebí de ti. —dijo, con cautela.

—No es la primera vez que lo haces.

—Pero la otra vez no fue mientras manteníamos relaciones sexuales.

Roxie entrecerró los ojos.

—¿Qué diferencia hay?

—La diferencia es que ahora estás marcada. —soltó Varcan.

—Puedes cerrar tu puta boca. —gritó Abdiel, a lo que su hermano respondió haciendo el gesto de cerrar una cremallera sobre sus labios.

—¿Qué quiere decir con eso de que estoy marcada?

—Pues... a ver, cuando uno de nosotros muerde a una hembra mientras practica sexo, si el sexo implica sentimientos por ambas partes, esa hembra queda marcada como su pareja de vida.

—Yo... no siento nada profundo por ti, así que no puedo estar marcada. —mintió.

No podía aceptar ella misma que aquello fuera posible. ¡Solo hacía unos días que lo conocía!

—No puedes negarlo, morena, puedo olerlo. —apuntó Varcan, hablando de nuevo y sacando de quicio a Abdiel.

—¿Puedes olerlo? —exclamó.

El guardián de la cicatriz asintió, sonriendo con sarcasmo.

—Sí, y resulta un gran problema, morena, porque esa marca significa que debéis estar juntos hasta que la muerte os separe. Estáis vinculados y si uno muere, el otro también lo hará. Y no podréis estar separados el uno del otro, porque ahora debéis alimentaros mutuamente. Abdiel solo podrá beber tu sangre y tú también necesitaras la suya para sobrevivir.

—¡Que! —gritó la mujer, con los ojos abiertos como platos.

—No podías dejar que yo se lo contara, ¿verdad? —bramó Abdiel, furioso.

Roxie le asestó una bofetada, totalmente fuera de sí.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le recriminó—. ¿Me has enlazado a ti sin mi consentimiento?

—Roxanne, trata de calmarte y déjame...

—¡No me da la gana de calmarme! Acabo de perder mi libertad y tengo derecho a pataleta.

—Yo no quería que esto ocurriera.

—¿Y qué pretendías entonces?

—Simplemente ocurrió. —dijo con sinceridad—. No fue algo planeado, no pude controlarme, eso es todo.

—¿Y porque tú no sepas controlarte ahora yo tengo que beber tu sangre mientras viva? —sintió arcadas solo de pensar que tenía que hacer eso.

—Para ser exactos, tú también has participado, morena, porque también estás enamorada de él, si no, la marca no se hubiera completado. —añadió Varcan, ganándose una mirada furiosa por parte de la pareja.

—¡Cállate! —le gritaron al unísono.

Varcan se puso en pie y metió las manos en los bolsillos de su tejanero.

—Veo que no soy bien recibido aquí, así que me marcharé antes de que os sintáis incómodos. —les guiñó un ojo—. Enhorabuena pareja.

Roxie tomó una de sus deportivas y se la lanzó a la cabeza, pero Varcan la esquivó, soltando una carcajada.

—No puedo creerlo. —se pasó las manos por el pelo.

—Yo tampoco quería que esto sucediera.

—¿Y qué es lo que querías? —se volvió hacia él, enfrentándolo.

Abdiel no sabía que decir, así que al final se decidió por ser sincero.

—Te quiero a ti. —Roxie lo miró con los ojos muy abiertos—. Sé que parece una locura, pero es verdad y no puedo arrepentirme de haberte marcado, porque pese a las complicaciones que



esto conlleva, deseo estar junto a ti para siempre.

—Pero yo no quiero. —se desesperó—. Y no tenías ningún derecho a decidir por mí.

—Tienes razón, yo...

—Vete, no quiero verte. —le cortó.

—Hablemos.

—No tengo nada que hablar contigo. —le lanzó un almohadón—. ¡Fuera!

—Roxanne... —trató de acercarse a ella, pero Roxie se apartó, como si quemara.

—Ni Roxanne, ni nada. ¡Márchate! —le miró fijamente—. Respétame por lo menos en esto.

Abdiel sintió como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Retrocedió, sin dejar de mirar sus preciosos ojos, que le miraban con la decepción reflejada en ellos.

—Está bien. Entonces en media hora nos vemos en la recepción del hotel, yo me encargaré de la puerta rota. —y abandonó la habitación, pues si se quedaba un segundo más con ella a solas, acabaría abalanzándose a besar aquellos carnosos labios que tan loco lo volvían.

Cuando entró en el cuarto que compartía con Varcas, este estaba tumbado sobre una de las camas, con su móvil en la mano.

—Estás recibiendo unos mensajes muy interesantes, Bror.

Abdiel se acercó a él y le quitó el teléfono de malas maneras.

—Deja de ser tan cotilla.

—No tengo nada que hacer, me aburro.

—Pues ve a machacártela. —gruñó.

—¿Por qué una mujer te llama fea y te explica que ha roto con un tal Grayson?

—¿Qué?

Abdiel abrió rápidamente su conversación de whatsApp.

**Maxine:** *Hola, fea.*

*¿Cómo te va con tu empotrador buenorro?*

*Espero que no puedas cerrar las piernas en un mes, cuando acabes con él.*

*Yo he roto con Grayson.*

*El muy capullo quería que nos fuéramos a vivir juntos.*

*¡Yó! ¿Viviendo con un hombre que me controle?*

*Antes me tiro por el balcón.*

*Si tampoco era tan bueno en la cama.*

*Más bien diría que era un seis y medio.*

*¿Y tú Griego buenorro, que tal?*

*No te conformes con menos de un notable y si no te da lo que necesitas, a otra cosa mariposa.*

**Varcas:** *Hola, yo no soy la fea que buscas, pero soy de un excelente para arriba en la cama.*

*¿Te sirvo?*

**Maxine:** *No serás su griego, ¿no?*

*Porque si lo eres ya puedes estar pasándole el móvil para que le diga que te de una patada en los huevos por mí.*

**Varcán:** *No soy Abdiel, tranquila, soy su hermano, pero he cogido su móvil al oír que sonaba.  
Estoy aburrido y me acabas de alegrar la mañana.*

**Maxine:** *¿Así que su hermano?*

**Varcán:** *Su hermano.*

**Maxine:** *¿Igual de buenorro que él?*

**Varcán:** *Abdiel a mi lado es un adefesio, además de muy soso en la cama.*

**Maxine:** *Jajajaja.  
No sabes a cuantos fanfarrones he oído decir eso.*

**Varcán:** *Ninguno que sea tan fiel a sus palabras como yo, te lo aseguro.*

**Maxine:** *Eso solo hay una forma de comprobarlo.*

**Varcán:** *Dime donde y cuando...*

**Maxine:** *Pues déjame pensarlo...*

**Varcán:** *Claro, pelirroja, piensa lo que quieras.*

**Maxine:** *¿Cómo sabes que soy pelirroja?*

**Varcán:** *Porque en estos momentos estoy viendo tu foto de whatsApp,*

*con ese vestidito plateado y me estas poniendo cardiaco.*

**Maxine:** *Pues ya sabes más de mí que yo de ti.*

Lo siguiente que Abdiel vio fue una foto del torso musculoso y tatuado de su hermano, con el pantalón caído, mostrando sus marcados oblicuos.

**Varcan:** *Ahí tienes una muestra, si quieres ver más, solo tienes que pedírmelo.*

**Maxine:** *Madre mía*

*¿Qué coméis en friolandia?*

*Claro que quiero ver más, de hecho, quiero verlo todo.*

*¿Te has arrepentido?*

*Eeeeeooooo!*

—Joder, Varcan ¿Qué coño has hecho? —le recriminó Abdiel—. ¿Pretendías tener sexo telefónico con la amiga de Roxanne desde mi teléfono?

El guerrero se encogió de hombros.

—No tenía nada mejor que hacer y parece una chica abierta de mente. ¿Qué hay de malo?

—¡No me jodas!

Abdiel se apresuró a contestar a la amiga de Roxie, no queriendo meterse en más líos aún.

**Abdiel:** *Perdona Max, soy Abdiel.*

*Mi hermano estaba bromeando.*

*Roxie no está en este momento conmigo, pero en cuanto la vea, le diré que quieres hablar con ella.*

**Maxine:** *De acuerdo.*

*Y dile a tu hermano que tenía razón, es de excelente para arriba, pero como fantasma.*

*Dale un besito a mi fea y cuídamela si no quieres que tenga que darte una paliza.*

*; p*

—¿Cómo ha ido con la morena?

Abdiel lo miró furioso.

—¿Tu qué crees? No me has dado la opción de poder explicarle lo que había ocurrido.

—No es por ser un sabelotodo, pero creo que eso suele hacerse antes de tomar la decisión unilateralmente. —gesticuló con las manos—. Llámame loco.

—Te llamo toca pelotas.

Varcan rió.

Después se puso serio y tocando el hombro a su hermano, le dijo con una sensatez poco usual

en él:

—Sabes que todo esto es una locura, ¿verdad?

Abdiel suspiró.

—Lo sé y no era mi intención marcarla, créeme. Todo se me ha ido de las manos, pero en el fondo siento que es lo correcto. —se encogió de hombros—. Talisa dijo que éramos almas gemelas, destinados a estar juntos y no puedo más que darle la razón.

—¿Y ella está dispuesta a renunciar a su vida por ti?

—No lo sé.

—Pues ahora ya es tarde para preguntárselo.

Abdiel se sentó en la cama y se cubrió la cara con las manos.

—Como si ya no tuviéramos bastantes problemas... —murmuró.

—Bueno, lo hecho, hecho está, ya no hay vuelta atrás, Bror. —le palmeó el hombro—. Ahora lo que tenemos que hacer es descubrir que quieren de tu hembra y después ya tendréis tiempo de discutir sobre vuestro inevitable futuro juntos.

Abdiel se puso en pie y asintió.

—Tienes razón. —suspiró—. No sé qué me pasa, últimamente no pienso con claridad.

—Estás enamorado y es por eso que estás bien jodido.

Cuando Roxie bajó a la recepción, Abdiel y Varcan ya estaban allí esperándola.

Este último ligaba con la recepcionista, que parecía sentirse atraída por el halo de peligro que el guerrero desprendía.

Mientras que el líder de los guardianes solo tenía ojos para ella, pues había notado que estaba cerca desde que salió del ascensor. Podía olerla.

Sus sentidos parecían estar conectados, como le ocurrió cuando bebió su sangre por primer vez, solo que ahora con la marca, aquella conexión estaba multiplicada por mil.

Como siempre, estaba bellísima, con el pelo recogido en una coleta alta, un short negro y una camiseta de tirantes gris claro. No llevaba nada de maquillaje, pero no le hacía falta porque su belleza natural era más que suficiente.

La joven se puso ante Varcan, sin mirar ni siquiera a Abdiel.

—¿Nos vamos?

El guerrero de la cicatriz la miró alzando una ceja.

—¿Es una proposición indecente, morena?

Roxie puso los ojos en blanco y se encaminó a la salida, sin esperarlos.

Abdiel la siguió.

—Espera, no te vayas sola, podría haber alguien esperándonos. —la tomó del brazo—. Como bien sabes se han adelantado a todos nuestros movimientos hasta ahora.

Roxie se soltó de un tirón.

—Sé defenderme, si eso es lo que te preocupa.

Abdiel prefirió guardar silencio.

Cuando Varcan se unió a ellos tenía una sonrisa de oreja a oreja y guardaba en su bolsillo el teléfono que la recepcionista le había dado apuntado en un papel.

—Está bien, ¿hacia dónde nos dirigimos?

—Al primer lugar que iremos será al templo donde dejamos a Sherezade. —indicó Abdiel.

—Pues a que esperamos. —dijo Roxie, acercándose al coche que habían alquilado la noche anterior.

—Eh, morena. ¿A dónde te crees que vas? —Varcan corrió a sujetar la puerta del conductor,

para impedir que se montara.

—Voy a conducir, creo que queda bien claro. —le miró de forma retadora.

—Ah, no, de eso nada.

—¿Por qué no?

Varcán sonrió con ironía.

—No me fio de una mujer al volante.

—Pues yo no me fio de un hombre en ningún sentido y a las pruebas me remito. —miró malhumorada a Abdiel.

—Deja que conduzca, Bror. —repuso Abdiel, montando en el asiento del copiloto.

—¿Qué? —soltó la puerta y Roxie se acomodó frente al volante—. Encima me relegáis al asiento de atrás. —se sentó de mala gana—. Soy demasiado grande para entrar aquí.

—En peores sitios habrás entrado. —le soltó Roxie, antes de pisar el acelerador a fondo.

## Capítulo 18

Llegaron al templo una hora después.

Roxie se lo quedó mirando para ver si le evocaba alguno de sus recuerdos, pero no estaba segura al cien por cien.

—¿Es aquí?

—Aquí la dejamos, sí. —contestó Abdiel, adelantándose y abriendo la pesada puerta de madera, que chirrió al hacerlo.

Roxie le siguió, con Varcán pisándole los talones.

Cuando los tres entraron al templo, todo se veía limpio y algunas velas encendidas adornaban el ambiente.

—No es el templo que vi en mi sueño. —aseguró.

—¿Qué dices, morena? Es aquí donde dejamos a esa bruja.

El guerrero se acercó a una losa grande del suelo y comenzó a moverla.

—Agradecería algo de ayuda.

Abdiel se apresuró a coger la losa por el otro lado y entre los dos la movieron. En cuanto miraron al hueco donde se suponía que debía estar el sepulcro de Sherezade, estaba vacío.

—No me jodas. —soltó Varcán.

—Alguien se la ha llevado. —comentó Abdiel, maldiciendo por dentro.

—La han despertado. —aseguró Roxie.

—¿Cómo puede ser? —preguntó el guardián de la cicatriz—. Nos aseguramos que solo pudieran despertarla con alguien de su propia sangre.

—¿Quién dice que del mismo modo que han conseguido que el alma de Roxanne volviera a la vida, no haya ocurrido igual con la de alguien cercano a Sherezade? —apuntó el líder.

Roxie trató de hacer memoria sobre todo lo que había visto en aquel sueño en el que aparecía Sherezade. Pero sabía de otra mujer, que también había visto en sus visiones, que podría decirse que era igual a ella.

—Es Yasmina Adams.

—¿La zorra torturadora? —inquirió Varcán.

—Cuando en mis visiones vi a Sherezade y a Yasmina, ambas eran muy parecidas, se podría decir que idénticas, si no tenemos en cuenta que cada una estaba ataviada de su propia época.

—Yasmina es un nombre Persa, quizá hayan traído el alma de algún familiar también. —Abdiel estuvo de acuerdo con ella.

Varcán gruñó, caminando de un lado a otro.

—¿Y qué coño hacemos ahora?

Abdiel se frotó la frente.

—Parece que hemos llegado a un callejón sin salida.

De repente la puerta del templo se abrió y una decena de brujos entraron a él, armados con espadas y liderados por una mujer con el pelo blanco, que los miró y ordenó:

—¡Cogedlos!

Todos se abalanzaron sobre los tres.

Abdiel se apresuró a colocar a Roxie tras él, para protegerla con su propio cuerpo.

Al primer brujo que se acercó a él, espada en mano, le rompió el cuello. Otro más se abalanzó a su espalda, pero al momento se giró con la agilidad de un felino, rompiéndole el brazo derecho y dejándolo en el suelo, dando horribles alaridos de dolor.

Varcan también se deshizo de otro, dándole un fuerte golpe directo en el estómago. Lo dejó tirado en el suelo, apenas sin respiración.

Uno de los brujos llegó por detrás de Roxie y se la llevó a rastras, cogiéndola por la cintura y aguantándola contra la dura pared de piedra del templo.

Cuando Abdiel trató de acercarse a ella, dos brujos más le cortaron el paso, atacándole a la vez con sus pesadas espadas. A ellos la magia convencional de los brujos no les afectaba, pero sus armas, protegidas con conjuros, si eran más poderosas contra ellos.

Como Abdiel solo podía prestar atención a su mujer que forcejeaba con aquel brujo, uno de los que le estaban atacando a él le hizo un profundo corte en su brazo, entonces oyó gritar a Roxie, que sangraba en el mismo lugar donde le habían herido a él.

—Céntrate, Bror. —gruñó Varcan, mientras le daba una patada en la columna de otro de los brujos—. Estáis unidos, cualquier cosa que te hiera, la herirá a ella también.

Abdiel era consciente de ello y rugió de rabia al pensar que pudieran hacerle daño a su hembra. Se desembarazó de aquellos dos brujos pero tras ellos llegaron otros más, que le impedían acercarse a Roxie.

—¿Eres el oráculo? —le decía a su vez el brujo que la tenía retenida.

—¿Qué quieres de mí? —forcejeó, dándole una patada en la rodilla, que le hizo tambalearse y gruñir de dolor.

—Lo siento. —dijo el hombre, alzando la espada hacia ella—. No es nada personal, pero es necesario si queremos que Sherezade no cumpla su objetivo.

Roxie se quedó mirando con horror la hoja de la espada que bajaba hacia ella.

—¡No!

Oyó el grito desgarrador de Abdiel.

Cerró los ojos, esperando su final y rezando por que fuera rápido. No quería sufrir.

Pero sin esperararlo, Varcan estuvo delante de ella, rompiendo el cuello del hombre que pretendía asesinarla.

—¿Estás bien? —el guerrero la ayudó a apoyarse en el suelo.

—¿Pero, como...? —parpadeó varias veces, para ver si era real—. Si tú estabas allí. —señaló al otro lado del templo y Varcan seguía peleando en el mismo lugar.

—Es mi poder. —le explicó el guardián—. Puedo desdoblarme cuando lo preciso, por un periodo de treinta minutos más o menos.

Roxie asintió.

—Gracias. —susurró, acongojada.

El guardián le guiñó un ojo.

—Ya me lo devolverás de alguna manera. —bromeó, haciendo que la tensión que paralizaba a Roxie se esfumara un poco.

Cuando los guardianes consiguieron acabar con todos los brujos que los atacaban, el doble de Varcan volvió a él y Abdiel se apresuró a acercarse a Roxie.

Cuando llegó hasta ella, estaba arrodillada en el suelo. La herida de su brazo sangraba copiosamente y su tez se veía muy pálida. Abdiel rasgó su camiseta para poder hacerle un torniquete.

—¿Están todos muertos? —preguntó.

—Todos menos ella. —contestó Varcan, mirando a la anciana, que aún estaba en la entrada del

templo.

—No podéis salvarla. —dijo la anciana—. Su destino es morir.

—¡A la mierda el destino! —Varcan iba a abalanzarse contra ella, pero Abdiel lo tomó del brazo y le detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—Es la profecía. Cuando el oráculo haga acto de presencia, Sherezade se alzaré, haciendo que el mundo que conocemos hasta ahora, desaparezca. —miró fijamente a la joven—. Por eso debemos acabar con el oráculo antes de que Sherezade la encuentre.

—No permitiré que nadie le haga daño. —aseguró Abdiel con total seguridad.

—Entonces, estamos todos perdidos. —y diciendo esto, se clavó una daga en el corazón, quitándose ella misma la vida.

—Bruja loca. —bufó Varcan.

Abdiel se agachó a tomar en brazos a Roxie, pero ella le apartó y se puso en pie por sus propios medios.

—Deja que te lleve, has perdido mucha sangre.

—Puedo andar por mi propio pie.

—No seas tozuda.

—¡Y tú deja de controlarme! —gritó, sobrepasada por todos los acontecimientos.

—Solo intento protegerte.

—Pues deja de hacerlo.

—No puedo.

—Es cierto. —ironizó—. Que estamos ligados, si yo muero, tu morirás conmigo.

—Eso es lo que menos me preocupa. —dijo con sinceridad—. Porque si a ti te pasara algo yo no querría seguir viviendo.

Lo miró airada.

—¿No te das cuenta que esto es una locura? Apenas te conozco.

—Tendremos tiempo para conocernos. —se acercó a ella, mirándola con intensidad.

—Ah, no, amigo. —puso una mano en alto, entre ellos dos, para que no se acercara más—. Ni se te ocurra besarme para que no pueda pensar con claridad. Lo único que tengo seguro es que ahora mi destino está unido al tuyo, sin haberlo decidido.

—¿Mis besos no te dejan pensar? —sonrió de medio lado.

—Increíble. —puso los ojos es blanco—. ¿Eso es con lo único que te quedas de todo lo que he dicho?

—Pues yo me quedo con que desde esta perspectiva, tienes un culo increíble. —soltó Varcan, que estaba sentado en el suelo, con la mirada fija en el trasero de Roxie.

—¡Déjate de polladas! —gruñó Abdiel, moviéndose para obstaculizarle la visión.

—Ya estoy cansada de vosotros dos. —salió del templo—. Si hay una profecía en la que se habla de mí, quiero saber de qué trata. Vosotros, vejestorios. ¿Dónde creéis que podemos hallar respuestas?

—¿Vejestorio? —rió Varcan.

—Donde están los escritos de los brujos. —caviló Abdiel.

—¿Está lejos de aquí?

—En Londres.

—Pues que esperamos para ir allí.

Una vez en el jet, Roxie decidió estar sola, apartada de los dos guardianes.



Estaba tremendamente enfadada con Abdiel por el modo en que había actuado con ella y la había marcado, sin tener en cuenta su opinión.

Por otro lado también creía que no había podido controlarse, pues en el momento en que hacían el amor, ella tampoco era capaz de pensar con claridad. Simplemente eran dos personas, disfrutando el uno del otro y el mundo a su alrededor desaparecía. Pero pese a todo eso, su enfado no remitía, pues ahora sabía que sus vidas estaban ligadas para siempre. Debería beber sangre de él y olvidarse de su vida pasada, y eso era algo para lo que no creía estar preparada.

Abdiel le había dicho que la quería. ¡La quería!

No podía creerse que ese amor fuera real, quizá simplemente se tratase, como diría vulgarmente Max, de un “encoñamiento”. Aquello era lo más probable y sin duda a ella también le había ocurrido, pues no podía negar que no podía dejar de pensar en él, por mucho que le fastidiara.

El teléfono de Varcán sonó y este lo descolgó, poniendo el manos libres.

—Ei, capullos, ¿cómo os va sin mí? —bromeó el guerrero.

—Mejor que nunca, sopla pollas. —bramó Thorne, con aquel vozarrón que le caracterizaba.

Varcán soltó una carcajada, al oírlo.

—¿Cómo vais? —preguntó Elion—. ¿Habéis descubierto algo?

—Bueno, podríamos ir mejor. —explicó Abdiel—. Para resumir, hemos ido al templo donde habíamos dejado a Sherezade y no estaba, alguien se la ha llevado. Y una vez en el templo, un grupo de brujos nos atacó. Dicen que tienen que matar a Roxanne, para que no se cumpla una profecía. Ahora volamos hacia Londres para ver si entre los escritos de los brujos encontramos algo de dicha profecía.

—Y Abdiel ha marcado a la morena del culo sexy, eso también ha pasado. —soltó Varcán, que recibió una mirada asesina de parte de los mencionados—. Aunque con ese pedazo de culo, puedo entenderlo.

El líder de los guardianes le dio un puñetazo en el hombro por ese último comentario y le sacó los colmillos, de modo amenazador.

—¿Bror, eso es verdad? —preguntó Draven.

Abdiel miró a Roxie, que a su vez le lanzaba una mirada enfurruñada.

—Sí, es cierto.

—¡No me jodas! —blasfemó el vikingo.

Nikolai simplemente gruñó como un animal que viera un peligro cerca.

—Pero de todas formas no es algo de lo que quiera hablar en estos momentos y menos con todos vosotros. —refunfuñó Abdiel—. Es algo entre Roxanne y yo.

—¿Ahora tengo voz y voto en esto? —soltó Roxie, enfadada.

—¿Eso significa lo que creo? —preguntó Elion, con tono serio.

—Oh, sí. —afirmó Varcán.

—¿La has marcado sin hablarlo con ella? —se sorprendió Draven.

—Ni una palabra. —volvió a intervenir el guerrero de la cicatriz.

—Menuda cagada. —murmuró Nikolai.

—¿Cómo has podido hacer eso, Bror? —le dijo Elion.

—No puedo creerlo. —se oyó decir a Draven.

—Vaya putada. —soltó Thorne.

—¡Basta ya! —gritó Abdiel—. No me importa vuestra opinión al respecto.

—Vaya novedad. —bufó Roxie y Abdiel le dirigió una mirada sombría.

En ese momento comenzó a sonar su móvil y al mirarlo y reconocer el teléfono, se puso en pie

y se lo entregó a Roxie.

—Creo que es tu amiga.

La joven se incorporó en su asiento y contestó a la llamada, alegre.

—¡Loca! —gritó.

—¡Fea! —contestó su amiga.

El resto de guerreros podían oírlas a ambas, gracias a sus desarrollados oídos.

—¿Cómo te va con el follador griego?

Roxie se puso roja, sobre todo al ver la cara de satisfacción de Abdiel y la de mofa de Varcán.

—No puedo hablar en este momento de eso.

—¿No me digas que el buenorro de su hermano sigue ahí con vosotros?

—¿Qué? —se extrañó—. ¿Pero cómo...?

—Tuvimos una entretenida conversación por whatsApp esta mañana. —explicó el aludido.

—¿Has hablado con él?

—Y estaba dispuesta a haber tenido sexo telefónico si no hubiera salido corriendo.

—¡Max!

—No salí corriendo. —alzó las manos, indignado—. Abdiel me quitó el teléfono.

—En fin, dejémoslo. —cortó Roxie. No quería saber más del tema—. ¿Me llamabas para algo en especial?

—Porque tenía ganas de hablar contigo, ¿no es suficiente, fea?

Roxie sonrió, Max siempre la hacía sonreír.

—Es más que suficiente. —suspiró—. Ojalá estuvieras aquí.

—¿No será una proposición para hacer una orgia? —bromeó—. Porque sabes que me apunto. —rió.

—Yo también. —soltó Draven, al otro lado del teléfono.

—Y quién no. —rió Elion.

—Os acordáis de las que hicimos en Grecia. —repuso Thorne.

—Como para olvidarlo. —apuntó Nikolai.

—¿Pero con cuantos tíos estás? —se sorprendió Max.

—Yo... son los hermanos de Abdiel.

—¿Cuántos hermanos tiene?

—Cinco.

—¡Serás zorra! —exclamó—. ¿Te los estás tirando a todos?

—¡No! —gritaron Roxie y Abdiel al unísono.

—Qué pena, hubieras sido mi ídolo.

—Ya tengo suficiente con un solo hombre que me vuelva loca y trate de controlarme. —miró a Abdiel de reojo.

—¿Están todos buenorros?

—No me he fijado.

—O sea que sí. Humm, interesante.

—¿Y a ti como te va? —cambió de tema deliberadamente.

—Estupendamente, hoy tengo dos actuaciones y una cita con Randy.

—¿Randy? ¿Quién es ese?

—Un tío que conocí la otra noche mientras actuaba en el Bistros.

—¿Qué pasa con Grayson?

—Lo hemos dejado, quería que nos fuéramos a vivir juntos. —le dio un escalofrío solo de pensarlo.

—Algún día tendrás que superar tu miedo al compromiso. —le dijo Roxie, que la conocía muy bien.

—Pero mientras tanto disfruto de lo que voy encontrando por el camino.

—Me encanta esa mentalidad. —comentó Varcán, asintiendo, totalmente de acuerdo con ella.

—No sé porque, no me sorprende. —murmuró Roxie sin poder evitar sonreír, pues empezaba a tomar cariño a aquel guardián descarado, irónico y que le había salvado la vida.

## Capítulo 19

Cuando por fin llegaron a Londres, después de muchas horas de viaje, Abdiel la tomó del brazo, dispuesto a hablar con ella.

—Tenemos que hablar.

—No tengo nada que hablar contigo. —trató de liberarse, pero él no la soltó.

—Ya estoy harto.

Se alejó con ella, dejando a Varcán allí plantado, mirándolos con ironía.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos para que pudiera oírlos, se detuvo.

—Vamos, dime lo que tengas que decirme.

Roxie volvió a tratar de soltarse y esta vez él se lo permitió.

—Lo que tengo que decirte es que eres un capullo egoísta.

—Está bien y lo acepto.

—¿Lo aceptas? —gritó.

—Sí, lo acepto.

Roxie le golpeó el pecho.

—No quiero que lo aceptes, quiero que lo soluciones.

—No hay solución para la marca, Roxanne.

Ella pateó el suelo.

—Ese es el problema.

—No es ningún problema, cielo, porque si la marca se ha completado quiere decir que tu sientes por mí lo mismo que yo por ti. —cogió la cara femenina entre sus manos—. ¿Es que no lo ves?

—No, no lo veo. —se apartó de él—. Porque nada de esto es lógico.

—El amor no tiene lógica.

—No quiero saber nada más de esto. —se negó a escuchar más.

—Pues no puedes obviarlo.

—Oh, sí, lo obviaré. —aseguró.

—No podrás cuando necesites beber mi sangre.

Roxie apretó los labios, decidida.

—No pienso beber tu sangre.

—No seas tozuda.

—No soy tozuda.

Abdiel gruñó, harto de aquella discusión absurda y la besó.

En un principio Roxie forcejeó para soltarse, pero cuando la lengua del hombre penetró en su boca, como solía ocurrirle, se olvidó de todo y solo se concentró en disfrutar del beso.

De nuevo no había nada más en el mundo que ellos dos. Aquella energía que los atraía y hacía que se complementaran y encajaran como un puzle.

Ambos tenían la respiración acelerada. La mano de Abdiel subió hasta su pecho y con las puntas de sus dedos, le rozó el pezón, haciendo que un torrente de fuego líquido recorriera sus venas.

Roxie había rodeado los hombros del hombre con sus brazos, manteniendo su cuerpo pegado a

él y haciendo que la oleada de deseo que sentía, se hiciera aún mayor. Sentía el calor que emanaba del cuerpo masculino y su aroma invadía sus sentidos, incluso hubiera podido decir que notaba los latidos de su corazón.

Dios, como deseaba a ese hombre. Estaba loca, lo sabía, sobre todo después de lo que le había hecho.

A Abdiel le costaba respirar teniendo a Roxie tan cerca. Todos sus desarrollados sentidos percibían cada uno de los movimientos de la mujer. Escuchaba el acelerado latir de su corazón y sobre todo, podía oler su excitación.

Aquello lo hacía desearla aún más y solo podía pensar en poseerla. Solo de pensarlo, su miembro se tensó de tal forma que era casi doloroso. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no volver a clavar sus dientes en aquella garganta, por la que recordaba que corría la sangre más dulce que hubiera probado nunca.

—Me estáis poniendo cachondo.

Al escuchar la voz de Varcan, que se había acercado hasta ellos, separaron sus labios y se quedaron mirándose.

Roxie se sentía muy acalorada y más cuando Abdiel le pasó las manos por el rostro. Acariciándole y retirándole el cabello oscuro de la cara.

—Será mejor que dejemos esto para otro momento.

Roxie volvió en sí y se separó de él.

—Esto no debería haber pasado, así que no hay que dejarlo para ningún otro momento. —se encaminó a la entrada donde estaban los escritos de los brujos, ignorando la mirada burlona de Varcan.

Una vez entró a aquel edificio que parecía una biblioteca normal y corriente, se detuvo frente a la mujer que estaba en la recepción.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarla en algo? —le dijo la señora, quitándose las gafas para mirarla.

—Estaba buscando los escritos de los brujos.

La mujer se la quedó mirando con cara de póker.

—Emm... un momento. —cogió el teléfono y cuchicheó algo a la persona que se encontraba al otro lado de la línea.

Abdiel y Varcan llegaron junto a ella y observaron a su alrededor. Ambos alerta.

—Tranquila, Ruth, yo me ocupo.

Todos miraron hacia la joven rubia y atractiva que acababa de hablar. Era alta y con un cuerpo curvilíneo. Sus ojos verdes recorrieron a los dos guerreros de forma admirativa, y contoneándose con coquetería, se acercó a ellos.

—¿Sois los guardianes del sello? —su voz era cautivadora y sensual.

—¿Quién eres tú? —preguntó Abdiel, desconfiado, sin contestar a su pregunta.

—Por desgracia, soy una de los pocos brujos de los fiordos que quedan desde hace unos días. —explicó, tendiendo una mano a Abdiel, haciéndole una caída de ojos seductora—. Mi nombre es Erika Andersen.

—Soy Abdiel. —se presentó a su vez, tomado la mano femenina—. Él es Varcan. Y sí, somos dos de los guardianes del sello.

—Os esperábamos desde que ocurrió la terrible masacre de mi clan.

—En la que, dicho sea de paso, estabais en cierto modo implicados. —soltó Varcan, ganándose una mirada furibunda de aquellos ojos verdes.

—Nosotros no estábamos implicados, fuimos víctimas de una extorsión. —le recordó—. Perdí a toda mi familia allí y no voy a consentir que se ponga en duda nuestra lealtad hacia la ley de la sangre.

—Perdona a mi hermano, Erika, no suele caracterizarse por su tacto. —se apresuró a decir Abdiel, al notar la tensión de la joven.

Ella se volvió hacia él con una sonrisa radiante y se cogió de su brazo.

—No te preocupes, imagino al estrés al que estáis sometidos.

Abdiel le devolvió la sonrisa, haciendo que Roxie sintiera unos tremendos celos.

—Acompañadme. —dijo de nuevo Erika, conduciendo a Abdiel a unas escaleras ocultas tras una estantería, que conducían a un sótano clandestino.

—Al parecer me he hecho invisible nada más aparecer Erika. —comentó Roxie, de mal humor—. No me gusta nada esa mujer.

—No te preocupes, morena. —Varcan pasó un brazo por sus hombros, haciéndola bajar hacia el sótano tras los otros dos—. Sigues teniendo mejor culo que ella.

Aquel sótano era una biblioteca secreta, con muchos tomos sobre magia, conjuros y la historia de los brujos de todos los tiempos.

También había ciertos objetos místicos, que a Roxie le parecían fascinantes.

Llevaban un par de horas leyendo diferentes tomos sobre profecías, en las cuales, Erika se había esforzado a fondo para estar pegada a Abdiel, rozándose contra él de manera que pareciera involuntaria, mientras le dirigía sonrisas y caídas de ojos coquetas.

Roxie tenía que controlarse con todas sus fuerzas para no abalanzarse sobre ella y arrastrarla del pelo.

¿Qué le estaba pasando? Ella nunca había sido celosa.

—Es por la marca. —comentó Varcan, que estaba tumbado en un sillón, mientras repasaba uno de los enormes libros.

—¿Cómo sabes lo que estaba pensando? —susurró, para que Abdiel no pudiera oírla.

—Vamos. —la miró con las cejas alzadas—. ¿Lo dices en serio? Eres un libro abierto, todos tus pensamientos se reflejan en tu rostro.

La joven maldijo para sus adentros.

—¿Es que esta marca no tiene nada de bueno?

—Bueno, ahora eres inmortal. —se encogió de hombros.

—¿Qué? —gritó, haciendo que Abdiel y Erika se volvieran a mirarla—. Lo siento, creí haber encontrado algo.

Ambos volvieron a centrarse en sus cosas y Roxie se acercó aún más a Varcan.

—¿Cómo que ahora soy inmortal?

—Vuestras vidas están unidas. Como bien has podido comprobar por tu herida del brazo, tienes la misma cualidad para curarte que nosotros. Claro que eres inmortal, a no ser que por algún motivo maten a Abdiel o te maten a ti. De modo sobrenatural, por supuesto, que en ese caso, moriríais los dos.

—Y teniendo en cuenta que estáis en continua guerra, no sería nada descabellado. —ironizó.

—Llevamos más de dos mil años huyendo de la muerte, así que no seas gafe, morena.

Ambos sonrieron.

—Lo hemos encontrado. —oyeron exclamar a Erika.

Los cuatro se pusieron en torno al libro que sostenía la bruja, que comenzó a leer.

—Dice la profecía que habrá una bruja, renacida de un tiempo lejano, que podrá reinar sobre

todos los reinos, humanos o sobrenaturales. Cuando el oráculo haga acto de presencia, la bruja renacida se alzaré, haciendo que el mundo que conocemos hasta ahora, desaparezca. El oráculo maligno será el conductor para conseguir este objetivo, quedando destruido sin remedio y enviado a los infiernos, donde arderá por toda la eternidad.

Roxie se puso en pie y salió apresuradamente de la sala, sin poder escuchar una palabra más.

¿Ardería sin remedio para toda la eternidad? Aquello era demasiado para ella.

—Roxanne. —oyó la voz de Abdiel a sus espaldas.

—Déjame sola. —le pidió.

—No puedo. —se acercó más a ella—. Noto su angustia.

—¿Qué te importa a ti mi angustia? —le miró airada—. Vuelve con Erika, ella apreciará más tu compañía que yo.

Abdiel sonrió al notarla celosa, cosa que aún la enfadó más.

Estaba tan hermosa, sin maquillar, con su ceño fruncido, con aquella belleza natural tan suya.

—No tienes por qué estar celosa.

—No lo estoy. —se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Lo estás desde que Erika ha aparecido, puedo percibirlo en ti, nuestra marca así nos lo permite y si tú dejas fluir tus sentidos, también podrás saber cómo me siento yo en cada momento.

—Lo de esta marca es una mierda, no me da nada de intimidad.

Abdiel rió.

—Ahora que ya ves que no voy a derrumbarme, que solo necesitaba un poco de espacio para digerir que me voy a quemar en el infierno, puedes largarte por dónde has venido.

Él no se movió de donde estaba.

Estaba claro que se merecía que ella estuviera resentida con él, aunque sabía que bajo aquella apariencia de frialdad, había una mujer que era puro fuego y se tornaba en llamas cada vez que se tocaban.

Abdiel se movió con rapidez y agarró su mano, acercándola a él. En silencio se miraban, se sentían poseídos el uno por el magnetismo del otro, como ocurría siempre que estaban juntos.

Entonces el guerrero agachó la cabeza y poso sus labios sobre los de la joven y Roxie, sin más ganas de resistirse a su deseo, de un salto, se encaramó sobre él, enroscando sus piernas alrededor de su cintura.

A Abdiel se le escapó un gemido al notar su entrega.

—Sigo queriendo odiarte. —le soltó Roxie, cuando dejó de besarle por un momento.

El líder de los guardianes rió.

—Yo jamás podría odiarte a ti. —volvió a besarla—. Y no te tienes que preocupar por ninguna mujer, porque para mí, ninguna me importa excepto tú.

Sintiéndose más emocionada por sus palabras de lo que le hubiera gustado, volvió a besarlo para no pensar más sobre ello. Solo quería sentir aquella pasión que los desbordaba.

Un carraspeo les hizo dejar de besarse.

Erika los miraba con el ceño fruncido y el libro de la profecía en la mano.

—Vine a ver si estabas bien, pero ya veo que sí.

Roxie bajó de un salto de encima de Abdiel y se recolocó la ropa.

—Sí, sí, estoy perfectamente. —miró a Abdiel de reojo, que sonreía satisfecho—. Terminemos de oír la profecía.

Todos volvieron a la biblioteca, donde Varcán les esperaba con los piernas sobre el respaldo del sillón y la cabeza colgando hacia abajo, sonriendo descaradamente.

—Tantos calentones no te van a sentar bien, morena.

—¡Cállate!

Le lanzo uno de los libros, que pilló al vuelo riendo, mientras Roxie tomaba asiento, cruzándose de piernas con la dignidad que le quedaba.

Abdiel también se sentó cerca de ella y Erika, permaneció en pie, disponiéndose a proseguir con la lectura.

—¿Por dónde iba?

—Por donde me quemaba en el infierno. —apuntó Roxie, sardónica.

—Sí, es cierto. —le lanzó una mirada resentida—. Sin embargo, la portadora del sello será la única que pueda mantener las fuerzas del mal a raya, ayudando a la sanadora a proteger a los seis guerreros que velan por el cumplimiento de la ley de la sangre. Cuando la reina perdida aparezca, se abrirá el camino para encontrar la llave del bien y del mal, que abrirá la puerta a la elegida, decidiendo de qué lado caerá la balanza. El juego de la sangre ha comenzado, ¿te atreves a participar?

Varcán se puso en pie de un salto, estirando los brazos por encima de su cabeza, para crujir sus hombros.

—¿Alguien más piensa que quien escribió esto era amante de las adivinanzas e iba un tanto emporrado?

—Lo único que entiendo es que voy a arder en el infierno. —dijo Roxie, tan liada como el resto—. De lo demás no tengo ni idea.

—Nadie va a arder en ningún lado. —sentenció Abdiel, tajante.

—Quizá la llave del bien y el mal a la que se refiere la profecía, sea la llave de Némesis, que está en un lugar secreto al que solo pueden acceder los brujos. Ese lugar está en la abadía de Westminster. —dijo Erika, que era experta en la historia de los brujos—. Ya que el nombre de Némesis significa justa sanación, igual a eso hace alusión con lo de la sanadora.

—Cualquier idea es bien recibida. —agradeció Abdiel—. Pero antes de ponernos en marcha, debemos descansar. Llevamos demasiadas horas de viaje.

—Si no tenéis inconveniente, podéis quedaros en mi casa. —ofreció la bruja.

Abdiel miró a Roxie de reojo y sonrió al ver su gesto torcido.

—Es muy amable por tu parte, Erika, nos vendría bien poder estar en un lugar seguro.

La bruja sonrió.

—Pues vamos.



## Capítulo 20

La casa de Erika estaba a las afueras de Londres.

Era una bonita casa adosada, con un pequeño pero cuidado jardín. El interior era acogedor y decorado con mucho gusto.

—Si queréis dejar vuestras cosas y poneros cómodos, arriba hay cuatro habitaciones con sábanas limpias, usad las que queráis. La mía está aquí abajo. —señaló la puerta donde estaba su dormitorio—. Mientras tanto, voy a preparar algo para cenar.

Subieron arriba y Varcán entró en la primera habitación que había al lado de las escaleras.

—Yo me quedaré en esta, tortolitos. Usad la del fondo para no ponerme los dientes largos con vuestros gemidos. —les guiñó un ojo y cerró la puerta tras él.

Roxie, colorada como un tomate, se encaminó a la habitación contigua.

—¿Insinúa que vamos a dormir juntos? —repuso, dejando su bolsa de viaje sobre la cama—. Nosotros no tenemos ese tipo de relación.

Abdiel tomó la bolsa de la joven en su mano y salió del cuarto con ella.

—Pues ya va siendo hora. —dijo, mientras entraba a la estancia que estaba al fondo, la que había sugerido Varcán.

—¿Qué estás haciendo? —le siguió.

El hombre se volvió hacia ella, con las manos en las caderas.

—Vamos a dejar de fingir que entre tú y yo no hay nada, porque sí lo hay y los dos somos conscientes de ello.

Roxie se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Algo que yo no he decidido...

—Lo sé, y te pido mil veces disculpas por ello, sin embargo, los dos sabemos que esto que hay entre nosotros va mucho más allá de un simple encaprichamiento. —se acercó a ella unos pasos—. Acaso tú has sentido con otro hombre lo que sientes cuando yo te toco. —le acarició la mejilla con el dorso de sus dedos—. O cuando yo te beso. —la besó lentamente, recorriendo sus labios con la punta de su lengua—. Para mí todo esto es lo más fuerte que he sentido nunca por nadie y sé que para ti resulta igual.

Roxie le miró directamente a esos ojos aguamarina que la miraban con admiración.

—No sé si quiero sentir esto que siento. —murmuró, sabiendo que era inútil tratar de mentirle—. Me asusta lo que conlleva.

Abdiel acunó el precioso rostro femenino entre sus grandes y ásperas manos.

—Lo sé y lo entiendo, mi amor, pero es peor tratar de negarlo. —volvió a besarla.

Roxie cerró los ojos y apoyó su frente en el pecho masculino.

—Mi vida se ha vuelto demasiado complicada en muy poco tiempo. —suspiró.

El guardián la abrazó y apoyó el mentón sobre su cabeza.

—¿Me repito si vuelvo a decirte que lo sé? —sonrió, haciéndola sonreír a ella también.

Cenaron unos sándwiches que Erika había preparado, con lo poco que le quedaba en la nevera, mientras continuaban hablando de la profecía.

La bruja sabía mucho sobre la historia de los brujos y era una conversadora interesante y

ocurrente. Sin duda a Roxie le hubiera caído bien, si no fuera por las continuas miraditas que lanzaba a Abdiel. De vez en cuando, dejaba su mano reposando sobre la del guerrero, que siempre la miraba a ella, para tranquilizarla y decirle con la mirada que para él, solo ella era importante.

Cuando ya no pudo más con tanto coqueteo por parte de la rubia, se puso en pie.

—Creo que voy a retirarme, estoy cansada.

—Muy bien, Roxie, espero que descanses bien. —le dijo Erika, apoyándose en el hombro de Abdiel.

Sin embargo, el guerrero también se puso en pie.

—Yo también voy a retirarme.

—¿Qué? —la rubia le miró—. Pensaba que íbamos a tomar una copa.

—Dejémoslo mejor para otro momento, Erika, estoy agotado.

La atractiva bruja asintió, de mala gana.

—Claro, desde luego. —fingió una sonrisa.

—Yo sí acepto esa copa. —añadió Varcan, colocando sus manos tras la cabeza y estirando las piernas, cruzando un tobillo sobre el otro, relajadamente.

—Buenas noches. —dijo Roxie, subiendo las escaleras.

—Buenas noches. —contestaron el resto, al unísono.

Abdiel subió las escaleras tras ella y la tomó de la mano cuando se puso a su altura.

—Casi salto por encima de la mesa y le arranco los dientes para que dejara de sonreírte de ese modo. —bufó—. Esto del vínculo me está volviendo una celosa patológica.

El guerrero rio.

—Aprenderás a controlarlo.

—Eso espero.

Entraron a la habitación y Abdiel cerró la puerta tras él.

—Aunque también he de decir que ella no me lo pone fácil. —le miró, alzando una ceja—.

Solo le ha faltado sacarse un pecho para llamar tu atención.

El hombre sonrió y se aproximó a ella.

—Hubiera dado igual, porque cuando tú estás cerca, yo solo puedo verte a ti.

Roxie se lo quedó mirando, tan alto, tan masculino...

Inspiró hondo. Santo Dios, si olía tan bien que deseaba lamerlo de arriba abajo.

Abdiel se aproximó más a ella hasta rozar con su nariz el cuello femenino, olisqueándola.

—Hueles tan bien. —le dijo.

Parecía que le había sacado las palabras de sus propios pensamientos.

La necesidad de que se desnudara y sentirlo dentro de ella era tan apremiante, que extendió las manos deseosa de acariciarlo y las posó en el pecho masculino.

Abdiel la tomó en brazos, levantándola como si no pesara más que una pluma y aproximándose a la cama, la dejó con delicadeza sobre ella.

El oscuro y largo cabello de Roxie se esparció por las sábanas, como una cascada negra, suave y brillante, que hacía resaltar sus preciosas facciones.

Mirándolo ahí de pie, tan varonil y poderoso, estaba claro que aquel hombre había sido creado para seducir a las mujeres. Todo en él tenía un halo sexual. Su forma de moverse, como un felino. Su manera de mirar, como si no existiera nada más en el mundo que ella. Aquella bronceada piel, que se tensaba en torno a sus músculos.

Ni en sus mejores sueños Roxie había imaginado estar con un semental semejante.

Abdiel se inclinó sobre ella, quitándose la camiseta por el camino y dejando aquel torso musculoso, perfecto y tatuado, que ya había aprendido a reconocer.

—Te deseo tanto Roxanne, que voy a tener que controlarme para no morderte de nuevo. — susurró junto a su oído, y a ella en esos momentos le apeteció gritar que le mordiera donde le viniera en gana.

Impulsada por el deseo, aferró con sus manos los hombros masculinos para acercarlo más a ella y le besó en los labios salvajemente.

El guerrero la tomó por ambas muñecas, y las sujetó por encima de la cabeza femenina.

—Si haces eso, no voy a poder controlarme, mi amor.

Roxie no quería control en esos momentos, ahora que había aceptado que estaban marcados, lo que quería era poder hacer con él todo lo que había estado deseando, lo que a ella le había parecido una eternidad.

Forcejeó para tratar de soltarse las manos, pero como era lógico, él era mucho más fuerte. Así que enroscó sus piernas en torno a la cintura masculina, apretándolo contra ella y frotándose como si fuera una gata en celo.

—Joder. —gruñó Abdiel, lamiendo el cuello femenino.

—Quiero tocarte. —pidió.

El guardián negó con la cabeza.

—Quiero sentir tu piel contra la mía. —jadeó, encorvando la espalda, apretando sus senos contra el pecho del hombre—. Desnúdame. —rogó, mordiéndose el labio inferior.

Abdiel sintió la boca seca.

Roxie era la mujer más hermosa y sensual que hubiera tenido la suerte de ver y eso que en más de dos mil años, había tenido tiempo de conocer a muchas mujeres.

El olor de la excitación de Roxie lo embriagaba, haciendo que su dura erección fuera dolorosa dentro de su pantalón.

Dejó vagar su mano libre por el costado, siguiendo el contorno de su redondo seno, su estrecha cintura y su ondulante cadera.

Rendido al deseo, deslizó la mano bajo la camiseta femenina y recorrió la suave piel de su liso abdomen, que reaccionó a su contacto. Ansioso por verla desnuda, le quitó la prenda, dejando expuesto su sujetador de encaje blanco. Abriendo el cierre delantero, dejó sus erguidos pechos expuestos a él, que bajó su cabeza, tomando uno de aquellos duros y rosados pezones entre sus labios, succionándolo con delicadeza. Ella soltó otro jadeo, enterrando las manos entre los mechones de pelo masculino.

De un salto, Abdiel se puso en pie y se quitó las prendas de ropa que le quedaban, e hizo lo mismo con las de Roxie.

Cuando se recostó de nuevo sobre ella y sus pieles entraron en contacto, el hombre no pudo evitar soltar un gruñido de placer, mientras sentía como sus colmillos crecían.

No se cansaba de besarla, por lo que fue dejando besos por sus senos, su vientre, hasta llegar a sus largas piernas. Aquel aroma dulce de Roxie le hacía estar al borde del orgasmo, pero deseaba poder saborearla antes de poseerla.

Acarició la parte interna de sus muslos, estaba muy mojada. Roxie le apretó la cabeza, demostrando lo ansiosa que estaba por que llegara al punto que tanto deseaba. Y él accedió a sus deseos, dejando que su lengua recorriera la suave piel de su clítoris. Succiono y lamió su sexo una y otra vez, hasta que notó los espasmos del orgasmo femenino.

Sin poder esperar más, trepó por su cuerpo y colocándose entre las piernas de Roxie. Deslizó la punta de su pene por su abertura y cuando estuvo lo suficiente lubricado, se clavó en ella de una sola estocada.

Roxie jadeó, Abdiel gimió roncamente.

Sus cuerpos comenzaron a moverse como poseídos, como si fueran dos animales y era así como se sentían.

La joven abrió la boca, tomando aire y Abdiel se fijó que sus colmillos también habían crecido.

—Eres perfecta. —murmuró, entre arremetida y arremetida.

—Dios mío. —susurró ella, lamiendo el hombro del hombre—. Deseo morderte. —gimió.

—Puedes hacerlo. —la animó—. A mí me encantaría que lo hicieras.

Sin pensar más, abrió la boca y clavó los dientes en el hombro masculino, succionando su sangre, que le supo cómo el manjar más dulce que hubiera probado jamás.

Abdiel, sin poder contenerse por más tiempo, también clavó sus dientes en el elegante cuello de la joven.

Ambos llegaron al orgasmo, el más brutal y devastador que habían sentido en toda su vida, dándoles a entender que fuera posible que el infierno existiera, porque en esos momentos, ambos estaban en el paraíso.

Ya bien entrada la madrugada, Erika salió de su habitación vestida solo con un camisón cortito de seda negra.

Puso el pie en el primer escalón, pero se sobresaltó al notar una mirada fija en ella.

Entre la oscuridad, la figura grande e imponente de Varcán, se vía amenazadora.

—Sabes que Abdiel y Roxie están juntos, ¿verdad? —dijo, admirando el esbelto cuerpo femenino.

—¿No deberías estar durmiendo? —soltó, tratando de cubrirse los pechos con los brazos.

Varcán sonrió, con aquella sonrisa de asesino en serie.

—Lo mismo podría decir de ti.

—¿Qué quieres? —lo miró desafiante.

—Solo estaba haciendo guardia, porque no me fio de ti, bruja.

La joven entrecerró los ojos.

—Estoy ayudándoos a descifrar la profecía.

—Es cierto. —la miró ladeando la cabeza como un depredador—. ¿Pero cuál es el beneficio que pretendes sacar con ello?

—Ninguno. —dio un paso atrás, cuando él avanzó hacia ella.

—Por lo que huelo ahora, tu objetivo es poder revolcarte con mi hermano, pero vamos, brujita. —alzó una ceja con ironía—. Teniendo a una mujer como esa morena de culo espectacular en su cama, ¿de verdad crees que va a perder el tiempo contigo?

Erika le miró ofendida.

—Que no digo que tú estés mal. —se metió las manos en los bolsillos, mientras recorría el cuerpo de la mujer de arriba debajo de nuevo—. Para mí eres realmente atractiva y si te ves muy apurada, aunque evidentemente yo no soy tan guapo como mi hermano. —se señaló su cicatriz—. Puedo hacerte el favor de echarte un polvo.

Erika apretó los labios, rabiosa.

—¡Vete a la mierda! —le dijo, dándose la vuelta y volviendo a su habitación.

Varcán sonrió.

Se había quedado allí porque viendo el comportamiento que aquella bruja había tenido durante la cena, tenía claro que no se iba a dar por vencida solo por ver como Abdiel se había marchado con Roxie. Sabía que su objetivo era conquistar a su hermano, y aunque este solo tenía ojos para su hembra, no iba a dejar que hiciera sentir aún más incomoda a aquella morena, que

sinceramente, le resultaba encantadora.

Su hermano había tenido suerte al encontrarla. Era preciosa, ingeniosa y como se veía claramente, una buena persona.

Ahora formaba parte de su familia, así que no iba a permitir que nadie tratase de hacerla daño si él podía impedirlo.

Siempre claro, de forma oculta, porque no iba a dejar que su imagen de hombre despreocupado y egoísta se desmoronase.

## Capítulo 21

Roxie despertó tan satisfecha y relajada, que no pudo evitar sonreír al ver que aún estaba en brazos de Abdiel. Él seguía dormido, con el semblante relajado y tremendamente atractivo.

La joven suspiró y depositó un beso en su pecho, justo donde tenía la marca de guardián, inhalando su masculino olor.

La noche anterior de sexo había sido fascinante. Tanto, que incluso había bebido la sangre del guardián. Recordarlo solo le provocaba excitación, para nada la aversión que ella había imaginado.

Notó moverse a Abdiel, que bostezó y bajó sus ojos somnolientos hacia ella.

—Buenos días. —le sonrió.

El hombre le devolvió la sonrisa, poniéndose de lado y besándola en los labios, mientras le acariciaba el cabello.

—Buenos días, mi amor.

—Así que ahora somos pareja oficial, ¿no?

Abdiel le besó la punta de la nariz.

—Para mí siempre has sido mi mujer, desde el momento en que te conocí.

—Tienes suerte de tener las cosas tan claras. —suspiró, pues ella todavía tenía vértigo al pensar en que estaban unidos de por vida.

—Lo único que tengo claro en esta vida es que quiero pasarla contigo. El resto ya lo iremos arreglando.

Roxie lo besó.

—Espero que podamos hacerlo.

—Te doy mi palabra. —le dijo, completamente convencido.

—¡Arriba tortolitos!

Varcan irrumpió en la habitación dando un portazo.

Roxie gritó, tapándose apresuradamente y Abdiel se puso delante de ella, obstaculizándole la visión.

—Joder, Bror. ¿Siempre tienes que aparecer del mismo modo? —protestó el líder de los guardianes.

—Me gustan las entradas estelares, ya lo sabes. —rió.

—Eres un capullo. —soltó Roxie, poniéndose la camiseta de Abdiel, después de que este se la pasara.

—No me digas esos piropos cariño o tendré que darte unos azotes en ese culo impresionate que tienes. —ironizó el aludido.

—¿Podrías dejar de hacer alusión a su culo una y otra vez? —gruñó Abdiel, poniéndose su bóxer.

—Sabes que soy un admirador de las cosas bonitas. —se encogió de hombros—. Os doy veinte minutos para ducharos y vestiros, no estáis de luna de miel, parejita. Estamos aquí para que la morena no se ase en el infierno como si fuera una butifarra en una barbacoa.

Roxie le miró con el ceño fruncido y el hombre le guiñó el ojo de la cicatriz.

—Yo también te quiero. —y sonriendo, salió del cuarto del mismo modo en que había entrado.

—¿Tu hermano es siempre tan encantador? —repuso, sarcástica.

—Lo cierto es que no, se nota que le caes bien. —sonrió.

Poniéndose a Roxie sobre el hombro y dándole una palmada en ese redondo trasero tan nombrado por su hermano, entró con ella a la ducha.

Llegaron a la abadía de Westminster sobre las once de la mañana. Una vez dentro, Erika se acercó a hablar con una de las guías, que según le había explicado Abdiel, era otra bruja, como ella.

Cuando estuvieron seguros de que no había turistas alrededor, la guía les llevó a un pasadizo secreto que había bajo las tablas de altar y conducía a un sótano oculto.

—¿Qué tenéis con los sótanos? —preguntó Roxie, bajando las empinadas escaleras de piedra—. Me resultan un poco tenebrosos.

—Es más fácil mantener oculto un sótano que una habitación contigua, es de lógica. —soltó Erika, con hostilidad—. Pero si lo prefieres, quédate arriba y haz un poco de turismo. Nosotros nos encargaremos de buscar la llave de Némesis. —miró de reojo a Abdiel, que la ignoró.

—No, gracias. —se agarró del brazo del objeto de deseo de la bruja—. Me quedaré a buscar con vosotros.

Abdiel se volvió a mirarla, sonriendo.

—Me parece una idea fantástica.

Erika frunció el ceño, pero no dijo nada más, consciente de que esa batalla la tenía perdida.

Una vez entraron a la sala secreta, la guía se marchó, despidiéndose cariñosamente de Erika y dejándolos a solas.

La bruja rubia se acercó a un cofrecito, en el cual estaba tallado el nombre de Némesis. De él sacó una llave de oro con piedras engarzadas.

—Os presento la llave de Némesis. —dijo Erika, tomándola con devoción entre sus manos.

—¿Y que se supone que debemos hacer con eso ahora, bruja? —soltó Varcan, mirándola con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón.

—Porque mejor no se lo preguntas a tu querido oráculo. —miró a Roxie, con altanería—. Se supone que es ella la que tiene las visiones. Porque no toca la llave y nos dice que debemos hacer con ella. Yo ya he hecho mi trabajo.

—Las visiones de Roxanne no funcionan así. —explicó Abdiel—. Ella suele tener sueños premonitorios.

—Dijisteis que Talisa le había dicho que si lograba concentrarse podría llegar a tener premoniciones sin necesidad de dormir. —recordó el guardián de la cicatriz—. Incluso tuvo una con la ayuda de Talisa. ¿Por qué no pruebas a tocar la llave y tratar de concentrarte, morena?

Roxie se mordió el labio, nerviosa. Abdiel, percatándose de ello, la tomó por los hombros y la acercó a él, protectoramente.

—No vamos a presionarla...

—Quiero intentarlo. —le cortó.

El guardián la miró a los ojos.

—¿Estas segura?

La joven asintió, sonriendo para tranquilizarlo.

—Adelante, morena, haz tu magia. —repuso Varcan, sentándose en el suelo, con una pierna flexionada.

Roxie se acercó a Erika, que la miraba con una ceja alzada, mostrando lo poco que confiaba en ella.

Tomó la llave entre sus manos y cerró los ojos como le había dicho Talisa. En su mente, solo debía estar ella.

Se concentró en los brazos, le pesaban, sus piernas también. Solo existía la llave que tenía entre las manos. Esa llave de la que quería respuestas. Notaba que se hundía en el fondo de su mente, en busca de ellas, pero allí no había nada. La llave se sentía fría entre sus dedos, pero no lograba averiguar que debían hacer con ella.

Frustrada, pateó el suelo.

—No veo nada. —se lamentó.

—Pues no eres de mucha ayuda. —apuntó Erika, con voz de satisfacción.

—Ella nos ayudó a salvar a Nikolai con sus visiones. También gracias a Roxanne, descubrimos que había un plan para gobernar el mundo. —la defendió Abdiel—. Créeme Erika, Roxanne ha sido lo mejor que nos ha pasado.

Roxie le sonrió, agradecida.

La bruja se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Tienes razón, Abdiel, lo siento.

—Creí estar haciendo todo lo que Talisa me había enseñado, pero solo vi oscuridad, nada que pudiera llevarme a decir que quieren hacer con esta llave o que debemos hacer nosotros con ella. —dijo con frustración.

—Quizá no haya nada que ver. —Varcán se puso en pie de un salto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Roxie.

—Hemos venido hasta aquí porque la brujita pensó que la llave de Némesis era a la que se refería la profecía, pero quizá no sea así. —miró a Erika—. Quizá la que no nos esté siendo de ayuda seas tú, bruja.

La susodicha apretó los puños. Como odiaba a aquel imbécil.

—Yo solo planteé una hipótesis. ¿Acaso tú tenías otra idea mejor?

—Lo mío no cuenta, yo no soy muy listo, todo el mundo lo sabe. —alzó las palmas de las manos, burlón—. Sin embargo tú. —la señaló, entrecerrando los ojos—. Eres la típica sabelotodo.

—¿Qué problema tienes conmigo? —lo enfrentó, con las manos en las caderas.

—Para el carro, embrujada, no te creas tan importante. —sonrió con condescendencia—. Simplemente digo lo que es evidente.

—Tengamos la fiesta en paz. —Abdiel cortó la discusión—. Enfrentarnos entre nosotros no va a ayudar en nada.

Varcán se encogió de hombros y Erika le dio la espalda.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Roxie.

Abdiel se volvió hacia la bruja.

—¿Erika, crees que podrías indagar entre los brujos si alguien tiene idea del plan que traen entre manos los Berrycloth?

La rubia se cogió del brazo del guardián mientras subían las escaleras, para salir del sótano oculto.

—Podría intentarlo, pero solo lo hago por ti. —le guiñó un ojo.

—Te lo agradezco. —contestó Abdiel, mientras continuaba hablando con ella sobre lo que quería que indagase.

Roxie, que subía las escaleras tras ellos, estaba tan enfadada que se notaba a punto de ponerse a chillar.

—Vamos, culo bonito, ni caso, esa bruja no tiene nada que hacer con mi hermano. —Varcán



caminaba tras ella, mirándola directamente el trasero.

—¡Varcan! —exclamó, mientras le daba un manotazo en el pecho y se ponía a su altura, para que dejara de mirarle el culo.

—¿Qué? —preguntó el hombre, pasando un brazo sobre los hombros de la joven.

—Esa bruja me está poniendo de los nervios. —reconoció.

—Escúchame bien, morena, aunque esa mujer se desnudara ahora mismo y bailara la danza del vientre para mi hermano, el solo podría tener ojos para ti.

—Sí, claro. —ironizó.

—Es verdad, ¿tú crees que te mentiría?

Roxie alzó una ceja, sarcástica y Varcan soltó una carcajada.

—Está bien, podría mentirte. —arrugó la nariz, haciendo una mueca graciosa—. Pero no lo hago.

—Es un hombre.

—Y tú una mujer.

—¿Entonces quieres decir que aunque la mujer más guapa del mundo se le insinuase, él ni se inmutaría?

—Por desgracia para él, así es.

—¿Cómo lo sabes? —le miró suspicaz.

—Porque es así como funciona el vínculo. —explicó—. Solo puede formarse entre una pareja que tengan sentimientos verdaderos el uno por el otro y una vez se sella, el único objeto del deseo de esa pareja serán solo ellos dos.

—¿Quieres decir que a mí me pasaría lo mismo?

—Evidentemente, culo bonito. —se levantó la camiseta, mostrándole sus perfectos abdominales—. Mira esto, ¿qué sientes?

—Venga ya, Varcan.

—Vamos, haz la prueba. —insistió.

Roxie dejó vagar la vista por su esculpido abdomen, pero no sintió ni excitación, ni nada parecido. Solo pensó que ese hombre debía matarse en el gimnasio para tener aquel increíble cuerpo.

—No siento deseo, si eso es lo que preguntas.

Le pellizcó la nariz, traviesamente.

—Ahí tienes tu prueba. —le guiñó un ojo—. Si el tío más bueno del mundo no te pone, nadie más lo hará.

Ambos se rieron divertidos.

Abdiel se volvió a mirarlos y sonrió satisfecho al ver la camaradería que había surgido entre los dos. Confiaba plenamente en Varcan y sabía que una vez depositaba su lealtad en alguien, protegía a esa persona hasta la muerte. Le tranquilizaba pensar que alguien más que él cuidaría de Roxanne si hiciera falta.

Sin duda Roxie encajaría perfectamente entre sus hermanos.

## Capítulo 22

Cuando salieron fuera de la abadía de Westminster, Roxie aún bromeaba con Varcán, cuando un maullido lastimero llamó su atención.

Al mirar hacia aquella dirección, tres jovencitos estaban pateando a un gato, que se encogía hecho una bola en el suelo.

Roxie, sin poder evitarlo, se precipitó hacia ellos apartando de un empujón a uno de los jóvenes y agachándose a coger al apaleado animal entre sus brazos.

—¿Qué estáis haciendo?

—No. ¿Qué coño haces tú, puta? —soltó uno de los matones—. Suelta ahora mismo a esa bola de pelo.

—Ni lo sueñes. —se puso de costado, cubriendo al animal con su propio cuerpo.

Uno de los jóvenes la tomó del brazo, zarandeándola.

—¡Claro que lo vas a soltar! Si no lo haces por las buenas, será por las malas.

—Te aconsejo que la sueltes ahora mismo. —la ronca voz de Abdiel hizo que todos se volvieran a mirarle.

Uno de los jóvenes se llevó la mano a la cinturilla del pantalón en busca de su navaja, cuando Varcán le tocó en el hombro, para llamar su atención, poniendo aquella sonrisa de asesino en serie.

—Yo que tu no lo haría, chaval.

El mantón retrocedió hasta chocar contra sus otros amigos, que salieron corriendo en cuanto tuvieron oportunidad.

—Que lastima. —Varcán se encogió de hombros—. Me hubiera gustado poder patear unos cuantos culos.

—Te veo últimamente muy obsesionado con los culos, Bror. —bromeó Abdiel.

Roxie bajó la mirada hacia el animalillo que tenía en los brazos.

Era un gato bastante feo, tenía que reconocerlo. Su pelo era negro y apagado y en ciertos lugares de su cuerpo, se veía escaso, dejando entrever sus huesudas costillas. Tenía una de las orejas arrugada, suponía que de alguna antigua pelea. Sus ojos eran verdes, pero uno de ellos se veía opaco, como si estuviera ciego.

—¿Cómo estás, amiguito?

El gato, como si la hubiera entendido, maulló, restregando su cabeza contra el pecho femenino.

—Parece que has hecho un nuevo amigo. —dijo Abdiel, acercándose a mirar al animal y haciendo un gesto de asco al verlo—. Es bastante...

—Feo, dilo. —terminó Varcán.

—No es feo. —protestó Roxie, acariciando con mimo al felino—. ¿A qué no, precioso?

—Está claro que el amor es ciego. —repuso el guardián de la cicatriz.

Abdiel sonrió ante su comentario.

—¿Nos ponemos en marcha? —preguntó Erika, con las manos en las caderas, mirando con cara de asco al gato.

—Antes tengo que llevarlo al veterinario. —afirmó Roxie.

—¿Qué? —exclamó la bruja—. No tenemos tiempo que perder en un gato callejero.

La morena la ignoró y miró a Abdiel.

—No puedo dejarlo abandonado sin saber si está bien.

El guerrero acarició su mejilla con ternura.

—Te entiendo. —la besó suavemente en los labios—. ¿Sabes dónde puede haber un veterinario cerca, Erika?

La bruja lo miró boquiabierta.

—Pero...

—Mi mujer quiere llevar al gato al veterinario y voy a acompañarla. —sentenció—. Varcan te acompañará a preguntar a los brujos.

—Yo... —dudó la rubia.

—Vamos, brujita, soy un buen conversador. —bromeó el guardián de la cicatriz.

El veterinario estaba examinando al pobre gato. Le había hecho unas radiografías y también unas analíticas de urgencia.

Mientras, Roxie esperaba en la sala de espera con el corazón en un puño, deseando que le dijera como estaba el animal y temiéndolo a la vez.

—Pueden pasar. —los llamó finalmente el veterinario, con el felino en brazos, acariciándole la cabeza—. De los golpes parece estar bien, no tiene ningún hueso roto. La oreja arrugada, se debe a una antigua infección que le dañó los músculos, pero no es doloroso para él. En cuanto al ojo, parece que tuvo alguna afección que le creó una úlcera y seguramente, apenas le quede visión de ese ojo, pero puede hacer vida normal, porque en el otro ojo, su visión es perfecta.

—Qué alivio. —suspiró la joven.

—No obstante, sí hay algo que me preocupa. Es su piel y la anemia que está arrastrando. —prosiguió el facultativo.

—¿Que se puede hacer con ello? —se preocupó Abdiel.

—Para la anemia, ya lo hemos hidratado un poco en el tiempo que lleva aquí. Lo siguiente sería que tuviera una buena alimentación, pero en la calle eso es algo que sabemos que no ocurrirá.

Roxie miró al gatito, que se restregó contra ella y le acarició con tristeza.

—¿Y la piel? —preguntó.

—Las clapas de pelo que le faltan son a causa de un ácaro, que se instala en la piel de los felinos cuando tienen alguna bajada defensas, se llama sarna demodécica y no se contagia a los humanos.

—¿Cómo se trata?

—Habría que darle un buen baño con un champú antiséptico y después aplicarle una pomada en todas las zonas que presenten faltas de pelo. Además yo le pincharía un antibiótico, que le duraría para quince días.

Roxie volvió a mirar apenada al animal, que alzaba sus enormes ojos verdes hacia ella.

—Viviendo en la calle lo tiene complicado, ¿no es así?

—Sinceramente, viviendo en la calle, no creo que supere un año más de vida, si es que llega.

La joven cerró los ojos con pesar y tomó al felino en brazos, que comenzó a ronronear.

—No puedo abandonarlo así. —le dijo a Abdiel.

—Pues no lo abandones. —la miró con una sonrisa comprensiva.

Emocionada, Roxie se puso de puntillas y le besó los labios.

—Muchas gracias.

Después de que el veterinario le hubiera pinchado el antibiótico. Les dio la pomada que debían aplicarle cada ocho horas, el champú antiséptico, pienso especial para gatos con anemia y latas ricas en grasa.

Cuando trataron de meterlo en el trasportín, el felino se volvió loco, bufó, arañó, trató de morderles...

—¿No tiene algún arnés? —preguntó la joven.

—Sí lo tengo. —la recepcionista salió con un precioso arnés verde y una correa a juego.

Roxie se acercó con cariño al animal y entre caricia y caricia, le colocó el arnés. Cuando terminó, depositó un beso en la cabeza del animal.

—Perfecto. —exclamó.

—¿Me puede decir el nombre del gatito? —preguntó la recepcionista.

—Se llama... —pensativa, se lo quedó mirando—. Oráculo.

Abdiel la miró con una ceja alzada y Roxie sonrió, encogiéndose de hombros.

Cuando salían por la puerta del veterinario, el gatito la miró, maullando.

—¿Qué pasa, Oráculo?

Se agachó delante de él y al acariciarle, su visión se quedó completamente en negro.

*Su mente viajó a una especie de castillo, rodeado por una zanja drenada. Todo ello estaba resguardado por una muralla gruesa y otra segunda muralla, equipada con torres. Se vio entrar al recinto y acercarse a una de las torres, palpando las piedras.*

*De entre todas las piedras, una se movió. Dentro había una caja de madera y en su interior una esmeralda en forma de corazón, engarzada en un colgante de oro, acompañada de un pergamino. Aquella joya era importante, lo sabía, por lo que la cogió y la examinó de cerca.*

Igual que la visión había empezado, se acabó. Recobró la vista y pudo apreciar que Abdiel la miraba con preocupación.

—¿Estás bien? —le dijo, apartándole el oscuro cabello del rostro—. Te has desmayado.

—He tenido una visión. —explicó—. Debemos ir a la torre de Londres.

Cuando llegaron a la torre de Londres, Varcan y Erika ya estaban allí. Abdiel les había informado por teléfono sobre la visión que Roxie había tenido.

—Bueno, morena, parece que esa bola de pelos pulgosa te ha dado suerte. —soltó Varcan.

—No le llares así. —protestó Roxie, que miró al animalito, que inspeccionaba a su alrededor.

El guerrero se encogió de hombros.

—Desde luego, más feo no puede ser.

La joven le lanzó una mirada asesina, por sus palabras.

—¿Y qué tenemos que buscar aquí? —preguntó la bruja.

—Roxie ha tenido una visión en la que encontraba una joya. —explicó Abdiel.

—¿Y? —insistió Erika—. ¿Para qué sirve esa joya?

—No lo sé. —reconoció Roxie.

—¿Qué papel tiene en la profecía? —indagó de nuevo.

—Tampoco lo sé.

La bruja suspiró audiblemente.

—Genial. —ironizó.

—¿Vosotros que habéis descubierto? —les preguntó Abdiel.

Erika se acercó a él, deseosa de contestar a todo lo que él quisiera.

—He hablado con Blake, uno de los brujos del clan Dankworth, y al parecer hay dos grupos. Unos brujos que quieren llevarse al oráculo para ellos y otro grupo que desea asesinarlo.

—Pero eso ya lo sabíamos. —apuntó Varcán.

Erika le lanzó una mirada cortante.

—También nos ha informado que sea lo que sea que quieren hacer, será dentro de dos semanas, durante el eclipse de sol.

—Así que tenemos ese tiempo para descubrir que pretenden. —observó Abdiel.

—Pues a que esperamos. —dijo Varcán.

Todos buscaron por las piedras de las torres. Toquetearon todas las que pudieron, pero ninguna se pudo sacar, ni siquiera se movió.

—Esto es inútil. —se quejó Erika, que tenía los pies doloridos de tanto andar con los tacones kilométricos que llevaba.

—¿No hay nada más que recuerdes de la premonición? —preguntó Abdiel, tan frustrado como los demás.

—No, ya he contado todo lo que recuerdo.

La bruja se plantó delante de ella, con los brazos en jarras.

—Pues la información es insuficiente, ya lo ves.

Harta de haber soportado sus continuas pullas, Roxie dio un paso hacia ella, enfrentándola.

—Puede que la información sea insuficiente, pero es la única que tengo. Esto no funciona como un televisor, que pones el canal y sale la imagen. —se defendió—. Soy nueva en todo esto, hasta hace unos días ni siquiera sabía que las brujas existáis.

—Pues ya es hora de que te pongas al día, bonita, porque tu vida está en juego. —contraatacó, la rubia.

—Eso ya lo sé, soy plenamente consciente de ello. Y también, de que no paras de tratar de ligarte a mi pareja justo delante de mis narices. —le dijo, sin poder contenerse por más tiempo—. Así que si me haces el favor, ten un poco de dignidad, y no sigas insinuándote, o por lo menos, espera a que no esté yo delante.

Erika apretó los labios, pero no dijo nada más, incapaz de negar las acusaciones que le había lanzado Roxie.

En ese momento, Oráculo comenzó a tirar de su correa, con desesperación.

—¿Qué quieres? —le preguntó Roxie.

Siguió al felino, que se acercó a una de las torres de piedra y comenzó a rascar en una zona en concreto.

—¿Qué hay ahí? —se agachó y tocó la piedra.

De esta se cayeron piedrecitas y Roxie estiró más fuerte. Cuando la piedra cedió, sintió como el corazón se le desbocaba.

Como en su profecía, dentro del hueco estaba aquella cajita de madera, y en su interior, el colgante de la esmeralda en forma de corazón y el pergamino enrollado.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —miró al felino, que se había sentado a su lado y la miraba con sus enormes ojos verdes.

—El nombre de Oráculo le viene que ni pintado. —dijo Erika, acercándose a ella sin animosidad por primera vez desde que la conociera.

Roxie sonrió.

—Sí.

—¿Qué pone en el pergamino? —preguntó Abdiel.

Roxie lo desenrolló con las manos temblorosas.

—A ver. —comenzó a leer...

Si la esmeralda has encontrado, tu alma de otro siglo ha llegado.

Guárdala como un tesoro, pues ella puede quitarte o dártelo todo.

El fin del mundo se acerca, o el bien o el mal tomarán la rienda.

Pero ten en cuenta una cosa, quizá la realidad esté borrosa.

El destino decidirá, la moneda de qué lado caerá.

—Lo que yo decía. El que escondió todas estas pistitas le gustan las putas adivinanzas. —dijo Varcán, con ironía.

—Lo que está claro es que estamos en un callejón sin salida. —apuntó Abdiel, mirando el bonito colgante que la joven sostenía en su mano.

—Aún puede ser que Roxie tenga otra visión. —dijo Erika, en tono amistoso.

Sonrió con resignación.

—Gracias por tu confianza.

—Sería posible que habláramos un momento a solas. —le pidió la bruja.

Roxie miró a Abdiel, le entregó la cajita con el colgante y el pergamino, y la correa de Oráculo.

—Aprovecharé para llamar a mis hermanos y contarles nuestros avances. —la besó en los labios y se alejó.

—Pero si decidís hacer una pelea de barro avisad. No querría perdermelo. —soltó Varcán.

—¡Lárgate ya! —exclamó Roxie, conteniendo la risa. Aquel guerrero tenía salidas para todo.

Cuando por fin estuvieron a solas, ambas mujeres se miraron.

Finalmente Erika fue la primera en romper el silencio.

—Tienes razón en todo lo que me has dicho antes. —se encogió de hombros—. Me he portado como una zorra.

—No he dicho eso exactamente.

—Pero lo has pensado. —alzó una ceja.

Roxie rió.

—Tampoco puedo negarlo, me has tocado bastante las narices.

La bruja suspiró.

—Hace mucho tiempo que ningún hombre me había atraído desde que... —hizo una pausa, evaluando que decir—. Solo te diré que mi última relación me rompió el corazón y creía que tal vez con Abdiel, podría juntar algún trozo. Pero está claro que el solo tiene ojos para ti.

La morena le puso una mano en el hombro.

—No te martirices, todas hemos pasado por desengaños amorosos y luego hemos actuado como unas idiotas.

—Idiota al cuadrado. —bufó Erika—. Cuando antes me has cantado las cuarenta, me he dado cuenta de lo que estaba haciendo. Me estaba arrastrando detrás de un hombre que no me desea. Además, sabía lo que había entre vosotros y ni eso me detuvo. Entendería que no quisieras volver a hablarme.

—No soy rencorosa. —le tomó la mano para consolarla—. Ahora debes hacer borrón y cuenta nueva. Como diría mi amiga Max, a rey muerto, rey nuevo que me tiro.

Ambas rieron divertidas, sintiéndose por primera vez desde que se conocieran, cerca la una de

la otra.

## Capítulo 23

Acababan de llegar a casa de Erika cuando fueron sorprendidos por un grupo de Groms.

La puerta de la casa de la bruja salió disparada al ser abierta de una fuerte patada y entonces imperó el caos.

Abdiel se puso ante Roxie, protegiéndola con su propio cuerpo de los ataques de aquellos fríos seres.

Varcan hacia tanto de lo mismo, cerca de Erika, que lanzaba hechizos contra los Groms, aunque parecían no afectarles.

—Son inmunes a mi magia. —gritó la bruja, golpeado a uno de los asquerosos engendros con una silla, que se rompió sobre él.

Con un movimiento tan rápido que sus ojos no pudieron seguirlo, uno de los Groms tomó a Roxie por la cintura, arrastrándola tras él. El gato, que Roxie llevaba entre los brazos, se abalanzó sobre su cara con un grito, arañándola de arriba a abajo, consiguiendo que la soltara.

En ese mismo momento, tres Groms saltaron sobre Abdiel, que ponía todo su empeño en no recibir ningún mordisco de ellos.

Varcan peleaba con otros tres, rompiendo todo lo que encontraban a su paso.

Roxie no quería mirar la masacre que se estaba produciendo a su alrededor, pero era imposible no hacerlo, pues debía estar atenta a que aquellos seres no le pusieran las manos encima.

Y en ese momento entraron más Groms, haciendo que el caos se volviera aún mayor. Dos de ellos miraron a Roxie con unas sonrisas sin vida y se dirigieron a ella corriendo como posesos.

La joven se defendió clavándole a uno de ellos uno de los trozos que había quedado de la silla y dándole con todas sus fuerzas una patada, que le hizo tambalear, pero el otro sí llegó hasta ella.

—¡Varcan! —gritó Abdiel, mientras con un rápido giro, se deshacía de otro Grom que se le había subido a la espalda.

—Varcan. —gimió también Erika, que estaba siendo acorralada por otro de aquellos engendros.

El guerrero, que peleaba contra cuatro Groms más miró las dos situaciones. Sabía que debía elegir, o salvaba a Roxie o a Erika.

Y mirando a la bruja con una disculpa en sus ojos, que esta entendió, pues su expresión se tornó de auténtico pánico, duplicó su cuerpo y apareció ante la joven morena, quitándole de encima al Grom que la tenía agarrada.

La bruja fue arrojada por los aires, contra la pared de su casa. Trató de incorporarse, dolorida. Un surco de sangre chorreaba por un lado de su rostro. La tocó con su temblorosa mano y cuando alzó los ojos, el Grom que estaba sobre ella se le abalanzó, mordiendo su cuello, hasta arrancar un trozo de su carne, dejando su cuerpo tirado y sin vida, mientras se relamía los labios.

—¡No! —gritó Roxie, horrorizada por lo que acababa de presenciar.

Como poseída, pasó corriendo por delante de Varcan, que no pudo detenerla y se lanzó sobre el Grom que había matado a la bruja. Dejando expuestos sus colmillos, le mordió en la mejilla, arrancando un trozo y haciendo que el monstruo gritara de dolor. Alzó la pierna como había aprendido en defensa personal, y le pateó el costado, una y otra vez y acercándose a uno de los cajones de la cocina americana, sacó un largo cuchillo, que clavó en el tórax del sorprendido



engendro una y otra vez, hasta que cayó de espaldas.

Abdiel llegó hasta ella, pues ya se había podido deshacer de los Groms que le atacaban y le arrancó el corazón al que había derribado Roxie.

Después se incorporó y la tomó por los hombros, mirando el rostro de la joven, salpicado de sangre.

—Roxanne.

La joven tenía sus ojos fijos en el cuerpo sin vida de la bruja.

—Roxanne. —insistió de nuevo, pues sabía que estaba en shock—. Roxie, mírame.

Entonces parpadeó varias veces y alzó sus ojos violetas hacia él.

—Está muerta. —murmuró, al borde de las lágrimas.

El guardián la abrazó contra su pecho, dejándola que se desahogara como necesitaba.

Echó un vistazo a los últimos Groms que quedaban y de los que se estaban deshaciendo Varcán y su doble.

—¿De done has sacado tanta fuerza? —le preguntó, tratando de desviar la mente Roxie de lo que estaba sintiendo.

—No lo sé, simplemente actué sin pensar. —reconoció, entre hipidos.

—Creo que la marca, aparte de hacer que sanes a la misma velocidad que yo, también te ha dotado de más fuerza y agilidad.

Roxie se separó un poco de él, secándose las lágrimas con el dorso de la manos.

—Ojala no lo necesitara, pero está visto que a partir de ahora mi vida va a ser una guerra constante.

Abdiel le acarició la mejilla.

—Cuando descubramos lo que quieren de ti y detengamos lo que sea que tienen pensado, todo será más tranquilo.

Varcán, que acababa de matar al último Grom que quedaba en pie, hizo volver a su doble a él y se acercó a ellos.

—Tenemos que irnos de aquí.

—¿Por qué no la salvaste? —le recriminó a Varcán.

—Tuve que elegir entre ella o tú, y así lo hice. —se defendió el guardián.

—A mí no me hubieran herido, solo querían llevarme con ellos. —protestó.

—No podía arriesgarme. —afirmó—. Tu vida y la de mi hermano están ligadas.

—¿Qué vamos a hacer con Erika? —preguntó entonces Roxie con la voz entrecortada.

—No podemos hacer nada, mi amor. —le dijo Abdiel, mirándola a los ojos.

—Eso ya lo sé. —se molestó, al ver como evadía la pregunta—. ¿Pero qué haremos con su cuerpo?

El líder de los guardianes no contestó, solo la miró fijamente, negando con la cabeza.

—¡Dime! —exigió.

—Quemaremos la casa con ella y los Groms dentro. —dijo Varcán—. No podemos dejar que la policía vea todo esto.

La joven se volvió a mirarle, con los ojos abiertos como platos.

—No vamos a hacer eso. —negó—. No vamos a quemarla con esos seres.

Varcán alzó la mirada hacia su hermano, que asintió y tomó a Roxie en brazos.

—¿Qué haces? —pataleó, tratando de soltarse.

—Es necesario, Roxanne, no podemos hacer otra cosa.

—Oráculo está dentro. —le dijo.

—Varcán lo sacará. —aseguró Abdiel.

Cuando estuvieron junto al coche, la dejó en el suelo. Roxie le empujó, furiosa y se recolocó la ropa.

—¿Para eso quedamos si nos matan? —le soltó, mirándolo con inquina—. ¿No tenemos derecho ni a un entierro digno?

—Tienes que entender que no podemos permitir que lleguen hasta nosotros.

—Si muero, ¿también harás lo mismo conmigo?

Abdiel la miró intensamente.

—No voy a permitir que eso suceda. —sentenció—. No vas a morir.

Varcan salió de la casa con paso rápido y el gato negro entre los brazos. Cuando estuvo cerca del coche, la casa explotó.

—Será mejor que nos vayamos de aquí cagando leches.

Talisa estaba haciéndose una manzanilla, cuando un ruido la puso alerta.

Aunque no veía, el resto de sus sentidos estaban más agudizados. Además, aquella intuición que había heredado de su madre le hacía saber cuándo las cosas no iban bien. Y en aquel momento, no podían ir peor.

—¿Qué quieres? —preguntó, sin moverse de donde estaba, pero segura de que tenía a alguien a su espalda.

—Me sorprendes, vieja. —dijo una voz de mujer, con acento americano—. Me habían dicho que eras ciega.

La anciana se volvió hacia donde había venido la voz y retrocedió unos pasos, hacia su sala de estar.

—Eres demasiado joven para saber que no solo se ve con los ojos.

La mujer soltó una carcajada altiva.

—¿Tanto miedo me tienes, que has tenido que venir acompañada de dos hombres? —preguntó la anciana.

La aludida alzó una ceja, poniéndose en jarras, con las piernas abiertas, desafiante.

—¿Cómo sabes que he venido con dos hombres?

La anciana se encogió de hombros.

—Me lo acabas de decir tú. —volvió a retroceder otro par de pasos.

Realmente había oído las respiraciones de los hombres, que por lo que podía percibir, avanzaban junto a la mujer hacia ella.

—Eres una vieja lista, te lo voy a reconocer.

—Desgraciadamente, bruja, yo no puedo reconocerte lo mismo a ti.

La mujer frunció el ceño ante tu comentario.

—¿Vienes buscado al oráculo? —retrocedió un poco más.

—¿No vas a negar que has estado con ella? —se sorprendió.

—¿Para qué? —encogió sus estrechos hombros—. Tú sabes que lo he estado.

La bruja asintió.

—Cierto.

—¿Me puede decir quién eres?

La mujer caviló un momento.

—No creo que pueda afectar en nada que te lo diga.

—No, teniendo en cuenta que quieres matarme. —asintió Talisa.

La bruja sonrió fríamente.

—Soy Yasmina, la heredera del patriarca del clan Berrycloth.

—El estirado de Abe nunca me gustó. —se atrevió a decir la vidente, retrocediendo de nuevo, hasta chocar con una mesita baja.

—Creo que es recíproco, vieja.

—¿Qué queréis de mí? —indagó.

—Quiero que me digas todo lo que le contaste al oráculo y al guardián del sello.

La anciana se llevó un dedo a los labios.

—Lo cierto, es que tengo muy mala memoria.

La mujer, junto a sus dos matones, avanzó más hacia ella, deteniéndose justo delante.

—Vamos a ver, vieja, tienes dos opciones. —levantó un dedo—. Una, o me lo cuentas por las buenas y mueres de una forma rápida. —levantó otro dedo—. O dos, te resistes, te torturamos, me lo cuentas y mueres después de mucho sufrimiento. Tú decides. —sonrió, con suficiencia—. Si te soy sincera, casi prefiero que te resistas, es más divertido.

La anciana bajó la vista, apretando los labios.

—Está bien. —estiró una mano hacia ella—. Pero mejor que contártelo, te puedo mostrar lo mismo que le mostré a ella.

Yasmina dibujó una sonrisa triunfante en sus labios y agarró la mano de la anciana con confianza. Sin embargo, en lugar de ver nada, su mente quedó en blanco y su cuerpo inmovilizado.

Talisa tuvo carta blanca para acceder a sus pensamientos.

Aquella bruja no era una bruja normal. Como a Roxie, su alma había sido traída de otro época y por lo que la vidente podía percibir, estaban de algún modo ligadas.

Gracias a la sangre de Yasmina, habían conseguido sacar de su letargo a Sherezade. No podía ver donde la tenían, por mucho que se esforzara, seguramente, porque ella misma no lo sabía.

Vio a Abe, su padre, criándola desde muy pequeña en los firmes ideales que los brujos eran mucho más superiores a los humanos y por ese motivo, debían someterlos. Sintió como el odio en ella iba creciendo, hasta convertirla en la mujer cargada de rencor que era ahora.

Gracias a sus estudios como genetista, había descubierto un modo de crear unos seres, Groms, se llamaban. Los había creado a través de la sangre de alguien, pero ni ella misma sabía a quién pertenecía, pues era su padre quien se la suministraba. Aquella sangre era especial y había podido dotar a cadáveres de hombres atléticos, que ella misma mandaba ejecutar, en esos seres sin alma, con una fuerza sobrenatural, velocidad extrema y un poder de curación sobrehumano.

Tampoco sabía que quería Abe del oráculo, solo sabía que debía atraparla y esperar indicaciones de su padre.

Estaba claro que el patriarca del clan Berrycloth no se fiaba de nadie en absoluto, ni siquiera de su propia hija.

Talisa también pudo ver que de Nikolai habían querido averiguar cómo hacía para volver el tiempo atrás y adelante, porque querían replicarlo. Yasmina tampoco sabía para qué, pero sí que era muy importante para su padre y ella siempre le complacía.

Talisa soltó finalmente la mano de la bruja, pues no podía seguir indagando en su mente sin perder toda su energía y le hacía falta mantener un poco para huir de ahí.

En cuanto Yasmina tuvo la mano libre, despertó del trance en que Talisa le había metido.

—¿Qué me has hecho, vieja? —trató de saltar hacia ella, pero no pudo moverse, como si una pared invisible se lo prohibiese.

La vidente sonrió, arrugando su rostro.

—Yo también tengo mis trucos. —explicó—. Estáis atrapados en un círculo de sal que tengo oculto bajo la alfombra y si bien conozco a tu padre, imaginaba que tú tendrías su misma soberbia y te sentirías superior a mí, descuidando que estabas yendo hacia donde yo quería.

Yasmina gritó y golpeó la pared invisible que tenía al frente. Sus matones hicieron lo mismo, sin éxito.

—Ahora, bruja, dale un mensaje a tu padre. —dijo la mujer, cogiendo la moneda de su madre y alejándose hacia la entrada—. No va a ganar, por mucho que lo intente, porque siempre ha sido un perdedor y perdedor morirá.

Cuando cerraba la puerta, Talisa oyó gritar a Yasmina y sonrió satisfecha.

Cogió su bastón y caminó por la calle, hacia la parada de taxis, marcando el teléfono de Abdiel.

—¿Talisa? —descolgó el guardián, con tono preocupado.

—Voy a hacerte muy feliz, guapetón, porque tengo información fresca.

## Capítulo 24

Talisa le había informado de todo lo que había pasado durante la visita de Yasmina a su casa y lo que había podido extraer de su mente.

Abdiel hizo que un taxi fuera a recogerla e inmediatamente pidió a Elion que le sacara un billete de avión hacia Noruega y se instalara en su guarida. Talisa ya no estaba a salvo en ningún lugar, que no fuera con ellos.

Ellos, por su lado, estaban ya volando hacia allí, cuando Abdiel recibió la llamada.

—Dios mío, podrían haberla matado. —se lamentó Roxie, muy preocupada por la pobre anciana.

—Talisa es una mujer lista. —la tranquilizó Abdiel.

—Si en vez de ir Yasmina solo con dos Groms, la hubieran acompañado más, no hubiera escapado tan fácilmente. —suspiró, aliviada porque no hubiera sido así.

—Hemos tenido suerte que el patriarca Berrycloth sea un cabrón pretencioso. —apuntó Varcan, mirando por la ventanilla del jet.

Abdiel asintió, de acuerdo con él. No quería ni imaginarse lo que le habrían hecho a Talisa si no hubiera podido huir.

—¿Qué habrá querido decir Talisa con eso de que el alma de Yasmina y la mía están ligadas? —preguntó Roxie.

—Creo que ni siquiera la misma bruja lo sabía. —le dijo Abdiel—. Otra cosa más que apuntar a la lista de lo que debemos averiguar.

Roxie bufó y se levantó, harta de tantas incógnitas sin respuesta, referidas a ella misma.

Se metió en el pequeño baño del jet y se mojó la cara, para tratar de despejarse.

Segundos después, la puerta volvió a abrirse y entró Abdiel, ocupando con su gran cuerpo todo el espacio libre que quedaba en el baño.

—¿Qué haces aquí? —le miró malhumorada—. Necesito estar unos minutos a solas.

—Se acabó la autocompasión. —soltó él, sin hacerle caso.

—Yo decidiré cuanto tiempo quiero autocompadecerme. —le molestó muchísimo que quisiera controlar sus sentimientos.

—Sé que todo lo que has pasado en poco tiempo es muy fuerte para ti, pero debes seguir adelante. No puedes quedarte bloqueada. —le dijo—. No en este momento, que necesitamos que estés relajada para que puedas tener tus visiones.

—Serás insensible. —le acusó—. Ojalá pudiera tomarme todo esto con tanta filosofía como tú, que todo te resbala, pero es que has tenido dos mil años para entrenar, yo solo he dispuesto de unos días, no sé si lo recuerdas.

—Nada que tenga que ver contigo me resbala. —se acercó un paso más a ella—. Tu eres lo que más me preocupa en el mundo.

—Pues entonces sal de aquí y déjame en paz.

—No puedo dejarte sola. —le puso un mechón de pelo que tenía sobre la mejilla, tras la oreja—. No me gustan nada las emociones negativas que estás experimentando.

—Pues tendrás que aguantarte y aceptarlo.

—O puedo tratar de hacer que esas emociones negativas se vuelvan positivas. —sonrió,

seductoramente.

La levantó en vilo y la sentó sobre el lavamanos.

—¿Qué...? —exclamó Roxie—. No, no. —negó con énfasis—. Ni lo sueñes, amigo.

Abdiel rió y cuando la joven volvió a abrir su boca para protestar de nuevo, él la asaltó, besándola con pasión.

Sin poder evitarlo, Roxie gimió, participando en aquellos besos, volviéndolos más cálidos y ansiosos. Con impaciencia, Abdiel se quitó la camiseta y Roxie sintió que se le hacía la boca agua con la imagen de aquel torso cincelado.

Entonces tiró de los pantalones de ella, rasgándolos y dejando a la vista sus braguitas rosas.

—¡Abdiel! —gritó.

—No te preocupes, te traeré algo de ropa.

Sus bragas también acabaron rotas y la mano de Abdiel se deslizó entre sus muslos, acariciando aquella zona sensible y húmeda con delicadeza.

Roxie echó la cabeza atrás, tomando aire y dejándose llevar por las emociones que experimentaba.

—¿Te gusta? —susurró, mientras lamía su cuello e introducía un dedo en el interior de la joven.

—Sí. —jadeó—. Sí.

Los movimientos de la mano del guardián se hicieron más enérgicos. Le separó más las piernas, acercándola aún más al borde del lavamanos y llevándose la mano a la bragueta de sus pantalones, dejó libre su duro miembro y se clavó dentro de ella, haciéndola que soltara un grito.

—¿Te he hecho daño, mi amor? —se detuvo, acariciándole el rostro y escrutando su expresión.

—No. —negó, sonriendo—. Lo que siento no tiene nada que ver con el dolor.

Abdiel sonrió, la besó de nuevo en los labios y continuó penetrándola. Una oleada de placer recorrió a la joven de arriba abajo, cuando llegó al orgasmo. Cuando el guerrero notó sus espasmos, la penetró con más fuerza, soltando un gruñido muy masculino cuando el mismo también se dejó llevar por el placer.

Ambos se estremecieron, uno en brazos del otro.

Tomó el lánguido cuerpo de Roxie entre sus brazos, se sentó sobre el lavabo y dejó que la mujer descansara sobre sus rodillas.

Roxie apoyó la cabeza sobre su pecho y suspiró satisfecha.

—Me haces hacer cosas que jamás había pensado hacer en mi vida. —le reprendió.

Abdiel besó su frente.

—Eso no es malo.

—Lo es cuando cerca de aquí está Varcán, que tengo claro que ha estado disfrutando oyéndonos.

—No te quepa duda, morena. —le oyó gritar.

Roxie bufó y escondió el rostro en el hueco del cuello del guardián.

Abdiel rio.

—Solo trata de molestarte.

—En ocasiones me molestas tú más que él. —le dio un suave mordisco en el cuello, que hizo reír al guerrero.

Un rato después, cuando Roxie se había aseado y cambiado de ropa, tomó el valor para salir fuera del baño y enfrentarse a la mirada burlona de Varcán.

—Te noto acalorada, culito sexy. —ironizó, moviendo las cejas arriba y abajo.

—Vete a la mierda, cotilla. —le soltó, enseñándole su dedo corazón.

Varcan soltó una carcajada.

—Déjala en paz, Bror. —dijo Abdiel, dándole una colleja.

—Deberías ser tú quien la dejase en paz. —bromeó—. No olvides que la enfadas más que yo.

Abdiel puso los ojos en blanco.

—No me toques las pelotas.

—Eso ya lo ha hecho otra. —miró significativamente a Roxie.

Roxie le lanzó la botella de agua que tenía delante, pero Varcan la cogió al vuelo.

—Cambiando de tema. —prosiguió el guardián de la cicatriz—. He dado vueltas a la profecía. Si Talisa dice que la bruja sádica y tú. —señaló a Roxie—. Estáis de algún modo unidas, quizá no tengas que ser necesariamente tú la que arda en el infierno. El colgante también decía que la realidad está borrosa, así que quizá no sea todo lo que parece. —se encogió de hombros y subió los pies al asiento que tenía enfrente.

—Pero ellos me buscan. —dijo Roxie—. Buscan al oráculo y esa soy yo.

—Lo que dice Varcan tiene sentido. —confirmó Abdiel—. Según Talisa, ha visto que el alma de las dos está conectada, aunque no sabe de qué modo, así que puede que la verdad aún esté oculta. —Abdiel se acercó a su bolsa de viaje y sacó un bloc de notas—. Llevo apuntando todos los indicios, visiones, profecías... Todo lo que hemos averiguado, en definitiva, y a la única conclusión a la que he llegado es que Roxanne es una pieza clave en su plan, pero no creo que sea de la forma en que ellos piensan.

—¿Por qué has llegado a esa conclusión? —preguntó Roxie, sorprendida al ver todas las notas y reflexiones que tenía escritas, dándole a entender que estaba más preocupado por ella de lo que demostraba.

—Porque sé perfectamente que tú no puedes ser el oráculo maligno. —la miró con intensidad—. No hay en ti una pizca de maldad.

Roxie se sintió emocionada, sabiendo que había verdad en sus palabras. Él la veía así, como estaba diciendo y por lo que podía leer en sus ojos, sus sentimientos por ella eran tal cual le decía siempre. La amaba.

Aquello golpeó su mente y su corazón como nunca. De repente se dio cuenta que todo era real. Fue como si en ese momento, le hubieran quitado la venda de los ojos y viera todo con claridad.

Abdiel la amaba y ella le amaba a él. Era una locura, sí, lo sabía, pero no le importaba. Pasase lo que pasase, acababa de darse cuenta que tenía que vivir sus sentimientos. Nunca se sabía que te deparaba el destino, después del accidente de sus padres le había quedado claro, así que viviría lo que ambos sentían y que fuera lo que Dios o la dichosa profecía, quisieran.

Se levantó, sin importarle la presencia de Varcan y se sentó sobre las piernas de Abdiel, pasó sus brazos alrededor del cuello y le miró a los ojos:

—Te quiero. —le dijo por primera vez y le besó dulcemente en los labios.

—Genial, toca espectáculo en directo. —exclamó Varcan, haciéndose el despreocupado, aunque sonrió, pues en el fondo, le gustaba ver a su hermano enamorado y más de aquella chica, que le parecía una mujer increíble.

Oráculo, el feo gato negro, saltó a su regazo y este lo acarició con su gran mano, mientras ronroneaba. Mirando por la ventanilla se juró que iba a hacer lo imposible porque su hermano y Roxie pudieran disfrutar de ese amor, aunque fuera lo último que hiciera.





## Capítulo 25

Por fin habían llegado a la guarida de los guardianes. Roxie se sentía cansada, sin duda necesitaba una buena cura de sueño.

Abdiel se acercó a ella y la tomó de la mano.

—Estás agotada, vas a ir directa a la cama.

Roxie le miró con picardía.

—¿Es una proposición?

El guerrero sonrió.

—No había nada en el mundo que me gustara más, pero primero quiero que descanses.

—¿Ahora eres mi padre? —levantó una ceja.

—Solo soy la persona que se preocupa por ti, más que por nada en el mundo. —la besó en los labios.

—¡Basta ya de tantos arrumacos! —exclamó Varcán—. Estáis tan empalagosos que me da miedo tocaros por si me quedo pegado.

Al entrar en la sala, los otros cuatro guardianes les estaban esperando.

—¿Todo bien? —preguntó Elion, acercándose a palmear el hombro de sus hermanos.

—Podría haber ido mejor. —añadió Abdiel, recordando con pesar a la joven bruja que había muerto—. Pero por lo menos hemos descubierto algo más.

—Nosotros también creemos haber descubierto donde tienen otro de sus laboratorios, gracias al rastreador que lleva encima la bruja Berrycloth. —añadió Draven.

—Es una buena noticia, Bror. —se alegró el líder.

—¿A que esperamos para ir a machacarlos? —gruñó el vikingo, chocando un puño contra el otro.

Abdiel lo miró sonriendo. Sabía que su hermano era un hombre de acción.

—Esta vez lo planearemos todo con calma, Thorne, no quiero ninguna sorpresa. —se acercó a Nikolai, que estaba apoyado en la pared, al fondo de la sala—. ¿Cómo estás tú, Bror?

Se preocupaba por él pues sabía que el guardián ruso era muy hermético con sus sentimientos, pero estaba convencido que lo que fuera que le hubieran hecho en aquellos laboratorios, lo había dejado tocado de alguna manera.

—Perfectamente. —contestó sin más.

Abdiel asintió. Decidió no presionarle y darle su tiempo para asimilar todas sus emociones.

—¿Así que ahora eres nuestra hermana? —le preguntó Elion a Roxie, que permanecía en la entrada, observándolos.

—Bueno... —miró a Abdiel, sin saber que decir.

—Lo es. —sentenció el guerrero, devolviéndole la mirada con calidez.

—No sé si me gusta la idea de tener que convivir con una hembra. —refunfuñó Thorne, mirándola con el ceño fruncido.

—Con dos hembras. —le corrigió Talisa, que en aquel momento entraba en la sala.

El vikingo se cruzó de brazos.

—Peor me lo pones.

La anciana sonrió.

—¿Qué es ese bicho tan feo? —exclamó Draven, viendo al gato negro que se restregaba entre las piernas de Varcán.

—No me digas que tú también has traído una novia, Bror. —bromeó Elion, para molestar al guerrero de la cicatriz.

—Sí, es tu madre, ahora mismo llega. —le contestó el aludido, arrancando una carcajada en Elion.

—Es Oráculo. —dijo Roxie, agachándose a coger al gato entre sus brazos.

—¿También se va a quedar aquí esa bola de pelo? —repuso Thorne, mirando a Abdiel, de forma acusadora.

Este asintió.

—Le estaban golpeando cuando lo encontramos. —explicó—. Además, necesita tratamiento, no podíamos dejarlo en la calle.

El vikingo gruñó, pero no dijo nada más.

Roxie besó al minino, mientras le acariciaba el cuello.

—Y no es feo, es muy lindo. —miró sus ojos verdes—. ¿A que sí, gordito? ¿A que eres muy guapo? —le dijo, con voz infantil.

La anciana se acercó a ella y a tientas, puso su mano sobre la cabeza del felino.

—Oráculo, ¿no? —preguntó, acariciándolo.

—Sí. —sonrió.

—Siempre me han gustado los gatos. —retiró la mano y alzó sus opacos ojos hacia la joven—. Se dice que uno nunca elige a su gato, si no que el gato te elige a ti.

—¿A sí, Oráculo? —miró al gato, que maulló, como si la entendiera—. ¿Tú me has elegido a mí? —el felino le dio un cabezazo cariñoso, haciéndola reír.

La anciana, tanteando con su bastón, llegó hasta un sillón y se acomodó en él.

—También existe una leyenda budista, que dice que cuando una persona ha alcanzado su nivel más alto de espiritualidad y llega su muerte, su alma se une al cuerpo de un gato, pues estos felinos son animales libres.

—Qué bonita leyenda. —comentó la joven—. Nunca la había escuchado.

—Normal, polluela, eres demasiado joven para saber todo lo que yo sé. —afirmó la vidente.

El gato saltó de los brazos de Roxie y se acomodó en el regazo de Talisa.

—Ahora ve a descansar. —le ordenó la anciana—. No puedo verte, pero si tu aspecto es igual que tu voz de cansancio, sin duda necesitas dormir bastantes horas seguidas.

Roxie sonrió, se acercó a la vidente y le dio un beso en la mejilla.

—Lo hare. —le dijo con dulzura—. Y me alegro que esté bien.

Después se retiró, junto a Abdiel.

El resto de los guardianes también se fueron dispersando, hasta que en la sala solo quedaron la anciana y el felino.

—No me gustaría saber por las cosas que has tenido que pasar hasta encontrarla. —el animal alzó sus ojos hacia ella—. Ahora mismo necesita tu protección. Está en buenas manos con los guardianes, pero esa dulce jovencita tiene mucho dolor en su corazón. —Oráculo maulló—. Tu mujer y tú la criasteis muy bien. Enhorabuena.

Roxie y Abdiel se ducharon juntos e hicieron el amor de forma dulce y pausada. Después se quedaron dormidos el uno en brazos del otro.

Unas horas más tarde, Roxie despertó. Abdiel aún la estaba abrazando. Con cuidado, se escabulló de entre sus brazos y se dirigió a la cocina, donde bebió agua.

Oráculo se restregó contra sus piernas al verla.

—Hola, precioso. —le saludó, acariciando su cabeza.

De pronto, sintió como un tirón en sus tripas, como si alguien la estuviera llamando. Se dirigió hacia donde sentía que debía ir. Oráculo la siguió, observándolo todo con atención.

Pasó por delante de un equipado gimnasio y bajó unas escaleras que había al fondo. Aquellas escaleras daban tan solo a una sala llena de espejos, con el suelo acolchado.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó al gato, que olisqueaba a su antojo.

Roxie vio el símbolo de los guardianes del sello plasmado en el acolchado suelo. Se agachó a acariciarlo y un mareo le sobrevino. Se tambaleó y calló de rodillas al suelo. Oráculo se acercó a ella, maullando lastimeramente, pero no pudo tranquilizarlo, pues cayó desmayada en ese instante.

Se vio transportada a un lugar de suelos blancos y columnas doradas. Todo a su alrededor parecía brillar con más intensidad. El olor era como de algodón dulce.

—Tenía ganas de conocerte.

Roxie se volvió hacia aquella sensual voz.

Pertenecía a una mujer de belleza deslumbrante. Su cabello rubio era el más brillante que hubiera visto en su vida y le caía en hondas por debajo de tu trasero.

La miraba con una segura sonrisa y sus rasgados ojos grises oscuros, clavados en ella.

—¿Quién...quién eres? —preguntó insegura.

—Soy aquella que lo sabe todo. —se fue acercando lentamente—. Soy el ojo que todo lo puede ver. Soy quien creó a los guardianes del sello para proteger a la humanidad de los clanes de magos. Soy la Diosa que custodia la balanza del bien y el mal. Soy la diosa Astrid.

—La Diosa Astrid. —repitió, sorprendida.

—Te he llamado y has acudido.

Roxie no se podía creer que de verdad estuviera hablando con una Diosa.

—¿Qué quieres de mí?

—Mi querida Roxanne ¿O debería llamarte Roxana?

—Roxie está bien.

La Diosa amplió su sonrisa.

—Roxie. —repitió—. Me gusta.

La joven se movió nerviosa, abrumada por todo lo que estaba viviendo.

—Verás Roxie, yo veo el futuro al igual que tú, solo que puedo verlo con mayor claridad, como si encendiera una televisión. —le acarició el rostro, haciendo alusión a una frase que Roxie había pronunciado no hacía mucho—. Pero tu futuro no me es revelado con tanta certeza. Solo sé que deberás arriesgarte, tomar una decisión y hacer un sacrificio.

—¿Con respecto a qué?

—No lo sé, y aunque lo supiera, no podría revelártelo, pues no me permiten intervenir de manera deliberada en el destino.

—Y todo esto, ¿de qué me sirve? —exclamó, sintiéndose impotente.

Puso las manos en sus caderas y entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Roxie se frotó las sienes con los dedos y anduvo de un lado al otro, exasperada.

—Nadie me da respuestas directas, solo encontramos profecías encriptadas y colgantes con extrañas rimas. —se volvió a mirar a la Diosa—. ¿Qué se supone que he de hacer con eso? Yo no pertenezco a este mundo oculto y solo quiero saber que soy y para qué fin estoy aquí, porque si lo que pretende el destino es que sirva para ser el martillo ejecutor de un clan de brujos resentidos, solo diré una cosa: “que te jodan, destino”

La Diosa la miraba incrédula, en parte por la forma en la que le había hablado, sin ningún tipo de respeto, y también porque ciertamente, aquella joven le gustaba.

—Lo primero que te diré es que podría transformarte en gusano ahora mismo si quisiera y lo haré si vuelves a hablarme con tan poco respeto, mujer.

Roxie tragó saliva, nerviosa.

—Y lo segundo, tienes razón.

La joven morena se sorprendió.

—¿Sobre qué?

La Diosa sonrió ampliamente.

—Yo también diré: “que te jodan, destino”. —Roxie le devolvió la sonrisa—. Y es por eso que te diré que debéis esperar un par de semanas para actuar, en las cuales tienes que prepararte, descubriendo tus nuevas habilidades como la pareja de un guardián. Es muy importante que seas consciente que en ocasiones se deben hacer sacrificios por un bien mayor, pero sin duda estoy convencida que cumplirás con el papel que las nornas han designado para ti. El sacrificio que se te pedirá en esta ocasión será muy grande, debes tenerlo en cuenta. ¿Crees estar preparada para perder la vida?

Roxie tragó saliva, tratando de deshacer el nudo que se formó en su garganta.

—Lo intentaré. —dijo, con voz entrecortada.

La Diosa asintió, se acercó más a ella y la tomó por los hombros.

—Recuerda que el colgante esmeralda debe estar siempre contigo, pónelo y no lo muestres al mundo. —le guiñó un ojo—. Tú sabrás exactamente en qué momento deberás utilizarlo.

—¿Pero si yo pierdo la vida, eso significa que Abdiel también lo hará? Sé que ahora estamos unidos de por vida.

—Por eso no te preocupes, yo protejo a mis guardianes. —le aseguro—. Solo debes procurar que no esté cerca de ti cuando todo ocurra.

Roxie asintió.

—Confío en ti, princesa. —sin más la besó sensualmente en los labios, devolviéndola de golpe a la realidad.

Parpadeó varias veces, aún tirada sobre el mullido suelo.

Oráculo le lamió la cara y Roxie se incorporó, acariciándolo.

—Estoy bien, amiguito. —lo tranquilizó.

—Roxanne. —Abdiel apareció por la puerta de la sala, apresurándose a arrodillarse junto a ella, con gesto preocupado—. ¿Qué ha ocurrido? Ha habido un momento que no podía sentirte, temí que... —no pudo ni pronunciar la palabra.

—Estuve con la Diosa. —le dijo.

El guerrero la miró sorprendido.

—¿Cómo?

—No sé cómo, solo sé que ella de algún modo me llamó y yo acudí.

—¿Qué quería?

—Conocerme.

—¿Qué te ha dicho?

—Solo que necesitábamos esperar un par de semanas para actuar. —le explicó—. En esas semanas deberé descubrir mis nuevas habilidades como... —se sonrojó un poco—. La pareja de un guardián.

—Te ayudaré a hacerlo. —aseguró el hombre, acariciando con su pulgar el ovalo del rostro femenino.

—Dijo que en el momento que tuviera que actuar, lo sabría.

—Esperemos que sea cierto. —la abrazó contra su pecho—. ¿Algo más?

Roxie dudó, pero creyó que lo mejor sería no contarle que le había dicho que debería hacer sacrificios por un bien mayor.

—Roxanne. —la separó un poco de él al notarla dudar, para escrutar su rostro.

—Nada más. —mintió, rezando porque no se diera cuenta—. Es solo que me siento un poco mareada.

—Es normal. —le dijo Abdiel, tomándola en brazos—. Los viajes astrales al palacio de la Diosa dejan sin energía, pero yo te ayudaré a reponerla. —sonrió de medio lado.

—Mmmm, me parece una ideal excelente. —besó el cuello masculino, anticipándose a lo que iba a pasar.

Por encima del hombro masculino vio a Oráculo, que parecía mirarla con preocupación, por lo que bromeando, se puso un dedo sobre los labios, pidiéndole en silencio que guardara su secreto.

## Capítulo 26

A la mañana siguiente, Roxie se puso el colgante de la esmeralda en forma de corazón, como le había dicho la Diosa Astrid y lo ocultó bajo su ajustada camiseta de deporte, para que no lo vieran, el único que era consciente que lo llevaba puesto era Abdiel.

Se enfundó unas mallas negras y sus deportivas, se recogió el cabello en una coleta alta y como bien le había aconsejado la Diosa, estaba decidida a saber que nuevos dones se le había otorgado por ser la pareja de Abdiel.

Se planteó una rutina de entrenamiento con él, tratando de reforzar sus nociones de defensa personal.

En cuanto comenzaron con las clases, Roxie notó las diferencias con su yo de antes.

Tenía mucha más fuerza, era más ágil y rápida. Sus sentidos estaban más agudizados. Escuchaba los latidos del corazón de Abdiel, su visión parecía más nítida. Era increíble de todo lo que no se había dado cuenta, hasta que prestó atención a las diferencias que se habían producido en ella.

Así fueron transcurriendo los días. Una vida relativamente normal, sin dejar de tener en mente que en quince días todo cambiaría.

En las ocasiones miraba a Abdiel y pensaba en lo mucho que había significado para ella durante ese tiempo que se conocían. Suponía que a esto se refería la gente cuando hablaba del amor a primera vista, en el que ella nunca había creído hasta ahora que lo había experimentado en carnes propias.

Cuando por las noches, saciada de haber bebido de Abdiel, se tumbaba sobre su pecho, escuchando el latido del corazón masculino bajo su oreja y sentía que había nacido para ese hombre, así como él había nacido para ella. Era por eso, que pasara lo que pasara, no podía arrepentirse de haberle buscado, pues su vida no hubiera sido la misma si nunca hubiera experimentado aquel amor que la elevaba por encima de las nubes y le llenaba de felicidad el alma.

Abdiel la tomó por el brazo y Roxie, con una hábil maniobra, se desembarazó de él, tirándolo al suelo e inmovilizándolo con su propio cuerpo.

—Demasiado lento. —le dijo, sonriendo pícaramente.

—Cada vez peleas mejor. —le colocó sus grandes manos sobre las nalgas.

—Eh, guerrero, no le he dado permiso para tomarse estas libertades. —bromeó.

El guardián sonriendo, alzó las manos rindiéndose.

Ella se incorporó a horcajadas sobre él.

—Ojala esta pudiera ser nuestra vida para siempre. —suspiró.

—Lo será, mi amor. —le prometió.

Roxie sonrió con tristeza.

—¿Qué te preocupa? —se sentó con ella sobre sus piernas, para poder mirarla a la cara.

—No es nada.

—Sabes que soy demasiado viejo como para que puedas engañarme, ¿verdad? —le acarició los hombros.

Roxie sonrió.

—Es verdad. —bromeó—. Se me había olvidado que eres un carcamal.

Abdiel alzó una ceja.

—¿Así que un carcamal?

—Totalmente.

Comenzó a hacerle cosquillas.

—Te voy a demostrar el carcamal que estoy hecho.

—¡No! —gritó la joven, riendo.

Cayó de espaldas y Abdiel se estiró sobre ella, sin dejar de cosquillearla.

—¡Basta! —exclamó. Le dolía la barriga de tanto reír—. Me rindo.

—¿Estás segura? —la cogió de las muñecas con una de sus manos.

—Sí, abusón.

Abdiel amplió su sonrisa y se acercó a su oído.

—Recuerda que acabas de rendirte ante un vejestorio. —le susurró, haciéndola poner la piel de gallina.

—Jovenzuelos, ¿puedo pasar?

Cuando oyeron la voz de Talisa, Abdiel se puso en pie de un salto y ayudó a hacer lo mismo a Roxie.

—Adelante, Talisa. —dijo el guardián.

—¿Cómo va el entrenamiento, polluela? —preguntó, deteniéndose delante de ellos, guiada por sus voces.

—Creo que cada vez mejor. —miró de reojo a Abdiel.

—Está haciendo muchos progresos. —afirmó él.

—Bien, bien. —sonrió la anciana—. ¿Podría hablar con la niña a solas un momento, guapetón?

El guerrero miró a la joven, que asintió, con una sonrisa en los labios.

—Claro que sí. —beso a Roxie fugazmente, antes de desaparecer.

Cuando se quedaron a solas, la vidente extendió una mano y Roxie la tomó entre las suyas.

—¿Hay algún lugar donde pueda sentarme?

La joven volvió la vista hacia un banco de ejercicios que tenían cerca.

—Sí, ven.

La guió hasta allí y la ayudó a acomodarse.

—Mis piernas ya no son lo que eran. —se lamentó.

Oráculo se restregó contra las piernas de Roxie, haciéndola saber que él también estaba allí. Últimamente se había vuelto inseparable de la anciana vidente.

—Hola, precioso. —se inclinó y le acarició la cabecita.

Su cuerpo ya tenía casi todo el pelo que le faltaba y había cogido unos kilitos, que le daban un aspecto más saludable y bonito.

—Mañana es el día en que iréis en busca de los Berrycloth, ¿no es así? —habló Talisa.

—Así es.

—Sé lo que tienes en mente, jovencita y aunque no lo apruebo, soy consciente que en ocasiones todos hemos tenido que sacrificarnos por un bien mayor.

Roxie no se sorprendió que estuviera al tanto de todo, porque a la vidente no se le escapaba nada.

—No se lo cuentes a nadie, por favor. —la tuteó, como la anciana le había pedido durante esos días—. Especialmente a Abdiel.

—De mi boca no saldrá una palabra, pero sabes que va a enfadarse mucho, ¿verdad?

La joven asintió.

—Pero si se lo contara, no me permitiría hacerlo.

—No te estoy juzgando, polluela, solo te estoy advirtiendo.

—Lo sé.

—En fin. —suspiró—. Solo quiero decirte que por mucho que estés dispuesta a sacrificar, hay cosas por las que no merece la pena. Tú sabrás donde está el límite, estoy segura de ello. Observa todo y valora tus opciones. No todo tiene que ser como parece, es por eso que siempre debes mirar con los ojos del corazón. En ti hay bondad, polluela, no dejes que te intenten convencer de lo contrario. Si en cierto momento debes decidir hacia dónde tirar, que siempre sea hacia donde te guíe tu instinto. ¿Me estas entendiendo?

Roxie rió suavemente.

—Creo que sí.

La anciana le apretó la mano, con cariño.

—Tu instinto te trajo hasta aquí, te hizo confiar en Abdiel y creer que cosas que parecían imposibles, fueran ciertas. —señaló al gato, que las miraba con atención—. Te hizo rescatarle a él, que te guió hacia el colgante que llevas oculto. Recuerda lo que te digo, tu instinto sabrá guiarte.

Aquella noche cenaron todos juntos, entre bromas, pese a que sabían que al día siguiente se iban a meter en la boca del lobo. Ninguno sacó el tema, preferían que aquella noche no tuviera nada que ver con lo que se avecinaba.

Cuando por fin cada uno se fue a su cuarto, Roxie se puso una de las camisetas de Abdiel, que usaba para dormir y se sentó sobre la cama, mirando a su alrededor. Memorizó cada lugar donde habían hecho el amor, el olor que impregnaba el ambiente y le recordaba al hombre que amaba. Recordó la noche anterior, cuando Abdiel le había dicho por enésima vez que la amaba y no pudo evitar que se le saltasen las lágrimas.

—Roxanne.

La joven se volvió hacia la voz masculina.

—¿Qué te ocurre? —se sentó junto a ella, mirándola intensamente, con el ceño fruncido.

Su preocupación por ella se reflejaba en sus preciosos ojos aguamarina, esos ojos que con toda seguridad, al día siguiente sería la última vez que viera.

—Estoy preocupada por lo que ocurra mañana. —dijo una verdad a medias.

El hombre tomó una de sus delicadas manos entre las suyas.

—Nunca dejaré que te hagan daño, te lo prometo.

Roxie apenas podía respirar de la congoja que sentía, pero se obligó a sonreír débilmente.

—Lo sé. —afirmó—. Pero quiero que me prometas algo.

—Lo que quieras. —aseguró, besándola en los labios.

—Prométeme que ocurra lo que ocurra, confiarás en mí y en las decisiones que decida tomar. —se llevó la mano del hombre a sus labios y la besó con ternura.

—Yo siempre respeto tus decisiones. —le dijo—. Cuando te conocí me pediste que no volviera a usar mis poderes de manipulación contigo y así ha sido.

—Lo sé. —le acarició la áspera mejilla—. De todos modos, quiero que lo prometas.

—Está bien, lo prometo.

Roxie lo abrazó con fuerza, amándolo todavía más, si eso era posible.

—Ahora es mi turno de pedirte algo.

Se separó de él y le miró a los ojos.

—¿Qué quieres? —entrecerró los ojos, recelosa.

El felino negro que estaba tumbado a los pies de la cama los miró con curiosidad.

Abdiel se arrodilló delante de ella y le mostró un bonito anillo de oro, con tres diamantes



engarzados en él.

—Roxanne Black, querida hija de Daniel y Lily, hermana de sentimiento de Maxine Scott y ahora mi pareja de vida. Frente a ti y los Dioses como testigos, juro que te protegeré con mi vida si es necesario. Seré tu aliento en los momentos que sientas que te falta el aire, tu apoyo cuando creas que no puedes mantenerte en pie. Seré el calor en tus noches frías y la brisa en las calurosas. Y tú serás mi paz en tiempos de guerra, mi dulzura en los momentos amargos, mi sustento cuando muera de hambre. Desde hoy y para siempre, no solo serás mi pareja eterna, también el amor de mi vida.

Las lágrimas corrían descontroladas por las mejillas de Roxie.

—Dime, Roxanne, me harás el honor de ser mi mujer a ojos de los Dioses.

Roxie asintió con vehemencia.

—Sí. —consiguió decir—. Sí. —se tiró a sus brazos.

—Te amo, cariño. —murmuró el hombre, deslizando el anillo en el dedo de la mujer.

—No más que yo a ti.

Se besaron con pasión y una necesidad que les unía más allá de sus cuerpos. Unía sus almas gemelas.

Ninguno de los dos se dio cuenta como Oráculo se alejaba, dejándolos a solas, pero con lágrimas en sus felinos ojos verdes.

## Capítulo 27

Los seis guardianes se estaban preparando para la batalla.

Se habían vestido con flexibles pantalones de cuero y camisetas sin mangas. Llevaban dagas, pistolas y un sinnfn de armas más bajo la ropa.

Roxie también se había armado, pues en esos catorce días la habían enseñado a disparar y usar una daga. No era una experta, pero por lo menos sabía defenderse.

—¿Elion, tienes localizada a la doctora? —preguntó Abdiel.

—Sí. —afirmó el aludido—. Sigue en el mismo lugar donde creemos que está el nuevo laboratorio.

—¿Los coches tienen todas las armas cargadas, Draven?

El cazador, que era el experto en armas, asintió.

—Sí, Bror, todo a punto.

—Varcán, has estudiado los puntos de escape, en caso que la cosa se ponga fea.

—Todos memorizados. —se señaló la sien.

—Thorne, quiero que tú seas la sombra de Roxanne en todo momento, tu misión es cubrirle las espaldas pase lo que pase. ¿De acuerdo?

—Sí, Bror. —afirmó el vikingo.

—Nikolai, por desgracia tú conoces a esa gente mejor que nosotros, así que cualquier cosa extraña que veas, infórmame.

—Por supuesto. —contestó el rubio, sin más.

—Y tú. —se acercó a Roxie y acunó su rostro suavemente entre sus manos—. No te alejes de nosotros y al menor peligro, quiero que salgas huyendo. Me importa una mierda el lugar que tengas dentro de esta profecía. Solo me importas tú, ¿entendido?

Roxie fingió una sonrisa.

—Alto y claro.

Abdiel también sonrió y la besó suavemente en los labios.

—Está bien, guardianes, demostrémosles de lo que estamos hechos.

Todos alzaron el puño gritando, como los guerreros que eran.

Abe Adams acababa de llegar a Noruega, para reunirse con sus hijas. Estaba claro que nada de lo que había planeado estaba saliendo como él quería y todo por delegar en ellas.

De Keyla no esperaba mucho. Siempre había sido una niña despistada, con la cabeza en las nubes y que aún creía en los cuentos de hadas. Había heredado el don de su madre como sanadora y como ella, había decidido estudiar la carrera de medicina para ayudar a los demás.

Sin embargo, Yasmina le había decepcionado. Ella siempre había sido una hija aplicada, que intentaba agradarle en todo lo que pudiera.

Consiguió que fuese genetista, pues es lo que necesitaba para crear una raza que fuera capaz de acabar con los guardianes del sello y al mismo tiempo, fueran fieles y manejables, para que en ningún caso pudieran alzarse contra ellos.

Todo aquello lo habían conseguido, pero desde que el oráculo había aparecido, nada les salía como planeaban y todo porque con sus visiones se adelantaba a todos sus movimientos. Se

suponía que Yasmina estaba para eso, había sido creada a base de magia y genes extraídos de la momia de Sherezade para entrelazar su alma con la del oráculo, así cuando llegara el momento preciso, ésta la buscara, atraída por su vínculo.

Pero el caprichoso destino había dado una vuelta de tuerca, haciendo que el alma de aquella mujer no solo estuviera unida con la de Yasmina, sino también con el líder de los guardianes del sello, que al parecer era su alma gemela.

Abe maldijo por lo bajo, justo en el momento en que sus hijas hacían acto de presencia.

—Papá. —le saludó Keyla, quedándose en la entrada de la sala.

Yasmina, sin embargo, caminó hasta él, con una expresión de felicidad en su atractivo rostro.

—Qué alegría, papá, te echaba mucho de menos...

No pudo continuar hablando, pues la mano de su padre le cruzó la cara, ladeándosela y haciendo que un hilo de sangre corriera por la comisura de su boca.

—¿Qué has hecho? —profirió, mirándola con rabia—. Has permitido que la vieja Talisa hurgue en tu mente. ¿Te das cuenta a lo que nos has expuesto?

—Lo... lo siento, papá. —se limpió la sangre con el dorso de la mano.

—No basta con sentirlo. —agregó—. Por suerte, no te conté todos nuestros planes o estaríamos perdidos.

—¿Qué? —se sorprendió la joven—. ¿Hay cosas que no me has contado? ¿Acaso no confías en mí? —dijo, con la voz cargada de decepción.

Ni un rastro de arrepentimiento asomó al rostro de Abe, solo una sonrisa de autosuficiencia.

—Y gracias que no lo hice. ¿No crees?

Yasmina jadeó, como si la hubiera golpeado, porque lo cierto es que aquellas palabras le habían dolido más que el bofetón anterior.

—Papá. —interrumpió Keyla, acercándose a ellos—. Yasy ha hecho todo lo que le has pedido y más. No creo que sea justo que le echés en cara nada.

—¡Y tú cállate! —vociferó—. ¿Porque nunca haces nada de lo que se te pide?

Keyla se envaró.

—No es cierto. —se defendió—. En el antiguo laboratorio he estado haciendo todo lo que se me ha pedido. He monitorizado y sanado a los Groms una y mil veces. He ayudado con la investigación de Yasmina e incluso ayudé con el soldado ruso.

Abe soltó una risotada amarga.

—Soldado ruso. —repitió—. Aún sigues viviendo en le inopia.

—No creo que sea buena idea decirle la verdad, papá. —aconsejó Yasmina.

La joven rubia se volvió a mirar a su hermana mayor.

—¿Qué verdad?

—Ninguna. —se apresuró a negar la morena.

Entonces enfrentó a su padre.

—Papá ¿qué verdad? —exigió.

—¿De verdad sigues siendo tan ingenua como para creerte que trabajamos para el gobierno en una misión secreta?

—Yo... —balbució—. Sí, eso fue lo que me explicaste.

El hombre negó con la cabeza.

—Somos brujos, hija. Seres superiores, pertenecientes a un clan que durante siglos ha buscado poder hacerse con el mando de la tierra.

—¿Brujos? —de inmediato las palabras de Nikolai acudieron a su mente.

—*Te están manipulando. Sé que esto va a sonar a locura, pero es la verdad. No soy un*

*soldado, soy un guardián milenario, que protege la paz en la tierra, y tú no eres una simple doctora, eres una bruja que forma parte de un clan de poderosos brujos, que han intentado saltarse la ley de la sangre en incontables ocasiones. Y por desgracia, creo que en esta ocasión están haciendo lo mismo y te están usando a ti para ello.”*

—Dios mío, decía la verdad. —se llevó la mano al pecho, notando los acelerados latidos de su corazón.

—¿Quién decía la verdad? —preguntó su hermana.

—Nik... Nikolai. —se corrigió—. Él me advirtió sobre todo esto, pero no podía creerle.

—Te advertí que no confraternizaras con él. —la reprendió Yasmina.

—Madre mía. —Keyla caminaba de un lado al otro, incapaz de estar quieta—. ¿Ellos tratan de proteger a la humanidad de nosotros? ¿Somos lo malos?

—Claro que no. —se defendió la morena—. Nosotros solo queremos el lugar que nos pertenece por derecho, ¿verdad, papá?

—Por supuesto. —respondió el hombre—. La evolución siempre ha hecho que los seres superiores dominen a los que están por debajo de ellos. Sin embargo, por deseo de una Diosa engreída se creó a los guardines del sello, que velaran por la ley de la sangre. Una ley obsoleta, que nos obliga a los brujos y demás seres con dones especiales a permanecer ocultos, a la sombra de los humanos. Una raza egoísta, destructora y que se cree el ombligo del mundo. Durante años les hemos mandado plagas, desastres naturales, virus mortales e incluso atentados, pero siempre salen a flote. Son como las cucarachas, muy difíciles de exterminar.

Keyla no podía creer lo que escuchaba.

—Lo que estás diciendo es horrible. —masculló, horrorizada.

—Lo horrible es que nuestra raza deba permanecer oculta. —espetó Yasmina.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó la joven doctora—. Yo mantengo oculto mi don como sanadora y creo que es lo mejor, porque puedo ayudar a las personas, sin necesidad de asustarlas.

—Nuestra naturaleza es mágica, no lo olvides. —añadió la morena.

—¿Qué hay de mágico en torturar a un hombre hasta casi matarlo? —replicó.

Su hermana apretó los puños.

—No quiso colaborar.

—¡Claro que no quiso colaborar! —prorrumpió, con una risa amarga—. Querías usarle para un fin que es totalmente contrario a su naturaleza.

—Su naturaleza es la de mantener presa de una cadena invisible a tu raza, no lo olvides. —dijo Abe.

—No quiero pertenecer a ninguna raza si ello conlleva esclavizar a otra.

—No debí hacer caso a tu madre. —se lamentó el hombre—. Debí haberte criado a mi manera, como hice con Yasmina.

—¿Qué tiene que ver mamá con todo esto? —quiso saber Keyla.

—Ella, como tú, era una bruja sanadora. —explicó el brujo—. Es extraño que nazca una bruja con ese don, de hecho, ahora mismo solo se de tu existencia, no me consta que hayan más con dichos poderes. Cuando nació Yasmina, le dije que la criaría a mi manera y a cambio ella me pidió, que si teníamos un segundo hijo, ella decidiría como hacerlo. Por lo que puedes ver, acepté y ella te crió con sus estúpidos ideales de protección y amor por todo ser vivo.

—Sus ideales no eran estúpidos. —replicó Keyla—. Son los mejores valores que se le pueden dar a un niño.

Abe negó con la cabeza, observándola con desagrado.

—Me hizo prometer que te ocultaríamos lo que somos en realidad, para que no tuvieras que

vivir con ese odio en tu corazón. —el hombre soltó aire por la nariz—. Ha sido la promesa más estúpida de mi vida, pero por desgracia el amor obnubila el resto de los sentidos.

—Sinceramente, creo que fue la decisión más sensata que te he visto tomar. —sentenció su hija, sin amilanarse por su mirada oscura.

Un estruendo hizo retumbar las paredes de la sala donde se encontraban.

—¿Qué es eso? —preguntó Keyla, asustada.

—¡Están aquí! —espetó Yasmina, mirando a su padre alarmada.

—¿Por qué no lo has visto? —exigió su padre.

—Creo que cuanto más fuerte se hace el vínculo del oráculo con el guardián, más se debilita el que tiene conmigo. —reconoció.

Abe maldijo.

—Cada vez me sirves de menos.

## Capítulo 28

Los guardianes y Roxie irrumpieron en el laboratorio de los Berrycloth.

Aquel laboratorio no estaba oculto como el otro y ocupaba todo un edificio. Había mucha seguridad, por lo que habían utilizado un explosivo para volar la puerta.

Abdiel y Varcán iban a la cabeza, deshaciéndose de los brujos. Thorne y Elion escoltaban a Roxie, cerciorándose que no le ocurriera nada. Mientras que Nikolai y Draven eran los encargados de guardar las espaldas a todos.

Los seis eran como un ejército de soldados de elite bien entrenados. Sabían cómo moverse, eran disciplinados y sobretodo mortíferos.

Un grupo de Groms apareció, complicándoles un poco la tarea, pero siguieron peleando sin descanso.

Roxie también ponía de su parte, peleando como le había enseñado Abdiel, pero aún no se atrevía a romper un cuello o sacar el corazón de alguno de los Groms.

Abdiel, pese a dar las ordenes a sus hermanos y pelear como si no hubiera un mañana, no podía evitar estar pendiente de la joven, pues la notaba nerviosa y angustiada.

—¡Basta! —se oyó en medio de todo el caos y los Groms se detuvieron, casi al instante.

Los seis guerreros y Roxie se volvieron hacia aquella voz, perteneciente a Abe Adams, que miraba a la joven con una sonrisa codiciosa en su aún atractivo rostro.

—Tenía ganas de conocerte, oráculo. —le dijo a Roxie.

Abdiel se aproximó a ella, deteniéndose justo delante, para obstaculizar la visión al brujo.

—¿Qué queréis de ella? —inquirió el guerrero.

Pero Abe no le dirigió una sola mirada, por lo que Roxie, tocando el hombro de Abdiel, se puso a su lado, aguantando la mirada del patriarca Berrycloth.

—¿Qué queréis de mí?

Abe sonrió y dio un paso adelante.

Abdiel gruñó y enseñó sus afilados colmillos.

—Si se te ocurre acercarte a ella, te arrancaré los brazos.

El brujo alzó las manos, sonriendo con ironía y miró con un odio brutal al guardián.

—Me has dado muchos problemas.

—Pues espero que no quieras que te dé más, porque por ella estoy más que dispuesto.

Roxie dio otro paso adelante.

—¿Te he hecho una pregunta?

Abe volvió a centrar su atención en ella.

—Lo único que quiero es cuidarte. —le tendió una mano, que la joven miró con recelo—. En cierto modo, yo soy tu padre, pues te traje a esta vida. Yo conseguí traer tu alma aquí, aunque lamento no haberte encontrado antes.

Roxie lo miró con repugnancia.

—He tenido un padre maravilloso, y ese desde luego no has sido tú. —le soltó con inquina—. Tú solo eres un enfermo, que lo único que pretende es hacerse con el control del mundo, como si fueras un pequeño dictador.

—Si eso es lo que crees, es que no has entendido nada, preciosa mía.

—Ella no es nada tuyo. —gruñó Abdiel.

—¿Qué es lo que no he entendido? —intervino la joven, queriendo sacarle información.

—No has entendido que nuestro cometido no es hacernos con el control del mundo, es tomar el lugar que por evolución nos pertenece y se nos ha negado. —profirió con ímpetu—. ¿Porque no podemos ser libres de mostrar nuestra naturaleza?

—Puedo estar de acuerdo contigo en ese punto, pero hay formas diferentes de hacer las cosas. Una, que es la tuya, arrasando con todo y con todos para conseguir llegar a tu objetivo y otra, que es la que yo seguiría, es ser libre, con mis peculiaridades o dones, pero no trataría de esclavizar a una especie entera por ello.

—Esa especie es la que nos esclaviza a nosotros, ¿es que no lo ves, preciosa mía?

El brujo parecía mirarla con veneración. Cuando Abdiel fue a dar otro paso hacia él, al oír que volvía a llamarla así, Roxie le tomó del brazo y lo detuvo.

—Yo no soy una bruja.

—Pero eres un ser especial. —le recordó—. Eres un oráculo, que es capaz de ver lo que nos deparará el futuro y el que nos guiará para alzarnos con la victoria.

—¿Qué pasa si yo no quiero ayudaros? —alzó el mentón, retadora.

El brujo sonrió con seguridad.

—Lo harás igualmente. —aseguró—. El destino así está escrito.

—Como ya dije en una ocasión a cierta persona, que le jodan al destino.

Abdiel se volvió a mirarla alzando una ceja y Roxie le guiñó un ojo.

Abe, por el contrario, frunció el ceño, contrariado.

—No puedes hacer eso.

—Lo estoy haciendo. —respondió, con total seguridad.

Sin embargo, el brujo, en vez de alterarse, sonrió y señaló al techo.

—¿Ves los aspersores que hay por todo el techo? —Roxie alzó los ojos para mirarlos—. Contienen un gas que privan a tus amigos los guardianes de sus dones. Su fuerza y su capacidad de curación se ven mermadas a causa de él. Vòlkov ya lo conoce. —señaló con la cabeza a Nikolai, que apretó los labios.

—Imaginábamos que haríais uso de este gas. —aseguró Roxie—. Pero de todas formas, debíamos venir y probar de vencerlos. No quería estar siempre huyendo. —mintió. Pues aunque si habían valorado la posibilidad que el gas que habían usado para torturar a Nikolai estuviera presente también en aquellos laboratorios, la razón por la que habían decidido abordarlos así, era porque la Diosa le había dicho cuando hacerlo y Roxie había sentido que no podía ser mediante una emboscada silenciosa, pues necesitaba respuestas y tan solo Abe Adams podía ofrecérselas.

—No tenéis posibilidades de ganar. —se jactó el brujo—. Porque si quiero, ahora mismo puedo soltar el gas y hacer que los Groms maten a todos los guardianes.

Los seis guerreros permanecían en silencio, como les había pedido Roxie antes de salir de la guarida.

—No lo harás. —afirmó—. Porque me negaré a hacer cualquier cosa que tengáis planeada para mí si lo haces. No colaboraré en ninguno de vuestros planes, ni os dejaré que me uséis en vuestro beneficio.

—Preciosa mía, no necesito que colabores voluntariamente en lo que tengo pensado para ti. —Abe sonrió con frialdad.

—Pero imagino que si me necesitarás con vida, teniendo en cuenta que ninguno de tus Groms ha intentado matarme en todas de las ocasiones en las que nos hemos encontrado con ellos. —iba hablando sobre la marcha, con lo que su instinto le indicaba que debía decir, como le había

aconsejado Talisa—. Y prefiero matarme a hacer lo que pretendes de mí.

Abdiel se volvió hacia ella, alarmado, al percibir que lo decía completamente en serio.

—¿Qué estás diciendo?

—El no te permitirá eso. —aseguró Abe señalando a Abdiel, convencido de que así sería.

Roxie alzó sus rasgados ojos violetas hacia el guerrero, rogándole con la mirada.

—Recuerda lo que me prometiste. —susurró, para que solo él pudiera oírlo.

El guerrero apretó los puños y sus mandíbulas palpitaron, mientras negaba con la cabeza.

Roxie se puso de puntilla y le besó suavemente los labios.

—Te amo. —murmuró, mientras se volvía hacia Abe—. Pero si les dejas marchar, iré contigo a donde quieras, sin oponerme, sin negarme a seguirte.

Abe sonrió de oreja a oreja.

—Me parece un buen trato.

—Roxanne...

—Abdiel, por favor. —le miró suplicante—. Es lo que debo hacer, no puedes impedírmelo.

La joven avanzó hacia el brujo, que estiró una mano para recibirla.

—¡No lo harás! —gritó el guerrero, pero Elion se acercó a él y le clavó una aguja en la yugular.

Cuando Abdiel le miró con los ojos muy abiertos, le dijo:

—Lo siento, Bror. —y lo cogió antes de que se desplomara en el suelo—. ¡Vámonos!

Ordenó a sus hermanos.

—Elion... —Draven lo miró extrañado.

—Confiemos en ella. —les dijo.

El cazador asintió, aunque reticente. Sin embargo conocía a Elion lo suficiente como para saber que tenía un plan.

—No puedo dejarla, le prometí a Abdiel protegerla. —dijo el leal Thorne, dispuesto a dar su vida por aquella promesa.

—Este es nuestro modo de ayudarla. —aseguró Elion—. Confía en mí, Bror.

El vikingo le miró con el ceño fruncido.

—No me jodáis, no voy a dejarla con ese brujo cabrón. —espetó Varcán, comenzando a apartar a los Groms de su camino, que comenzaron a pelear para defender a su líder.

Nikolai, que observaba la escena desde la retaguardia, se dispuso a apoyar a Varcán, cuando un susurro de una voz conocida llegó hasta él.

—Debéis marcharos. —cuchicheó Keyla, oculta a la vuelta de un pasillo, desde donde solo la podía ver Nikolai.

Estaba preciosa sin aquella bata con la que la había visto siempre, mirándolo con preocupación.

—Si no desistís ahora, acabareis muertos. —le dijo—. Yo cuidaré de ella y no dejaré que le hagan nada, pero debéis marcharos ya.

Nikolai solo se limitaba a mirarla.

—Por favor. —suplicó, con aquellos ojos gris azulados, que denotaban sinceridad.

Así que sin pensarlo dos veces decidió confiar en ella y cogió a Varcán por los brazos, para detener su avance.

—¿Qué coño haces? —gritó este, tratando de librarse de él.

—Ayúdame. —exigió a Thorne y Draven, que avanzaron hacia ellos y con esfuerzo, arrastraron a Varcán fuera del laboratorio.

—¡Soltadme! —gritó, mirando como Roxie tomaba la mano del brujo.



—¿No tienes otra dosis de sedante para él? —preguntó Draven, que acababa de recibir un puñetazo de su hermano.

Elion negó con la cabeza, no había esperado que necesitaran más sedante para Varcán.

Intercambió una significativa mirada con Roxie, que contempló por última vez el apuesto rostro de Abdiel, mientras una lágrima furtiva corría por su mejilla.

## Capítulo 29

Cuando montaron en los coches, Thorne y Nikolai soltaron a Varcan.

—¿Qué coño habéis hecho? —les reprochó—. Hemos dejado a Roxie en manos de ese psicópata.

—Tenemos un plan. —aseguró Elion, mientras sacaba su portátil y conectaba el rastreador.

—¿Qué plan? —preguntó Draven desde el intercomunicador del otro coche que iba conduciendo.

—Roxie me pidió que le implantara dos localizadores, como él de la doctora y un micrófono. —explicó.

—¿Por qué iba a hacer eso? —quiso saber Nikolai.

—Joder. —maldijo Varcan—. Desde el principio sabía que tendría que sacrificarse por nosotros, ¿no es así?

—Se lo dijo la Diosa. —asintió Elion.

—Maldita sea. —gruñó Thorne—. ¿Cómo vamos a explicárselo a Abdiel?

Todos miraron por la ventanilla al líder, que permanecía dormido en el coche que conducía el cazador.

—¿Acaso la zorra de la Diosa le dijo si todo este sacrificio tendría final feliz? —soltó Varcan, muy cabreado—. Porque si ha mandado a esa chica a una muerte segura, me gustaría decirle que la jodan personalmente.

Un rayo cayó muy cerca de su coche, dejándole bien claro que lo había escuchado.

—Será mejor que cierres el pico. —le aconsejó Elion.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Nikolai, conduciendo el coche donde iban los demás guerreros.

—Solo tenemos que alejarnos lo suficiente para que se crean que nos hemos ido. —le dijo Elion—. Habíamos pensado que lo mejor sería detenernos en una zona arbolada, a pocos kilómetros de aquí. Una vez allí conectaré el micrófono, para poder oír todo lo que ocurre con ella.

—Ya podéis rezar lo que sepáis para que a culito sexy no le pase nada, o no hará falta que sea Abe quien nos mate, porque Abdiel se encargará de ello. —aseguró Varcan, realmente preocupado por ella.

Cuando Roxie los vio alejarse en los coches, en cierto modo descansó, pues sabía que estaban a salvo. Pero por otro lado, sintió una terrible opresión en el pecho, solo de pensar que no volvería a ver a Abdiel.

Sin embargo, se obligó a mantener aquella angustia bajo control, pues sabía que lo que debía hacer en aquellos momentos era sacar toda la información que fuera posible para que los guardianes contaran con ella, para poder acabar con los planes del clan Berrycloth.

—Ya me tienes para ti sola. —le dijo a Abe.

—Te lo dije, preciosa mía, es el destino. —sonrió, con satisfacción.

Roxie alzó el mentón, pero no dijo nada.

—Quiero presentarte a mis hijas. —continuó el brujo, cogiéndola del brazo con delicadeza y

conduciéndola a una sala que se encontraba al fondo de un largo pasillo.

Dentro de ella estaba la morena que Roxie había visto en su visión y sabía que había torturado a Nikolai.

—¿Dónde está tu hermana?

—Aquí. —contestó la doctora, entrando por la puerta tras él.

—¿Dónde estabas? —su padre la miró con el ceño fruncido.

—Tuve que ir al baño. —mintió—. Con los nervios no podía aguantar más. —se encogió de hombros y miró de soslayo a Roxie.

Abe expulsó aire por la nariz, visiblemente irritado con su comportamiento.

—Ellas son mis hijas. —prosiguió, sin más preámbulos—. Yasmina. —alargó una mano hacia la aludida, que la tomó al instante—. Ella es mi hija mayor y al igual que tú, su alma fue elegida para formar parte de la profecía.

—Has sido muy escurridiza. —le dijo la mujer, mirándola con inquina.

—Y tú has sido una zorra sádica. —le contestó Roxie, con todo el descaro que poseía.

Ambas se retaban con la mirada, pues sabían perfectamente que no se podían soportar, y estarían encantadas de patearse el culo la una a la otra.

—Y ella es Keyla, mi casi siempre inútil, hija pequeña.—añadió Abe.

Keyla se acercó a ella y la tomó la mano.

—Encantada, soy la inútil. —ironizó.

Roxie contuvo una sonrisa.

—Hola. —dijo simplemente, pues no quería sentir simpatía por ninguna de aquellas personas.

—¿Cómo habéis dado con nosotros? —quiso saber el patriarca Berrycloth.

Roxie lo miró sin decir nada.

—Te necesito viva, preciosa mía, pero nadie ha dicho que no pueda torturarte. —le advirtió.

Roxie respiró hondo, debía hacerles creer que estaba indefensa y asustada ante ellos, para que en ningún momento pasara por sus cabezas que todo aquello había sido planeado por ella. Porque cuanto más se confiaran, más información obtendría.

—Le implantamos a su hija menor un localizador. —comenzó su papel de cautiva a la perfección.

—¿Qué? —se sorprendió la aludida—. ¿Cuándo?

—Cuando rescatamos a Nikolai. —continuó la joven.

—No lo recuerdo. —se sentía confusa.

—Eso es, mi querida hija, porque uno de los guardianes tiene la habilidad de borrar la memoria a su antojo. —añadió Abe—. ¿Me equivoco?

Roxie, fingiendo reticencia, negó con la cabeza.

—¿Dónde está el localizador? —preguntó el brujo.

La joven alzó el mentón, retadora.

—Yasmina. —dijo Abe.

La bruja se acercó a ella y le tiró fuertemente del cabello.

—Dinos donde. —exigió con dureza.

Roxie puso una mueca de dolor.

—En la nuca.

El hombre se acercó a su hija y alzándole el pelo vio la marca de una pequeña herida.

—Ya veo que no eres tan inútil como pensaba, has traído al oráculo hasta mí sin proponértelo. —se volvió hacia su otra hija—. Suelta a Roxana y trae el instrumental para quitarle el localizador a tu hermana. También trae el detector. No me fio de que ella también lleve otro. —

señaló a Roxie.

—No tengo nada. —negó la joven.

—Ahora lo veremos. —aseguró el brujo.

Cuando Yasmina llegó, iba con un maletín con artilugios quirúrgicos y una maquina detectora de localizadores.

—Quítale a tu hermana su localizador. —pidió Abe y su hija mayor se puso a ello.

El brujo, tomando el detector de localizadores se acercó a ella, y la miró fijamente, con aquellos ojos gris pálido que poseía.

—¿Estás segura que no llevas encima ningún localizador?

Roxie se irguió de hombros, sin decir una sola palabra.

—Está bien.

Comenzó a pasar el detector por su nuca, donde lo había tenido su hija y fue bajando lentamente. Cuando llegó a la altura del bíceps izquierdo, el aparato pitó. Abe separó el brazo de su costado y en la parte interna, pudo ver la pequeña heridita del implante.

Sonrió de medio lado.

—¿De verdad creías que no lo encontraría?

—Esperaba que fueras tan estúpido que no sabrías utilizar eso. —señaló el aparato que llevaba en las manos con la cabeza.

Abe estrelló unas de sus manos contra la mejilla femenina, haciendo que un dolor punzante recorriera el costado de su rostro y la hiciera sentir como si su ojo fuera a estallar.

—¡Papá! —exclamó Keyla, interponiéndose entre Roxie y el brujo—. No puedes hacerla daño.

—No te equivoques. —señaló el hombre—. No puedo matarla, pero puedo callarla cuando sea una impertinente. —miró Roxie con fijeza—. No lo olvides.

La aludida permaneció en silencio, sintiendo la mejilla palpitar.

Yasmina se aproximó a ella y procedió a hacer lo mismo que acababa de hacerle a su hermana y le quitó el localizador.

—Pongámonos en marcha. —dijo Abe una vez terminada la faena, saliendo de la sala con su hija mayor tras él.

En ese momento, Roxie se metió la mano en el bolsillo del pantalón, y fingiendo que se tambaleaba, se apoyó en Keyla, fijando el minúsculo micrófono en ella.

—¿Estás bien? —le preguntó la doctora tomándola por los hombros y mirándola con preocupación.

—Sí, sí, tranquila. —se tocó la mejilla—. Solo me siento un poco dolorida.

—Lo comprendo. —Keyla se acercó al maletín de primeros auxilios y tomó una bolsa de gel frío—. Déjate esto puesto contra la zona dolorida. Te aliviará. —le aconsejó.

Roxie permaneció quieta mientras apoyaba el gel frío contra su mejilla. Extrañamente, se sentía mejor y menos dolorida ante su contacto.

—Siento todo lo que está ocurriendo. —murmuró la doctora—. Pero te prometo que nadie te va a hacer daño, del mismo modo en que se lo he prometido a Nik.

Roxie bajó sus ojos violetas a ella.

—¿Cuándo le has prometido eso a Nikolai? —preguntó confundida.

—Justo antes de que todos los guardianes se marcharan. —susurró.

—No sé porque estás metida en todo esto. —le dijo con sinceridad—. No pareces el tipo de persona que disfruta dañando a los demás.

Keyla la miró de frente, con la sinceridad reflejada en sus ojos azul grisáceo.

—Y no lo soy. No sabía todo lo que tramaba mi familia, pero voy a ponerle remedio, lo juro.

Roxie no pudo hacer otra cosa que creerla.

—Ten cuidado. —le aconsejó.

La joven rubia sonrió con tristeza.

—Lo tendré.

—¿Qué coño estás haciendo, Key? —dijo Yasmina, entrando de nuevo a la sala—. Papá está impaciente por partir.

—Estaba curándole la mejilla.

—No hace falta que tengas tanta deferencia con ella. —dirigió a Roxie una mirada de animadversión.

—No la tengas tú. —soltó Keyla—. Yo haré lo que crea conveniente.

Yasmina la tomó con fuerza del brazo.

—No des más problemas, Keyla, te lo advierto.

La joven doctora se soltó de un tirón del agarre de su hermana.

—No necesito que me adviertas nada, sé perfectamente lo que tengo que hacer.

—Eso espero. —añadió Yasmina, echando un último vistazo a Roxie, antes de iniciar la marcha.

Cuando los guardianes llegaron a la zona arbolada donde pensaban detenerse, se encontraron con que Talisa estaba allí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Elion, acercándose a ella y ayudándola a acomodarse en uno de los asientos del coche.

—¿Acaso creíais que podíais dejarme al margen de todo esto, jovencuelos? —soltó la vidente.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Varcan, admirado por lo astuta que era la anciana.

—¿Te crees que no se llamar a un taxi? —preguntó, ofendida.

Varcan alzó las manos, divertido.

—No he dicho nada.

—Pues vuelve a llamar a ese taxi para volver a la guarida, maldita sea. —vociferó Thorne—. Con nosotros estás en peligro.

—A mí no me levantes la voz, jovencito. —le regañó, alzando el dedo índice hacia él—. Y ya soy lo suficientemente vieja para saber en lo que me estoy metiendo y lo que estoy dispuesta a arriesgar por esa muchachita que todos queremos proteger.

El vikingo gruñó, pero no añadió nada más.

—¿Cómo sabías que nos encontraríamos aquí? —quiso saber Draven.

—Pues porque le saqué la información a la polluela justo anoche. —sonrió con arrogancia.

—¿Ella te contó su plan? —preguntó el callado Nikolai, volviéndose a mirarla.

—Obviamente, no. —contestó Varcan, con ironía—. Pero ella sabe cómo conseguir la información que le interesa cuando quiere, ¿no es cierto, vieja astuta?

Talisa sonrió.

—Me conoces bien, muchacho. —aseguró la vidente—. Tomé su mano para hurgar en su mente sin que ella se diera cuenta.

Elion puso los ojos en blanco y conectó el transmisor del micrófono.

La voz clara de Roxie y Keyla llegó hasta ellos, haciendo que Nikolai se volviera de sopetón hacia el aparato.

En ese momento, Abdiel comenzó a removerse, e incorporándose en el asiento de atrás del coche, donde estaba tumbado, se llevó la mano a la cabeza, aturdido.

Entonces pareció ser consciente de donde se encontraba y lo que había ocurrido y fijando sus ojos fieramente en Elion, salió del todoterreno hecho una furia, cogiendo a su hermano por el cuello y levantándolo un palmo del suelo.

—¡Serás hijo de puta! —gritó—. ¿Qué coño has hecho?

—Deja que te lo explique, Bror. —dijo Elion con la voz entrecortada, tragando saliva y tratando de llevar aire a sus pulmones.

—Y una mierda, me vas a explicar. —gruñó, con los colmillos fuera, deseando arrancarle la cabeza.

—Tranquilízate, Abdiel. —intervino Draven, acercándose a ellos.

—¡Cállate! No quiero oírte. —le dijo Abdiel, fuera de sí—. No quiero oírlos a ninguno de vosotros. La habéis dejado allí sola, a merced de lo que ese loco quiera hacerle.

—Abdiel, si no quieres oírlos a ellos, escúchame a mí. —intervino Talisa, acercándose lentamente hacia él.

Abdiel ni la miró, solo se centraba en Elion, que comenzó a ponerse morado.

—Suelta al chico. —pidió la vidente—. Vas a acabar haciéndole daño.

—Eso es lo que más deseo en estos momentos. —dijo entre dientes.

La anciana apoyó su pequeña mano en el antebrazo del guerrero.

—Suéltalo, mi guardián, y yo te lo explicaré todo.

Soltando un rugido animal, Abdiel dejó caer a su hermano al suelo, que entre resuellos, tomaba aire, mientras Draven le ayudaba a levantarse.

—Escúchame bien, guapetón. —le dijo Talisa, para que centrara su atención en ella—. La polluela ha hecho lo que debía hacer. Ella lo sabía y tú también, aunque no quieras reconocerlo.

—Yo iba a protegerla, lo sabes. —masculló, sintiendo un nudo en la garganta que apenas le dejaba articular palabra.

—Lo sé y ella también. —asintió la anciana—. Pero no necesitaba tu protección, porque ella misma es capaz de protegerse sola.

—¿Entregarse al enemigo es la forma que tiene de protegerse?

—Esa es la forma que tiene de protegernos a todos. —acertó a decir.

Abdiel negó con la cabeza, tragando sonoramente, mientras apretaba las mandíbulas para tratar de controlar sus ganas de matar a todos sus hermanos.

—No quiero perderla. —reconoció.

—Confía en ella. —le recomendó la vidente—. Es una chica lista y sabrá lo que debe hacer. Sé que es capaz de enfrentarse a todo esto con valentía y salir victoriosa. Los dos estaréis bien.

—No me importa lo que me pase a mí, daría mi vida por ella sin pensarlo, pero no puedo soportar pensar en un mundo, donde ella no exista.

La anciana subió la mano por su hombro, hasta dejarla sobre la áspera mejilla del guardián.

—Y ella daría su vida por ti, pero recemos todos para que no sea necesario.

Abdiel oyó la voz de Roxie a través del transmisor.

—¿Qué es esto? —se acercó, sintiendo su corazón latir apresuradamente al poder escucharla y cerciorarse que ella estaba bien, al menos de momento.

—Roxie me pidió que le implantara un micrófono y dos transmisores, por si encontraban uno. —explicó Elion, que había recuperado el habla—. Pidió también otro micrófono más que pondría en algún lugar, por cualquier inconveniente que pueda surgir.

Abdiel le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Desde cuándo lleváis planeando todo esto?

—Desde que habló con la Diosa. —reconoció.

El líder asintió, apretando los dientes.

—Espero que ella salga indemne de esto.

—Yo también. —le aseguró su hermano—. Pero ella me pidió ayuda y no pude negarme.

—No creo que Elion sea culpable de nada, Bror. —dijo Thorne, saliendo en defensa de su hermano.

—Tú no me hables. —soltó Abdiel—. Te dije que la cuidaras y mira lo que has hecho.

El vikingo dio un paso atrás, como si hubiera recibido un golpe.

—Vamos, no seas tan rencoroso, Ab. —intervino Varcán—. Todos hemos actuado como creíamos que debíamos hacer. Todos queremos protegerla, pero esto ha sido resultado del deseo de tu hembra por ejecutar su plan.

—¡Cierra la boca! —gritó Abdiel—. Tu eres el peor de todos. Eres el que más la conoce, has pasado varios días con ella y sabes que no merece morir por una humanidad que está corrompida en su mayoría, y aun así la has dejado a su suerte.

Draven dio un paso adelante, pues Varcán había peleado como un poseso por no dejarla allí.

—Espera un momento...

—No, Bror, está bien. —cortó su defensa—. Abdiel me conoce bien, sabe que soy un egoísta de mierda que solo pienso en mí mismo.

—Así lo has demostrado. —afirmó el líder, dándole la espalda y escuchando la voz de su hembra a través del transmisor—. ¿Y ahora, qué?

Elion se encogió de hombros.

—Tendremos que ir sobre la marcha.

Abdiel negó con la cabeza cerrando los ojos.

—Supongo que cuando dije que no quería dejar nada al azar ninguno de vosotros estuvo presente, ¿no?

## Capítulo 30

Roxie viajaba en un coche con los ojos vendados, sintiendo de vez en cuando el contacto tranquilizador de Keyla sobre su mano, como dándole a entender que estaba allí para apoyarla.

La doctora estaba sentada junto a ella, y al otro lado, iba un Grom, al que intentaba no tocar, pues su piel fría le daba auténtico repelús.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Lo sabrás cuando lleguemos. —dijo Abe, que estaba sentado en el asiento del copiloto, junto a su hija mayor, que conducía.

—¿Qué habéis hecho con el cuerpo de Sherezade? —indagó, para tratar de sonsacarles toda la información que le fuera posible.

—Así que también habéis ido a donde tus amigos guardianes la enterraron, ¿no? —contestó el brujo, mirándola por el espejo retrovisor del auto.

—Eso tú ya lo sabías, no te viene de nuevo. —replicó la joven, sabiendo que pretendía jugar con ella.

El hombre sonrió, admirado por su perspicacia.

—Cierto, he sabido casi todos tus movimientos desde que tu poder despertó del todo.

—¿Y eso cuando fue? —quiso saber—. ¿Cuando comenzaron mis sueños?

—Tus poderes se despertaron al cumplir los veintiséis años, que fue la edad a la que murió tú antecesora. —explicó—. Aunque para mi desgracia, creo que tuviste ciertos retazos de tu don, antes de que eso sucediera, ya que encontraste al guardián antes de que nosotros te encontráramos a ti y eso ha sido un gran inconveniente, créeme.

—¿Por qué sabías todos mis movimientos?

—Gracias a tu querida hermana, Yasmina. —dijo el hombre, observando como la joven entreabría los labios, sorprendida.

—¿Mi hermana?

—Quizá en esta vida no lo sea, preciosa mía, pero sin duda lo fuisteis en vuestra vida pasada.

Roxie procesaba con velocidad toda la información que recibía, y rezaba para sus adentros para que los guardianes también pudieran hacerlo.

—¿Por qué hicisteis que Yasmina fuera hija vuestra y sin embargo yo nací en otra familia diferente?

El brujo suspiró.

—Eso fue un error de cálculo, sin duda hubiéramos querido que fueras parte de nuestra familia, no lo dudes.

—¡Dios mío! —exclamó Keyla—. Querías que ella fuera yo.

Roxie le dio vueltas a las palabras que acababa de decir la doctora y de pronto todo le vino de golpe.

—Tienes veintiséis años. —expresó sus pensamientos en voz alta.

—Sí, los tengo. —afirmó Keyla, con voz afligida—. Ahora entiendo porque siempre he sido una decepción para ti, papá.

—Desde luego no eras lo que esperaba. —afirmó el brujo sin más. Inmune al sufrimiento de su hija pequeña.



—Ya... —se limitó a decir ella, pues no quería romperse delante de él. No lo merecía.

Roxie, consciente de su sufrimiento, acercó la mano a ella, hasta coger la de Keyla.

—No podemos elegir la familia en la que nacemos, pero si el camino que decidimos tomar, no lo olvides. —murmuró, para que solo ella la oyera.

La joven bruja se volvió a mirarla, emocionada de que pese a estar en aquellas circunstancias, aún quisiera consolarla.

Notó como el coche se detenía.

—Hemos llegado. —confirmó Abe.

Roxie oyó como las puertas del coche se abrían y acto seguido, el Grom la arrastró fuera del vehículo.

Podía oler a tierra húmeda y a hierba fresca, no se oían coches y el canto de las aves era cercano, por lo que supo que no se encontraban en la ciudad.

Cuando el brujo le quitó la venda, el sol le molestó en los ojos, acostumbrados a la oscuridad. Cuando por fin sus ojos se adaptaron a la luz del sol del atardecer, pudo ver que se encontraban frente a un templo de piedra, con algunas zonas derruidas.

—¿Qué es este templo? —preguntó, para situar a los guardianes.

Justo delante de la entrada, había una especie de altar, custodiado por varios Groms. Sobre el altar había una daga, con una gema verde en el centro de su empuñadura.

Roxie tragó saliva.

—Eso de ahí es un altar de sacrificio, ¿verdad?

Pese a estar segura de ello, quería que los guardianes supieran lo que ella estaba viendo.

—No me gusta ese nombre, preciosa mía, digamos mejor que es un altar de ofrenda. —corrigió Abe, acercándose a tocar la daga con veneración.

—¿Y la ofrenda soy yo? —insistió Roxie.

El brujo sonrió.

—No desvelemos el final de la historia antes de tiempo.

—¿Esa daga con la gema verde en la empuñadura es algo especial?

No obtuvo respuesta, pero había conseguido transmitirles a los guardianes lo que quería.

Cuando el Grom tiró de ella hacia el altar, pensó que estaba cerca de su final, por lo que necesitaba saber que pretendían con aquel sacrificio.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —forcejeó, para poder soltarse del agarre del Grom—. ¿Para qué os serviría mi sacrificio?

-No te adelantes a los acontecimientos, preciosa mía. —añadió. Después señaló a Yasmina. —Traedla. —ordenó a los Groms.

—¿Qué? —la joven lo miró horrorizada—. Papá, ¿qué significa esto?

Los Groms llegaron hasta ella, que trató de salir corriendo, pero aquellos seres que ella misma había creado, más rápidos y fuertes de lo habitual, la cogieron sin dificultad, obligándola a permanecer tumbada sobre el altar.

—Lo siento, cariño, pero siempre has estado destinada para esto.

Yasmina le miró con los ojos muy abiertos, horrorizada por lo que estaba escuchando.

—Soy tu hija... —balbuceó, con la voz entrecortada por el miedo y la pena.

—Y has sido una buena hija. —apuntó el hombre—. Por lo menos la mayor parte del tiempo.

—¿Qué estás haciendo, papá? —Keyla se lanzó sobre su hermana, cubriéndola con su propio cuerpo.

—Apártate de ella, Keyla. —exigió el brujo.

—¡No! —gritó la doctora—. No voy a permitir que la mates.

—Tú no tienes nada que ver en todo esto. —hizo un movimiento de cabeza a los Groms, que tomándola fuertemente por los brazos la separaron de su hermana mayor.

—¡Papá, por favor! —rogó, entre sollozos—. Te lo suplico, no le hagas daño.

—Las cosas deben de ser así, hija, no puedo cambiar el destino. —añadió el hombre, mirando sin pena alguna el rostro surcado de lágrimas de su hija pequeña.

—Nada en el mundo justifica que mates a tu propia hija. —chilló Keyla, viendo como con parsimonia su padre cogía la daga entre sus dedos.

—Todo esto es para un bien mayor que nosotros mismos, Keyla. —acercó la afilada hoja al cuello de su hija mayor, que lo miraba aterrorizada, incapaz de decir una sola palabra—. Algún día lo comprenderás. —y diciendo esto, rajó la garganta de Yasmina, que gargajeaba, entre pequeños espasmos.

—¡No! —gritó Keyla, con el corazón roto—. ¡Yasy!

Roxie no podía hacer otra cosa que mirar la escena con horror. La sangre que chorreaba del cuello de la bruja iba cayendo en un cuenco de oro antiguo, colocado bajo ella.

Abe Adams se agachó y besó la frente de su hija mayor con veneración.

—Gracias por todo. —le susurró—. Tu muerte no será en vano, hija mía.

Los ojos de Yasmina perdieron toda la vida y su piel, antes bronceada, ahora se veía pálida.

Los Groms soltaron a Keyla, que se lanzó sobre su hermana y con un llanto desesperado, tocaba la garganta de Yasmina, tratando de curar su herida.

—Por favor, por favor. —repetía una y otra vez, con las manos cubiertas de sangre—. Despierta Yasy, por favor.

—Está muerta, no puedes curarla. —dijo Abe, sin el mínimo ápice de arrepentimiento en la voz.

Keyla, gritando con rabia, se lanzó sobre él.

—¡Eres un monstruo!

Trató de golpearle en la cara, pero su padre la tomó fuertemente por las muñecas impidiéndoselo.

—He hecho lo que había que hacer. —con fuerza la lanzó contra el suelo—. Algún día lo entenderás.

La doctora permaneció tirada sobre el barro, con la cabeza inclinada hacia delante y el cabello cubriéndole el rostro.

—Nunca podré entender esto. Nunca podré volver a mirarte a los ojos sin verte quitándole la vida a mi hermana. —susurró, con la voz teñida de dolor.

El hombre se cruzó de brazos y en ningún momento mostró la más mínima compasión por aquel dolor desgarrador que sentía su hija.

—¡Levántate! —profirió Roxie, incapaz de presenciar por más tiempo callada aquella escena—. Levántate, Keyla. No les des el gusto de verte derrotada. Tú eres más fuerte que eso.

La doctora volvió su cara hacia ella, con el mentón temblando y las mejillas completamente surcadas de lágrimas.

—No has podido salvarla a ella, pero estoy segura que podrás salvar a muchas personas más. —prosiguió, convencida de lo que decía—. El mundo necesita gente como tú, no puedes rendirte.

Un brillo de determinación comenzó a brillar entonces en los ojos de la joven rubia y con arrojo, se puso en pie.

—Muy bonito tu discurso, preciosa mía. —terció Abe—. Pero es tu turno.

Keyla puso ojos de espanto y Roxie comenzó a forcejear con el Grom que la llevaba hasta el altar, de donde estaban retirando a Yasmina.

—¡Suéltala!

La doctora se lanzó sobre el Grom y Roxie aprovechó para darle uno de los golpes que había aprendido con Abdiel, se volvió, introdujo su mano con fuerza en el pecho de aquel ser y le arrancó el corazón.

Después echó a correr hacia el interior del templo y bloqueó la entrada con una gran lápida abierta que había cerca, aunque sabía que aquello no los retendría por mucho tiempo.

El templo por dentro parecía tan antiguo como por fuera y el olor a humedad impregnaba el ambiente.

Caminó lentamente hacia un sepulcro de piedra, que había frente al altar y sintió miedo, pues todo aquello le era demasiado familiar. Su corazón latía aceleradamente y su respiración se entrecortaba.

Se detuvo frente a la sepultura, y como había ocurrido en su sueño, estaba abierta y no había nada en su interior. Pasó la mano sobre la piedra que estaba movida a un lado y acarició el dibujo del sello de los guardianes esculpido en ella.

Y entonces notó la presencia que sabía que estaría tras ella.

Se volvió con lentitud para encontrarse con la preciosa mujer de rasgos árabes y larga melena negra, que la miraba con sus gatunos ojos oscuros fijos en ella.

—Te estaba esperando, oráculo.

A Roxie no le vino de nueva aquella frase, pues ya la había escuchado en su sueño.

—¿Sherezade?

La mujer se acercó con paso pausado a ella, sonriendo de forma sibilina.

Cuando la puerta del templo comenzó a ceder por el forcejeo de los Groms, la bruja milenaria alzó la mano, manteniéndola cerrada con su magia.

—Que esperen. —dijo la mujer—. Ahora mismo necesito que estemos a solas.

Roxie se movió a la defensiva cuando alargó una de sus manos para tocarla.

—Hacia tanto que anhelaba ver tu rostro, madre.

Cuando aquellas palabras penetraron en su cerebro, algo se activó dentro de ella.

*Se vio a si misma vestida con túnicas antiguas, sosteniendo a una niña con los rasgos de Sherezade, entre sus brazos.*

*—Mi niña, no olvides nunca lo mucho que te quiero.*

*—Madre. —la miró con sus grandes ojos negros cargados de preocupación—. ¿A dónde vas?*

*—He de hacer lo que es necesario para garantizar que estéis a salvo. —le dijo, mientras acariciaba su pequeño rostro en lo que suponía que sería la última vez en su vida que tendría la oportunidad de hacerlo.*

*Desde muy pequeña, su belleza había sido su maldición y su bendición a la vez.*

*Su padre la había vendido como esclava cuando solo tenía diez años y desde entonces, le había tocado ser la esclava sexual de varios hombres, a cada cual más salvaje y cruel.*

*Con solo catorce años había sido madre de Sherezade y gracias a la naturaleza, algo ocurrió durante ese parto, puesto que no pudo volver a engendrar más bebés a los que solo podía ofrecer sufrimiento en aquel mundo que vivía.*

*Ahora, a sus veintiséis años recién cumplidos, ya se la podría considerar bastante mayor como para que los hombres no la desearan con la misma intensidad, pero para su desgracia, seguía manteniendo intacta aquella belleza casi pecaminosa.*

*Por eso, ahora que las tropas de Alejandro Magno habían tomado Persia y acabado con la vida de su amo, no le quedaba más remedio que someterse al nuevo hombre que se había interesado en ella. Un general macedonio, que le gustaba torturar a sus amantes hasta*

*causarles la muerte. Un sádico, que solo disfrutaba con el sufrimiento ajeno.*

*A cambio de ser complaciente, Roxana solo le había pedido una cosa, que dejase en libertad a su hermana Yasmína y a su hija, Sherezade, para que pudieran intentar comenzar una nueva vida, alejadas de todo aquello. Había comprado su libertad, a cambio de su propia vida.*

*—No te vayas. —suplicó la niña.*

*Roxana se arrodilló ante ella.*

*—Nunca me iré del todo, mi amor, porque siempre viviré en tus recuerdos y en tu corazón.*

*—No, madre, no lo hagas. —le dijo la pequeña, con un hilo de voz.*

*Entonces uno de los macedonios entró a su aposento, para llevarla junto a su señor.*

*Roxana se puso en pie y le cedió la mano de su hija a su hermana mayor.*

*—Cuidala, te entrego lo mejor que he tenido nunca. —sollozó, con el corazón roto.*

*Yasmína asintió, cogiendo la mano de la niña.*

*—Te prometo que vengaremos tu muerte, hermana.*

*Roxana negó con la cabeza.*

*—No quiero venganza, solo que seáis felices y libres.*

*Sin más, se dio media vuelta con valentía. Andando con paso firme y decidido hacia su muerte.*

*—Madre.*

*Oyó implorar a su hija, pero no se dio la vuelta para mirarla o simplemente se hubiera derrumbado. Necesitaba estar fuerte para no rogar por su vida y de ese modo, romper el acuerdo al que había llegado con el macedonio.*

*Escoltada por el guardia, con los ojos anegados en lágrimas Roxana vio pasar a un hombre moreno, con el cabello largo y su corazón pareció dar un tirón hacia él.*

*Se detuvo, sin poder apartar sus ojos de la ancha espalada masculina.*

*Quería ver su rostro, no sabía porque, pero necesitaba mirarle a los ojos.*

*El hombre, que pareció notar su presencia, ladeó la cabeza y Roxana pudo apreciar su apuesto perfil, de mandíbula fuerte y nariz recta. Pero antes de que el hombre se volviera del todo, el guardia macedonio se interpuso entre ellos.*

*—No te entretengas, mujer, mi señor está impaciente por yacer con vos.*

*Tiró de ella con fuerza hasta meterla en la alcoba de aquel monstruo, con apariencia de hombre. Aunque sin saber porque, ya no se sintió tan atemorizada, porque en cierta manera la presencia de aquel hombre de cabello oscuro se había llevado parte de su alma para siempre con él.*

*—Abdiel se equivocó. —balbució, viéndolo todo claro—. No soy la mujer de Alejandro Magno.*

*—Por supuesto que no eres la mujer de ese asesino. —aseguró Sherezade, mirándola con intensidad.*

*Sin poder evitarlo, Roxie se emocionó al contemplar su rostro, pues de pronto todos los sentimientos de su pasado estaban vivos dentro de ella y aquella era su niña. Su hija.*

*Sin más, la abrazó y aunque la bruja se tensó en un principio, finalmente se relajó apoyada en su hombro, gimiendo sobrepasada por la impresión de volver a abrazar a su madre.*

*—Madre. —susurró, como la última vez que Roxie la había visto.*

*—Porque no me hiciste caso y disfrutaste de la libertad que te ofrecí. —le acarició el cabello, tan parecido al suyo propio.*

*—No pudimos aceptar tu sacrificio. —se separó de ella, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Juré vengarte.*

—Pero ya estaba hecho, no había nada que pudierais hacer por cambiar eso.

Sherezade respiró hondo, recomponiéndose.

—Si lo había.

Roxie caviló sobre aquellas palabras.

Le vino a la mente que cuando habían atrapado a Nikolai querían saber cómo funcionaba su don de manipular el tiempo. Que necesitaban la sangre de Yasmina y la suya propia y un oráculo que supiera lo que ocurriría en el futuro y de pronto, todo pareció esclarecerse en su mente.

—Dios mío, queréis volver al momento en que Alejandro el Grande conquistó Persia.

—Siempre has sido muy inteligente, madre. —sonrió con frialdad—. Queremos volver allí pero con tu don para ver el futuro. Nadie podrá vencernos y cuando llegue el momento, los brujos nos alzaremos por encima de los humanos, haciendo que el mundo que se conoce hasta ahora, desaparezca.

—No voy a hacer nada de eso, Sherezade. —negó con la cabeza.

—Tú no, tienes razón. —asintió—. Porque tú debes morir para que mi auténtica madre viva.

Roxie parpadeó rápidamente.

—Somos la misma persona.

—No lo sois. —negó con vehemencia—. Tú solo eres una sombra de lo que ella fue y solo existes para devolverla a la vida.

—Por favor, hija. —dio un paso hacia ella, pero Sherezade se alejó—. Te pido que desistas y vivas tu vida. Eres libre y estás aquí, no puedes quedarte anclada en el pasado. Podemos ser felices.

Sherezade volvió a mover la mano hacia la puerta del templo y esta se abrió, volando en mil pedazos, dejando entrar a los Groms, que se acercaban a Roxie con sonrisas ladinas.

—Solo seré feliz cuando pueda acabar con todos los que me dañaron y esclavizaron. No descansaré hasta conseguirlo.

## Capítulo 31

Estaban cerca del emplazamiento que les marcaba el localizador, pero Abdiel estaba fuera de sí. Habían podido oír como el patriarca del clan Berrycloth mataba a su hija mayor y al parecer la siguiente era Roxie.

Gracias a los Dioses, había logrado zafarse de los Groms, pero sabía que no sería por demasiado tiempo y por eso estaba desesperado.

Podían oír desde el micrófono de la doctora como discutía incansablemente con su padre para que acabara con todo aquello, mientras los Groms aporreaban la puerta del templo.

—*Te estaba esperando, oráculo.*

Todos los guardianes contuvieron la respiración ante aquella voz, que reconocieron

—Sherezade. —murmuró Abdiel, apretando los dientes.

—Esa zorra persa me está tocando mucho los cojones. —añadió Varcan.

—*¿Sherezade?*

Se oyeron los golpes a lo lejos.

—*Que esperen. Ahora mismo necesito que estemos a solas. Hacia tanto que anhelaba ver tu rostro, madre.*

Durante un rato no se oyó la voz de Roxie. Abdiel temió lo peor, aunque cuando volvió a hablar, supuso había tenido una de sus visiones, al parecer del pasado.

—*¿Cuánto queda para llegar?* —preguntó desesperado, al volver a oír a su hembra forcejeando con aquellos seres repugnantes.

—Según el GPS quedan cinco minutos, Bror. —le indicó Varcan, que conducía apretando fuertemente el volante, con una expresión muy seria en el rostro.

—¡Joder! —Abdiel golpeó la guantera del coche con el puño.

—La vamos a rescatar. —le dijo Elion, apoyando la mano en su hombro, para mostrarle su apoyo.

—Espero que así sea por tu propio bien. —gruñó, apretando los dientes.

—*Abdiel se equivocó. No soy la mujer de Alejandro Magno.*

Oyeron decir a Roxie.

—*Por supuesto que no eres la mujer de ese asesino.*

Respondió la bruja.

—*Madre.*

Dijo la joven, con la voz emocionada.

—*Porque no me hiciste caso y disfrutaste de la libertad que te ofrecí.*

—*No pudimos aceptar tu sacrificio. Juré vengarte.*

—*Pero ya estaba hecho, no había nada que pudierais hacer por cambiar eso.*

—*Si lo había.*

Hubo unos segundos de silencio, antes de oír la voz sorprendida de Roxie.

—*Dios mío, queréis volver al momento en que Alejandro el Grande conquistó Persia.*

—*Siempre has sido muy inteligente, madre. Queremos volver allí pero con tu don para ver el futuro. Nadie podrá vencernos y cuando llegue el momento, los brujos nos alzaremos por encima de los humanos, haciendo que el mundo que se conoce hasta ahora, desaparezca.*

—*No voy a hacer nada de eso, Sherezade.*

—*Tú no, tienes razón. Porque tú debes morir para que mi auténtica madre viva.*

Abdiel contuvo la respiración cuando oyó aquellas palabras.

—*Somos la misma persona.*

—*No lo sois. Tú solo eres una sombra de lo que ella fue y solo existes para devolverla a la vida.*

—*Por favor, hija. Te pido que desistas y vivas tu vida. Eres libre y estás aquí, no puedes quedarte anclada en el pasado. Podemos ser felices.*

Se oyó un sonido, como si hubieran roto de un golpe algo de madera, que Abdiel supuso que sería la puerta del templo.

—*Solo seré feliz cuando pueda acabar con todos los que me dañaron y esclavizaron. No descansaré hasta conseguirlo.*

Oyó gritar a Roxie y sintió su corazón encogerse.

—*¡Soltadme!*

Decía, con la voz entrecortada por los forcejeos que mantenía con los Groms.

—*Estáis haciéndole daño.*

Se oyó la voz de la doctora, justo antes de oír un golpe y un jadeo femenino, que les dio a entender que acababa de recibir una bofetada. Cosa que hizo que Nikolai gruñera, mostrando sus colmillos.

—*Más te vale estarte quietecita, Keyla, si no quieres que te ate y te amordace.*

Se oyó decir a Abe Adams.

—Cuando pille a ese tipo pienso descuartizarlo. —masculló Abdiel, sintiendo un cosquilleo por todo el cuerpo, por las ganas que tenía de matarlo.

—Lo primero, guapetón, es rescatar a la polluela, después ya podrás matar a tu antojo. —apuntó Talisa—. Aunque por ahora todo va como esperaba.

Abdiel se volvió a mirarla, con el ceño fruncido.

—*¿Esperabas que estuviera en un altar de sacrificio?*

La anciana se encogió de hombros.

—*Era una de las posibilidades.*

El guardián gruñó.

—*Y si era una de las posibilidades, ¿porque no me has informado?*

La vidente se encogió de hombros.

—*Todo esto era algo que debía hacer la polluela. Ella lo sabía y yo también.*

—*¡Y una mierda!* —soltó Abdiel.

—*Cuidado con esa boca, jovencito. —le reprendió la anciana—. O tendré que lavártela con jabón, por muy guapo que seas.*

—*¿De verdad te merece la pena pasar por todo esto?*

Abdiel se quedó paralizado, pues era la voz de Roxie y sonaba angustiada, además él mismo podía sentir su desazón y el temor que sentía.

—*Preciosa mía, cualquier cosa me merecería la pena con tal de hacer que los brujos nos alcemos con el poder del mundo.*

Agregó Abe, completamente convencido de lo que decía.

—*Tendrás el poder pero estarás solo en ese trono, papá, porque yo no voy a seguirte.*

Añadió la doctora, compungida.

—*Si no quieres seguirme, Keyla, no voy a obligarte por respeto a tu madre, pero eso no me hará desistir de mi empeño.*

Hizo una pequeña pausa.

—*Nada lo hará.*

Dijo Keyla, con pesar.

—*Ya está bien de todo esto, acabemos cuanto antes lo que hemos empezado.*

Repuso la bruja milenaria.

—*Pase lo que pase ahora, no quiero que nadie se culpe.*

Oyeron decir a Roxie, con la voz entrecortada.

—*Ha sido una decisión estrictamente mía y no me arrepiento de haberla tomado si con ello puedo conseguir que salvéis a muchos inocentes.*

—*¿Qué estás diciendo?*

Dijo Abe.

—*Está claro que lleva un micrófono y no lo has comprobado, estúpido.*

Dedujo Sherezade, al oírla hablar al aire.

—*Pero ahora ya no importa.*

Hizo una pequeña pausa, en la que Abdiel contuvo la respiración, con el corazón acelerado.

—*Te veré pronto, madre.*

Oyeron un gemido de Roxie y un grito desgarrador de Keyla.

—*Te quiero... Abdiel...*

Aquellas palabras de Roxie llegaron como una estocada al corazón del aludido, que gritó desesperado, mientras no podía controlar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—*¡No, no, no!* —repetía una y otra vez—. Por favor, no.

Nadie se atrevía a articular palabra.

Por fin llegaron al lugar donde estaban y detuvieron el coche bruscamente, con un derrape.

En cuanto pudo, Abdiel salió del vehículo, apartando a los Groms de su camino y acercándose desesperado a Roxie, que estaba lívida, con los labios morados y su garganta rajada.

—*Roxanne.* —dijo contra sus labios—. Despierta, amor mío, estoy aquí.

El resto de los guardianes también pelearon con los Groms. Varcán se colocó junto a Abdiel, desdoblándose y protegiéndolo de ese modo, para que no se le acercaran.

Thorne arrancaba cabezas con su habitual certeza, mientras Draven les arrancaba los corazones, cuidando de que no le mordieran.

Elion permaneció custodiando el coche donde estaba Talisa, para impedir que pudieran dañarla y Nikolai, por su parte, obligó al Grom que mantenía retenida a Keyla a soltarla, matándole tras hacerlo.

La doctora echó a correr hacia Roxie, pero Abdiel le mostró los colmillos amenazadoramente, para que no se acercara más.

—*Deja que trate de sanarla, Bror.* —añadió el ruso, sacando el corazón a otro de aquellos engendros.

—*Haz caso a Nikolai.* —sugirió Varcán, arrancando la cabeza de otro de los vampiros zombis.

Abdiel dejó la herida del cuello de Roxie al descubierto, permitiendo que la doctora pusiera las manos sobre ella, mientras cerraba los ojos, tratando que su don la salvara. Pero como le había ocurrido con su hermana, ella no podía salvar a una persona que ya estaba muerta.

Abrió los ojos lentamente y una lágrima corrió por su mejilla.

—*Lo siento.* —murmuró.

Abdiel apretó los ojos fuertemente, negándose a aceptar lo evidente.

—*No puede estar muerta o yo hubiera muerto con ella.* —dijo, queriendo cogerse a esa esperanza.

—*Está muerta, guardián.*



Sherezade habló, aún con la daga con la piedra esmeralda ensangrentada en su mano.

Abdiel dirigió sus fieros ojos hacia ella.

—Sabes que vas a morir, ¿verdad puta?

La bruja sonrió con suficiencia.

—Eso no va a ocurrir, porque mi poder ahora será infinito. —le dijo—. Obtendré el poder de Yasmina, sus conocimientos y su magia, además de nutrirme de todo lo que mi madre sabía y su don para predecir el futuro y ver el pasado. Todo eso será mío ahora, hasta que consigamos volver el tiempo atrás y hacernos con el control de este mundo, en que los humanos ya no tendrán cabida.

Abe, apostado junto a Sherezade sonrió con complacencia.

La bruja comenzó a repetir un cántico en la lengua de los brujos, con los ojos cerrados y las manos al aire, con la daga que había quitado la vida a Yasmina y a Roxie en una de ellas.

Un fuerte viento se levantó, arremolinándose a los pies de Sherezade.

—¡Qué coño pasa! —gritó Varcan, cubriéndose los ojos de la arena que levantaba el viento.

Abdiel apoyó la cabeza de Roxie contra su pecho, para tratar de protegerla.

El aire soplabla tan fuerte que les costaba mantenerse en sus posiciones. A Keyla la arrastró, pero chocó contra el torso musculoso de Nikolai, que la rodeó con los brazos, mientras ambos entrelazaban sus miradas el uno con el otro.

—Pido a los cuatro elementos. —conjuró Sherezade—. Anahita, Diosa de las aguas. —comenzó a llover de golpe, con contundencia—. Vayu, Dios del viento. —el aire se tornó más fuerte—. Azer, señor del fuego. —en una hoguera que había encendida cerca el fuego se avivó, haciendo que sus llamas crecieran varios metros—. Ahura-Mazda, Dios supremo de la tierra. —pequeños remolinos de arena se formaron junto a la bruja—, dadme vuestra fuerza. ¡Venid a mí! —gritó, cerrando los ojos, echando la cabeza a atrás y abriendo los brazos en cruz.

Abe vertió sobre ella la sangre de Yasmina y acto seguido hizo lo mismo con la de Roxie.

—¡Venid a mí! —volvió a gritar Sherezade, cubierta de sangre.

Todos los allí presentes aguardaron a lo que iba a ocurrir. Algunos, como los Groms y Abe, expectantes y esperanzados de que sus esfuerzos se vieran recompensados, mientras que los demás, temían que lo que fuera que tenían planeado, no pudieran detenerlo.

Pero no ocurrió nada.

Sherezade abrió los ojos, mirando a Abe extrañada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el brujo.

—Algo no ha salido bien. —convino Sherezade, mirando en derredor, sin entender nada.

—No puede ser. —exclamó Abe—. He hecho todo lo que me pediste.

—No lo entiendo... —murmuró la bruja.

—Es fácil de entender. —la voz de Talisa se alzó por encima del viento.

Caminaba agarrada del brazo de Elion, pero con la cabeza erguida, sin mostrar un ápice de temor.

—¿Qué quieres decir, vieja endemoniada? —preguntó Abe, apretando los puños

—Habéis seguido todos los pasos, pero no habéis contado con los pasos que el destino ha dado por sí solo. —añadió la vidente.

—El destino es el que ha dictaminado que la bruja renacida reinará sobre todos los reinos. —contestó Sherezade, dando un paso adelante.

—¿Y quién se supone que es la bruja renacida? —preguntó la anciana con ironía—. ¿Tú?

—¿Quién si no? —irguió los hombros.

—La profecía dice que la bruja renacida de un tiempo lejano reinará sobre todos los reinos. —prosiguió Talisa—. Y todo eso ocurrirá cuando el oráculo haga acto de presencia...

—Nos la sabemos de memoria, no hace falta que nos la repitas, vieja. —la cortó Abe.

—Pero quizá habéis confundido los roles.

—¿Qué quieres decir, Talisa? —preguntó Abdiel, que aún mantenía a Roxie contra su pecho.

—La daga con la que habéis apuñalado a las jovencitas, imagino que será la daga de Kiana, la daga de los elementos terrenales. —siguió la vidente—. Esa daga, está conectada a un colgante protector, el cual solo puede portar una persona sagrada, de sangre sobrenatural y alma pura.

—Nadie sabe dónde se encuentra el colgante de Kiana. —terció Abe, seguro de ello.

Talisa sonrió, con suficiencia.

—Quizá el que no lo sepas seas tú, cenutrio. —le soltó y se quedó tan ancha.

Sherezade dirigió los ojos al cuerpo de Roxie, semiculto entre los brazos de Abdiel.

—Ella es el oráculo. —afirmó, con algo de desesperación en la voz—. No es la bruja renacida.

—Siento contrariarte, pero exactamente eso es lo que es, la bruja que renació gracias a vuestros hechizos. —agregó la anciana—. Creo que para vuestra desgracia, el oráculo era tu pobre hija. —explicó, con sus ojos ciegos fijos en donde suponía estaría el rostro de Sherezade—. Ella será la que se queme eternamente en el infierno.

Keyla jadeó y ocultó su rostro contra el pecho de Nikolai, sin poder evitar derramar lágrimas por el alma condenada de su hermana.

Talisa miró hacia donde intuía que estaba Abdiel con Roxie y sonrió.

—Yasmina fue la que os guió hasta la joven Roxanne, lo que la convierte en el oráculo. Su muerte era necesaria para lo que ocurrirá a continuación.

Abdiel notó como el cuerpo de Roxie se iluminaba, desprendiendo calor. Cuando comenzó a elevarse, la soltó y quedó suspendida en el aire, por encima del altar de sacrificios.

Mágicamente, su herida pareció sanar y un nuevo aliento salió de entre los carnosos labios de la joven.

Delicadamente fue descendiendo hasta quedar sobre la dura piedra del altar y entonces Roxie abrió los ojos lentamente y se le llenaron de lágrimas al centrarlos en el masculino rostro de Abdiel.

—Hola. —susurró, sobrecogida por la emoción de volver a verle.

—Hola, mi amor.

Se inclinó sobre ella y la besó con toda la devoción que sentía por esa mujer. No pudo controlar las lágrimas, que cayeron sobre las mejillas de Roxie, entremezclándose con las de ella.

—Lo siento. —murmuró, acongojada, cuando se separaron.

Abdiel puso un dedo sobre sus labios, silenciándola.

—No tienes que pedirme perdón por nada. —aseguró.

—¡No puede ser! —gritó Sherezade, fuera de sí—. Debería estar muerta.

—No es cierto. —objetó Talisa—. Dado que ella es la bruja que reinará sobre todos los reinos y ayudará a los guardianes a mantener el equilibrio entre el mundo humano y sobrenatural. Gracias a vosotros, eso puede llegar a ser posible.

—¡No! —gritó Abe, que lanzó uno de sus conjuros contra la vidente.

Elion se interpuso, ganándose él la quemadura del rayo, pero impidiendo que este matara a la anciana.

—Creo que es hora de dejarnos de tanta charla y empezar a patear culos de brujos. —dijo Varcán, comenzando a avanzar hacia Sherezade.

La bruja miró a los seis guardianes, que habían acabado con casi todos los Groms y supo que estaban en inferioridad de condiciones.

—Será mejor retirarse, Abe. —susurró.

Thorne, como el guerrero vikingo que era, comenzó a deshacerse de los pocos Groms que quedaban, como un auténtico aniquilador para llegar hasta los dos brujos.

—No tan deprisa. —añadió Draven, que sigilosamente durante aquella charla se había situado tras ellos.

Abe se retiró rápidamente, cubriéndose con un hechizo de protección, pero a Sherezade no le dio tiempo a reaccionar, por lo que quedó atrapada entre los fuertes brazos del guerrero, que le inmovilizó las manos y le cubrió la boca, para que no pudiera hacer ningún hechizo.

—Como diría Terminator, “Sayonara, Baby”

Abrió su boca con los colmillos completamente fuera, dispuesto a desgarrar la yugular de la bruja, que abrió los ojos, horrorizada.

Pero sin esperar, recibió una descarga, que le impulsó hacia atrás, haciéndole soltar a Sherezade, que rápidamente aprovechó para realizar otro conjuro de protección, como el de Abe.

Todos se volvieron hacia Roxie, que tenía la mano extendida hacia Draven y los ojos brillantes.

—¿Qué coño has hecho? —le echó Varcán en cara.

Roxie se volvió hacia Abdiel, que la miraba comprensivo.

—Lo siento. —balbució—. Es mi hija.

El guardián asintió con la cabeza.

—Lo entiendo. —le dijo con sinceridad.

—No me jodas. —bufó Varcán, llevándose las manos a la cabeza.

—Vamos, Keyla. —dijo Abe, retrocediendo con cautela, pese a su escudo protector.

La joven doctora se apartó de Nikolai, miró a los ojos a su padre y con el mentón tembloroso, negó con la cabeza.

—Adiós, papá.

El brujo apretó los labios, pero no dijo nada más, tan solo se limitó alejarse junto a Sherezade, que lanzó una última mirada a Roxie. Aquella mirada para nada fue de agradecimiento, si no de odio, pues sin duda, que ella fuera la bruja renacida había desbaratado todos sus planes.

—Volveremos a vernos. —advirtió Sherezade, en tono de amenaza, antes de alejarse con el coche.

—¡Joder! —se lamentó Draven, poniéndose en pie, frotándose el pecho dolorido por el rayo que Roxie le había mandado—. ¿Era necesario achicharrarme?

La joven sonrió, algo arrepentida.

—Lo siento, aún no controlo mis nuevos poderes.

—Bueno, parece que esto no ha acabado. —suspiró Varcán.

Roxie se volvió a mirarlo y notó el afecto que sentía por ella en aquellos ojos grises verdosos, que la miraban con alivio por verla bien.

—Gracias por haber intentado que no me sacrificara por vosotros. —le dijo, poniéndose de puntillas y dándole un beso en la mejilla.

—¿Trataste que no se quedara con los brujos? —preguntó Abdiel, sorprendido por las palabras de su mujer.

Varcán, un tanto sonrojado, hizo un gesto despreocupado con la mano.

—La morena exagera. —mintió—. Es solo que me apetecía pelear, sabes que no me gustan las retiradas.

Abdiel sonrió y le dio un afectuoso abrazo.

—Gracias, Bror y siento mucho todo lo que te dije. —reconoció—. Fui muy injusto.

Varcan se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, pero sintiéndose emocionado por las palabras de su hermano y su pareja.

—Gracias a todos, de verdad. —añadió Roxie—. A ti también, Keyla.

La doctora bajó los ojos.

—Yo no hice nada.

—Pero lo intentaste, que es lo que cuenta. —terció la joven morena.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Nikolai, que la miraba con intensidad.

La rubia le devolvió la mirada.

—Supongo que tratar de continuar con mi vida.

—Es lo mejor que podrías hacer. —afirmó el guardián rubio.

Keyla asintió. Pese a que su corazón le gritaba que se quedara con aquel impresionante hombre, su cabeza le decía que ella no estaba hecha para ese mundo.

—¿Desde cuándo sabías que yo era la bruja renacida? —le preguntó Roxie a Talisa, que sonrió arrugando más aún su pequeño rostro.

—Lo sospeché desde que encontraste el colgante de Kiana. Cuando dijiste que la daga con la que querían hacer los sacrificios tenía una esmeralda encastada, lo supe con seguridad, pero no podía decíroslo y hacer que vuestra forma de actuar fuera diferente, porque eso hubiera cambiado el curso de los acontecimientos. —explicó—. Si no hubiera pensado que las cosas se estaban presentando favorables para nosotros, créeme que no te hubiera dejado hacer tantas tonterías, polluela.

Todos rieron y Abdiel se acercó a abrazar a la anciana vidente.

—¿Recuérdame porque no me casé contigo cuando tuve la oportunidad? —bromeó con ella.

—Hay, guapetón, porque era demasiado buena para ti. —soltó la anciana, arrancando nuevas risas en los presente.

## Epílogo

Cuando por fin llegaron a la guarida, Roxie se dio una ducha para quitarse toda la suciedad de aquel largo día y se dispuso a llamar a Max.

—¡Hola, fea! —contestó su amiga al otro lado de la línea, con su energía habitual.

—Tenía muchas ganas de oírte, loca. —le dijo con sinceridad.

—¿Cómo te va con tu empotrador buenorro?

Roxie rió, Max siempre tenía aquel efecto en ella que tanto echaba en falta.

—Conocer a Abdiel es de las mejores cosas que me ha pasado en la vida, Max.

—¡No jodas! —exclamó—. Tú estás enamorada.

Roxie suspiró.

—Hasta las trancas.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿El siente lo mismo por ti?

—Sí, Max.

—¿Y qué vais a hacer cuando tengas que volver?

Roxie tomó aire y cerró los ojos con el corazón roto. Aquel era el momento que tanto había temido.

—Respecto a eso...

—¿Vas a quedarte? —no la dejó terminar.

—Lo hemos hablado. —suavizó, porque en realidad estaba obligada a quedarse con él, aunque no quisiera, que no era el caso.

Max permaneció callada y eso no era normal en ella.

—¿Max?

—Sí, sí, sigo aquí. —contestó.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí, lo estoy procesando.

—A ver, no es algo definitivo. —mintió, para suavizar las cosas—. Pero ahora mismo no tengo trabajo y habíamos pensado intentar convivir y ver que tal nos va.

—Sí, es algo lógico. —reconoció—. Si conociera a un griego buenorro, que encima me diera lo mío y lo de mi prima, yo tampoco lo dejaría escapar.

—Pero voy a echarte de menos. —reconoció, con la voz tomada por la emoción.

—Eh, para el carro, fea, que no te vas a librar de mi. —bromeó, para quitarle hierro al asunto. Max era así, odiaba el drama—. En cuanto tenga unos días de vacaciones, me planto en friolandia y hago un escáner al griego para darle el visto bueno.

Roxie rió.

—Aquí te espero. —y lo decía de verdad, porque aunque tuviera que alquilar una casa para los días que Max viniera, lo haría, no pensaba apartarla de su vida.

—Y de paso cuando vaya, me tienes preparado a otro amigo buenorro para mí también.

—Eso está hecho. —pensó en todos los guapos guardines con los que convivía, y que estaba segura que a Max le encantarían.

—Tengo que salir a actuar, pero mañana prometo llamarte. —le dijo Max.

—Claro, mañana me cuentas como ha ido la noche.

—Espero que con una actuación de lujo sobre el escenario y otra sobre mi cama, con algún tío bueno que conozca. —rió—. Te quiero, fea.

—Y yo a ti más, mi loca.

Cuando colgó, Roxie sentía ganas de llorar de pensar que no podría ver a Max cada día, ni saldrían a tomar copas o desayunar juntas.

—¿Estas bien? —le preguntó Abdiel, que entró con una toalla rodeándole la cintura.

Roxie asintió, haciendo pucheros.

Abdiel se sentó sobre la cama, haciendo que Roxie se sentara sobre sus piernas.

—¿Tan mal ha ido la conversación?

Ella negó con la cabeza.

—Eso es lo peor, lo ha entendido todo. —sollozó, secándose las lágrimas que rodaron por sus mejillas con el dorso de la mano.

—Pero eso no es malo, mi amor.

—Lo es, porque así hace que me sienta aún peor.

Abdiel la tomó por la nuca y la besó suavemente los labios.

—Ella quiere que seas feliz.

—Lo sé.

—Yo también quiero que seas feliz. —le acarició la mejilla con los nudillos.

—También lo sé. —le miró con intensidad—. Te vi.

—¿A qué te refieres? —entrecerró los ojos, escrutándole el rostro.

—Cuando vi mi pasado, antes de... —le costaba decirlo—. Antes de que muriera, te vi.

—¿Me viste? —caviló, tratando de hacer memoria—. No te recuerdo.

—Tú no alcanzaste a verme a mí. —explicó—. Pero tu sola presencia me dio la paz que necesité en aquellos momentos. Te noté, antes incluso de verte.

—Hoy me has roto el corazón. —reconoció Abdiel, mientras le ponía un mechón de cabello tras la oreja y le acariciaba la mejilla.

—Siento haberte mentado, pero era necesario que lo hiciera, así me lo hizo saber la Diosa Astrid. —se disculpó—. Me cercioré de que si a mí me pasaba algo, a ti no te ocurriría lo mismo.

—Si a ti te pasara algo, ya no podría ocurrirme nada peor, sería como estar muerto en vida.

—Te prometo no volver a separarme de ti.

—Más te vale. —le dijo y le dio un cachete juguetón en el culo.

—Eh. —le golpeó en el pecho, riendo.

Abdiel la tomó por la cintura y se tumbó sobre ella.

—Vamos a ver, culo sexy, pórtate bien si no quieres que te de lo tuyo y lo de tu prima.

—¿Has oído a Max?

Abdiel sonrió de oreja a oreja.

—Lo oigo todo.

—Y deja de llamarme culo sexy. —le mordió el hombro, traviesa.

—La verdad es que es un apelativo que te queda a las mil maravillas.

—No me hagas ponerte un apelativo a ti, señor colmillos.

Abdiel se carcajeó.

—Te vas a enterar, bruja.

—Eso espero, mi guardián.

Y entre risas, hicieron el amor, sabiendo que estarían juntos para siempre.

Roxie estaba de nuevo en aquel lugar de columnas doradas y suelos blancos y brillantes.

—Lo has hecho muy bien, mi querida Roxanne.

Roxie se volvió hacia la Diosa, que la miraba con una sonrisa satisfecha.

—Gracias, pero tú también has sido de ayuda para que todo acabara bien.

—Déjame corregirte, querida, pero este no es el final.

Roxie se puso tensa.

—¿Qué quieres decir?

—Tú has cumplido tu parte de la profecía, pero como bien sabrás, hay más personas implicadas en ella.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó.

—Vuestro papel está cumplido, por ahora, pero es el momento de que la portadora del sello haga acto de presencia.

—¿Quién es la portadora del sello? —quiso saber.

—Alguien a quien conoces muy bien.

Roxie contuvo la respiración.

—Yo... no sé...

—Claro que lo sabes, mi querida Roxanne. —afirmó la Diosa—. Es una mujer fuerte y valiente, con el cabello de fuego, que tiene una pequeña marca de nacimiento sobre su nalga derecha.

—¡Max! —exclamó, sorprendida.

La Diosa sonrió.

—Maxine es clave para el cumplimiento de la profecía.

—No quiero que ella se vea envuelta en todo esto. —suplicó.

—No hay nada que puedas hacer, el destino así lo decidió hace años. —le dijo.

—No quiero que esté en peligro. —se sentía angustiada y muy preocupada por su amiga.

—Es por eso que quiero que envíes uno de los guardianes a protegerla. Por ahora es lo único que debéis hacer. —le indicó—. Envía al guardián que sea de tu mayor confianza.

—Todos son de mi confianza. —dijo con sinceridad.

—Sé perfectamente que todos mis guardianes son de confianza. —apuntó, con orgullo—. Pero también estoy segura de que tú sientes más confianza y afinidad por uno de ellos. Y es ese exactamente el que debe proteger a la portadora del sello.

—¿Su vida corre peligro? —quiso saber.

—Todo se sabrá a su debido tiempo, Roxanne. —se acercó a ella y tomó su rostro entre sus delicadas manos—. Ahora, despierta. —y la besó en los labios, haciéndola volver a la realidad.

Roxie se despertó sobresaltada y se incorporó en la cama.

Oráculo, que dormía enroscado a sus pies, alzó su cabeza para mirarla fijamente con sus ojos verdes.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Abdiel, con la voz adormilada, sentándose en la cama, frotándose los ojos.

—He hablado con la Diosa otra vez.

El guardián bufó.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre muy molesta.

La notó inquieta y se acabó de despertar del todo.

—¿Qué quería?

—Hablarle de Max.

—¿Max? —frunció el ceño.

—Según me ha dicho, ella es la portadora del sello. —explicó—. No tiene sentido.

—Nada de lo que ocurre últimamente tiene mucho sentido. —bromeó Abdiel, para intentar tranquilizarla.

—Totalmente. —suspiró.

—¿Y qué debemos hacer ahora?

—Según me ha dicho, por ahora lo único que debemos hacer es enviar a un guardián a protegerla.

—De acuerdo, mandaré a Draven, es bueno rastreando y pasando desapercibido. —dijo Abdiel.

—No, no quiero que sea Draven. —negó.

Abdiel la miró extrañado.

—¿Por qué no?

—La Diosa me dijo que lo único que tenía que hacer era enviar al guardián en el que yo más confiara.

Abdiel alzó una ceja.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó ella esta vez.

—¿En serio quieres que te lo explique?

—Si no sabes ni siquiera en quien estoy pensando.

Entonces Abdiel alzó ambas cejas.

—¿Qué apostamos a que es un guardián con la lengua demasiado larga y una increíble habilidad para poner apodosos?

—Está bien, tienes razón, quiero que sea Varcán.

Abdiel suspiró, sonriendo.

—Pues que los Dioses nos cojan confesados.

—Amén. —asintió Roxie.

Y ambos se besaron, como esperaban poder hacer por el resto de sus vidas.

**Fin**